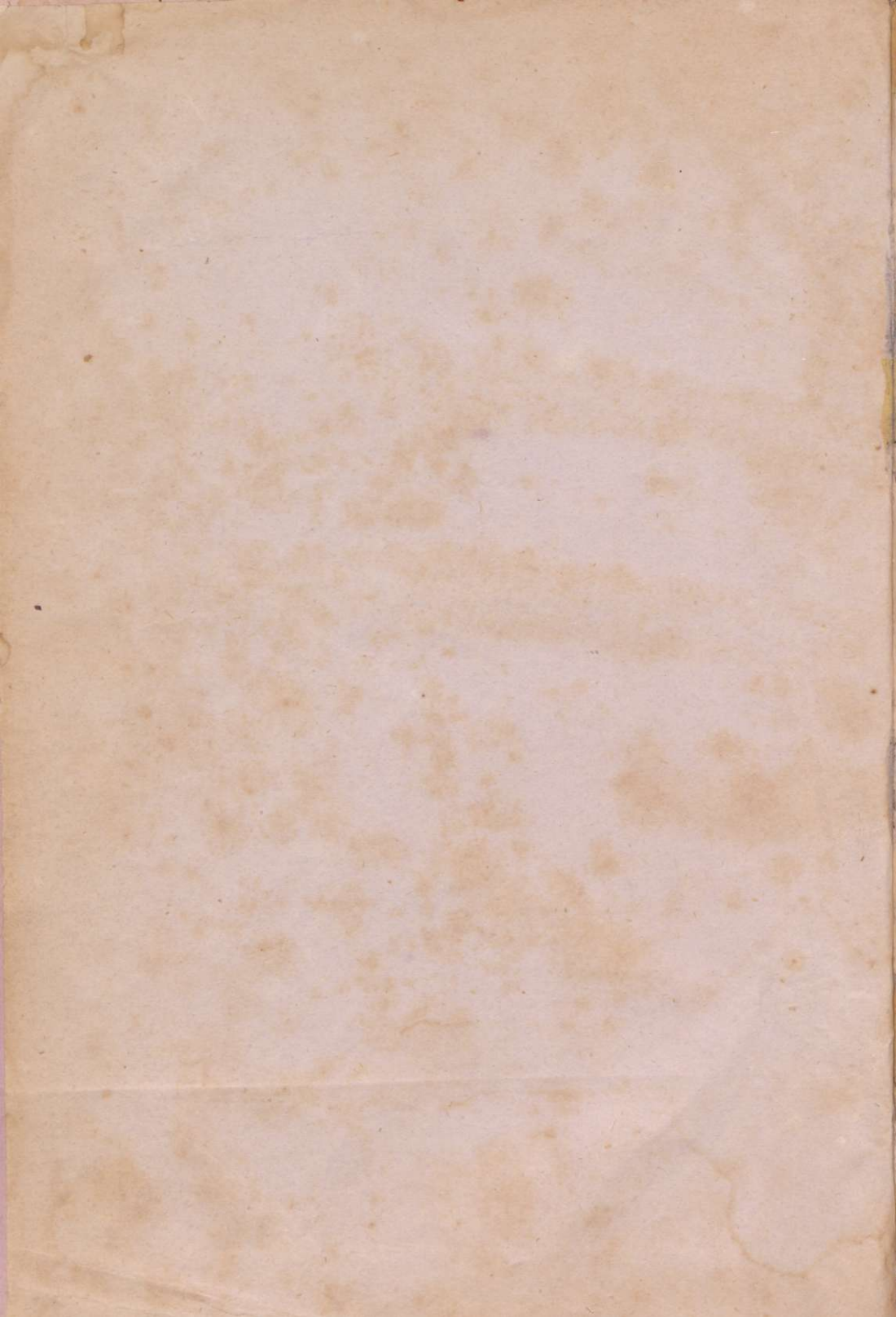






22 cm

R.76206

Una peseta — Madrid.



JUAN JOSÉ MARTINEZ , EDITOR.

~~Francisco Javier Simonet~~

MERIEM,

MEDINA AZZAHRA Y CAMAR.

LEYENDAS HISTÓRICAS ÁRABES

POR

DON FRANCISCO JAVIER SIMONET.

SEGUNDA EDICION.



MADRID:

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE D. JUAN JOSE MARTINEZ.

Calle del Arco de Santa María, núm. 7.

1860.

Es propiedad del Editor.

AL SR. D. ENRIQUE HEREDIA,

CABALLERO DE LA ÍNCLITA ORDEN DE SAN JUAN DE
JERUSALEM, ETC.

*Las glorias del héroe de esta leyenda interesan
á los hijos de nuestro suelo. Por eso la ofrece á V.
como tributo de afectuosa amistad.*

FRANCISCO JAVIER SIMONET.

Madrid: junio de 1858.

MERIEM.

LEYENDA HISTORICA ARABE.

«Las guerras y hechos de Omar llegaron á ser el asunto de las pláticas nocturnas de los caballeros y el cuento de las conversaciones.»

EBN-ALJATHIB (1).

CAPITULO PRIMERO.

La Alcazaba de Málaga.—El walí Amer y la cristiana Meriem.

En la parte oriental de la ciudad de Málaga, famosa desde los tiempos mas antiguos por su comercio y la excelencia de sus frutos (2), y en la pendiente del monte llamado *Gebalalfar* (3) se levanta sobre una cuesta un magnífico alcázar, residencia del walí, que bajo la dominacion musulímica gobierna en aquella capital y su comarca. Este alcázar eleva al cielo sus cobbas (4) y alminares á través de un bosque de limoneros y granados y ostenta sus ajimeces tapizados con cortinajes de flotantes jazmines y sultanas de los

- (1) En su biografia de Omar Ebn-Hafsun códice M. S. de la Bibl. del Escorial.
- (2) Véase el núm. I del Apéndice de esta leyenda.
- (3) El Monte del Faro: hoy Gibralfaro.
- (4) Pabellones, aposentos abovedados.

montes (1) como si por gala ó competencia, hubiese querido mostrar la esbeltez y gentileza de su fábrica junto á los encantos y delicias de la naturaleza. Desde sus altas azoteas descubre la vista el mas risueño y variado horizonte, que limitan de una parte las azules olas del Mediterráneo, y de otra un pintoresco recinto de elevados montes sembrados de viñas y casas de campo, abarcando en medio la blanca y hermosa ciudad, mil huertos y jardines y una inmensa y feracísima vega que se dilata entre los rios Guadalmedina y Guadalhorce. La primavera, que reina constantemente sobre aquel Eden, tapiza su suelo con aromosas flores, y su horizonte y cielo con sonrosadas tintas, regalándole con un ambiente siempre templado y benigno, asi como el mar toma á su cargo recrearle con frescas y suaves brisas en la estacion de los calores.

En tan deliciosa ciudad, y en aquel prodigioso alcázar, pasaba por la primavera del año 267 de la hegira (880 de la era cristiana) la interesante escena que dá principio á la presente leyenda. Doraba apenas el sol naciente las altas torres y almenas del alcázar, cuando un caballero moro, todavía jóven y de gallarda presencia, y vestido con rico alquicel y albornoz, se encontró en medio del frondoso jardin con una hermosa doncella, que contra la costumbre de las damas moras, llevaba el semblante descubierto, y desde la cabeza á los pies se envolvía en un anchuroso manto negro. Esta muger, á pesar de lo sencillo de su trage, mostraba ser dama principal en la magestad y garbo de su persona y en el respeto con que la venian sirviendo dos jóvenes esclavas.

El apuesto árabe era *Amer Ebn-Amer*, walí ó gobernador de la cora de *Rayya* (2) por el califa de Córdoba Mohammed I de este nombre; y en cuanto á la dama tenia con él las relaciones que se verán por el siguiente diálogo.

Cuando Amer descubrió á la dama, su rostro que expresaba antes la impaciencia, manifestó un sentimiento involuntario mez-

(1) *Sultana agbal*: así llaman los árabes á la madre selva.

(2) Así se llamaba bajo la dominacion árabe la comarca cuya capital era Málaga, y que abarcaba con poca diferencia el territorio que hoy forma esta provincia.

clado de alegría y pesar; mas luego procurando serenarse y sonreír, dijo así á la dama con acento de persuasión.

—Bellísima nazarena: tu debiste nacer hija de árabes; tus mejillas son un vergel de rosas y tu boca un oloroso clavel; tu rostro ha robado la luz al sol, ó por mejor decir, siempre descubierto, es un sol ó luna sin nubes que encubran su belleza. En tu cuello torneado y dulzura de tus ojos semejas á la gacela; pero si en estas gracias puedo compararte sin mucho agravio á las beldades musulmanas de mi harem, las ventajas en lo magestuoso de tu estatura, que no acostumbrada á temblar de miedo y reverencia como ellas, se eleva erguida y altanera como la palma.

—¡Oh, señor! replicó la dama; ese lenguaje florido y sensual no es comprensible para una doncella cristiana, que si bien te parece altiva, porque no sabe inclinarse en actitud de adoracion sino ante Dios rey del cielo, aparta empero sus ojos de las galas de la naturaleza y de la poesía por evitar sus pérfidas seducciones

—¡Ay MERIEM! para nosotros es difícil el contener los impulsos del corazón y la magia que entra por los ojos, y como dice un adagio: «adonde se inclina nuestro corazón allí se inclina nuestro pie:» he madrugado con el alba, y al aspirar en este jardín el primer perfume del azahar he dicho: acaso es el aliento de Meriem que pasea entre las flores; pero ya habias volado de tu nido. Ya segun tu costumbre, para cumplir los preceptos de tu religion habias partido á las lejanas riberas de Guadalmedina, sin tener en cuenta ni tus propios riesgos ni el decoro de mi casa.

—Respeta, señor, esta costumbre; allí sufrieron el martirio por mi fé hace siglos los bienaventurados jóvenes *Ciriaco y Paula* (1), y allí en medio de los añosos olivos, en donde pendieron sus cuerpos como fruta bendecida por el cielo, se eleva el modesto santuario, adonde de niña solia acudir con mis padres para oír la misa del alba, uso que yo conservo desde entonces. Yo te suplico que sigas dispensándome esta licencia y beneficio.

(1) Patronos de Málaga.

José María López

—¡Cuánto no te he dispensado! Hija de un varon virtuoso y amigo mio, aunque mozárabe, cuando al morir te confió á mi cuidado, le prometí protegerte, y yo á semejanza de los antiguos árabes del desierto, hospitalario y valedor de las mugeres, lo he cumplido y te he tolerado que en medio de los islamitas adores, como tantos otros, á *Isa-Ebn-Meriem* (1) á quien Alláh glorifique. Pero tú debieras seguir los usos de tu álbegue y patrono, y no saliendo de este rétiro evitar las murmuraciones del vulgo ofensivas á tí y á mi casa.

—Los cristianos nada temen cuando su conciencia está tranquila, y atendiendo sobre todas las cosas al juicio de Dios, les importa poco el de los hombres.

—Tu hermosura puede atraerte peligros: puede hacerte sensible á la pasion que inspires, y una pasion es mala consejera.

—No lo es para el cristiano, que siempre está en vela contra sus pasiones.

—No hay alcázar por fuerte que sea, que no rindan largos y continuos combates, ni muro donde la astucia no abra al fin con su sordo batir alguna brecha; ni árbol por robusto que sea que, expuesto en una altura al ataque de los vientos, no venga al fin á tierra. Mejor te estuviera imitar el recogimiento de mis damas, las cuales encerradas de grado ó por fuerza, evitan todo riesgo en su honra y su reposo.

—Las cristianas no son buenas por fuerza, sino por voluntad y conviccion. Además ya ves que madrugo para evitar encuentros y miradas indiscretas, y por cierto que me hace buena falta contra tus licenciosos y livianos muslimes.

—Por lo mismo quiero que evites su encuentro... ¡Ay Meriem-fuerza es decírtelo, tú misma has indicado una razon muy poderosa que me hace aborrecible tu libertad: porque te amo, llenas mi corazon de continuas inquietudes (2). Tu sabes con qué favor te he acogido desde que en la niñez perdiste á tus padres; sabes que

(1) Jesus hijo de María, á quien los muslimes no mencionan sin respeto.

(2) Proverbio árabe citado por el célebre *Meidani*.

pudiendo mandar en tí, y sujetarte á las leyes de mi hogar donde impero como xequé (1) y padre de familia, te dejo seguir tus gustos é inclinaciones.

—Que en nada ofenden la pureza ni el decoro.

—Cierto que sí... pero si en realidad tus costumbres ajenas á las mías no mancillan mi honra, abres por otro concepto en mi corazón profundas heridas con las saetas irresistibles de tus ojos, y ni la gratitud ni otro sentimiento favorable te inclinan á curarme con el bálsamo de tu amor. Yo sufro tus desdenes, y sin embargo siempre que vuelves de estas matinales salidas que tanto me afligen, te veo aparecer con el mismo gozo con que el peregrino descubre en el desierto en medio de la noche, el fuego que le dirige al asilo hospitalario y benéfico (2) ó como el árabe desde su tienda contempla el nacimiento del sol.

—No es la primera vez que injuriándote tu mismo, me manifestas esos sentimientos que no merece tu protegida y tu esclava.

—Los sentimientos que me inspiras rompen á pesar mío la débil valla que les oponen otras consideraciones. ¡Oh Meriem! mas de una vez te he indicado que si quisieras abrazar mi religion, serias mi sultana predilecta y que desde este alcázar entronizado en las nubes, contemplarias como tus dominios y propiedad todo lo que la vista alcanza en ese magnífico horizonte, que se despliega ante tus ojos, sembrado de esta parte por veleras naves sobre un manto azul, y de aquella por alcázares y jardines, cortijos y viñas sobre una alfombra de verdor: aquel velo y este tapiz serian tu rica vestidura de boda.

—Por todos los bienes del mundo no haria traicion á mi fé y al Dios de mis padres.

—Pues bien: el amor que te profeso, aun hará por tí mayor firmeza; si tú condesciendes á pagar mi cariño y darme tu mano co-

(1) Anciano, cabeza de una familia, tribu ó aduar.

(2) Alusion á la costumbre de los antiguos árabes, entre los cuales los varones ricos y principales encendian fuego por las noches en los collados vecinos á sus tiendas para avisar á los peregrinos y extraviados de que allí tenian refugio y hospitalidad.

mo esposa, yo sin violentarte en tus gustos y costumbres, te permitiré profesar tu religion disimuladamente.

—El cristiano adora á Dios en público, pues bien sabe que solo el que reconociere y proclamare á Dios delante de los hombres, merecerá ser reconocido por él ante los ángeles del cielo.

—Yo te lo consentiré todo con tal de que seas mi esposa, aunque corra por tí el peligro que corrió *Abdelaziz* por la cristiana *Ayyela* (1).

—Señor, mucho tengo que agradecer á tu bondad para no desear obedecerte en todo lo que no se oponga á mi religion... Pero no debo engañarte: yo no tengo ya por desgracia un corazon libre que consagrar á tu amor, puesto que sin merecerle me lo concedas. Debo confesarte fielmente la verdad: amo á otro.

—¿Tal escucho? ¿y á quién?

—A un varon de mi raza y creencia y á quien la voluntad del Omnipotente parece reservar altos destinos (2).

—¿Su nombre! preguntó con cólera *Amer*.

—Si juras no ofenderle, te lo revelaré.

—Yo te lo juro con tal que no me ofendas en otra cosa.

—OMAR-EBN-HAFSUN es el hombre á quien amo.

—¿A ese nieto de elches (3) y mal musulman!

—Profesando la religion de sus antepasados, protesta contra la apostasía de su bisabuelo *Chafar*.

—¿Y no sabes que en eso comete un grave crimen digno de ejemplar castigo?... Pero además es vicioso y desalmado, solo conocido por su irreverencia con la religion y las leyes. Desde niño sus desmanes y mala condicion le hicieron aborrecible á sus padres y hermanos (4), y por no dejarse corregir desamparó su casa.

(1) Así llaman los árabes á *Egilona*, la viuda de *D. Rodrigo* último rey godo de España: sabido es que el casamiento con *Egilona* costó la vida á *Abdelaziz*; pues haciéndose odioso á los musulimes fanáticos, murió á manos de ellos.

(2) Véase el número II del Apéndice.

(3) Elche quiere decir infiel.

(4) Omar tuvo dos hermanos llamados *Ayub* y *Chafar*.

Entonces se juntó con gente como él díscola y revoltosa, y así ha venido haciendo la vida mas licenciosa y criminal, riñendo con todo el mundo y agravando particularmente á los musulmes, por cuya razon tuvo que abandonar tambien aquella comarca donde ni las autoridades ni los particulares podian ya sufrirle.

—Tu odio exagera sus defectos. Tiene otras cualidades dignas de elogio: es varon humano y caritativo, así con mozárabes como con musulmes. Aunque altanero y desmandado con el poderoso y el opresor, es humilde con el débil y defensor del oprimido, y en lo demás yo espero que se enmiende.

—Es inferior á tí, pues á mi lado ocupas el puesto de una hija.

—Mi ley ordena la igualdad y no despreciar á ninguno por bajo ó pobre. Pero él además es de linage ilustre entre los cristianos. Su progenitor el *conde Alfonso* (1) que tambien lo es mio, era varon juntamente noble y piadoso y hombre principal entre los mozárabes de Málaga.

—Hija mia, yo aborrezco á Omar, porque es de espíritu inquieto y rebelde, pero es asimismo hombre de valor y resolucion y le concederia tu mano con dos condiciones: la primera que jurase servirme con fidelidad, y la otra que te dotase espléndidamente, como corresponde á la muger que me tiene por patrono.

—Las mugeres cristianas se estiman en mucho para venderse por un dote crecido.

—Pues por Alláh no te ha de obtener á otro precio.

—En aquel momento un africano de la guardia del walí le anunció que un caballero deseaba hablarle.

—Que entre aquí, dijo Amer: Tú, Meriem, apártate á meditar lo que mas te conviene.

—Poco tengo que meditar, señor mio, respondió Meriem retirándose, mi resolucion me parece inspirada por el cielo.

(1) Sobre los progenitores de Omar, véase el número III del Apéndice. Que Alfonso era conde, consta por Ebn-Hayan citado por Ebn-Jaldun (códice 1350 de la Bibliot. de Leiden) el cual le nombra *Adefunx* el *Cumes*, esto es, el conde Ildefonso ó Alfonso.

CAPITULO II.

Retrato de Omar.—Cuéntase como allegó la dote de Meriem y cómo la recibió Amer.

—Castigo y prision de Omar.—Visítale Meriem en la mazmorra.—Consejos de Meriem.—Propósitos de Omar.—Meriem le pone en libertad.

Retiróse Meriem, cuando se presentó ante el walí Amer un mancebo de alta estatura y gentil continente: sus ojos eran de un ligero azul, sus cabellos rubios, largos y rizados, su barba poblada; y en fin, el color mas blanco de su tez y su fisonomía septentrional revelaban, á pesar del traje morisco que llevaba, la raza gótica á que pertenecía. Al parecer en presencia del poderoso walí, el mancebo se inclinó apenas, sin moderar la expresion ordinaria de altivez que se retrataba en su frente y en sus ojos.

—¿Quién eres? le preguntó el walí sin dignarse apenas fijar en él la vista.

—Yo soy, respondió el mancebo, Omar-Ebn-Hafsun, nombre que ya habrá llegado á oídos de tu grandeza. Vástago de una familia ilustre y rica en otro tiempo, he llegado á tal pobreza que solo poseo hoy día mi lanza y mi espada y un brazo á propósito para manejarlas. Por lo mismo no dirijo muy alto mis vuelos en punto á fortuna; pero deseoso de tomar esposa, he elegido una

que me conviene, porque es de mi propio linage y rica en virtudes. Yo vengo á pedirte la mano de Meriem tu protegida.

—Nieto de elches, le dijo Amer con altivez y aspereza, ¿sabes lo que pretendes?

—Ella es mi igual, repuso Omar conteniéndose, pues encierra la misma sangre que yo en sus venas, y si yo estoy pobre es que los odios y persecuciones que sufrieron mis abuelos de los musulmes de Ronda, de tal suerte pesaron sobre ellos que arruinaron su hacienda, viéndose además obligados á abjurar la religion cristiana para salvar sus vidas.

—Basta, replicó el walf con cólera; la muger recibida bajo mi patrocinio solo pasará á tu poder dotada con cien mil dirhemes (1).

—Yo te traeré esa dote; pero te ha de pesar. Así dijo Omar irrito y marchó al punto.

Amer ofendido por la amenaza y por la irreverencia, mandó á sus soldados que prendiesen á Omar; pero este saliendo con ímpetu, cabalgó en su yegua *Rihana* que émula del viento de quien tomó el nombre (2) voló con él camino de Ronda.

Llegado á esta ciudad, Omar se puso en inteligencias con algunos mozárabes de ella y de su comarca, gente que agraviada por los musulmes fanáticos, se veia obligada á veces á tomar las armas para vengar sus ofensas y ganar la vida cuando eran despojados de sus bienes. De Ronda pasó al castillo llamado de *Hisn Autha* (3) y de aquí á la alquería inmediata de Torrichela ó Torrecilla, residencia de su familia desde tiempo antiguo. En ambos lugares allegó alguna gente aventurera y levantisca, hijos ó nietos de cristianos convertidos al Islam, y por lo mismo poco firmes en la nueva creencia y en la sujecion á las autoridades musulmanas, puesto que los cristianos mozárabes se gobernaban por magistrados y leyes propias.

(1) Unos veinte mil duros.

(2) *Rihana*, significa ligera, voladora, cosa de viento.

(3) Hoy Parauta ó tierra de Auta, villa á dos leguas de Ronda y 11 de Málaga.

Formada de esta gente y la de Ronda una taifa ó partida, luego á su cabeza entró en varias aldeas y pueblos de la comarca y despojó las casas y haciendas de los musulimes, de quien él ó los suyos tenían recibidos agravios y persecuciones. Tomada así gran presa, marchó á guarecerse con ella en compañía de cuatrocientos hombres á un monte inaccesible llamado *Bobaxter*, situado entre Ronda y Antequera, que por lo empinado y enhiesto de su cima y por las ruinas de un castillo romano que le coronaban, solia ofrecer abrigo á los salteadores de la tierra.

Pero Omar no se detuvo en Bobaxter sino el tiempo necesario para edificar allí con las viejas ruinas un baluarte suficiente para el refugio de su gente en caso de apuro. Dejando allí algunos defensores, luego con los mas animosos marchó la vuelta de Málaga. Sabedor de que el walí Amer se holgaba á la sazón en compañía de Meriem en una casa de campo que poseia cerca de aquella ciudad en las alturas de Olias (1) se encaminó allí con sus compañeros y amaneciendo un dia en aquel lugar, sorprendió al walí en conversacion con Meriem, á quien requería, aunque en vano, de amores.

Omar se adelantó con aire altivo á Amer, y sacando una gran bolsa llena de monedas de oro, la derramó á sus pies diciendo:

—He aquí los cien mil dirhemes que te entrego por la dote de Meriem y con los cuales compro de tí su mano, puesto que con mi amor tengo hace tiempo grangeado su corazon.

—Perro infiel, le dijo Amer con odio y desprecio; ya habia llegado á mí la noticia de tus desafueros y te aguardaba aquí para que sufrieses el justo castigo; esa es la hacienda de mis musulimes á quienes has despojado.

Meriem, al oir esto, dejó expresar en su semblante un profundo sentimiento de pesar y dijo á Omar con indignacion:

—No seré yo la esposa de un bandolero, que así ofende á Dios y la ley de sus ascendientes.

(1) Olias significa en árabe alturas, y de aquí viene el nombre de este pueblo que se halla dos leguas al E. de Málaga.

Dicho esto se retiró, dejando á Omar atónito y desesperado. Su despecho y confusion se aumentaron cuando Amer le dijo:

—Mira desde la cumbre de este collado: vé como mis guerreros apostados en la garganta del valle, aprisionan y desarman á los facinerosos que vinieron contigo.

Omar reconoció la triste verdad, y cuando el estupor embargaba su mente y su brazo fué de improviso acometido y atado por los guerreros que guardaban la persona del walí. Mandó este que reuniesen á Omar con sus compañeros y que allí en presencia y por mano de los musulimes fuesen afrentosa y reciamente azotados.

Así se ejecutó hasta quedar los criminales bañados en su sangre. Despues Amer volviéndose con ellos á su alcázar de Málaga, los mandó encerrar en seguras y lóbregas mazmorras.

En una de ellas despertó Omar, al volver del desmayo ocasionado por el doloroso y sangriento castigo. He aquí (reflexionó con abatimiento) el resultado de mi amor y de mi audacia: medio muerto por los crueles azotes y pronto acaso á pagar mi atentado con la horca ó la cruz. ¡Visiones brillantes de mi ambicion, que tan vivas y hermosas os representabais á mi imaginacion juvenil, cuán cruelmente me habeis burlado!

Pero aun ideas mas amargas le venian á atormentar en su lastimoso estado. En medio de la fiebre que abrasaba su cabeza, veia la imágen querida de Meriem, que entonces enojada y enemiga, parecia maldecirle y afrentarle.

Empero así como de la agonía de la muerte suele pasar el justo á los goces del cielo, Omar de improviso sintió en medio de la noche abrirse las puertas de su prision, y vió entrar por ellas, juntamente con los rayos de la luna y con el aroma de las flores de los jardines vecinos, una figura celestial de muger, que acercándosele, aplicó á sus labios un cáliz lleno de calmante y benéfico licor.

Omar apuró la copa del suave néctar, y reanimándose de repente su cuerpo y serenándose sus ojos, reconoció á su hermosa y

adorada Meriem, que como ángel del bien le traia el consuelo y acaso la libertad. Ella desató los grillos que oprimian sus pies, curó sus heridas con apacible bálsamo y sonrió alegre con la esperanza de que recobraría presto su salud.

Omar se deshacia en palabras de agradecimiento, pero ella le rogó que no se agitase y fuese prudente si queria salir de sus males y encierro. Prometióle que volveria en la mas pronta ocasion á dispensarle sus cuidados, y que en tanto velaria por él, apartando de su cabeza la venganza del walí.

Cumplióle Meriem su palabra, haciéndole servir y regalar en su prision por su mismo calabocero, á quien ganó con una generosa recompensa, y volviendo á mitad de la noche siguiente á visitarle. Con gran satisfaccion suya, Meriem encontró á Omar ya casi del todo restablecido, y entonces le habló así:

—Vengo por segunda y postrera vez á cuidar de tí y á procurarte la libertad, porque si bien ofendo en ello al hombre que hace conmigo las veces de padre, de no hacerlo, su rencor te daría una muerte segura. Huye pues, á favor de las sombras de la noche y guiado por algunos esclavos á quienes he seducido con dinero; refúgiate en parte segura, y pasado el enojo del walí, algun dia podrás conseguir el perdon: aquí tienes dinero para que vivas honradamente, pues quiero que te aproveches del escarmiento.

—Meriem, ángel mio; no quisiera huir de tu lado sino al perder la vida, pero pues tu me perdonas, soy menos desgraciado; antes de que tu vinieses á traerme la salud y la libertad, la idea de tu odio y desprecio era mi tormento mayor; mas te juro que no fué mi intencion ofenderte.

—Forzoso era que me ofendiese tu conducta, indigna del que aspira á llamarse cristiano.

—Conozco y maldigo lo soberbio é indómito de mi carácter, pero me exijian un precio por tu mano, y ¿por ventura no te bastaba el despojo de los musulimes nuestros opresores?

—No; yo solo quiero en tí acciones cristianas y que al volver á esta ley la profeses con pureza y rectitud. El Evangelio manda res-

petar el poder constituido y cumplir con el César las obligaciones que se deben al César, y con Dios las que se deben á Dios. Si tú no te apartas de tan mal camino y te deshonoras con la rebeldía y el robo, huiré para siempre de hombre tan malvado. Si te enmendas tendrás en mí una hermana cariñosa y leal.

—¿Y no te mereceré mas que esa caridad que se debe al prójimo y al desgraciado? ¿Y habré perdido para siempre tu amor? No, antes quiero morir, pues era tu amor quien alentaba mi ánimo á grandes y difíciles cosas.

—No quiero que mueras, sino que llegue presto el día en que yo pueda amarte sin vergüenza ni remordimiento.

—¡Oh Meriem! si llego á merecer tu amor, habré conseguido la empresa mas alta á que aspiran mis ambiciosos pensamientos. Pero antes y ahora tu amor, á pesar de tus consejos, me incita á buscar un porvenir de gloria... Yo bien sé que tu patrono quisiera elevarte al puesto de señora y sultana, rodeándote de delicias y grandezas, pero yo sabiendo que no lo aceptarías, anhelaba que reinases conmigo en nuestro pueblo libertado de la opresion mahometana.

—Omar, el cristiano no debe aspirar á los reinos y grandezas del mundo, sino á reinar con Cristo en el cielo segun sus promesas. Yo tampoco quiero que tú, levantando alteraciones y encendiendo la guerra civil en este suelo, hagas mal al hombre á cuyo amparo debo yo tantos bienes.

—Yo te juro que nunca atentaria contra su vida ni sus intereses, perdonándole sus agravios.

—Esos propósitos te honran. Entonces, pues, si Dios te alienta y ayuda para tan sublime y santa empresa, como restablecer la religion cristiana y la libertad de los adoradores de la Cruz en esta tierra donde abundan los mozárabes fieles á sus antiguas creencias, no debo yo disuadirte de tu glorioso empeño. El llamamiento y mision de Dios son superiores á toda otra consideracion y deber. Si tu lo intentas y llevas á cabo por nobles medios, apartándote del robo y la matanza, yo seré dichosa algun dia en disfrutar á tu lado,

no del poder, sino de los goces de la virtud. Si eres, no malvado, sino infeliz en tu empresa, yo iré á compartir contigo las amarguras del destierro y la miseria.

—Tienes, Meriem, un alma grande: yo me haré digno de tí.

—Hé aquí, añadió Meriem, algunos mozárabes que te han de ayudar para tu fuga y que te traen tu yegua Ribana á quien tambien he logrado libertar, sacándola de las caballerizas de mi señor el walí. Huye pues sin pérdida de tiempo.

—Quiera el cielo que algun dia mi amor te premie tantos favores.

Así diciendo Omar, cabalgó en su yegua favorita con mas brio del que le permitían sus heridas ápenas cicatrizadas, y se despidió de su amada Meriem, prorumpiendo ambos en sentidos adioses.

En el capítulo siguiente veremos como aquel hombre extraordinario dirigió los planes de sus altos intentos animado por el amor y por la ambicion.

CAPITULO III.

Encuentro desdichado de Omar.—Emigra al Africa.—Vaticinio del xeque.—Vuelve Omar á Andalucía y levanta el estandarte de la rebelion.—Acomete al walí Amer.—Es acometido por el califa y llevado prisionero á Córdoba.—Entra á militar en las huestes musulmes y ejecuta algunas hazañas en la frontera.—Persuasiones ó desabrimientos que le obligan á rebelarse nuevamente.—Descripcion del famoso castillo de Bobaxter.—Su situacion.—Proclamas de Omar.

Alejábase Omar en alas de su voladora Rihana, pero, ¿quién puede escapar al veloz alcance de la mala fortuna que le persigue? Al llegar cerca de cierta alquería llamada Alhaurin, notable por la pintoresca amenidad de su fructífera campiña, le alcanzaron algunos ginetes que el walí Amer enviaba en su persecucion.

Omar se defendió valerosamente, como pudiera un leon acosado por cien cazadores, dió y recibió numerosas heridas y como sobreviniese la noche y cayese desmayado con la fatiga y pérdida de sangre, sus adversarios, creyéndole muerto, le abandonaron en el campo, con intencion de recoger su cadáver al siguiente dia y volverse con él á Malaga.

Pero Omar volvió de su desmayo con el frio de la noche,

y levantándose con trabajo, se refugió en una casa del pueblo en donde pidió hospitalidad. El dueño de la casa, liberal y benéfico con el peregrino y el refugiado, como buen árabe, le curó y amparó durante dos dias, ocultándole á sus perseguidores. Pero al fin viéndose comprometido, al saber que la gente del walí le andaba buscando, por no haber encontrado su cuerpo, le pretextó que no era bastante para protegerle mas tiempo, y así, dándole alguna provision de alimentos y unos cuantos dirhemes, le despidió una noche.

Omar vióse abandonado, aun doliente de sus heridas, y para mayor desgracia, sin su generosa yegua y sin el dinero recibido de su buena Meriem. Dejándose abatir por tantos infortunios y temiendo sucumbir á la persecucion del walí de Raya, resolvió abandonar estas regiones y pasar allende el mar. Dejando, pues, el camino de Ronda adonde se dirigia, se volvió hácia la costa y llegando por caminos extraviados á Marbella, halló por fortuna una nave que se daba á la vela para Africa. Pagó su flete con los dirhemes recibidos del vecino de Alhaurin, y atravesando el mar, se consideró mas seguro en la costa africana.

Pero pobre y desvalido, ¿qué fortuna le aguardaba en aquella region extraña? Recordó que en cierto pueblo de aquella comarca llamado Tahart (1) habitaba un alfayate (2) á quien habia conocido en otro tiempo en la comarca de Raya, de donde era tambien natural. Omar, pues, pasó á Tahart y rogó á su antiguo amigo que le admitiese como aprendiz de su oficio, dándole por su trabajo un pedazo de pan y un albergue.

Admitióle benévolamente el alfayate; y como un dia Omar trabajase con él en su tienda, hé aquí que entró un xequé ó anciano con una pieza de tela para que le cortasen un vestido, y reparando en el mancebo Omar, le llamó la atencion su fisonomía y

(1) Tahart ó Teihart, parece que es la ciudad llamada hoy Tugurt en la region y 25 leguas al S. O. de Túnez.

(2) Sastre: voz anticuada corrompida del árabe aljayath.

expresion de su rostro. Contemplóle algunos momentos con curiosidad, y luego dirigiéndose al alfayate, le preguntó:

—¿Quién es este mancebo que trabaja en tu tienda y oficio?

—Es un paisano y antiguo vecino que conocí en otro tiempo en la provincia de Raya, respondió el maestro.

Volvióse el xequé á Omar, y le preguntó:

—¿Hace mucho que faltas de Raya?

—Hace cuarenta días, respondió Omar.

—¿Y conoces el monte llamado Bobaxter?

—Vaya si le conozco, como que me he criado en sus faldas.

—¿Y sabes qué novedades ocurren allí?

—Al presente lo ignoro.

El xequé cada vez mas interesado en la conversacion, contemplaba á Omar atentamente, y al cabo de un rato le volvió á preguntar:

—¿Has conocido en aquel lugar á un hombre llamado Omar, hijo de Hafsun?

Al hacer esta pregunta, el xequé fijó en Omar una mirada tan profunda y escrutadora, como si quisiese leer en los ojos del mancebo la respuesta que esperaba de sus labios.

—Yo soy, respondió Omar como obligado á aquella confesion por las miradas del anciano.

Omar clavó á su vez la vista en el xequé, y despertándose en su mente los dormidos pensamientos de su ambicion, le dijo:

—Si en efecto eres adivino, como lo pareces, mal pudiera yo disimularte la verdad de mi persona y triste estado; mas dado que Alláh te haya inspirado la ciencia de lo oculto y lo porvenir, podrás hacerme algun pronóstico de mis futuros destinos?

—¡Oh, infeliz! le respondió el xequé: ¿qué mal consejo te ha traído aquí á luchar con la pobreza? vuélvete á tu pais y llegarás á dominar á los Benu-Umeyas y poseerás un gran reino.

Esta profecía de tal suerte enaltecíó el ánimo de Omar, que se levantó al punto y sin tomar mas viático que un pan que metió en la manga de su aljuba, se despidió del maestro y del xequé, em-

barcándose para Andalucía (1). Luego que arribó á estas costas, dirigió su camino para la comarca de Ronda, en donde encontrándose con un tío suyo llamado Motdahir, hombre rico y principal en la tierra, halló acogida en su casa. Pues como Omar le refiriese el vaticinio del xequé de Tahart, Motdahir dando crédito á su prediccion, le proporcionó recursos con que armar una taifa de soldados escojidos entre sus allegados y parientes (2). Con ellos Omar osó presentarse de nuevo en el campo, empezando á hacer mal á los musulimes que guarnecian los castillos vecinos, y refugiándose, cuando era necesario, en el mencionado monte de Bobaxter.

Avisado el walí Amer de la venida y nuevo alzamiento de Omar, envió á pedir auxilio al califa para castigar á aquel incorregible rebelde, y él entretanto con la gente de armas que tenia consigo en Málaga, marchó en busca de los alterados. Llegando Amer cerca de Ronda asentó su campamento al pie del monte donde se alza la fortaleza de Autha. Desde allí envió un escuadron de su gente en busca de Omar; pero este, avisado de todo por sus espías, habíase puesto en emboscada con su gente en un hon-do y enramado valle cercano al real de Amer, y como viese pasar aquel escuadron destacado de la hueste del walí, le acometió de sobresalto y lo deshizo por completo. Entonces revolviendo contra el campo de Amer, le embistió briosamente con los compañeros de su alteracion, valerosos todos como leones, y matando muchos de sus contrarios, forzaron á los demás á huir amedrentados.

Amer huyendo, abandonó en poder de los vencedores su tienda y ajuar de campaña, siendo aquel pabellon, como observa un autor árabe (3) el primero que abatió y apresó Omar.

Pero cuando este caudillo se volvíá para el monte de Bobax-

(1) Hemos leído esta anécdota en el historiador Ebn-Aljathib en su ya mencionada biografía de Omar, refiriéndose al cordobés Ebn-Alcuthia.

(2) Ebn-Alcuthia en su historia de la conquista de España por los árabes: códice M. S.

(3) Bayan Almoghreb. Parte II, pág. 96

ter con su gente muy animada por el venturoso suceso de aquel día, hé aquí que al rayar la siguiente aurora, se apareció de improviso á su vista entre nubes de polvo una numerosa hueste de á pie y de á caballo capitaneada por el califa Mohammed en persona. Omar quiso huir; pero pronto él y su escaso escuadron se vieron rodeados por la caballería del emir, que reconociendo á los rebeldes, se lanzó sobre ellos.

Omar y sus compañeros, subiendo en una peña inaccesible á la caballería, se defendieron allí largo rato contra la gente de á pie, derribando y matando á cuantos osaban trepar á ella y acometerles. Esta defensa de doscientos hombres apenas contra un formidable ejército duró mas de una hora, hasta que con los cuerpos sin número de los que morían en su asalto se formó una especie de escalera ó pendiente, por donde subiendo otros igualmente animosos, pusieron en grande aprieto á Omar y á los suyos.

Entretanto llegó al califa Mohammed la noticia del arrojo y extraordinario valor con que un puñado de hombres resistía á tan poderosa hueste. Deseoso Mohammed de observar por sí mismo el desigual y prodigioso combate, pasó á reunirse con los suyos que expugnaban la peña. Contempló con grande admiración el denuedo y bizarría con que peleaban Omar y los suyos, y viendo que iban á morir como fieras acorraladas por mil cazadores, mandó á sus soldados que diesen tregua al combate. Hecho esto, envió á uno de su guardia á Omar para que de su parte le dirigiese estas palabras:

—El excelso emir estima en mucho á los valientes, y compadecido de vosotros como tales, no quiere que murais: rendid, pues, vuestras espadas al califa y además de salvaros la vida, os admitirá con honra en su guardia y ejército.

Escucharon Omar y su gente esta proposición, y como de no aceptarla considerasen su muerte inevitable, resolvieron entregarse al califa con el seguro que les concedía.

Mohammed los recibió muy bien y señaladamente hizo mu-

chas honras á Omar, á quien nombró caballero de su guardia llevándole á la corte con los compañeros de su sumision (1).

Omar pasando á Córdoba, sirvió algun tiempo en la guardia del emir. Poco despues vinieron á la corte nuevas de una entrada de los cristianos confinantes por la parte del Duero y como desease Mohammed escarmentar á aquellos invasores, envió para ello una hueste de los soldados mas escogidos y valerosos, nombrando por caudillo á cierto Haxem, general acreditado, y enviando con él á Omar por alcaide de aquella compañía esforzada que con él se habia rendido.

La eleccion no pudo ser mas acertada: Haxem y Omar marchando apresuradamente á la frontera alcanzaron á los cristianos en cierto lugar llamado *Fontecorb* (2) y acometiéndolos reciamente los derrotaron y pusieron en huida. Con esta victoria y otras hazañas que ejecutó Omar en aquella expedicion acrecentó la fama que ya tenia de valiente y hábil capitan.

Pero al volver á Córdoba, esta misma reputacion provocó contra ella envidia de otros alcaides y gente cortesana, los cuales no teniendo otra cosa en que zaherirle, infamábanle con el dictado de muladí ó descendiente de renegados y le acusaban de mal muslim. Omar refrenó la lengua á muchos de aquellos maldicientes, obligándoles á sostener sus acusaciones con la razon de la espada y escarmentando á muchos en justo duelo con el valor de su brazo.

Empero los musulimes no perdian ocasion de mortificarle y así cada dia le era mas difícil á Omar el vivir en la corte. Entre sus émulos se contaba el saheb almedina llamado *Ebn-Ghanem* el Bo-

(1) Segun Ebn-Jaldun, quien venció en esta ocasion á Omar y le llevó preso á Córdoba, no fué el mismo califa sino uno de sus generales, el wacir Haxem-Ebn-Abdelaziz de quien hablaremos mas adelante. Entre los compañeros de Omar que fueron llevados con él á Córdoba por Haxem cuenta Ebn-Alcuthia á dos capitanes llamados Lobb-Ebn-Moradzant y Ebn-Abi-Xoara que habiéndose alzado en el monte de Algeciras habian acudido á unirse con Omar.

(2) Acaso sea Pancorbo, lugar á 3 leguas de Miranda de Ebro, en la provincia de Burgos.

raani, el cual teniendo á su cargo el proveer de raciones á la gente de guerra, reservaba las de peor calidad para Omar y su compañía. Enojóse un dia Omar y yendo á ver al sahebamedina, le dijo en son de queja:

—Alláh te perdone. ¿Te parece razonable, que hombres como yo y mis compañeros se mantengan con pan tan malo?

Al oir esto el sahebamedina Ebn-Ghanem, miró de hito en hito á Omar, y como admirándose de su queja, le dijo con desprecio:

—Y tú, hijo de Xaithan (1) ¿quién eres para despreciar el sustento que se digna darte nuestro alto señor el emir?

Esta injuria puso el colmo al descontento é indignacion que desde tiempo antes guardaba el corazon de Omar. Temblando de ira, aunque sin resolverse á tomar la venganza en moro tan principal como el sahebamedina, fué á verse con el caudillo Haxem que desde la expedicion á la frontera distinguia á Omar con su estimacion y amistad. Enterado Haxem del suceso é irritado con razon de los ultrajes que se hacian á tan valiente caballero como Omar, le dijo:

—Puesto que el califa, á quien sirves, no te protege contra los agravios de su gente, desampara su bandera. Vuélvete luego á tu castillo de Bobaxter; pues yo te pronostico que nadie podrá desalojarte de él mientras vivas, y que no morirás sin sujetar antes con tu espada parte considerable de la Andalucía y sin llegar con tus vencedoras huestes hasta las mismas puertas de Córdoba (2).

Animado por estas razones, y recordando el vaticinio que en otro tiempo le hiciera el xequé de Tahart, el hijo de Hafsun sintió resucitar en su mente sus antiguos proyectos de ambicion, y así fué que reuniéndose al punto con sus compañeros, les hablo de esta suerte:

—¿Qué os parece mas digno de vuestros esforzados pechos? El

(1) Satanás.

(2) Cuenta estos sucesos Ebn-Alcuthia en su mencionada historia.

seguir devorando tantas afrentas en el servicio de nuestros opresores los árabes con tan poca honra y provecho nuestro como daño de la cristiandad española, contra quien no es forzoso llevar nuestras desnaturalizadas é impías armas, ó levantar de nuevo la enseña de nuestra libertad y restauracion en medio de nuestros naturales y amigos de la cora de Raya?

—Si tú nos acaudillas, respondieron todos, preferimos la libertad pobre y perseguida, pero con esperanzas de venganza y fortuna, á comer entre afrentas el pan de la esclavitud, comprándole además con la sangre de nuestros hermanos.

—Tal consideracion, añadió Omar, debe desvanecer en nuestros alentados pechos todo escrúpulo por violar la fé jurada al califa. Ni nuestra conciencia puede acusarnos de desleales á una causa, á que nos obligó la fuerza, ni contra fines tan altos como los que nosotros nos proponemos, deben respetarse vulgares reparos. Acudamos pues, á donde nos llaman la libertad, la gloria y los intereses y vínculos santos de nuestros hermanos en sangre y religion.

Así dijo Omar y condujo su gente la vuelta de Bobaxter, cuyos riscos le ofrecían inexpugnable refugio.

Bien presto al rumor de su venida y á la noticia de sus proezas, alterándose los muladíes ó moros nuevos y los agemíes, es decir, los mozárabes de aquella comarca, acudieron á reunirsele, aclamándole todos por su caudillo. Acudieron asimismo á la fama de su valor muchos de los mismos musulimes, gente aventurera, rebelde y facinerosa, que no conocia mas ley ni religion que la espada y el interés del despojo, con lo cual viendo Omar reunido razonable escuadron, marchó con ellos al monte de Bobaxter, que escogió por su plaza de armas y centro de su rebelion.

El nuevo castillo de *Bobaxter* empezado á edificar por Omar Ebn-Hafsun, mirábase como ya lo apuntamos, sobre una inaccesible cumbre, tan alta que las nubes en vez de coronar su cabeza, se amontonaban á sus pies y bajo sus riscos derramaban sus raudales las lluvias. El lugar era inexpugnable y fortísimo por natu-

raleza, pues si de una parte solo tenia acceso por una estrecha senda abierta entre matorrales y peñascos, por las demás le rodeaban riscos inaccesibles, y al pie de un inmenso tajo miraba correr entre lirios y adelfas las impetuosas y murmurantes aguas del caudaloso rio *Guadibinnas*, llamado así por las viñas que tapizan las inmediatas laderas (1).

Sobre la vasta mesa que se forma en aquella cumbre, formidables lienzo de murallas que allí se conservaban, restos sólidos todavía de un antiguo y fuerte castillo romano, habian aprovechado á Omar poco tiempo antes para la obra de una nueva fortaleza: El walí de Raya, no recelándose la vuelta de Omar desde que habia entrado al servicio del emir, se habia contentado con reforzar el castillo con algunas obras nuevas y enviar á él un escaso presidio de gente, que presto fue desalojado en un asalto repentino que le dió la gente de Omar. Este con mejor consejo levantó en aquella altura grandes y fuertes torres, fundó un alcázar, abrió algibes y aseguró, en fin, aquel lugar con todo apresto de defensa (2). Así Bobaxter llegó á ser como dice un autor árabe (3) el mas fuerte é

(1) El lugar que describimos llamado bajo la dominacion árabe *Baxter*, *Borbaxter* y mejor *Bobaxter*, es conocido hoy con el nombre de las *mesas de Villaverde*, que distan como legua y media al occidente del moderno pueblo de Carratraca. Las mesas de Villaverde forman la cumbre de un altísimo y escarpado monte, que allanándose algun tanto hácia el rio, presenta los restos de una gran muralla que ceñia en lo antiguo toda la poblacion de Bobaxter. A la derecha y en el paraje mas elevado se conservan en parte los muros del antiguo castillo, que dominan una inmensa profundidad, por donde al bajar la vista estremecida se descubren las espumosas aguas del inmediato rio que circuye gran parte del monte, haciéndole así mas inaccesible. A la izquierda y á lo lejos alcanza la vista el pintoresco y magnífico Torcal de Antequera y mas cerca las ruinas de la antigua y célebre Nescania. Esta noticia sobre la situacion de Bobaxter, que debo á las investigaciones del Excmo. Sr. D. Serafin Estébanez Calderon, consignadas en la parte árabe de su excelente *Historia de la Milicia española*, se comprueba mas y mas por el itinerario de Córdoba á Bobaxter, que hallará el lector en el cap. VII de esta leyenda. En cuanto al rio *Guadibinnas*, que celebran los historiadores árabes, nombre compuesto del árabe *wadi*, rio, y el latino *vineas*, debe ser el llamado hoy Guadalupe, que naciendo entre Loja y Archidona y entrando por el término de Antequera, pasa entre el monte de Villaverde y otro frontero, siguiendo después su curso hácia el S. hasta desaguar en el Mediterráneo cerca de Málaga.

(2) Segun Ebn-Alcuthia, dirigió las obras de Bobaxter un alarife llamado el *Tachubi*, el cual tenia una esclava nombrada por su señor la *Tachubia*, de la cual prendándose Omar la tomó á su amo, y de ella tuvo á su hijo Abu-Suleiman.

(3) *Bayan Almoghreb II.* 108.

inexpugnable castillo de todo el Andalus y el seguro asiento y capital del nuevo estado que se proponia fundar el hijo de Hafsun.

Desde Bobaxter envió Omar sus emisarios y espías por toda aquella comarca y las demás de Andalucía con mensajes que incitasen las gentes á la rebelion, ofreciendo á los muladíes protegerlos contra la altivez y demasías de los antiguos musulmanes; á los mozárabes y agemíes hacer respetar sus propiedades y derechos concedidos por los árabes conquistadores, librándoles de la opresion de los magnates y señores de la tierra; á los mismos xeques árabes ayudarles para recobrar la autoridad é imperio que á cada uno correspondia en su tribu y cabila y les habian sido usurpados por los emires y wálles nombrados en Córdoba. Por último, ofrecia dar amparo á todos los agraviados y perseguidos y concluia sus proclamas (1) con semejantes razones.

—Yo á nadie fuerzo á seguir mi bandera ni quiero ser rey, pero sabré ser valedor y patrono de cuantos se acojan á mi inexpugnable castillo de Bobaxter y á las comarcas, que pobladas por hombres de diferentes razas y religion, quieran disfrutar bajo mi gobierno de una ley equitativa é igual con todos y de la paz y reposo que hoy no gozan bajo el imperio de los califas.

Tambien despachó otros mensajes á los cristianos fronterizos de Galicia (2) y Afranch llamándolos á su auxilio, representándoles como aliciente y recompensa, además del servicio que prestarian á Dios ayudando á la emancipacion de sus hermanos, notables y ciertas ganancias de gloria y de fortuna que hallarian en la division y guerras intestinas del estado árabe.

(1) Véase el núm. II del Apéndice, en donde traducimos literalmente el texto de la proclama de Omar.

(2) Por este tiempo reinaba en Galicia el insigne y victorioso monarca D. Alonso III el Magno, á quien sin duda las revueltas que levantó Omar en la España árabe ayudaron mucho para el notable progreso que dió á la restauracion de los cristianos conquistando muchas plazas.

CAPITULO IV.

Se apodera Omar de algunos castillos.—Hace alarde de su gente.—Amer se aconseja de Sidi-Ibrahim.—Sufrimientos de Meriem.—Omar entra por sorpresa en Archidona.—Su entrevista con Meriem y Amer.—El emir Mohammed le despoja de su conquista y de Meriem.

Con tales llamamientos, de todas partes empezaron á acudir auxiliares en favor de Omar, así aventureros como sediciosos, rumanes como musulmes, y sobre todo los muladíes y mozárabes de toda el Andalucía. Con ellos se fué apoderando, ya por fuerza, ya por astucia, de muchos pueblos y lugares de aquella comarca, entre ellos el castillo de Autha, el de Mixas (1), llave de una gran sierra, y la fortaleza de Comares (2) con que ya amenazaba á Málaga, capital de aquella region.

Logradas estas empresas en breve tiempo, y sin que el wakh Amer supiera atajar el naciente fuego de la guerra civil, Omar deseoso de llevar á cabo mayores conquistas, quiso reconocer sus fuerzas y para ello hizo alarde de sus tropas ya escogidas y numerosas. Omar para mantener en ellas el orden y la disciplina,

(1) Hoy villa y poblacion considerable al pie de la sierra del mismo nombre, á 5 leguas de Málaga.

(2) Villa situada sobre un risco á 4 leguas de Málaga.

las habia distribuido en diferentes cuerpos, segun la raza á que cada cual pertenecia, y así parecieron en el alarde y revista bajo la mano de los siguientes caudillos:

Haretz Ebn-Hamdun que capitaneaba á los *Benu Rafaa* y otras cabilas y soldados árabes.

Ixun, caudillo de los muladíes, en cuyo número se contaban los *Benu Mathruh*, cuyos capitanes eran *Harb*, *Aun* y *Thalut*.

Hafs Ebn-Almareh, y *Mohammed Ebn-Yahia Ebn-Bozail*, alcaides de los agemíes ó mozárabes, y por último:

Servil, caudillo de un pequeño escuadron de caballeros cristianos venidos de allende la frontera, hombres aventureros y agueridos en las campañas contra los moros.

Con estos alcaides y escuadrones que formaban una hueste de tres ó cuatro mil hombres entre peones y ginetes, marchó Omar con direccion á la plaza fuerte de *Hisn Arxiduna*, hoy Archidona, asentada en los montes que dominan la cora de Raya. Omar mas seguro de lograr su intento por ardid que no por cerco formal, á causa de la mucha fortaleza de la plaza, condujo allí á su gente á favor de la noche y de caminos extraviados.

Hé aquí la causa de la atrevida empresa de Omar. El walí de Raya Amer, por estar mas cerca del teatro de la rebellion y evitar que su fuego se corriera á comarcas mas septentrionales, habia trasladado su residencia desde Málaga á la plaza fuerte de Archidona, llave de aquella region y capital que habia sido en otro tiempo de Raya.

Consigo habia llevado á su pupila y adorada Meriem, cuyo amor habia tomado mayor imperio en su corazon desde que sintió el aguijon de los celos y el despecho por su indiferencia. Ya el walí Amer rompiendo el dique de su antigua indulgencia y moderacion, irritado al ver que Meriem le posponía á un hombre de tan humilde linage y condicion como Omar, empezaba á valerse de los medios de la fuerza y el rigor, para vencer el rebelde corazon de la que amaba. El profundo enojo de no haber podido acabar con tan desigual adversario y de verle presentarse nuevamente á la cabe-

za de un terrible alzamiento, se aumentaba mas con la sospecha de que Meriem le habia puesto en libertad; y así el amor y el resentimiento le incitaban juntamente contra su desdichada protegida.

Un resto de sus sentimientos humanos y religiosos indujo á aquel muslim recto y honrado hasta entonces, á aconsejarse en el caso de un alfaquí que andaba en olor de santidad. Pero este, que era un africano fanático llamado *Sidi Ibrahim*, le declaró que sin escrúpulo de conciencia podia obligar á Meriem á que fuese su esposa y satisficiese su liviana pasion, puesto que Mahoma consideró los bienes y presas de los infieles rebeldes, sin excluir á sus mugeres é hijas, como el justo galardón y trofeo debido al musulman que trabajaba en el algihed.

—Si esa muger, le dijo Ibrahim, en ofensa tuya dió libertad á un perro renegado y todavia haciendo este armas contra tí, le quiere por esposo, no debes ya guardar consideracion con ella, sino mirándola como una presa del enemigo, destinarla para tu regalo y solaz. Porque si bien es cierto que nuestros usos y leyes prescriben la tolerancia con los conquistados y sometidos, esto no se entiende con los traidores, rebelados y apóstatas. Yo en nombre de Alláh excelso te eximo del vínculo y deber de hospitalidad y proteccion con que te obligaste en favor de Meriem, y en su nombre tambien te la entrego como un despojo de la guerra.

Amer incitado por su delirante amor y tranquilizado en sus escrúpulos por los consejos del santón, empezó desde aquel dia á acosar á su infeliz pupila con sus amorosas instancias, usando á veces de la persuasion y las promesas mas incitadoras, y como estas eran inútiles, dejándose llevar con mas frecuencia á los extremos del rigor y las amenazas. Meriem sufría estas persecuciones con la resignacion y paciencia de una cristiana, manteniendo siempre en su corazon la constancia y fidelidad amorosa jurada á Omar, y en su mente la esperanza de su libertad y la de su pueblo mozárabe, que, como ella, gemia en la opresion y cautiverio.

Animada de una pasión juntamente tierna y heroica, amaba en Omar al hombre elegido por su corazón desde la niñez y al que consideraba como futuro libertador de su raza y grey esclavizada, y por lo mismo le profesaba un sentimiento sublime y santo que no dudaba en encomendar á Dios en sus fervientes oraciones.

La noticia de sus padecimientos llegó á Omar, y así para procurarle la libertad, arrancándola del poder del walí, se resolvió á intentar la difícil conquista de Archidona, la fuerte y antigua reina de los alcázares (1).

Segun su plan, el caudillo muladí, habiendo caminado toda la noche por sendas extraviadas, aunque de él y los suyos bien conocidas, llegó con su gente al pie de Archidona, cuya población y alto castillo envueltos en las nieblas de los montes, apenas se dejaban ver á la primera luz del alba. Omar ordenó que tres de sus escuadrones diesen el asalto á la plaza por tres partes distintas, y él con el trozo escogido que capitaneaba en persona, encaminándose á la puerta principal, ganó con escalas una torre inmediata. Los guardas de la puerta desprevenidos y abrumados por el sueño fueron acometidos y degollados en breves momentos por la gente de Omar. Animado con tan buen suceso, mientras los otros escuadrones entraban en la población por diferentes puntos y se reunían en sus calles, Omar acometió al fuerte alcázar en donde residía el walí bien ageno del peligro que le amenazaba. Ayudándose tambien de escalas, Omar y sus valientes ganaron las almenas del castillo, donde despertándose con susto el walí Amer y su guardia, se levantó de improviso gran estruendo y alboroto. Los gritos de las mugeres, el estrépito de las armas, los alaridos de los moros espantados y las voces animosas de Omar y los suyos ensordecian los aires.

Omar discurre frenético por el alcázar en busca de Meriem y la encuentra en fin, que se levantaba pavorosa y trémula con el es-

(1) El nombre árabe Arxiduna, hoy Archidona, es corrupción del latino *Arx udumina*: la fortaleza señora ó la reina de los alcázares.

truendo, y clamoreo. Abrumada por largos padecimientos, aterrada siempre con las amenazas y arrebatos del enamorado moro, después de largas noches de insomnio, acababa de lograr el beneficio de un sueño reparador, cuando despertándose sobresaltada, la infeliz creyó llegado el trance de mayores desdichas. Pero como un lirio del valle, cuando mas fatigado con el ardiente rayo del sol deja caer marchitas sus hojas, si por ventura pasajera nube le regala con benéfica lluvia, vuelve á erguir su mustia córola y se muestra rejuvenecido y sonriente, así Meriem al ver junto á sí al hombre á quien amaba y mirarle á la cabeza de sus soldados con la satisfacción del triunfo y buscando al objeto de su amor, pareció despertar á una nueva vida de alegría y felicidad.

—Bien hallada seas, Meriem, la dijo Omar con inexplicable júbilo: si hasta ahora te hallas hecha un mar de amarguras, justificando tu nombre (1), desde hoy á mi lado libre, adorada y reina de mi corazón, quiero que disfrutes tal felicidad y consuelos que te hagan olvidar los pesares que por mí has sufrido. Héme aquí que puesto á la cabeza de la gente cristiana de esta comarca, he emprendido la obra difícil pero gloriosa de su restauración, y fuerte ya y apoderado de muchas plazas, he podido venir á librarte de la esclavitud y sufrimientos en que vivias.

—Mi amor te lo premiará: mas ya que Dios te concede la victoria, hazte digno de ella, aprovechándola en bien y honrándola mas con la moderación y la clemencia. Que los cristianos restaurados vean en tí, no un sultán ó un rey, sino un padre.

—Tales son mis propósitos, y tú verás como lo cumplo si Dios me otorga que vea lograda la alta empresa á que aspiro.

En este momento el walí Amer aprisionado por la gente de Omar, era traído á la presencia de su caudillo. El pesar de verse comparecer vencido y preso ante aquel á quien en otro tiempo habia tratado con rigor y afrenta, no debió mortificar tanto á Amer

(1) *Meriem* significa mar de amargura, por derivarse este nombre de *mer* y *yem* que en hebreo y árabe significan amargura y mar.

como el mirarle dueño de la muger que con tan frenética pasión adoraba.

La buena y generosa Meriem dirigió sus miradas al desdichado Amer, y compadeciendo su triste situación, olvidó los dolores con que la habia abrumado. Movida de este sentimiento, dijo á Omar con acento persuasivo:

—Por el Dios de indulgencia á quien adoramos, yo te suplico que no veas en este hombre á tu enemigo de ayer y á tu prisionero de hoy, sino al que humano y benigno fué durante largo tiempo mi padre y valedor.

—¡Oh Meriem, hija mia! exclamó enternecido Amer: tu eres tan indulgente y noble conmigo, como yo fui contigo duro y tirano, queriendo injustamente obligarte á mi amor. Hoy sin embargo eres mi abogada y patrona: que Alláh te lo premie. Y luego dirigiéndose á Omar añadió:

—Hé aquí al que en otro tiempo tu walí y señor, hoy se vé obligado á reclamar tu indulgencia... Alláh lo quiere, y, ¿qué puede el hombre contra sus altos decretos? Si tu me concedes la vida y libertad por la intercesion de la muger á quien amas y por los sentimientos de misericordia de que os gloriais los cristianos, yo te aclamaré por el mas generoso de los hombres.

—Los títulos que invocas para mi indulgencia, son suficientes para que olvide todos tus agravios. Vida, libertad y hacienda, todos estos bienes te los reservo: marcha á disfrutarlos donde gustes. Quiero que tu hagas entender á todos los musulmes que yo no intento despojar á ninguno de sus bienes ni oprimirle é imponerle un imperio forzoso, sino que todos, así cristianos como musulmanes, gocen bajo mi gobierno de iguales derechos y libertad.

Pero aun no era llegado el momento destinado por Dios para aquel gran resultado y la emancipacion de su pueblo oprimido. En tanto que Omar apoderado de Archidona, recibia los homenajes y sumision del walí de Raya, el poderoso califa y emir del imperio árabe de España, el glorioso é ilustre vástago de los Umeyas, Mo-

hammed Ebn-Abderrahman, se presentó á vista de aquella plaza á la cabeza de una numerosa hueste de infantería y caballería musulímica.

El emir, muy alarmado por los progresos de aquella temible sublevación dirigida por Omar, había juntado sus ejércitos para acudir al peligro, y como le avisasen sus espías de que el caudillo muladí intentaba acometer á Archidona, había caminado la vuelta de esta plaza con sus escuadrones, llegando pocas horas después de la entrada de Omar. La gente de este caudillo, ocupada todavía en combatir á los moros de la plaza, no pudo defenderla contra la poderosa hueste del califa, que entrando en Archidona, pronto con la inmensa superioridad de su número logró arrancar á Omar su conquista.

El alcaide del castillo de Archidona acababa de traer las llaves de la plaza para entregarlas á Omar, cuando entre el alboroto del combate nuevamente renovado, los estandartes del Islam, que solían preceder al califa, aparecieron en manos de los *hamel-liwás* (1) en la entrada del salón principal del alcázar y luego se presentó el augusto emir ante los asombrados ojos de Omar y de Amer.

—Los loores sean dados á Alláh, dijo el califa con voz solemne é imperiosa, que me permite llegar á tiempo para salvar esta plaza de la mano de los infieles. Tú, flaco y cobarde Amer, cesas desde hoy en el cargo de walí de la comarca que no has sabido defender, el cual confiero desde hoy al noble y valeroso alcaide y buen creyente *Abdelaziz Ebn-Alabbás*.

Amer que iba á poner las llaves de la plaza en manos de Omar, avergonzado y confuso, las presentó con mano trémula al emir Mohammed, el cual las entregó á Abdelaziz que venia á su lado.

—¡Oh Abdelaziz! le dijo el califa: procura no imitar la flaqueza de tu antecesor, y antes que sucumbir á los infieles y rebeldes ar-

(1) Porta-estandartes ó abanderados.

rostra la muerte por mi fé y obediencia, con lo cual lograrás el paraíso y las huríes de negros ojos.

Dicho esto, fijó sus miradas en la hermosa Meriem, que atribulada y confusa temblaba como la paloma ante el halcón, y mostrándose admirado de su belleza, dijo á Amer:

—Ya sé que esta preciosa doncella es una cristiana encomendada á tu amparo, y puesto que no has sabido defenderla como á la plaza y comarca fiada á tu gobierno, yo también te privo de ella. Su hermosura la hace agradable á mis ojos y yo la acojo bajo mi protección: ella como flor peregrina y preciada dará ornato al jardín de mi harem.

El historiador de este suceso no halla palabras bastante expresivas para pintar los diferentes sentimientos que en este instante agitaban á los actores de aquella escena. Baste á su insuficiencia referir su resultado. El emir, asegurada la plaza bajo su señorío y dejándola bien guarnecida, dió la vuelta á Córdoba con la hermosa Meriem y la mayor parte de los guerreros de Omar cautivos; Amer se retiró á ocultar en un oscuro rincón de la comarca su dolor y su vergüenza, y Omar no pudiendo salvar por entonces á Meriem, escapó como pudo con las reliquias de su hueste, volando á refugiarse en Bobaxter.

Cuentan que Omar Ebn-Hafsun al llegar á aquel castillo, envió al emir Mohammed una carta con estas razones:

«Guárdate, poderoso emir, de agraviar á esa doncella cristiana Meriem, pues el menor ultraje en su honra ó en su vida sería vengado por mí con torrentes de sangre árabe. Si en la gazúa de Archidona me has arrancado dos presas de gran valía, bien sabrás que la fortuna de las armas está en manos del Dios de los ejércitos. Atiende pues, mis razones: si devuelves á los mozárabes y demás cristianos de tus reinos sus antiguos derechos y consideraciones, yo seré el mas humilde de tus vasallos. Si por el contrario, los vejas y maltratas, todos conmigo se alzarán contra tí; y acaso esa opulenta y corrompida Córdoba será arrastrada por el torrente despeñado de este monte salvaje. Pero si la fé en tu ley y

tu causa te retrae de hacer justicia á los míos y fías en tu valor y la razon, yo te provocho á que en el tiempo y ocasion que mas te placieren, midas conmigo tus altivas armas, y triunfando el que sea mejor de nosotros, se ahorre sangre y ruina. Alláh te guarde.»

Tales eran los alientos de Omar en los mismos días de su infortunio.

CAPITULO V.

Notables aumentos y conquistas de Omar. — Desafía al califa Mohammed. — Le vence en combate parcial. — Es derrotada su hueste al pie de Hisn-Bolay. — La rehace y marcha contra Córdoba.

Los nuevos golpes de la enemiga fortuna no habian sido bastantes para abatir el invencible ánimo de Omar, sirviendo por el contrario para que escarmentando de sus antiguos desafueros y desórdenes de su mocedad, procurase ser tenido, mas que por un capitan de bandoleros, por el caudillo de un pueblo y el defensor de una creencia. Al abrigo de la inexpugnable fortaleza de Bobaxter, Omar tuvo tiempo para restaurarse de la pérdida sufrida, reemplazando las bajas de sus escuadrones con nuevos refuerzos de mozárabes, muladíes y cristianos que á él acudian sin cesar.

Con ellos Omar Ebn-Hafsun bajaba frecuentemente del castillo, acometia las plazas y lugares sujetos á la obediencia del califa, y recogiendo la presa, la repartia equitativamente con todos sus soldados, á quienes trataba con gran generosidad, amor y llaneza, sin distinguir mas que á los valientes, diestros y virtuosos. Asi Omar se aseguraba el afecto y lealtad de sus subordinados, é incitaba á muchos para que se alistasen en sus banderas.

El esfuerzo y buenas prendas de Omar volvieron á inclinar en su favor á la caprichosa fortuna, aumentándose de cada dia sus fuerzas y poder, creciendo el número de sus auxiliares y apoderándose de muchos lugares y castillos, parte tomados por fuerza de armas y parte por avenencia; por estar poblada la mayor parte de aquella cora de mozárabes y muladíes.

El califa, viendo las gigantescas proporciones que tomaba aquella sublevacion, envió grandes refuerzos al formidable castillo de Ronda, al de Sajra Gauzan (1), al de Estepa, al de Cámara, de Antequera, y otros baluartes cercanos, como tambien á sus alcaides con numerosos escuadrones para que combatiesen al rebelde en sus fortalezas ó le atrajesen á batalla campal. Empero Omar, asistido del valor y la pericia militar, aunque sin atreverse á un combate en el campo, fué acometiendo y ganando las plazas vecinas, y de allí pasando á expugnar las mas apartadas, siendo una de las que rindió la de Archidona, en donde puso por alcaide al valeroso Ixun, caudillo de los Benu Mathruh.

Conquistada Archidona, dirigió Omar sus intentos contra la cora ó territorio de Elvira (2). Entrando por esta comarca, á la cabeza de seis mil combatientes, llegó hasta Montexicar (3), castillo muy fuerte situado en el clima de Borgiela Cais; y como le saliese al encuentro un alcaide del emir, llamado Ali Yahya Ebn-Sucala, le venció en un combate y se apoderó del castillo (4).

Sabida por el emir Mohammed la derrota de Ali, envió en su

(1) La roca de Gaucein, hoy pueblo considerable y cabeza de partido en la provincia de Málaga, á 8 leguas de esta capital y 6 de Ronda.

(2) Nombre corrompido del antiguo Iliberis. Desaparecida esta ciudad en los primeros siglos de la dominación árabe, solo el nombre de Elvira quedó en aquella comarca, cuya capital vino á ser Granada.

(3) Hoy villa del partido de Híznallóz, á 4 leguas de esta poblacion y 9 de Granada.

(4) Asi lo cuenta Ebn-Aljathib. Segun otros, Montexicar se ganó por dos renegados llamados *Nail* y *Xomais*, que servian como capitanes en la hueste de Omar.

lugar con el título de wakí de Elvira á un capitan distinguido llamado Chad. Pero Omar, con igual fortuna le derrotó en una batalla, y Chad rendido, le reconoció por su señor, tomando las armas en su servicio.

Entonces el califa nombró un tercer caudillo para que defendiese la comarca de Elvira contra Omar, que fué un capitan muy valeroso y emir de los árabes moradores de aquella cora, nombrado *Sawar Ebn-Hamdun*, el Caisi, el cual como se hubiese sublevado en *Mont Xacund* ó monte segundo, plaza fuerte de aquella tierra, el emir le perdonó y atrajo con grandes mercedes á su servicio para oponerle á Omar. Sawar llamó á las armas á la gente árabe de las dos coras de Jaen y Elvira, y reuniendo numerosa hueste presentó la batalla al hijo de Hafsun.

En este encuentro, Omar llevó la peor parte y se vió obligado á huir; pero al cabo en otro combate reñido en los campos de Elvira, logró desbaratar al caudillo árabe, poniéndole en huida. El alcaide Chad, que militaba en la hueste de Ebn-Hafsun, corrió en persecucion de Sawar, y haciéndole prisionero le cortó la cabeza, enviándosela á Omar.

Con la derrota y muerte desastrada de Sawar, el caudillo muladí se apoderó fácilmente de todas las plazas mas importantes de aquella cora, hasta llegar á Baza y entró con pompa de vencedor en *Medina Garnatha* (1). Aquel dia Omar, para escarmiento de sus enemigos, hizo elevar sobre una pica la cabeza de Sawar sobre la puerta principal de la Alhambra, fuerte y magnifico alcázar que aquel noble emir habia empezado á edificar como regia corona para adornar la frente de aquella ciudad de flores y delicias (2). Despues hizo llevar aquel sangriento trofeo á su fortaleza de Bobax-

(1) Hoy Granada, ciudad fundada poco antes cerca de la antigua Iliberis.

(2) Dice Ebn-Aljathib que Sawar edificó la Alhambra de noche y á la luz de antorchas, y que por esto se llamó Alhambra, que significa la roja. Nosotros creemos mas vorosímil que la Alhambra debió este nombre al que la aumentó y embelleció mucho sino es que la fundó, que fué el célebre Alahmar (el rojo) padre de la dinastía Nasserita.

ter, para terror de los árabes sus adversarios. Además, irritado contra la gente de Elvira por su larga resistencia, impuso á sus naturales grandes garramas y otros tributos.

Sometida la cora de Elvira, Omar nombró por wali de ella á su capitan Hafs Ebn-Almareh, y luego marchando hácia la de Raya, cercó y tomó espada en mano la plaza fuerte de Alhama (1). Desde aquí revolvió sobre la comarca llamada de la Vega (2), y como le saliese al encuentro su gobernador *Abdallah Ebn-Samaa*, le venció en un combate, con lo cual se le rindieron las plazas y lugares de aquella region.

Para asegurar su dominacion en aquella comarca, reparó y guarneció bien sus castillos y edificó ó restauró con grandes fortificaciones para que sirviesen como de plazas de armas y llaves de aquellas regiones, los castillos de *Xubiles* (3) y *Monterrubio* (4) asentados en las mas empinadas cimas de las Alpujarras. Sojuzgadas las tres coras de Raya, Elvira y Vega, y no teniendo ya quien se le opusiese en aquella tierra, resolvió dilatar sus conquistas por las comarcas de Jaen y Córdoba.

En estas empresas fué igualmente afortunado, pues rindió á Baeza y á Ubeda, fortaleza poco antes construida por Sawar en la cumbre de una loma, y como se alzasen en su favor los cristianos mozárabes de *Castoluna*, hoy Cazlona (5), Alcabzic, hoy Alcaudete (6), y otras poblaciones, en poco tiempo redujo á su dominacion la mayor parte de la cora de Jaen.

Pero lo mas calamitoso para el soberano de Córdoba, y que no

(1) Hoy ciudad y cabeza de partido á 7 leguas de Granada y 7 de Málaga.

(2) Este nombre derivado del árabe *becaa*, campo, fué aplicado por los árabes de España á las comarcas que se extienden desde el mediodía de Granada hasta Almería en las faldas de las Alpujarras y Sierra-Nevada.

(3) Hoy lugar de las Alpujarras á 12 leguas de Granada y 4 de Albuñol.

(4) Dice el Bayan que era un monte fortificado entre las coras de Jaen y Elvira sobre el camino de Pechina.

(5) Hoy solo se hallan las ruinas de esta poblacion que fué la antigua Castulo, una legua al sur de Linares en la provincia de Jaen.

(6) A 6 leguas de Jaen y 9 de Granada.

le permitió desplegar todas sus fuerzas para reprimir la rebelion de Omar, fué que al ejemplo de este, otros muchos caudillos y hombres poderosos se alzaron en diferentes comarcas contra la autoridad del califa, aclamándose emires ó príncipes independientes (1). Algunos de ellos, inducidos por la fama y poder de Omar, le ofrecieron su amistad y alianza, aumentando así sus fuerzas y recursos (2).

Con tales ventajas, Omar Ebn-Hafsun, viéndose ya dueño de parte considerable de la Andalucía, sin que las huestes y capitanes del emir fuesen suficientes para contener el torrente que inundaba sus estados, creyó llegada la hora de cumplir sus amenazas contra el califa Mohammed y libertar á la infeliz Meriem de la esclavitud en que yacia.

Con tal resolucion, reunido numeroso ejército, entró á su cabeza por la cora de *Cambania* (3), marchando contra la misma ciudad de Córdoba, cabeza del imperio árabe y silla de sus emires. Acometió á Cabra, ciudad y fortaleza importante de aquella comarca, la

(1) Para no llenar el texto de nombres extraños y embarazar la accion de la leyenda, reservamos para esta nota los nombres de los emires que se alzaron por este tiempo á semejanza de Omar. Los mas dignos de mencionarse, además de Sawar ya referido, son:

Daisam Ebn-Ishac que se alzó en Murcia.

Obeidallah Ebn-Umeia, en Jaen.

Abderrahman Ebn-Meruan, en Mérida y Badajoz.

Abdelmelic Ebn-Abichumaa, en Beja y Mértola (en Portugal).

Mohammed Ebn-Abdelquerim, en Alcalá alward, hoy Alcalá de los Gazules.

Becr Ebn-Yahya en Santa María de Ocsunoba, hoy Faro en Portugal.

Suleiman Ebn-Mohammed el Siduni, en Xerez y Medina-Sidonia.

Abu-Yahya, el *Tochibi*, en Zaragoza, y así otros varios en diversas comarcas de la España sarracena.

(2) Estos, que estrecharon alianza con Omar Ebn-Hafsun, fueron:

Ibrahim Ebn-Hachag, que se alzó con los árabes de Sevilla, y uniéndose con aquel caudillo, conquistaron juntos algunas plazas del califa.

Jair Ebn-Xaquer, que se habia rebelado en Xodar de Jaen.

Said-Ebn-Hudzeil, en Monteleon, castillo de Jaen.

Said-Ebn-Mastana, señor de Luque, en la Vega, con los castillos de Alia, Riberas y otros. Hállanse estas noticias en el Bayan Almoghreb II. 138.

(3) Nombre derivado del latino *campus*; hoy la campiña de Córdoba.

entró espada en mano, y pasando de allí al fortísimo castillo llamado *Hisn Bolay* (1), la combatió y ganó con igual fortuna.

Desde esta plaza distante solo siete leguas de Córdoba, Omar envió un mensaje al califa Mohammed, encareciéndole los progresos de sus armas é intimándole que le entregase á su amada Meriem, ó de lo contrario saliese á medirse con él en el campo, pues de otro modo estaba resuelto á marchar á cercarle en su mismo alcázar de Córdoba.

Este mensaje halló al califa en los jardines de su alcázar, en donde requería de amores, aunque inútilmente, á la cristiana Meriem. Dios que se complace en probar á los justos, como oro purísimo, en el crisol de los infortunios para hacerlos después merecedores de mayor gloria, permitió que apenas libre de la opresion de Amer, la infeliz doncella pasase á sufrir iguales y aun mayores amarguras y persecucion en poder del soberano de los infieles. Destinada al harem, quiso su desgracia ó tal vez su fortuna, que aun tiempo concibiesen por ella la mas ardiente pasion el emir Mohammed y su hijo Almondzir, príncipe valeroso y que se señaló mucho en estas guerras con Omar.

Almondzir, viendo al califa su padre enamorado perdidamente de Meriem, refrenó al principio su naciente amor; pero conociendo al cabo que ella le desdeñaba, quiso tentar fortuna, y con esperanza de merecer el afecto de la hermosa nazarena, la defendió encubiertamente contra las persecuciones de su padre.

Ya hemos dicho que el califa Mohammed recibió el mensaje provocador de Omar, mientras tierno y galante como buen árabe, procuraba captarse el afecto de Meriem. Aquel reto no tenia otra respuesta que salir al campo con la hueste y aceptar el combate; pues de otro modo Omar, ya dueño de *Hisn Bolay*, en su valor y audacia, no tardaria en presentarse ante las murallas de Córdoba. Mohammed, pues, dió sus órdenes para que al punto se

(1) Hoy Aguilar de la Frontera, villa y cabeza de partido, 7 leguas al sur de Córdoba. Otros cuentan que Omar edificó aquel castillo como frontera contra los califas de Córdoba.

reuniese en el *Fahs-assoradie* ó campo de los pabellones toda la gente de guerra que habia en la corte y en las comarcas vecinas.

Allegada así poderosa hueste, el emir marchó á su cabeza camino de Bolay, en donde debia pelear por su imperio, por la gloria de los califas, por la religion musulmana y hasta por la muger de su amor, pues todo se hallaba amenazado por Omar. Celoso Mohammed de su hijo Almondzir, le envió entre tanto á cercar el fuerte castillo de Alhama (1) que guarnecia Haretz Ebn-Hamdun, caudillo de los Benu-Rafaa al servicio de Ebn-Hafsun,

Semejante á una inmensa bandada de langostas, el ejército musulmán vino á cubrir los campos que domina la fortaleza de Bolay, retumbando la tierra bajo los ferrados cascos de la numerosa caballeria y ensordeciendo los aires el clamor de los soldados musulimes ansiosos de victoria y venganza. Desde las almenas del fuerte descubrió Omar la formidable hueste del califa, cuyos cascos, escudos y lanzas al reflejar los rayos del sol poniente, semejaban una inmensa selva de fuego, que parecia destinada á abrasar al castillo y á sus defensores.

Pero Omar no se arredró: al otro dia por la mañana sacó al campo el grueso de sus escuadrones, dejando emboscadas muchas de sus compañías en ciertos hondos barrancos y espesas arboledas que se extienden al pie del alto castillo.

El emir Mohammed y sus alcaldes arremetieron valerosamente al ejército de Omar, el cual despues de alguna resistencia aparentó ceder al mayor número de los contrarios, y empezó á desbandarse por el campo. El califa, dejándose llevar de una confianza prematura, mandó á los musulimes que persiguiesen á los fugitivos y no dejasen entre ellos persona con vida. En tanto con la flor de sus escuadrones, marchó á cercar el castillo, pero cuando se me-

(1) Esta Alhama no es la de Almeria como creyó el historiador Conde: I, 317, sino la de Granada, entonces sujeta á la jurisdiccion de Málaga; hoy es ciudad á 7 leguas de Granada y otro tanto de Málaga.

tian temerariamente entre las enramadas y barrancos, salió Omar con su gente emboscada y los acometió tan briosamente que los desordenó é hizo en ellos gran matanza.

En medio del tumulto y confusion de la pelea, Omar buscó al califa Mohammed, y rompiendo á fuerza de lanzadas el muro de valientes árabes que le rodeaba, logró llegar hasta él.

—¡Oh! poderoso emir, le dijo: harto trabajo y tiempo me ha costado el hacerte acudir al duelo á que te provoqué, para satisfacer los rencores que guardaba contra tí mi corazón desde el día memorable de Archidona. Pero antes de que un combate á muerte haga rodar una de nuestras cabezas, dime qué es de la infortunada Meriem á quien me llevaste cautiva.

—¡Oh! perro Omar, maldígate Alláh: si es permitido al califa y emir del Andalus, responder al reto y á las demandas de un miserable rebelde, yo te diré que Meriem es feliz bajo mi patrocinio y con los cuidados y delicias de mi amor. Ahora bien, las palabras son ociosas en este trance: desnudemos las espadas, pues quiero reparar con tu muerte el daño que has causado en mi hueste con tu villano ardid, ya que no osaste resistirla en la llanura.

—Usando de un ardid, replicó Omar, no he quebrantado las leyes de la guerra. Pero ahorrando palabras, encomendemos á nuestros aceros la satisfaccion de nuestros agravios; pues yo te juro que aunque Meriem vencida por tu violencia haya admitido tu amor, que Dios maldiga, no has de gozarle.

A una señal del califa y otra de Omar, los caballeros musulmes y cristianos que asistian junto á ambos caudillos apartáronse, dejando en medio un ancho círculo para que los dos rivales pudiesen satisfacer su cólera y sus resentimientos.

—Por Alláh, por los musulmes y por Meriem, exclamó el califa desnudando una espada forjada en Damasco, tan tersa y brillante que parecia un canal de agua cristalina.

—Por Dios, por los cristianos y por María, gritó Omar desenvainando su tizona, presea de gran precio que le habian regalado los mozárabes de Toledo.

Como un arroyuelo se precipita bullente sobre el vasto cristal de un lago, rizando mas sus olas ondeadas por la brisa, asi pareció la espada de dos filos del emir, cuando movida por un brazo poderoso, hirió en la escamosa armadura de Omar. Pero este reparó los golpes del enemigo con calma y maestría, y le asestó por su parte tajos tan tremendos que harto trabajo le costó á Mohammed el repararlos con su ancho escudo.

Impetuosas, veloces y brillantes como los rayos, primero las espadas y despues las lanzas de los dos combatientes surcaron repetidas veces el aire, penetrando á veces, no sin graves lesiones, tras las escamas y anillos de las corazas y en los lomos de los corceles. Pero asi como repetidos golpes de los relámpagos hien den al fin las opacas nubes, las espadas y lanzas rechazadas apenas por el acero de las armaduras, se hundieron una y otra vez en los cuerpos de los oscuros bridones (1), que cayeron al fin, dejando en pie á sus ginetes.

Hasta entonces la fortuna habia sido igual para los dos contendientes, pero al renovar la pelea á pie, Omar que era de mas aventajada estatura y mas tenaz é incansable, permaneciendo firme é impertérrito contra el califa ya fatigado y vacilante, le derribó al suelo de una estocada mas tremenda. La sangre brotó como saltadora fuente de la profunda herida que recibió Mohammed en el hombro derecho, inhabilitando su brazo para el combate y desmayándose su cuerpo como si le abandonase la vida.

Durante esta pelea, los escuadrones musulimes, recobrándose del terror y desórden en que los habia puesto la emboscada de Omar, habian vuelto á la lid con nuevos brios, y aunque la gente de Omar les resistía valerosamente, al fin prevaleció contra el esfuerzo de aquellos pocos la gran muchedumbre de sus contrarios. Cuando Omar, vencedor del califa, miraba con gozo abatida en el suelo la gloria del imperio árabe, reconoció con espanto que sus

(1) Estas imágenes, aunque algo oscuras y exajeradas, son propias de la poesia árabe, y se encuentran en las del famoso Antara.

valientes pero escasos guerreros cedían ante el gran poder del enemigo, y que arrebatándolos el viento de la fuga, se cebaban en ellos las sedientas espadas y lanzas.

En vano Omar, desechando la fatiga del largo y penoso combate que había sustentado, corría entre los desbandados escuadrones de su gente, exhortándolos con esforzadas razones á morir honradamente con él en el campo, antes que á ceder una victoria que ya casi habían logrado. Sus gritos é increpaciones se perdían entre los ayes de los moribundos, el estruendo de las armas y los relinchos de la innumerable caballería sarracena.

— ¡Ved que el califa yace muerto á mis manos! exclamaba el caudillo muladí; pero estas voces solo aprovecharon para encender en los musulimes mayor encono y deseo de venganza.

Sin embargo, la derrota de la hueste de Omar no fué tan considerable, porque puesto ya el sol, las sombras nocturnas se iban dilatando al pie de los altos montes y bajo las arboledas, y así los musulmanes, renunciando á perseguir á los fugitivos, se contentaron con el honor de la victoria y de quedar dueños del campo. Entonces tomando el cuerpo de su emir, á quien todos creían muerto, lo llevaron al alcázar de Bolay, desamparado por Omar.

Tal fué la famosa jornada de Bolay, que acaeció en el año 273 de la hegira, 886 de nuestra era (1) á los seis años del primer alzamiento de Omar, y cuyo resultado no fué tan ventajoso para los musulimes, pues como hemos visto, la derrota de los cristianos apenas los pudo consolar del afrentoso espectáculo de ver á su ca-

(1) El historiador Ebn-Aljathib en su biografía de Omar Ebn-Hafsun dice que la batalla acaeció en el año de la hegira 277; pero sin duda él ó sus copistas incurrieron en un error de fecha; pues el califa Mohammed que aquel mismo autor refiere haberse hallado en aquella pelea, murió en 273. Mas verosímil nos parece lo que dice Ebn-Jaldun en su noticia sobre Omar, á saber: que en esta batalla de Bolay, quien se halló fué el califa Abdallah, que en efecto reinaba en el referido año 277. Mas como quiera que al presente no contemos con datos bastantes para resolver esta duda, lo reservamos para un estudio puramente histórico sobre Omar Ebn-Hafsun, de que, Dios mediante, nos ocuparemos algun día.

lifa vencido y herido de muerte por Omar. Así es, que si la nueva del costoso triunfo alcanzado por Mohammed, hizo que Ecija y otras plazas se apartasen de la obediencia de Omar, éste no tardó en hallar el desagravio de tales desaires de la fortuna.

Deseoso de que la noticia de aquel revés no le enagenase los ánimos de sus parciales, Omar envió á los castillos y plazas de su señorío pomposos mensajes en que se atribuía el lauro de la victoria, blasonando de haber vencido y muerto al emir de Córdoba. Y así, mientras los musulimes segun su costumbre pregonaban aquel nuevo triunfo del Islam desde los mimbares (1) de todas sus mezquitas, Omar ordenó que la victoria de que presumia se anunciase desde los púlpitos de todas las iglesias cristianas y en ellas se diesen á Dios las debidas gracias por aquella nueva y señalada muestra de su favor, pidiéndole tambien su auxilio para la conquista de Córdoba en que meditaba.

Con tales artificios le acudió mucha gente cristiana de toda el Andalucía, y tambien algunos escuadrones moros de sus auxiliares y aliados, y así él viendo reunida bajo sus banderas numerosa y lucida hueste, se mostró como siempre invencible y arrojado, marchando con ella hácia la poderosa capital del imperio árabe de occidente.

(1) Púlpitos.

CAPITULO VI.

Omar sienta su campo sobre Córdoba.—Muere el califa Mohammed y es proclamado su hijo Almondzir.—Omar entra de sorpresa en Córdoba y en el alcázar del emir.—Inquietud de Meriem.—Omar roba á la sultana Leila.—Mensaje de Omar á Almondzir.—Omar prendado de la hermosura de Leila.

Llegado á vista de la gran ciudad, Omar asentó su campamento en la orilla izquierda del Guadalquivir, cerca de los arrabales de la parte oriental llamados la Axarquía, poblados por gran número de cristianos mozárabes. Allí recibió dos nuevas importantes: fué la primera que el califa Mohammed, trasladado desde Bolay á su alcázar de Córdoba, acababa de sucumbir por efecto de las heridas que recibiera en aquella jornada; y la otra que su hijo y sucesor el príncipe Almondzir, avisado del peligro que corrían la capital y la vida del emir, acudía á esta ciudad, levantando el cerco de Alhama (1).

Regocijado con estas noticias, Omar desde su tienda dirigía sus

(1) Conde dice que Almondzir se hallaba en los baños de Alhama; pero es un error pues consta por el Bayan, parte II, págs. 116 y 117, que se hallaba combatiendo á la gente de Omar que defendía á Alhama (la de Granada, no de Almería). Por lo demás, son tantas las contradicciones que se notan entre nuestro relato de todos estos sucesos, fundado en los autores árabes y el de Conde, que sería prolijo y enojoso á los lectores el notarlo á cada paso.

ansiosas miradas á la vasta y pintoresca ciudad, que parecía ofrecérsele como una riquísima presa, y buscaba con los ojos los alminares del alto alcázar, donde sin duda gemía cautiva Meriem, el ángel de sus amores. Nunca el esforzado y ambicioso varon se creyó cercano á mayor grandeza, ni tuvo ante los ojos de su cuerpo y de su mente espectáculo mas sublime é incitador.

En el ardor de su amor y de su ambicion, Omar Ebn-Hafsun se resuelve á acometer aquella populosa y bien defendida ciudad, y para facilitar la empresa, envia un mensaje á los mozárabes de la Axarquia, encareciéndoles sus fuerzas y pidiéndoles su ayuda contra los musulimes de Córdoba. Regocijados aquellos cristianos con la esperanza de su libertad, buscan armas, se previenen para acudir en socorro de Omar, y pasando uno de ellos á visitarle en su campo, le promete en nombre de los demás darle entrada en aquellos arrabales de la Axarquia, en medio de la noche siguiente.

En tanto el príncipe Almondzir, volviendo de Alhama y hallando muerto á su padre Mohammed, es saludado por emir y califa, ocupando el real solio de los Umeyas. Aunque al principio los cordobeses le reciben con frialdad por venir desairado del cerco de Alhama, el nuevo emir logra al cabo el favor y aplauso de todos sus súbditos, repartiendo generosamente grandes sumas entre la gente militar y copiosas limosnas á los pobres, y eximiendo al pueblo de Córdoba de todo tributo é impuesto por espacio de un año (1).

Dos grandes cuidados llamaron la atencion del emir Almondzir al subir al trono: el uno fué la terrible y poderosa sublevacion de Omar Ebn-Hafsun, la cual deseando sofocar, llamó á Córdoba á los capitanes y gente de guerra de todos los confines de la España árabe, ofreciéndoles aumentos de sueldos y otros notables premios por los buenos servicios que prestasen en la guerra contra aquellos rebeldes.

Otro cuidado no menos importante para su corazón fué el visitar á la cristiana Meriem en el retiro del alcázar. Como la muerte

(1) Bayan II, 117.

de Mohammed libraba á Almondzir de un poderoso rival, creyó el enamorado príncipe que ya nada se podría oponer para el logro de sus amantes deseos.

Pero sus palabras y persuasiones de amor no pudieron hallar peor acogida en el corazón de la infeliz cristiana, que apenas libre de una persecucion se veía objeto de otra no menos temible, y que apartada siempre del hombre á quien amaba, solo veía en los otros amantes odiosos opresores.

El califa Almondzir, al verse tan mal recibido de la hermosa cristiana, sintió luchar en su corazón dos sentimientos contrarios de amor y de rabioso enojo; porque siendo él jóven galán y soberano, mal podía prometerse tal desvío y desaire. Su amor propio ofendido le instigó por un momento á cumplir de grado ó por fuerza en la que adoraba sus amorosos deseos; pero un suceso que sobrevino, le impidió llevar á cabo por entonces su mal designio.

Esta escena entre el emir y Meriem, pasaba en la misma noche en que Omar de acuerdo con los mozárabes de Córdoba, tenía resuelto entrar de sorpresa en la ciudad. Y en efecto, estando en aquella conversacion, se oyó resonar tal alboroto en el alcázar y en la ciudad, que el califa alarmado ya con la cercanía del enemigo, acudió á indagar la causa de aquel repentino tumulto. El caso era para sobresaltarse, porque Omar, á favor de la noche y con ayuda de los cristianos y mozárabes, desde los arrabales de la Axarquía en donde ellos le habían admitido, había penetrado en la ciudad sepultada en las tinieblas y el sueño; y con su gente animosa como él, se presentaba arrogante á la puerta del alcázar, derribando con hachas sus ferradas hojas.

El emir Almondzir, puesto á la cabeza de sus alcaides y caballeros de su guardia, resistió valerosamente en el zaguan del alcázar la embestida de la gente de Omar. Pero mientras él con los mozárabes y alguna otra gente resuelta de sus capitanes y escudron escogido, había llegado por la parte de la Almedina (1), el

(1) Es decir la parte principal de la ciudad, nombre que aun se conserva en algunas poblaciones desde la dominacion árabe.

grueso de su hueste atravesando el gran río por el puente de Alcántara, había llegado por la puerta llamada Bab Ixbilia ó de Sevilla, y forzándola con muerte de sus descuidados centinelas, se presentó al pie del alcázar.

Esta temeraria entrada de Omar había sembrado la confusion y el espanto en la gran ciudad, tanto que los musulimes atónitos creyeron llegada la hora de su pérdida y destruccion. Los mozarabes de la Axarquia se derramaron por toda la ciudad, aclamando por su rey á Omar, y pregonando el nombre de Jesucristo despues de algunos siglos de silencio y sumision. Sus mugeres, reuniéndose en sus santuarios bajo la presidencia de los sacerdotes, elevaban al cielo sus oraciones pidiendo que protegiese la santa causa de la libertad por la que sus padres y esposos iban á arriesgar la vida. Los moros por su parte, empezando á recobrarse del primer espanto acudian á las armas, y á la predicacion de sus alfaquies y los ruegos y llanto de sus mugeres, corrian á salvar sus vidas y bienes de aquel gravísimo peligro.

Entretanto Omar, con su valor acostumbrado, arrolló á los musulimes que defendian las puertas del alcázar y ansioso de salvar á su adorada, la buscó por todas partes hasta llegar al harem. Allí quebrantó las vedadas mansiones de todas las sultanas y mugeres del califa, pero sin hallar á Meriem. Era que Almondzir, no olvidando en el riesgo los cuidados de su amor, sacó á la cristiana del harem y la llevó á lo mas fuerte del alcázar, en donde apostó para su defensa á la gente mas valerosa de su guardia.

Meriem, sabiendo que la causa del tumulto era la entrada de Omar en el alcázar, rogaba ardientemente á Dios desde lo íntimo de su pecho que le tragese á su retiro para sacarla de su esclavitud. Con tal impaciencia, se asomó á una ventana de aquel aposento como si desease dilatar su sobrecogido pecho, respirando aire mas puro, y en realidad con el deseo de descubrir al hombre á quien adoraba. Cabalmente aquella ventana daba vistas á los jardines y moradas del harem, por donde discurría Omar en busca de la cristiana.

Almondzir, que ya sabia la pasion de Meriem por Omar, conoció en la expresion de su semblante la emocion y deseos que la agitaban. Dejándose llevar del despecho, la dijo: —

—Meriem, no aguardes con loca confianza que Omar llegue á arrancarte de mi poder y de mis manos, en donde á pesar tuyo quiero hacerte feliz. Mira como mis valientes musulmes, ya recobrados de su espanto y sorpresa, acuden á rechazar á los invasores, y no han de dejar uno con vida! —

Meriem le oia temblando, sin tener que responderle y dirigia sus miradas con devorador afan por el horizonte que se descubria desde la ventana. Al fin en los jardines alcanzó á ver á Omar, que huía presuroso, llevando en sus brazos una dama mora desmayada, mientras gran turba de musulmes iba en su persecucion. El caudillo Omar, viendo la gran muchedumbre de moros que acudian á defender el alcázar, habia conocido que no podia permanecer mas tiempo en él sin arriesgar su vida y la de todos sus compañeros, y asi no encontrando á Meriem, se apoderó despechado de una de las mugeres mas hermosas del califa y como en rehenes la llevó consigo.

—He ahí á tu pérfido Omar (dijo Almondzir á Meriem) que me roba á una de mis esclavas, y sin duda con ella va mas satisfecho que si te hubiese libertado á tí.

Meriem al ver á Omar que llevaba á la mora en sus brazos, dejó escapar un grito de dolor. Pero de repente el califa se inmutó casi tanto como Meriem y exclamó: —

—¡Alláh acbar! (1) ¡Si la que roba es mi sultana favorita! ¡Leila! ¡mi pobre Leila!

—El te la devolverá, le dijo Meriem, á cambio de esta pobre cautiva.

—No, no, yo se la arrancaré, replicó con rabia el emir. Desgra-

(1) ¡Gran Dios! exclamacion que usan los árabes en los trances supremos de desesperacion ó júbilo.

ciada, ¿aun crees que Omar ha entrado en busca tuya y no de mis mugeres y tesoros?

—Le juzgas mal; él te la devolverá, te repitió, si me devuelves á él.

—Jamás: si yo no la puedo recobrar, me consolaré contigo.

Dicho esto con furor, el califa mandó á sus guardias que custodiasen la persona de Meriem, y él corrió á reunirse con su demás gente de armas para perseguir á Omar. Pero el valeroso caudillo muladí escapó de Córdoba con igual fortuna que habia entrado, dejando postrada con el hierro gran muchedumbre de los musulmes que osaron oponérsele.

Satisfecho Omar con el daño hecho en Córdoba, y no pudiendo mantener el campo contra la inmensa muchedumbre de moros que acudian de toda la España árabe, se retiró para su fuerte castillo de Bobaxter. Inquieto siempre el enamorado caudillo por la suerte de la desdichada Meriem, luego desde Bobaxter envió un mensaje al califa Almondzir concebido en estas expresiones:

«Al príncipe de los musulmes Almondzir Ebn-Mohammed, Omár Ebn-Hafsun, alcaide de los muladíes y mozárabes salud. Al llevarme cautiva á tu sultana Leila, me propuse vengar en ella los agravios que en poder tuyo pudiese sufrir la cristiana Meriem, cuyo amigo y valedor soy. Si tú amas á Leila, y deseas que te la restituya, apresúrate á devolverme á Meriem, y de lo contrario te reto y desafío á medir conmigo tus armas en el campo, donde como buenos y valientes femos al combate las satisfacciones de nuestros mútuos agravios. Si te precias en algo, no lo dilates ni echas en olvido que por resistirse á entregarme á Meriem, tu padre el emir Mohammed recibió de mi mano la humillacion y la muerte en las llanuras de Bolay.»

Este altivo mensaje provocó la cólera del califa, el cual le contestó con otro de este tenor.

«Perro cristiano, pues desprecio tus amenazas, ni te restituiré á Meriem, que reservo para esclava mia, ni sufriré que tengas mucho tiempo en poder tuyo esa prenda de tu torpe venganza. Pronto

en el combate humillaré tu soberbia, y arrancándote á Leila vengaré en tí sangrientamente cualquier ultraje que de tí hubiese sufrido.»

Gran enojo recibió Omar con esta respuesta sin reparar en que él mismo la había provocado con el insolente mensaje que enviara al soberano de los musulimes. Pero Omar no sabia tener á raya su cólera, é incapaz de la moderación y la templanza, siempre se precipitaba en los extremos.

—Bien, morirá á mis manos como el emir su padre, exclamó Omar en su despecho: sino le puedo haber á las manos en el campo y me presenta como reparo y escudo toda la gente árabe, yo presentaré contra él toda la gente cristiana del Andalus y de allende las fronteras, y en este combate supremo se decidirá de una vez la suerte de las dos naciones que pueblan la España, aniquilando la que venza á su contraria.

Exasperado mas aquel corazon impetuoso con la idea de las amarguras que sufriría Meriem en poder del califa, así pensaba en su desesperación:

—Pues Almondzir está apasionado de Meriem con tal extremo que se niega á obtener con su entrega la libertad de Leila ¿quién duda que abusando de su poder, obligue con amenazas á la débil cautiva á aceptar su amor y servir á sus torpes placeres?

Poseido de tan atormentadora idea, se le presenta acaso ante los ojos la figura encantadora de la sultana Leila, la cual resignada con el nuevo estado á que la han traído los inmutables decretos del destino, y sometiéndose al poder de la fatalidad, como hija de musulimes, no parece sentir mucho el haber cambiado de señor.

Como el corazon humano despues del dolor y la pena mas aguda, suele á veces por el instinto de la conservacion buscar alivio y solaz en la cosa mas frívola, así Omar sintió calmarse su desesperacion al contemplar el hermoso y sereno rostro de Leila.

—Bella musulmana, la dijo: ¿cómo en la ausencia y el cautiverio muestras tu rostro impassible y las nubes del dolor no empañan el brillo de tus ojos?

—Oh señor, respondió Leila ¿por qué he de entristecerme? Lo que Alláh tiene decretado eso ha de ser (1). Pluguiera á su misericordia restituirme á mi estado y fortuna de antes; pero si las gracias del semblante me granjearon el amor del califa, ¿por qué he de ajarlas con el llanto para perder así la hermosura, único mérito que los hijos de mi pueblo reconocen en la muger? Obligada á dispensarle mis caricias desde que compró mi cariño con una espléndida dote, mi amor hácia él no fué en aquel encierro un gusto y una inclinacion sino una necesidad.

—¿De suerte que la separacion rompe fácilmente ese vínculo estrechado únicamente por el interés y la fuerza?

—Sin duda, y ya mi señor Almondzir habrá puesto su corazon en otra.

—Ya comprendo por qué no consiente en la propuesta que le he hecho de restituirte á él con tal que me devuelva una cristiana que tiene en su poder y que yo amo mucho.

—Ya sé de quien hablas: la cristiana Meriem, cuya hermosura le apasionó lo bastante para que su antiguo amor hácia mí se convirtiese en desden, y eso que yo era la mas querida de sus mugeres. Pues él la adora, no perdonará medio para vencer la resistencia que halle en su corazon.

—¿Tal crees, Leila? Pero si yo concibo en él esta conducta, me prometo que ella fiel á mi amor resista cuanto pueda.

—Los cristianos que haceis mas libremente vuestra eleccion, sois mas constantes en el cariño, y como dais otra consideracion á la muger y no compartís con varias vuestro afecto, es ella mas fiel á el amor que por voluntaria aficion os ha otorgado. Ojalá yo naciera en vuestra patria, y entre vosotros hubiese hallado un amante y esposo que me estimase en mas.

Al hablar así, Leila dirigió á Omar una mirada amorosa y provocativa, que no dejó de hacer impresion en su corazon juvenil.

—Oh Leila, díjola Omar, tu eres hermosa y digna de ser ama-

(1) Sentencia árabe.

da, y tambien te ves agraviada como yo: concédeme tu amor, y vengaremos las ofensas que recibimos del califa.

Tal fué la resolucion que formó Omar, incitado primeramente por el despecho y despues por la extremada belleza de la mora. No sabiendo resistir á aquella seduccion, y recelando que la virtud de Meriem sucumbiese al invencible poder de la fuerza, se empezó á entregar al nuevo sentimiento de aficion que le inspiraba Leila, y como ella le correspondiese, el corazon de Omar fué infiel al cabo á la muger objeto de sus primeros amores.

da, y también se vos agraviada como vos concedemos en amor, y
 vengamos las ofensas que recibimos de la calificación. Tal fue la resolución que formó Omar, inclinando primeramente
 por el desprecio y después por la extremada belleza de la mora.
 No sabiendo resistir á aquella seducción, y deseando que la vi-
 tud de Meriem sucumbiese al inevitable poder de la fuerza, se
 empezó á entregar al nuevo sentimiento de pasión que le inspiraba
 Leila, y como al fin correspondiese el corazón de Omar sus in-
 fel al caso á la mujer objeto de sus primeros amores, ellos son y

CAPITULO VII.

El califa Almondzir acepta el reto de Omar.—Entrevista de Almondzir con Meriem y juramento de esta.—Expedición de Almondzir á Bobaxter.—Duelo entre Omar y Almondzir.—Es vencido y muerto el califa.—Sus últimas palabras.

Han transcurrido cerca de dos años desde las escenas descritas en el capítulo anterior. Omar continuando en la gloriosa guerra que sostiene hace años contra el poder de los califas, consagra sus ocios al amor de Leila; pero sin embargo la imagen de Meriem suele aparecérselle en sueños enojada para maldecir su deslealtad. La antigua y sólida virtud de Meriem (piensa Omar) ha resistido acaso á todas las sugerencias del emir, y quizás algun dia me acusará por ingrato é infiel.

Acosado Omar por este remordimiento, medita siempre en el modo de arrancar á Meriem de las manos del califa. En cambio de ella le ofrece dos de los mejores castillos, que posee en los confines de sus estados; pero como Almondzir constante en el amor de Meriem, se niegue á todo partido, Omar le vuelve á retar de nuevo, amenazándole con que si no se atreve á venir á medir con él sus armas en los campos de Bobaxter, él irá como otra vez á Córdoba, y ya en combate parcial y frente á frente, ó si se niega, á traición, le hará matar como pueda.

Recibe Almondzir este nuevo mensaje, y ora sea por creer á Omar capaz de cumplir sus amenazas, ora por no aparecer cobarde á los ojos de su insolente rival, ello es que responde á su desafío con una carta del siguiente tenor:

«Aunque tenia á mengua el acceder á tu provocacion y venir contigo á las manos, no quiero que con mi negativa crezca tu soberbia, y así dentro de poco pasaré á tu cueva de Bobaxter para exterminar con tu persona la rebeldía y la irreligion que sustentas: Maldígate Alláh. De Córdoba el postrer día de la luna de Muharram de la hegira 275 (13 de junio del año 888 de J. C.)»

Formada esta resolucion y dispuesta su partida para Bobaxter, el califa Almondzir quiso despedirse de la hermosa Meriem, y puesto que la encontrase como siempre indócil y esquivia, gozar al menos el placer de contemplar y adorar su belleza. Dos años hacia que la tenia bajo su poder y que la amaba cada vez con mayor pasion; y sin embargo en todo ese tiempo no habia logrado obtener de ella el favor mas pequeño; porque la bella cristiana con sus gracias y su discrecion habia adquirido sobre él tal ascendiente y dominio, que su afecto jamás osó traspasar los límites del recato y de la esperanza. Almondzir, que antes de conocer á la cristiana solo habia sentido pasiones fácilmente correspondidas y premiadas, no llegó á conocer la fuerza y poderío de un amor irresistible y tirano, hasta que halló en Meriem prendas del alma que hasta entonces no encontró en muger alguna y una resistencia que cada dia avivaba mas la llama de su pasion.

Así fué como al presentarse en este día delante de Meriem, su ardiente amor solo le permitió dirigirle respetuosa y tímidamente estas palabras.

—Si los sacrificios y finezas de amor hechos por una muger son buen título para aspirar á su correspondencia, creo, encantadora nazarena, que algo debia yo merecerte por la tolerancia y respeto con que durante tan largo tiempo te he probado que mi amor hacia tí no es una llama fugaz que presto se apaga, ni una pasagera seduccion de los sentidos, sino un afecto encarnado en mi ser; una

pasion verdadera y constante como no he podido sentirla por otra muger alguna.

—Yo, señor, contestóle Meriem, agradezco con toda mi alma á tu grandeza la moderacion y piedad que has usado conmigo. ¿Mas por qué obstinarte en que yo pague tu amor? Si solo codicias una buena amiga, en mí la tendrás; pero si anhelas otra cosa ¿por qué no la buscas en tanta hermosura amable y risueña como suspira por tí? ¿Por qué, señor, esa ceguedad y ese delirio en pedir frutos de placer á un árbol mustio y seco por el dolor?

—Oh Meriem, tu eres la primera muger que yo he amado de veras; por eso mismo ¿qué extraño es que el amor oscurezca mi razon, antes serena, y que vierta amargura en la copa de mi vida dulce hasta hoy? ¡Pero ay! el amor es una fascinacion que entra por los ojos, y los míos la han recibido de tu seductora belleza.

—Bien veo que te ciega un delirio indigno de tu noble inteligencia. ¿Pues qué encantos puede tu alteza hallar en este rostro surcado por continuas lágrimas de dolor y ajado con la huella de tantos infortunios para concebir por mí una passion tan vehemente? Además yo no puedo pagártela: abrumada por tan largas penas, ya ansío el reposo del sepulcro, y desengañada del mundo suspiro por el cielo con el ardor que el ciervo abrasado de sed en la soledad, suspira por la benéfica fuente. Deja pues, la flor marchita por los ardores del sol y gózate en la belleza de tanto capullo lozano como se abre en el jardin de tu harem.

—Mi corazon te prefiere á todas ellas, respondió el emir, y si injuriándote á tí misma te llamas flor marchita, yo espero verte florecer con nuevo esplendor al rocío fecundo de mi cariño y obsequio. Mi corazon que te amaba antes de subir al trono de los califas, solo celebró esta grandeza para ponerla á tus plantas y elevarte al puesto de mi sultana predilecta.

—Cuentan, señor, que los antiguos y generosos árabes, tus ilustres progenitores, tuvieron á mengua obligar á una muger á su amor, ni tomar por esposa á aquella á quien no lograsen inspirar celo con sus finezas y galantería. Yo no puedo amarte, porque

amo á otro y ¿qué placer hallarás en brindarme unas caricias á que yo no sabré jamás corresponder?

—Hermosa Meriem: ya has visto que no quiero desmerecer de aquella noble y gloriosa conducta de mis ascendientes. Si es cierto que has amado á otro en tu tierra antes de venir al poder del califa, mi antecesor; como ya no has de volver á ella, te conviene á tí misma el resignarte y buscarte consuelo en tu nueva vida y destino, y yo me prometo que los obsequios y sacrificios de amor que sabré hacer por tí, inclinarán al cabo tu corazon en favor mio.

—No lo esperes: además yo no soy tu esclava: soy una cristiana mozárabe á quien tenia bajo su proteccion Amer, walí que fué de la cora de Raya, é invoco los derechos concedidos por tus progenitores á los mozárabes, para que me restituyas mi libertad y me dejes vivir en la religion y ley de los mios, casándome con un hombre de mi grey.

—Te amo demasiado para ello y confio en que con mejor acuerdo pronto variarás de opinion y preferirás la grandeza que te destino á la pobreza y humildad que fuera te aguardaría. Además yo te consentiré que vivas en tu religion: con ella y con mi amor verás satisfechos los deseos de tu alma y los de tu corazon.

—Jamás; los cristianos como yo creen ofender á Dios cuando faltan á la fidelidad jurada á los hombres; ya sabes que amo á otro.

—Si tanto te obstinas, me forzarás al cabo á romper la valla de mi respeto y consideracion, haciéndote indigna de él.

—¿De qué te podrá servir el poseer por fuerza mi cuerpo sino posees mi alma?

—Tienes razon: eres discreta como cruel é inexorable. Mas ¿por qué ese exceso de constancia y fidelidad por un hombre que sin duda te es infiel?

—¡Quién sabe! Pero su falta no excusa la mia.

—No tienes corazon de muger, pues no te dejas vencer por el sentimiento del rencor y de la venganza. Pero veo que te estimas en poco, guardando esa fé, que sin duda es pagada por Omar con el olvido y el ultraje.

—Bien sé que él ha vuelto á reclamar de tí mi libertad.

—Sí; pero ya no me ofrece como antes el dolverme á Leila: es que la ama, que goza su amor y que no quiere privarse de él. He aquí su último mensaje y verás como no te miento.

Meriem leyó el mensaje enviado por Omar al califa, y los celos no dejaron de hacer mella en su corazon. El califa conociendo por la expresion de su semblante que al fin habia tocado algun resorte en su pecho, la dijo con persuasion:

—Correspondiendo á mi amor vengarás la ingratitud de Omar hácia tí y la de Leila hácia mí.

—Señor, el cristiano nunca se venga: yo le perdono su deslealtad, aunque por ella renuncie á su amor.

Estas palabras animaron mas á Almondzir, el cual la dijo:

—¿Si tu te llegases á convencer de que él te olvida y ultraja tu memoria, y acaso Leila ocupa cerca de él el puesto de esposa, aun te considerarias obligada á guardarle amor y lealtad?

—Si yo lo viese por mis ojos, procuraria arrancar de mi pecho su amor.

—¿Y llegarías á amarme?

—Aun esa idea no puede alimentarse en mi mente.

—Júrame al menos que si él te falta ingrato y ha puesto su cariño en Leila, no llegarás á quererle por esposo.

—Si entretanto juras respetarme, yo haré ese otro juramento.

—Yo te lo juro por Alláh, cuya mirada penetra en las intenciones más ocultas de los hombres.

—Pues yo por mi Dios, que tiene su tribunal en mi conciencia, te juro que si llego á descubrir con certeza que Omar ha faltado á sus antiguos juramentos, no seré esposa suya.

—Y en tal caso, mis sacrificios por tí, mi largo amor y mi generosidad, ¿obtendrán el premio de tu amor?

—Esa virtud digna de un cristiano, merece recompensa. Pero yo te prometo que si la infidelidad de Omar me aparta de él, fuera de tí no daria mi corazon á otro hombre.

—Ahora, pues, dulcísima Meriem: yo marchó hácia Bobaxter,

residencia de Omar, para contestar á su reto que no aceptado mancharia mi honor. Sígueme allá y averiguaremos la verdad de todo. Para que conozcas la sinceridad de mi amor y que solo deseo tu bien, te hago esta proposicion. Si Omar, leal á sus juramentos, te guarda la fé debida, yo te restituiré á él para que á su lado seas feliz. Si por el contrario, te falta infame y desleal, júrame que no serás suya, ni tampoco de otro hombre, sino mia.

—Yo te juro que en tal caso, solo seré esposa de Dios ó tuya.

—Y repetirás tu juramento ante un sacerdote de tus cristianos?

—Si tu me lo exiges, lo haré en tu obsequio.

El califa mandó llamar á un prelado de los mozárabes de la Axarquia, el cual recibió el juramento de Meriem.

Satisfecho con promesa tan formal, el emir Almondzir partió con su hueste camino de Bobaxter, llevando consigo á su adorada Meriem. De Córdoba pasó á Écija, de aquí á Hisn Oxuna (1), de aquí á *Wadi Nexcania* (2) rio guarnecido de risueñas alquerías, de aquí á Wadibinnax (3) en las cercanías de Bobaxter, y por último asentó su almohalla ó real en otro paraje de estos contornos llamado Talachira (4). Desde este lugar Almondzir envió á Omar Ebn-Hafsun uno de sus alcaides invitándole á que bajo su real seguro viniese

(1) El castillo de Osuna, hoy cabeza de partido en la provincia de Sevilla, á 14 leguas de esta ciudad y 6 de Écija.

(2) Este es un arroyo que nace junto al valle de Abdalaziz y se reúne con el Guadalhorce cerca de Alora. El nombre de *Nexcania*, que dan los autores árabes á este rio, se debe al antiguo municipio y pueblo importante de Nescania, cuyas ruinas aun se conservan en las inmediaciones de dicho pueblo del valle de Abdalaziz, distante 2 leguas de Antequera, como consta por las inscripciones que allí se han encontrado entre muchos fragmentos de arquitectura romana.

(3) Ya hemos dicho que el Wadibinnax es el rio Guadalhorce que entre profundos despeñaderos corre al pie de Bobaxter.

(4) No sabemos que se conserve en aquellos lugares el menor vestigio de este nombre. Nos hemos detenido en apuntar el itinerario del viaje que hizo el califa de Córdoba á Bobaxter, por lo que esto puede contribuir á fijar la situacion de este lugar. Nuestros lectores nos dispensarán que con tales pormenores, demasiado prolijos, hagamos embarazosa la lectura, puesto que con ellos se ilustran los puntos históricos que tocamos.

á verle en su campamento. Omar tomó consigo á algunos de los caballeros cristianos y muladíes, á quienes por su valor estimaba en mas, y con ellos sin recelo pasó á visitar al emir Almondzir.

—Héme aquí, dijo á Omar el califa, que acudo á ventilar nuestros mutuos agravios con la espada y en combate parcial, como tu lo deseas, aunque bien pudiera, despreciando tus amenazas, venir á ejecutar el castigo de tus desafueros y desmanes. Mira las innumerables tiendas de mis musulimes sembradas vistosamente en este valle como bandadas de buitres, prontas á remontar su vuelo para desalojar á los tuyos de ese castillo de Bobaxter, infame y ominoso refugio de tu rebeldía.

—Excelso emir, le respondió Omar con ironía; la confianza en tu poder te ciega: Bobaxter es un castillo inaccesible á los mismos buitres, que no osan levantar su vuelo tan alto. Además, mira en derredor de tí y dilata tu vista por ese inmenso horizonte: descubrirás las torres y almenas de cien castillos encumbrados en enhies-tos montes y guarnecidos por mis valerosos muladíes y nassaríes. Si cerca de nosotros Bobaxter suspende tu vista, por allí al occidente se descubren mis fortalezas formidables de *Sajra Chodzarex* (1) *Cannith* (2) *Alhanex* (3) y *Autha*; por allí al mediodia las de *Cárta-ma* (4) y *Mixas*; mas adelante al oriente las de *Cámara* (5) *Coma-res* (6) *Santi* *Bethri* (7) *Dos amantes* (8) *Medina Belda* (9) y otras

(1) La roca de Chodzarex: acaso sea el fuerte morisco llamado hoy el *Castillon* que se mira sobre un monte á la parte O. de Carratraca y no lejos de Teba.

(2) Hoy Cañete la Real, villa tendida en la falda de un cerro á 4 leguas de Campillos y 6 de Ronda.

(3) El castillo de la Culebra: ignoramos su posicion.

(4) Villa en la provincia de Málaga, á 3 leguas de esta ciudad y 2 de Alora.

(5) Hoy despoblado que conserva su nombre en el campo de Cámara entre Antequera y Casabermeja.

(6) Villa sobre una roca, á 2 leguas del Colmenar y 4 de Málaga.

(7) Es un castillo hácia Alora, que aunque deshabitado, conserva el nombre de Santi-Petri, que tambien lleva el rio inmediato que corre en el término de aquella villa.

(8) Acaso sea el lugar llamado hoy Peña de los Enamorados, en las riberas del Guadalhorce y cerca del Torcal de Antequera.

(9) Poblacion y castillo cuya verdadera situacion ignoramos.

sin cuento que coronan todas las alturas y gargantas desde Archidona hasta llegar á las marinas que se dilatan entre Algecira y Málaga. Bien sabes que los castillos de Alhama y Torrox me abren paso por el poniente á las coras de Elvira y la Vega, sujetas en la mayor parte á mi jurisdiccion; que por el norte mi capitán *Mohammed Ebn-Yahya Ebn-Bozail* tiene á Baeza; que los mozárabes de Castoluna se han sublevado en mi favor y tienen muy apretado al alcaide de su castillo *Obeidallah Ebn-Umeya*; y en fin, que por aquella parte he dilatado mis conquistas hasta *Hisn Caracoi* (1) y los montes Alboranos (2) que presidian mis capitanes *Ebn-Yamin* y *Ebn-Mauchul*, abriéndome así paso hasta la comarca de Toledo; á cuyos moradores alterados me importa dar fuerza y alientos en daño tuyo. Yo pues, admiro la imprudencia con que te has internado entre estos montes y valles, cuando á una señal dada desde mis atalayas de Bobaxter, los valientes que defienden tantas fortalezas (3) bajarían de todas partes sobre vosotros á semejanza de torrentes despeñados y aquí perecería miserablemente la flor de los musulimes. Además ya acuden á mi llamamiento algunos de mis poderosos auxiliares, de esos caudillos que á semejanza mia se han levantado en diferentes comarcas de tus estados que se desquician. ¿Ves las nubes de polvo que se levantan entre aquellas lejanas gargantas? sin duda son las huestes con que acuden á darme socorro *Said Ebn-Naseh Ebn-Mastana*, señor de Luque, *Said Ebn-Hudzeil* (4) y *Jair Ebn-Xaquer*, caudillo de los muladíes de Xodar.

(1) El castillo de Caracuel, hoy lugar de la Mancha á 3 leguas de Almodovar del Campo.

(2) Sierra Morena, nombre corrompido por los árabes del latino (mons) Marianus.

(3) Además de las mencionadas, celebran los autores árabes las de *Hothrun*, hoy Jotron, monte y pago de viñas al E. de Málaga cerca de Olias, *Cardares*, *Bohares*, *Yamarex*, *Alchex*, *Axarex*, *Hisn Acuth* ó castillo agudo, *Gebalahachara*, ó monte de las piedras y otras, cuya situacion no hemos podido fijar, aunque las mas se hallaban cerca de Bobaxter; pues Omar habia procurado con tanta fortaleza y baluarte guardar los montes é impedir la entrada de los Cordobeses hasta su residencia.

(4) El 1.º era dueño de los castillos de Alia y Riberas en la Vega; y el 2.º de los de Monteleon y Fontichela ó Fuentecilla en la cora de Jaen: ignoramos la situacion de estos lugares que ya no existen.

En efecto, una hora despues aquellos caudillos dueños de varias fortalezas en tierra de Almería y de Jaén llegaron con sus huestes en ayuda de Omar, acampándose al pie de Bobaxter.

El califa Almondzir, que hasta entonces ignoraba todo el poder y fuerzas de Omar Ebn-Hafsun, reconoció el peligro á que se habia expuesto, penetrando hasta la capital de sus estados. Pero no encontrando ya remedio, disimuló su temor y dijo á Omar:

—Veo que es inútil el hacer alarde de vuestras fuerzas: en el trance en que nos vemos cúmplase lo concertado entre nosotros, y en combate parcial húndase con el que fuere vencido la causa que sustenta.

Este duelo memorable en la historia, se llevó á cabo aquel mismo dia en el valle de Talachira á presencia de las huestes enemigas, las cuales le contemplaron con impaciente curiosidad deramadas en las cumbres y faldas vecinas. Tambien la cristiana Meriem desde el real de Almondzir, presenciaba aquel espectáculo agitado su pecho por diversos sentimientos; pues si amaba á Omar, sin embargo, los recelos de su ingratitude y la generosa conducta que observara con ella el emir, le obligaban á no desear la muerte de este magnánimo príncipe.

Los dos rivales combatieron con extremado é igual esfuerzo por el poder, por la religion y por Meriem, objetos sagrados y queridos, cuya suerte iba á decidirse en aquel trance. Confiado cada cual en su razon y justicia, uno y otro hicieron prodigios de valor; pero la voluntad del Altísimo que resuelve siempre el resultado de los grandes sucesos, inclinó la fortuna en favor de Omar, y su adversario cayó mortalmente herido á impulsos de su acero, regando con su sangre la sedienta arena del valle.

Un inmenso grito de júbilo resonó entre la gente cristiana, que guarnecía una de las orillas del valle, mientras en la contraria la muchedumbre sarracena prorumpia en otro ahullido mas fuerte todavia de dolor y desesperacion.

Omar condolido por la mísera suerte del califa, tomó en sus

brazos su moribundo cuerpo y le llevó á su tienda con intencion de curarle si posible fuese. Tambien acudió á socorrerle su cautiva Meriem, anegada en llanto; tendió el califa en derredor de sí sus casi apagados ojos, y viendo á Omar y á Meriem y á muchos de sus capitanes que en vano acudian con sus remedios, les dijo con voz desfalleciente:

— ¡Ya es tarde: la mano de Alláh me ha herido. Pero muero en el alghed como buen muslim, y presto las hurfes del paraíso me concederán los favores que tú, Meriem, constante me has negado!... Mas ya que compasiva lloras mi muerte, quiera Alláh hacerte dichosa con Omar á quien amas!

Así diciendo espiró el emir Almondzir en los brazos de Omar y Meriem.

— ¡Alcaides y caballeros muslimes, gritó Omar, yo os entrego el cadáver de vuestro soberano!... ¡Llevalle en paz á enterrarle en el alcázar de Córdoba con sus mayores!... No quiero aumentar vuestra desventura, concitando contra vosotros á los cristianos de mis castillos. Retiraos libremente á vuestras comarcas.

Los alcaides y demás gente árabe, que oyeron las palabras de Omar, aplaudieron su conducta generosa, y mientras el grueso de la hueste musulmana se retiraba con el cuerpo del califa, algunas táifas se pasaron á Omar, exclamando:

— Nosotros, generoso Omar, te recibimos por nuestro caudillo y nos acogemos á tu poderosa proteccion.

Con tal suceso (1) llegó á su apogeo la gloria y poder de Omar, aclamándole de nuevo la gente de muchos pueblos y castillos de Andalucía,

(1) Esta memorable derrota y muerte del califa Almondzir al pie de Bobaxter acaeció en el año 275 de la hegira 888 de J. C.

CAPITULO VIII.

Remordimientos de Omar.—Sus explicaciones con Meriem.—Visita con ella sus estados.
—Encuentro de la anciana.—Recuerdos en Málaga.—Dolores ocultos de Meriem.

La muerte del califa Almondzir en su campo al pie de Bobaxter, llenando de pavor á los musulimes, aseguró el señorío de Omar Ebn-Hafsun en las comarcas de Raya, Elvira, la Vega, parte de Jaen y parte de la Cambania hasta el celebrado castillo de Bolay (1). Muertos dos califas en poco mas de dos años por el valeroso Omar, derrotados muchos caudillos y huestes árabes, y conquistadas las plazas y castillos de mas importancia que habia en el mediodia del Andalus, ya el caudillo muladí llegó á verse señor absoluto de una region dilatada y con el poder y autoridad de un rey. Las pocas tropas musulimes que quedaban en aquellas coras, se retiraron mas al norte, y los alcaides de los castillos y habitantes de las poblaciones, que aun reconocian al califa de Córdoba, se apresuraron á enviar á Omar sus homenajes de obediencia y sumision.

(1) Véase el número IV del Apéndice.

Llegado Omar á la cumbre de su grandeza, vé asaltada su mente por mil graves pensamientos, que turban el júbilo y satisfaccion que debiera sentir al ver cumplidos los sueños de su ambicion.

Cuándo la muerte del califa devolvió á sus manos á Meriem, el objeto de sus juveniles y apasionados amores, hallóse en su presencia turbado y confuso, pues en medio de la alegría que le inspiraba el verla ya libre de su larga esclavitud, acosaba su corazon un profundo remordimiento. ¿Cómo podria atreverse á recordar á Meriem sus antiguos juramentos de amor y constancia, pues mientras ella, venciendo heróicamente mil riesgos y seducciones, le habia conservado su fé en la separacion como lo habia confesado el emir moribundo, Omar instigado por un indigno sentimiento de despecho, habia inclinado su corazon á la mora Leila, á quien mantenía á su lado como amante y esposa?

Pero al mismo tiempo, la conciencia de las acciones grandes y heróicas que él habia llevado á cabo en aquella guerra de tantos años, sacando de su antigua cautividad á la grey cristiana de aquella region, le animaba para aspirar al perdon de Meriem. ¡Acaso, (se decia para sí mismo) ese ángel de bondad me perdone los agravios personales en obsequio á los sentimientos cristianos que atesora en su corazon! Si ella amaba mas al héroe que al amante, ¿qué importa que le haya faltado este, si aquel en nada ha desmerecido á sus ojos!

Vencido por estas consideraciones y por el amor de Meriem que nuevamente y con mayor ardor se encendia en su pecho, dirigió al fin sus palabras á la doncella cristiana, la cual, preocupada y triste, procuraba sin embargo disimular con una angelical sonrisa, que bañaba su semblante, la pena oculta que lastimaba su corazon.

—¡Oh Meriem, le dijo Omar con voz trémula, mi antigua hermana y amiga! ¡con qué placer vuelvo á verte por segunda vez desde aquella memorable noche que me sacaste de la mazmorra en donde me aguardaba la muerte; y con qué placer, vencedor de

nuestro enemigo, he recavado tu libertad! ¡Mas ay! ¿por qué esa nube de tristeza empaña el cielo de tu semblante?

—Omar, las personas que, como yo, han sufrido mucho, siempre conservan en medio de las mayores satisfacciones un resto de melancolía, vestigio indeleble del pasado dolor.

—Yo deseo que le deseches del todo: bien ves que despues de tantas adversidades, al fin amanecen para nosotros dias mas risueños. Aunque yo haya sido en mi proceder menos justo y leal que tú, dejándome arrastrar á extravios, hijos de mi exaltado carácter y no de mi mala voluntad, al fin he cumplido los deseos que me manifestastes en aquella memorable noche de nuestra despedida, y he llevado á cabo la santa y noble empresa de libertar de su antigua servidumbre á los cristianos de estas comarcas, desde Algeciras hasta cerca de Almería y desde las riberas del mar hasta cerca de Córdoba, cabeza de la España árabe.

—Tú has cumplido una grande mision, digna de la gratitud de los hombres y de las recompensas del cielo. Yo me doy el parabien de haberte alentado para tan glorioso intento, que tú has ejecutado á fuerza de heroismo.

—Aunque me movió á ello la voz oculta de Dios que resonaba en mi alma, tambien tu amor ha sido en lo humano el mayor ó el único estímulo, que me ha incitado y me ha sostenido hasta el dichoso fin que hoy tocamos, en medio de mil contrariedades y peligros. Pero, Meriem, tú permaneces triste... Tú sin duda has hallado en mi conducta motivos de ofensa y de odio quizás... ¡Oh! ¿no me lo perdonarás en los sentimientos cristianos de tu corazón?

—¡Yo aborrecerte, Omar!... nunca... si tú has podido agraviarme, yo, sofocando el enojo que haya sentido un momento, ya nada tengo que perdonarte...

—Sí, Meriem, lo confieso con vergüenza: yo olvidé tu amor, ó por mejor decir; apartado de tí, sentí por otra muger una llama de los sentidos, una fascinacion satánica que me indujo á caer en sus brazos... Pero vuelto ya de mi locura, acosado por el remordimien-

to, vuelvo á adorarte con mas delirio que nunca, y esa, aunque madre hoy de mis hijos, será tu esclava.

—Jamás; por el contrario, yo lo seré de ella: que se vuelva cristiana, y yo endoctrinaré á vuestros hijos en nuestra religion.

—Meriem, todas tus miras se dirigen al cielo; pero yo veo en tí un enojo, que aunque justo, me hará odioso hasta el triunfo y satisfaccion que me rodea.

—Omar, no me juzgas bien: yo te juro que ya todo te lo tengo perdonado.

—Pero al perdonarme, no lo haces tan completamente que me restituyas el antiguo amor... Tú ya no me amas...

—Sí, yo te amo... dijo Meriem, acampañando su confesion de un profundo y doliente suspiro.

—Amada Meriem, esas palabras me hicieran mas dichoso si las pronunciaran tus labios con mas expansion y mas alegría... Pero aun conozco que no soy digno de tí, y sin duda esa consideracion te retrae de entregar tu alma á mayor efusion y contento... Aunque hace tiempo que abjuré de la ley mahometana, todavia no he vuelto á entrar por las puertas del bautismo en la grey á que pertenecieron nuestros mayores. Mientras á cada instante me hallaba próximo á recibir el bautismo de sangre, no solicité el de agua, porque deseaba que mi brazo descansase algo del furor de los combates para ofrecer á Dios una mano y un corazon mas puros y humanos.

—Y has pensado bien, Omar; pero deseo que ya no dilates mas tu buen propósito.

Así lo tengo resuelto, y ojalá, Meriem, aquel dia vuelva yo por completo á tu gracia como á la de Dios. Pero como muchos de mis caudillos y gente principal de mi estado desean entrar igualmente á la profesion de la ley cristiana, hé resuelto que se celebren dentro de un mes sus bautismos y el mio con toda solemnidad en la iglesia principal de esta poblacion (1). Así daré lugar á que los nue-

(1) En Bobaxter habia varios templos cristianos, como consta de un pasage de Ebn-Jaldun, (que citaremos en la conclusion de esta leyenda), donde se lee que cuando Abderrahman III conquistó á Bobaxter, derribó todas las iglesias que alli habia.

vos cristianos se instruyan mejor por los sacerdotes en la doctrina y creencia del Evangelio y juntamente celebrando con pompa este suceso, vendrá á santificar é imprimir en este estado un carácter religioso que llamará á muchos al cristianismo.

—Veo con satisfaccion que todos tus pensamientos son dignos de la fé que profesamos.

—Yo deseo que mis acciones confirmen mas esa favorable idea que has formado de mí. Por lo tanto quiero que mientras llega el tiempo señalado para esa gran ceremonia, me acompañes por las comarcas que componen este nuevo y cristiano estado, para que reconociendo la paz, prosperidad y religion evangélica que en ellas florecen, te regocijes de la grande y benéfica obra que he llevado á buen término, inspirado por tu consejo y ayudado por el Omnipotente,

—Yo celebraré en extremo ver prosperar la mies del Señor en esta tierra marchita por las persecuciones y el fanatismo musulman.

—Vamos pues; ya retraidos los musulimes allende las sierras, se disfruta aqui de tal paz, que sin riesgo ninguno podemos recorrer estas dilatadas comarcas, sin excluir sus montes y valles mas ocultos, aunque solo lleve por comitiva de honor cuatro de mis caballeros. Tú irás como yo en una cabalgadura, pues en mis dominios no hay esclavos que pudieran conducirte en una litera.

—Esa medida te honra sobre todas, pues se vé por ella que has comprendido bien el espíritu de nuestra religion. Iré pues, á caballo, como lo acostumbré muchas veces siendo niña, para acudir en Málaga á la misa del alba en la iglesia de sus Mártires Patronos, y aunque fuese á pie lo celebraría mejor que en hombros de esclavos.

Montando, pues, en dos voladoras yeguas, Omar y Meriem se pusieron en camino, acompañados solamente de cuatro de á caballo y recorrieron de pueblo en pueblo, y de castillo en castillo toda la tierra de Raya y las comarcas vecinas. Los moradores de los lugares salian en tropel á saludar y bendecir á Omar, y en

especial los mozárabes le aclamaban por su libertador. Meriem con gran contentamiento de su alma cristiana visitó en compañía de Omar los templos nuevamente erigidos ó restaurados que hallaron en las poblaciones de mas consideracion, gozándose en asistir allí al culto del verdadero Dios, que solemnemente le tributaban los sacerdotes y pueblo cristiano.

Al bajar de la sierra de Ronda, y al trasponer una de sus gargantas, Omar y Meriem descubrieron una muger anciana bien vestida, que guiada por un rústico, caminaba sosegadamente sobre una mula, llevando encima un grueso fardo.

—¿Cómo caminas tan sola, buena anciana, le preguntó Meriem, por estos pasos y sendas tan solitarias y tan infestadas en otro tiempo por los salteadores?

—¡Oh señora mia, respondió la vieja: gracias al cielo, desde que Omar Ebn-Hafsun gobierna estas regiones, han desaparecido de ella los bandidos y nadie atenta contra el reposo ó la fortuna de sus semejantes, porque gobierna á los pueblos con leyes cristianas. Yo, señora, vivia con mi esposo en Antequera, y habiéndole perdido hace poco tiempo sin tener hijos de él, determiné retirarme á la aldea de Torrox, mi patria, donde aun me quedan algunos deudos. Con este designio, vendí algunos bienes que poseíamos en Antequera y pasando desde aquí á Ronda, donde nos quedaban otros, los vendí tambien, y recogiendo su precio y las alhajas de mas valor, me vuelvo con ello y con este criado á Torrox, sin recelo de que me sobrevenga riesgo alguno en tan largo viage!

—Y tienes razon en llevar esa confianza y seguridad, le dijo Omar: ¡ay del que se atreviese á salirte al encuentro y causarte el menor daño! Prosigue, buena anciana, tu camino, y cuando dentro de pocos dias Omar llegue á tu aldea de Torrox, ten cuidado de presentarte ante él, para que sepa si hasta llegar allí ha sido igualmente venturoso tu viaje.

—¡Sí lo haré, y tendré gran satisfaccion en conocer al protector de los cristianos y padre de su pueblo!

Así diciendo, la vieja se despidió de Meriem y de Omar, á quien habia tomado por uno de sus capitanes, y prosiguió su camino hácia Torrox, mientras el caudillo de los cristianos se detenía con Meriem en los pueblos del tránsito, visitando los castillos y fortalezas, y dando sus disposiciones sobre el gobierno civil y religioso de sus moradores.

De tal suerte llegaron á Málaga, la risueña y populosa capital de la comarca de Raya, en donde mozárabes y muladés, y aun árabes, recibieron á Omar con grande júbilo, festejándole á competencia por algunos dias. Allí Meriem visitó con Omar la hermita de los Santos Ciriaco y Paula en las amenas márgenes de Guadalmedina, y allí los recuerdos dulces y religiosos de su primera juventud, enternecieron el corazon de los dos antiguos amantes.

—¡Oh, Meriem! la dijo Omar al salir de aquel santuario; ¡cuán feliz sería yo si en esta iglesia, en donde mancebo fuí testigo muchas veces de tus candorosas oraciones y devocion de niña, me otorgases al pie del altar la fé y afecto de un corazon que en nada ha desmerecido de aquella antigua pureza.

Al oir esto, Meriem bajó los ojos ruborizada y dejó escapar un hondo suspiro; pero su boca, contenida por una vívisima emocion, no prorumpió en una sola palabra, como si no pudiera responder nada favorable y halagüeno á los tiernos deseos de su adorador.

Durante algunos dias Omar recorrió con Meriem las pintorescas cercanías de aquella ciudad, recreando sus ojos con el espectáculo de sus inmensos jardines y frondosísimas enramadas, encantadas perspectivas que por oriente y mediodía terminan las azules olas del Mediterráneo. Allí en los verjeles perfumados por el azahar, el jazmin y la rosa, y en las risueñas orillas del mar, regaladas por el fresco soplo de las brisas, las seducciones del amor que ofrece aquella tierra privilegiada, turbaron el corazon de Omar y Meriem, aguardando y provocando aquel apasionado amante la respuesta de aquella pregunta que dirigiera á su ado-

rada junto al santuario de los Mártires. Pero un poder invencible selló los labios de Meriem, desesperando al impetuoso Omar, que con gran trabajo se dejaba contener por la casta expresion de aquel angelical semblante.

Pocos dias despues, pasando de Málaga á Torrox, Omar recibió los aplausos de los cristianos que poblaban aquella aldea, entre ellos la anciana viajera que habia encontrado dos semanas antes en la sierra de Ronda, y la cual le reconoció con tanta alegría como sorpresa, certificándole de haber llegado allí sin el menor obstáculo ni peligro, reuniéndose felizmente con su familia. Como Torrox era plaza fuerte y punto importante en la frontera oriental de aquellos estados, Omar mandó edificar allí una fuerte alcazaba y una hermosa iglesia para uso de los muchos cristianos que vivian en aquella poblacion y sus contornos.

Omar, en fin, recorrió con Meriem los sitios mas principales de las dilatadas provincias que formaban aquellos estados, entre las bendiciones y parabienes de sus habitantes. Estos, que eran por su mayor parte mozárabes y muladíes, le aclamaban por su libertador y rey, pero él rehusó este titulo y solo quiso aceptar el de su patrono y defensor.

Con gran satisfaccion de Omar y Meriem, estos generosos corazones, vieron florecer en aquellas provincias la paz, el bienestar y la religion cristiana. Pero lo mas admirable era la union y buena armonía con que vivian cristianos y musulimes, cada uno en su respectiva ley y religion, sin agraviarse ni perseguirse, tratándose como hermanos. Jamás, durante el reinado de los califas y con la dominacion del islamismo, entre aquellos elementos discordes pudo lograrse tan perfecta conformidad y amigable trato. Y en verdad que solamente los sentimientos de caridad, indulgencia y tolerancia que inspira la ley evangélica pudieran producir tan favorables resultados (1).

(1) Es verdad que las leyes musulmicas eran bien tolerantes con los cristianos sometidos al señorío de los árabes; pero es cierto tambien que estos solian abusar de su predominio, y oprimiendo á los mozárabes, los obligaban con frecuencia á renegar ó á rebelarse.

Meriem bendecía á Dios por tales bienes, y en sus fervientes oraciones le pedia que premiase con sus gracias y favores el celo con que Omar habia llevado á cabo tan noble empresa. Su amor hácia el caudillo muladí habia crecido con tales motivos de admiracion, hallando en fin en Omar todo el bello ideal de sus sentimientos amorosos y cristianos. Tal vez este mismo exceso de amor y ternura afectó dolorosamente su corazon cuando al llegar á Bo-baxter le preguntó Omar:

—¿Estás satisfecha del estado en que dejas estas provincias?... he comprendido tus piadosos deseos y podré aspirar á que recibido dentro de pocos dias el bautismo, tu corazon me dispense del todo su gracia y la ventura que solo de él me atrevo á esperar?

—Señor, dijo Meriem con voz enternecida y turbada. Eres digno de las bendiciones de Dios y de que yo te ame y sirva como la esclava mas sumisa y fiel.

—Meriem, mi corazon te aclama por su reina y esposa, le dijo Omar tendiendo hácia ella sus brazos.

Dominada por su emocion, Meriem estuvo á punto de caer en los brazos de Omar; pero venciéndose con trabajo, se apartó y levantó sus ojos al cielo como pidiéndole valor y fuerzas.

—¿Sin duda rechazas al infiel? dijo Omar; pero dentro de poco el bautismo me hará digno de tí.

Meriem calló: su corazon sufria horriblemente: dirigiendo nuevamente sus miradas al cielo, desde el fondo de su corazon le alzó esta plegaria:

—Sosten, Señor, mi corazon débil en tan dolorosa prueba.

CAPITULO IX.

Solemnes bautismos en el templo de Bobaxter.—Resolucion de Leila.—Revelacion de Meriem.—Omar toma por muger á Leila.—Meriem profesa en un monasterio.—Ultimos hechos y muerte cristiana de Omar.

Grande regocijo reina en Medina Bobaxter. Al sonoro y alegre repique de las campanas, acuden cristianos de toda la comarca, para asistir á la solemne y ostentosa fiesta, con que se celebra en la iglesia principal de aquella poblacion el bautismo de Omar, sus magnates y caballeros. Colgadas de damasco carmesí decoran las paredes del augusto templo, velas y flores adornan en vistosa profusion sus altares, el humo del incienso se extiende dentro de aquel recinto en copiosas y perfumadas nieblas, y la música religiosa resuena con celeste armonía bajo las altas bóvedas. Allí se siente, en fin, aquella emocion grave, solemne y espiritual, que nosotros los cristianos hemos probado mil veces en las fiestas de nuestras catedrales, y que despojando el alma de todo afecto terreno, la eleva hasta el solio de Dios y parece mostrarla ya abiertas las puertas del celestial paraíso.

Ya Omar y muchos de sus capitanes, que pertenecian á los muladíes ó árabes, han entrado en el seno de la iglesia cristiana

con la augusta ceremonia del bautismo, y postrados de rodillas, piden al cielo la gracia que les haga dignos del nuevo estado, cuando hé aquí que un piadoso suceso llama la atencion de aquellos fieles. Una muger de notable hermosura, y reconocida hasta entonces por la servidumbre de Omar como su princesa y señora, abandona el recinto del alcázar y llega á las puertas del templo, llevando en sus brazos dos niños de poca edad, vestidos ambos de blancos cendales. Esta muger era la mora Leila, antigua favorita del califa Almondzir, y ya madre de los hijos de Omar. Leila no cubre ya su rostro con antifaz á usanza de las damas moras, ni se engalana, como antes, con rica marlota de brocado, sino que vistiendo el blanco trage de las catecúmenas muestra el semblante descubierto, pero deja bajar sus ojos con modesta expresion.

En tal actitud, pide licencia humildemente á un ostiario para que la deje entrar en la casa del Señor. El ostiario avisó al prelado principal y á Omar de la pretension de aquella nueva catecúmena, y como el caudillo cristiano lleno de admiracion saliese á la puerta del santuario, le dijo Leila:

—Señor mio: hé aquí que accediendo con la mejor voluntad á los deseos que me has manifestado, traigo á nuestros hijos á que se regeneren en las saludables aguas del bautismo.

—Ya lo deseaba con impaciencia, dijo Omar, y no dudaba que tú, aunque educada en otra religion, consentirías en ello. Pero, ¿qué significa ese blanco vestido de que vienes adornada?

—Significa, señor, que yo quiero seguir en esto tu suerte y la de nuestros hijos, pues habiendo tenido siempre inclinacion á las costumbres cristianas, lo cual me indujo tambien á consagrarte mi amor en dias mas felices, hoy me ha determinado á ello una razon muy poderosa. Cuando al romper tú con el bautismo los efimeros lazos que te han unido á mí, vas á enlazarte con otra muger que te merece mas, quiero al menos que la comunidad de religion mantenga algun vínculo entre nosotros, y que no rechaces con doble repudio, por aborrecida y por infiel, á la muger que te

ha amado con lealtad y ternura durante tantos años, á la madre de tus hijos.

—Ya aguardaba yo esta escena, dijo Omar enterneciéndose á pesar suyo... Yo te juro por la gracia del bautismo, que acabo de recibir, que mi corazon se parte de dolor al contemplarte en este momento, y no poder aliviar tu pena.

—Yo, señor, nada vengo á reclamar de tí, caí en tu poder como esclava, y te dignaste concederme tu amor, yo te lo pagué... hoy tus nuevos destinos te apartan de mí: no debo ni quiero contrariar tus designios. Tu amas á esta buena y hermosa Meriem, compañera de tu infancia, y mártir casi por tu amor, tanto ha padecido en Córdoba por guardar su fé. Ella merece ser tu esposa, y pues has de ser feliz con ella, yo no daré un paso por evitarlo, antes lo deseo ardientemente, pues sobre todas las cosas, quiero tu bien y felicidad.

—Leila, tú me desgarras el pecho; si tuviera dos corazones, te ofrecería uno; pero el que tengo, desde la niñez reconoce otro dueño.

La cristiana Meriem, que asistía á esta escena pálida y melancólica como siempre, al escuchar las palabras de Leila, se acercó á Omar y le dijo:

—Señor, ella te merece... te ama de corazon, es madre de tus hijos y además quiere ser cristiana... haz que sea tu esposa... es un deber de justicia.

Omar quedó estupefacto con las palabras de Meriem, mientras Leila echándose á los pies de la cristiana, le dijo con acento enternecido:

—Señora mia: eres un ángel de bondad; pero yo no aspiro á tanto; si yo tengo algun derecho á su mano, lo renuncio contenta por aquel cuya felicidad estimo en mas que la mia. Quiero sin embargo entrar en la grey cristiana, para que me quede algun vínculo con él y con mis hijos, y si se digna concedérmelo, poder servir á vuestro lado, á tí de esclava, y á mis hijos de madre; derecho que tambien me concede la naturaleza. Quiero en fin, que

bautizados nuestros hijos, los declare por tales y les dé su nombre, y en la fuente regeneradora del bautismo, lavando la culpa de mis yerros, me dé la honra que voy á perder, puesto que segun vuestra creencia el ser cristiano es el mayor de los honores y prerrogativas, igualando casi al hombre con los ángeles del cielo.

—Tu eres desde hoy mi hermana, exclamó Meriem levantando á Leila y estrechándola en sus brazos; y dirigiéndose á Omar, le dijo con voz solemne:

—Leila es digna por sus sentimientos de ser cristiana, y por ellos y por ser madre de tus hijos debe ser tu esposa; hazle esta reparacion.

—¡Cómo, Meriem! exclamó Omar; ó es que tú me aborreces, ó que dejándote llevar de rencores indignos de una cristiana, desconoces cuanto te adoro, y que sobre todas las cosas de este mundo deseo tu amor y tu mano.

—Omar, fuerza es decirlo, replicó Meriem, esforzando su corazon vacilante; yo no puedo ser ya tu esposa... Hace tiempo que el califa Almondzir por disuadirme de tu amor, me contó tus ofensas y que tenias á otra muger en el puesto de esposa, y como yo rechazase tal idea con indignacion, me obligó á jurar que si en efecto yo descubria ser ciertos tus agravios, jamás te admitiria por esposo. Como Almondzir me acosaba con sus amorosas instancias, yo le ofrecí que haria aquel juramento con tal que él entretanto me respetase y me llevase á averiguar la verdad, como lo hizo. Con la esperanza de ganar así mi corazon, Almondzir se obligó á ello, y entonces llamando á un sacerdote de los mozárabes que habitaba en la Axarquia, hizo que ante él prestase yo solemnemente aquel juramento. Este sacerdote es D. Pelayo á quien ves aquí, y que como sabes vino de la Axarquia poco tiempo hace á cumplir sus ministerios en obsequio de estos cristianos.

Omar llamó al sacerdote, el cual preguntado sobre el caso, atestiguó ser verdad lo del juramento prestado ante él por Meriem.

—Ya ves, señor, prosiguió esta, que la fatalidad ordenó las cosas de este modo, pues por lo mismo que yo confiaba en tu lealtad

y que necesitaba oponer algun dique á los arrebatos del enamorado moro, no dudé hacer aquel juramento, obligándome en tal caso á ser esposa suya ó de Dios. Al llegar aquí con Almondzir, descubrí por desgracia ser cierto tu amor y union con otra muger, de la que hoy tienes dos hijos, y así por mucho que yo te ame, es forzoso respetar el solemne juramento.

Omar que parecia herido de un rayo con tal revelacion, exclamó:

—Reconozco en este golpe el castigo del cielo por mi deslealtad hácia tí: yo no te merccía, y por lo mismo Dios justo me ha negado este bien. Mas no sabré resignarme á tanta desventura: si he de perderte, en vano he trabajado, en vano he expuesto mi vida en cien combates. En los mayores peligros y en los intentos mas difíciles tu imágen, fija siempre en mi corazon, me animaba para no desmayar ni retroceder hasta lograr mis propósitos. Mas hoy sin tí, ¿para qué quiero mis grandezas? ¿para qué quiero la vida?

—Omar, injurias á Dios si lo que debiste hacer, y has hecho sin duda en servicio suyo y obedeciendo á la voz con que él habló á tu alma, lo atribuyes al impulso de mi amor. Aunque hoy ofuscado piensas de otro modo, sin duda tus fines fueron mas nobles y trabajaste para merecer mas gloriosa y digna recompensa de la que yo puedo ofrecerte. Hoy las bendiciones y gratitud de los cristianos y mañana los goces de la eterna bienaventuranza son el premio que Dios reserva á tu heroismo. No quieras, pues, desmerecer de esa honra, y por un injusto despecho y por un desengaño, de que á nadie puedes acusar, no quieras dejar perder los bienes inapreciables del alma, y caer miserablemente de la cumbre de la gloria.

—¡Oh, Meriem! si tu eres capaz de virtudes superiores á la flaqueza humana y solo propias de ángeles, yo no me considero con fuerzas para tanto. Concédeme tu amor y tu mano, y entonces tendré valor para arrostrar la muerte contento por la alta empresa que he tomado sobre mis hombros.

—Te engañas si piensas que ese valor has de hallarlo en los alientos de mi cariño antes que en la ayuda del cielo, única que

es poderosa é invencible. Los goces y felicidad de la tierra, mas afeminan el corazon que le confortan. No consientas pues, que yo, muger débil, te aventaje en fortaleza y resolucion, que si la frágil caña desprecia los embates del huracan, el tronco fuerte y robusto debe presentar su frente osada ante las tempestades... Además, ¿necesitas mi amor?... aunque despojado de las flaquezas mundanas, yo te lo conservaré inalterable hasta mas allá del sepulcro, y si con menos entereza de la que te conviene anhelas los goces de los sentidos, no debes buscarlos en otra parte sino en el casto cañiño de esa esposa tierna, amante y bella, á quien ya conoces además como madre de tus hijos.

—Meriem, tú me haces avergonzar de mi flaqueza, conozco que tus persuasiones no proceden de resentimiento ni desvío hácia mí, y por eso hacen mella en mi corazon.

—Si yo prefiriese á otro hombre, no debieras creer en la sinceridad de mis palabras; pero ya no quiero ni puedo ser esposa sino solo de Dios, y bien debes comprenderlo, Omar, el amor grande aunque imposible que te conservo, no me permite ofrecer mi corazon á Dios con vocacion tan verdadera, cual debiera ser la mia. Pero es inevitable, y él me perdonará esta falta, ya que esfuerzo mi voluntad para consumir el sacrificio. Mas ya basta: yo voy á consagrarme al Esposo celestial... tu acepta por tuya á tu buena Leila y adopta sus hijos.

Omar no tuvo fuerzas para contestar á las persuasiones de Meriem: viendo que su determinacion era inmutable dijo tan solo:

—Sea, pues ella lo quiere. Y alargando su mano á Leila, le dijo:—Perdona si los desengaños me llevan á darte el nombre y los derechos de esposa mia, pues tú mereces mas, y solo un amor antiguo y arraigado en el alma ha podido disputarte mi corazon. Hoy mismo despues que tú y nuestros hijos hayais recibido el beneficio de esas aguas vivificadoras, en este mismo santuario á la faz de Dios y de sus ministros santificaremos nuestra union.

Así lo prometió Omar, y así lo cumplió. Meriem al dia siguiente cumplió tambien la religiosa promesa que hiciera á persuasion

del califa Almondzir, y en manos del mismo prelado Pelayo hizo solemnemente sus votos de servir á Dios en el retiro de un claustro. Con esta resolucion entró en un monasterio de monjas que Omar habia fundado en Medina Bobaxter, y allí batallando aun con los vestigios de su antiguo amor y con los deseos de consagrarse exclusivamente al servicio divino, hizo la vida mas virtuosa y ejemplar, hasta su muerte acaecida pocos años despues. Sin duda los combates y sufrimientos de su alma, abreviaron sus dias; pero al fin los consumó en la práctica de las mas severas virtudes, y al morir sintió la inmensa satisfaccion de haber vencido al mundo y sus lisongeros engaños. Cuéntase que al morir, resonaron en su aposento músicas celestiales y que un resplandor de gloria bañó el modesto sepulcro que le mandó erigir Omar en el jardin del convento.

Omar en tanto, dominando esforzadamente su corazon, aplicó todo su conato á sustentar en paz, orden y felicidad el estado cristiano erigido por él. Acometido incesantemente por los poderosos califas de Córdoba, tuvo que sostener con ellos largas guerras, en que si bien la fortuna le fué á veces contraria, con mas frecuencia alcanzó insignes y gloriosos triunfos, abatiendo en muchas derrotas á aquellos fuertes enemigos y conteniendo sus invasiones. Los emires Abdallah y Abderrahman, que despues de Almondzir imperaron sucesivamente en la España árabe, aunque afortunados en algunos hechos de armas que ejecutaron contra Omar, fueron escarmentados en otras muchas ocasiones por su valor y prendas militares, y todo su poder y su conato no bastaron para reducirle á la obediencia y vasallage (1).

Así Omar Ebn-Hafsun empleó gloriosamente los restantes años de su vida hasta el de 305-917 (2) en que falleció de muerte na-

(1) Sin embargo *Ebn-Jaldun* dice que Omar reconoció al fin la autoridad y soberania del califa Abderrahman III, gobernando bajo su dependencia aquellos estados.

(2) *Ebn-Jaldun* y *Ebn-Aljathib* en su biografía de Omar Ebn-Hafsun dicen que murió en el año 306; pero nosotros seguimos á el autor del *Bayan Almoghreb*, muy exacto en la cronología de aquellos sucesos, el cual señala el año 305 (parte II, página 178.)

tural (1) en su residencia de Bobaxter, reinando en Córdoba Abderrahman III el Grande. Murió como buen cristiano, siendo sepultado en aquella plaza con los ritos de nuestra religion y sucediéndole en el poder y gobierno de aquellos estados Chafar el mayor de sus hijos.

(1) Ebn-Aljathib dice que Omar falleció de resultas de una antigua hernia que llegó á ahujerearle la piel. Otros sin embargo dicen que murió de heridas que recibió combatiendo contra la gente del califa, y esto es mas glorioso para nuestro héroe.

CONCLUSION.

Breve noticia sobre la vida y hechos de los hijos de Omar. — Castigo postrero que Abderrahman III ejecuta en los restos de Omar y sus hijos. — Miserable estado á que vuelven los mozárabes con la muerte de aquellos héroes.

Dejó Omar tres hijos llamados Chafar, Suleiman y Hafss, los cuales imitando á su padre en valor y celo religioso, á semejanza de los Macabeos, sostuvieron esforzadamente la causa de los nasaríes en aquellas comarcas. Pero todavía no era llegado el momento señalado por el Arbitro de los imperios para la emancipacion del pueblo cristiano, á quien queria probar aun con largas calamidades y persecuciones, hasta que en la escuela del infortunio aprendiese á hacerse digno de los grandes destinos que le preparaba. Muertos sucesivamente los dos hijos mayores de Omar, Chafar (1) y Suleiman (2) durante la guerra contra los califas de Córdoba, al fin la morisma, como mar embravecida, á fuerza de combates hizo zozobrar la débil nave de la cristiandad.

El señorío, pues, de los cristianos levantados en la cora de Raya duró hasta el año 345-927, en que el califa Abderrah-

(1) Ebn-Jaldun cuenta que Chafar fué muerto por uno de sus familiares, instigado por su hermano Suleiman, y que este pereció guerreando contra el califa, alzando entonces los muladíes por su señor á Hafss, en cuyo tiempo Abderrahman III conquistó á Bobaxter.

(2) Bayan II. 208.

man III, cercando en Bobaxter á Hafss, último hijo de Omar Ebn-Hafsun, despues de muchos y largos asedios, se apoderó de aquella plaza, desarraigando de ella y enviando á Córdoba á la muchedumbre de los nassaríes que la poblaban y desolando sus iglesias (1). El emir perdonó á Hafss, y por sus prendas de buen capitán le admitió á su servicio en el ejército (2). Pero menos indulgente con la memoria de Omar y en odio á nuestra religion, hizo abrir su sepulcro, como tambien el de su hijo mayor Chafar, que cerca de él yacía en Bobaxter, donde cuenta un historiador árabe que los hallaron tendidos boca arriba (3) segun el uso de los cristianos, pues habian muerto en su fé.

Este espectáculo irritó mas el fanatismo de Abderrahman, y por consejo de los alfaquíes que á él asistieron, mandó que los restos de Omar y Chafar fuesen sacados de sus sepulcros y llevados á Córdoba, exponiéndolos sobre la puerta llamada *Bab Assudda* ó puerta cerrada, junto á los despojos de Suleiman, otro hijo de Omar, muerto años antes por mano de los moros (4). Allí tan tristes trofeos alegraron los ojos de los celosos musulimes, así como entristecieron á los miserables mozárabes, que vueltos á mayor opresion y esclavitud, acudieron en el silencio de las noches á venerar las reliquias de sus héroes y mártires de su libertad (5).

(1) Ebn-Jaldun en su mencionada noticia sobre el alzamiento de Omar.

(2) Bayan II. 208.

(3) Los musulmanes eran enterrados con el cuerpo y rostro vueltos á la Meca.

(4) Bayan II. 209 y 210.

(5) Despues de la conquista de Bobaxter, todavía los mozárabes de aquella comarca de Raya conservaban en su poder algunos castillos que por su fortaleza habian podido resistir diferentes cercos y combates; pues como dice Ebn-Jaldun en el lugar citado, Hafsun y sus hijos poseyeron hasta treinta castillos en la amelia de Málaga. Pero Abderrahman se apoderó al fin de todos y los mandó demoler, entre ellos los de Santi-Petri, Jotron, y otros, y así como dice el Bayan II. 210, ya no quedó á los cristianos en estas comarcas, ni castillo en pie ni lugar fortificado, ni monte defendido.

APENDICE NUMERO PRIMERO.

APENDICES DE MERIEM.



APÉNDICE NÚMERO PRIMERO.

Dado que la provincia de Málaga fué ilustrada en los apartados tiempos, cuya historia trazamos, con las grandes proezas de Omar Ebn-Hafsun, y en ella y su misma capital ponemos las escenas de nuestra leyenda, parécenos curioso para la mejor inteligencia de tales sucesos el dar aquí algunas noticias sobre la importancia que alcanzaba aquella ciudad, bajo la dominacion sarracena, en lo cual pagaremos juntamente un gustoso tributo al amor de la patria. Estas noticias, puesto que breves como acomodadas á los estrechos límites de un apéndice, tendrán acaso algun interes y curiosidad por ser menos conocidas y tomadas de escritores árabes muy autorizados.

Segun estos historiadores, *Málaga*, á quien ellos conservaron el nombre fenicio ó romano de *Malaca*, era una poblacion grande y considerable, *Medina cabira*, como la llama Ebn-Jallican en un pasage de sus *Islamitas ilustres* (1), y una ciudad por muchos conceptos sobresaliente y distinguida, *Medina xarifa*, como hemos leido en otro autor, cuyo nombre ahora no recordamos. Primeramente *Malaca* fué cabeza del waliato ó amelia de *Raya*, y por eso

(1) Edicion de Paris por Slane, pág. 392 á 393, del texto árabe.

Abdelwahed en su historia de los Almohades (1) dice que Raya es Malaca y su jurisdiccion; pues si bien en algun tiempo la capital de aquella comarca estuvo en Archidona, despues se fijó en aquella ciudad que celebramos. Cuando la caída del califato de Córdoba quebrantó en muchos pedazos el imperio árabe de España, Malaca vino á ser córte de emires ó régulos que dominaban en un dilatado territorio, y que extendieron á veces su señorío hasta Granada y otras ciudades del interior. Por eso el historiador Almacari (2) cuenta á Malaca entre las capitales de reinos *cucaid almamlaca* situadas en el mediodía del Andalus ó España árabe. Sabido es que en Málaga reinaron los emires *Idrisitas*, que empezaron en Idris I Almowayed Billah, elevado al trono en 427-1036, y acabaron en Mohammed II, séptimo príncipe de esta dinastía, por los años de 447-1055.

Los autores árabes celebran mucho á Málaga por la excelencia de sus frutos y especialmente de sus sabrosas brevas é higos, como se ve en el siguiente pasaje traducido del antes mencionado Almacari (3).

«En Málaga se crían los higos, que por su bondad se han hecho proverbiales y que se llevan hasta la India y la China; y se dice que en el mundo no los hay semejantes á ellos.» Este mismo autor cita en elogio de los higos de Málaga unos versos, que no copiamos por no dilatar este apéndice; pero baste recordar á este propósito la anécdota que referimos en la leyenda de *Almanzor*, apéndice núm. VI.

El célebre viajero árabe *Ebn-Bathutha*, el de Tánger, en un pasaje citado por el mismo Almacari (4), dice de Málaga lo siguiente:

«*Malaca* es una de las capitales del Andalus, reuniendo las

(1) Pág. 19 de la ed. de Leiden. Lo mismo se lee en Almacari I. 194, y *Ebn-Jaldun* en su citado pasaje sobre Omar.

(2) Tomo I, pág. 103.

(3) Tomo I, pág. 95.

(4) Ibidem.

» producciones mas preciadas de la tierra y del mar, y asi hay en
» ella muchas cosas buenas, sobre todo en frutos. He visto vender-
» se las uvas en sus mercados al precio de un dirhem pequeño (1)
» por cada ocho libras. Sus granadas morasies (2) del color del ja-
» cinto, no tienen iguales en el mundo. Los higos y almendras, así
» de ella como de sus términos, se exportan para las regiones de
» oriente y occidente (3).—En Malaca asimismo se fabrica una ad-
» mirable porcelana dorada que se lleva á los países mas remotos.
» Su mezquita es de grande extension y muy célebres su alberca y
» su patio, el cual no tiene rival en belleza y se ve plantado de
» naranjos de maravillosa hermosura (4).»

Los historiadores árabes celebran mucho la Alcazaba y el cas-
tillo de Málaga, ponderando su altura que sobrepujaba á las nu-
bes (5), y de la Alcazaba dicen que quien acabó su magnífica y
fuerte obra fué el sultan *Badis Ebn-Habús el Sinhachí*, señor que
fué de Granada y Málaga (6).

De su conquista dice el mismo Almacari (7), que *Abdelala* hijo
de *Musa Ebn-Nosseir*, fué el que sojuzgó la ciudad de Málaga, y la
cora de Raya. Dicho historiador árabe cuenta á este propósito un
hecho que nos parece curioso y del cual no sabemos que haya la
menor noticia en ningun otro. Dice pues, que durante el cerco de
Málaga por los musulimes, el príncipe ó gobernador de la ciudad, so-
brado indolente y falto de consejo, para descansar de las fatigas
de la defensa se fué á holgar en una huerta ó vergel de los extra-
muros, sin cuidarse de poner allí cerca centinelas ni atalayas. Pues
como lo entendiese *Abdelala*, le puso una emboscada en un extre-

(1) Como un real de nuestra moneda.

(2) Morasies ó mursies: quiere decir murcianas, oriundas de Murcia.

(3) Como sigue sucediendo hoy.

(4) Aunque al edificarse la moderna catedral de Málaga junto á la antigua mezqui-
ta, no quedó de esta vestigio alguno, todavía el patio de los naranjos conserva su an-
tiguo nombre, mirándose sombreado por aquellos árboles, aunque modernos.

(5) *Ebn-Bassam* copiado por Mr. Dozy en sus *Script. Arabum loci de Abbadi-*
dis I. 304.

(6) Almacari I. 121.

(7) Tom. I. pág. 174.

mo del jardín, en donde cayendo el incauto gobernador, fué apri-
sionado por los árabes, y así se facilitó la conquista de la ciudad
por capitulación, si bien se les permitió la presa que fué muy co-
piosa.

En Málaga y su comarca se estableció la gente árabe del *Ordan*
ó tribus venidas de la region vecina al Jordan; pero quedó gran
muchedumbre de mozárabes, como se ve por nuestra leyenda, has-
ta que fueron desarraigados por los moros y enviados al Africa por
los años 4406 de nuestra era.

Los límites que abarcaba la jurisdiccion de Málaga bajo la juris-
diccion sarracena no pueden determinarse con entera exactitud,
pues variando algun tanto la demarcacion de los climas y provin-
cias en los diferentes reinados y épocas, hubo poblaciones en la co-
marca de Raya (como Ronda,) que á veces pertenecieron á otras co-
ras y jurisdicciones. Los autores árabes cuentan en la amelia de
Málaga los siguientes pueblos, para cuya enumeracion dividiremos
esta comarca en tres partes; norte, oriente y occidente.

En la parte del norte: *Archidona*, la antigua *Arx Domina*, plaza
fuerte de gran importancia; *Antequera* muy populosa y principal,
las ruinas de *Nescania*, restos de un famoso municipio romano jun-
to al valle de Abdalaziz; *Hism Cannith*, hoy Cañete la Real, el ce-
leberrimo castillo y poblacion de Bobaxter, capital de los estados
de Omar Ebn-Hafsun, con todos los lugares y fortalezas de su dis-
trito que dejamos mencionados en el cap. VIII de esta leyenda.

A la parte del oriente: *Balles* ó Velez-Málaga, abundante en
uvas, brevas, y demás excelentes frutos como la capital (1); *Narigia*
ó Nerja con amenas y fructíferas campiñas (2); la ciudad y castillo
de *Alhama*, famosa por la fuente cálida que brota en la orilla de
su rio (3) y á la cual debe su nombre la poblacion; la fortaleza de
Comares; *Hiznate* ó los castillos; *Macharaviaya* ó el prado de los

(1) *Ebn-Bathutha* en sus *Viages*, tom. IV, pág. 373, ed. de París. Almaccari I, 403.

(2) *Idem* I. 109—110.

(3) *Idem* I. 103.

grafia de Omar Ebn-Hafsun como este caudillo desde tan humildes principios llegó á subyugar la fortuna y fundar un reino floreciente y glorioso, mostrando en la guerra su esfuerzo, abatiendo en el combate á los emires y á los mejores capitanes de su tiempo y llenando aquel siglo con la fama de sus proezas (M. S. mencionado de la Biblioteca del Escorial).

Hemos dicho que á los historiadores árabes se deben casi exclusivamente las noticias que tenemos de Omar Ebn-Hafsun, y en efecto no se halla mencion siquiera de este héroe en las escasas y diminutas crónicas cristianas que relatan los sucesos de aquellos siglos. El arzobispo de Toledo D. Rodrigo Ximenez, que como es sabido, no dejó de consultar á los historiadores árabes, nos da algunos datos sobre Omar y sus hechos, pero pocos y mezclados con errores. Todo lo que en él se dice de Omar es lo siguiente: que en el reinado de Abdallah se rebeló contra su autoridad *Homar Abenhazon* (Omar Ebn-Hafsun) uno de sus magnates ayudado de mucha gente. El califa marchando contra él, le redujo á la obediencia y le perdonó; pero Omar, alentado con la indulgencia y la impunidad, volvió á rebelarse, y entrando en Jaen mató al caudillo de su guarnicion y lo propio hizo en otras plazas y castillos. Y como el emir Abdallah le acosase con incesantes incursiones, Omar se vió obligado á recurrir á la ayuda de los cristianos, abrazando para ello su religion, aunque no con sinceridad, sino en apariencia, recibiendo así el bautismo y profesando la fé católica.

En este relato del Arzobispo (1) se notan varias inexactitudes y errores. 1.º Consta por los historiadores árabes que Omar Ebn-Hafsun no se levantó por primera vez en el califato de Abdallah, como dice el autor cristiano, sino en el de Mohammed I, continuando su rebellion en los de Almondzir, Abdallah y principios de Abderrahman III. 2.º Omar no fué magnate de la corte de Abdallah, como indica el arzobispo (*unus de principibus*) sino un aventurero, y como muladí ó moro nuevo, de la gente mas humilde

(1) Cap. XXIX de su *Historia Arabum*.

de aquel país. 3.º Omar no se convirtió al cristianismo, por procurarse la ayuda de los cristianos, sino que antes consta por los autores árabes, que él como descendiente de mozárabes fué muy aficionado siempre á las cosas cristianas: Así se vé claramente por el siguiente pasaje del mencionado *Bayan Almoghreb*: parte II, pág. 143. «En el año 286, Ebn-Hafsun ayudó á los nas-saríes, y ya antes de esto se complacia en su trato y se aliaba con los infieles y los honraba y favorecía, separándose de la gente islamita y persiguiéndola.» Sin duda el arzobispo don Rodrigo no tuvo presente el linage de Omar y por ello no creyó en la sinceridad de su conversion al cristianismo. Por último, vemos que este autor en su concisa historia de los árabes calló la mayor parte de los grandes hechos de Omar, sus victorias, conquistas y nobles prendas que le adornaban.

Así pues, sucesos de tanta importancia no pudieron apreciarse hasta que el estudio de los autores árabes ha empezado á desvanecer las tinieblas de nuestra historia. D. José Antonio Conde, fundado en aquellos historiadores, ya dió algunas noticias no conocidas hasta entonces del memorable alzamiento de Omar, pero confusas y mezcladas con hartos errores; pues toma á Bobaxter por Barbastro y pone en las fronteras el teatro principal de aquellos sucesos que consta por los árabes pasaron en la comarca de Raya ó Málaga y en las vecinas. Donde se hallarán ciertamente pormenores muy exactos y copiosos sobre Omar, sus guerras y hazañas, es en la celebrada *Historia de la infantería española*, parte árabe, pues su ilustrado autor el Excmo. Sr. D. Serafin Estévanez Calderon, ha disfrutado para ello de los mejores datos, consultando á Ebn-Alcuthia, el Bayan y otros autores árabes. ¡Lástima grande es que obra de tanto provecho é importancia aun no haya salido á luz, no siendo conocida del público sino por algunos breves pero preciosos fragmentos que de ella se han publicado!

APÉNDICE NÚM. III.

Tratándose de héroe tan famoso como Omar Ebn-Hafsun, creemos que nuestros lectores no verán con desagrado el que demos sobre él en este lugar algunas noticias genealógicas, para la mejor inteligencia de diversos pasages de nuestra leyenda.

Segun el célebre historiador *Ebn-Hayan* citado por el Bayan Almoghreb: II. 108, la genealogía de Omar era la siguiente: Omar hijo de Hafsun, hijo de Omar, hijo de Chafar, hijo de Xatim, hijo de Dzobyan, hijo de Fergalux, hijo de Adefunx. Añade dicho autor que de estos ascendientes de Omar Ebn-Hafsun quien abrazó el islamismo, fué Chafar, hijo de Xatim y padre de Omar y Abderrahman.

Es de notar que el historiador *Ebn-Jaldun* (cod. 1350 de la Bibl. de Leiden, tomo IV, fol. 10 y 11) reproduce con alguna variedad el testimonio de Ebn-Hayan, pues refiriéndose á este autor dice que Omar era hijo de Hafsun, hijo de Omar, hijo de Chafar, hijo de Damian, hijo de Fergalux. hijo de Adefunx, el cumes ó conde.

Segun el granadino *Ebn-Aljathib* en su biografia de Omar M.S. de la Bibl. del Escorial) fué este caudillo hijo de Hafsun, hijo de Omar, hijo de Chafar el que islamizó, hijo de Cosmexam, hijo de Dzobyan, hijo de Fergalux, hijo de Arius.

Comparando las noticias algo diferentes de estos historiados-

res, puede formarse de Omar y su linage el siguiente cuadro genealógico:

El conde Alfonso ó Ariux (1). Nació por los años. . .	65—684.
Fergalux.	90—708.
Dzobyan ó Damian.	115—733.
Xatim ó Cosmexam.	140—757.
Chafar el Islami.	165—781.
Omar y Abderrahman.	190—805.
Hafsun y Mothahir.	215—830.
Omar (2), Ayub y Chafar.	240—854.
Chafar (3), Suleiman (4) Hafsun y Abderrahman (5).	265—879.

Si estas nueve generaciones se computan por veinte y cinco años, que es el minimum que puede señalarse á cada una, resultará que el conde Alfonso nació por los años 65 de la hegira, 684 de J. C. y debió alcanzar á la conquista de España por los árabes, de suerte que la genealogía de esta familia se halla completa desde unos 28 ó 30 años antes de aquel suceso hasta muy entrado el siglo X de nuestra era. Es muy verosímil que Adefunx ó Alfonso fuese uno de los gobernadores que con el título de *comes* ó conde administraron aquellas comarcas en los últimos tiempos de la dominación goda. Vemos, pues, que los hijos y nietos de Alfonso permanecieron durante tres generaciones profesando el cristianismo en medio de los infieles, hasta que su tercer nieto Chafar abrazó la religion mahometana, la cual abjuraron nuevamente Omar y sus hijos, volviendo al gremio de la iglesia cristiana, y proclamando la independencia del pueblo mozárabe en aquellas comarcas. Acaso

- (1) Quizás Alfonso Arias.
- (2) Murió año 305-917.
- (3) Fué muerto á traicion año 308-920.
- (4) Murió en un combate año 314-926.
- (5) Además de los mencionados en nuestra leyenda, Omar tuvo otro hijo llamado *Abderrahman*, que rindiéndose á los capitanes del califa Abderrahman, pasó á Córdoba, en donde se estableció, ejerciendo la profesion de alcatib ó copista. (Véase á Mr. Dozy en su introduccion al Bayan Almoghreb, p. 35).

Hafs y Abderrahman, últimos hijos de Omar, al reconocer la soberanía de los califas musulmanes de Córdoba, volvieron á sumergirse á sí y á su linage en las dobles tinieblas de la oscuridad y la supersticion musulímica.

APENDICE NÚM. IV.

Puesto que Omar con sus victorias y conquistas llegó á sujetar á su dominio dilatadas comarcas, paréceme conveniente determinar los límites y extension que tuvo el estado fundado por él, como punto importante para la historia de la lucha que sostuvo la cristiandad española con la morisma durante tantos siglos, y en particular para la de Málaga y su provincia, que fué el principal teatro de las proezas de aquel famoso caudillo. La cualidad con que me honro de ser hijo de aquel suelo, me ha inducido á dar mayor importancia á los memorables sucesos que forman la base de esta leyenda, mayormente siendo Omar uno de los héroes que mas honran aquella region de que tambien fué natural.

Aunque Omar Ebn-Hafsun acosado constantemente por los poderosos califas de Córdoba, no conservó todo lo conquistado y así sus dominios ya fueron en aumento ya en disminucion, poseyó sin embargo durante largo tiempo toda la comarca de Raya, cuya capital era Málaga, parte de la cora confinante de Algeciras, parte de la Cambania, que corresponde á la actual provincia [de Córdoba, una parte considerable de las de Elvira y Vega, hoy Granada y Almería, y por último, otra parte de Jaén hasta los montes Alboranos ó sierra Morena. Tal se vé por las plazas, castillos y poblaciones de mas ó menos importancia que los historiadores árabes dicen clara ó implícitamente que fueron sojuzgados por Omar, y son los siguientes:

En la cora de Ronda y demás dependientes de la amelia ó jurisdiccion de Raya ó Málaga : esta capital, la plaza fuerte de Archidona, la de Ronda, la de Bobaxter, la de Alhama, entonces sujeta á Málaga, la de Connith, hoy Cañete la Real, la de Belda, la de Mixas, la de Torrox y los lugares y castillos de Calat Alhanex ó castillo de la Culebra, el de Comares, el de Cámara, Sant Biter ó Santi Petri, Autha, Acuth ó Agudo, Dos amantes, Alchex (1), Cardarex, Hotrun hoy Jotron, Boharex, Yamares, Axarex, Axer y otros que no recordamos.

En la cora de Algeciras el castillo de Luza ó Loza y otros, pues dicen los historiadores que Omar sojuzgó esta comarca.

En la de Cambania, cuya capital era la misma Córdoba, las ciudades y las plazas fuertes de Cabra, Lucena, Ecija y el fortísimo castillo de Bolay, hoy Aguilar de la frontera.

En la de Elvira y la Vega que formaban lo que despues se llamó el reino de Granada: Baza, Montexicar, Ubeda de Elvira, los castillos muy fuertes de Xubiles y Monterrubio, Xalubina ó Salobreña, el monte de Xiba, Finiana y otras plazas hasta el interior de la moderna provincia de Almería.

En la de Jaen; Ubeda, Baeza y otros castillos y lugares hasta los pies de Sierra Morena en donde Omar estableció algunos presidios, y mas arriba la fortaleza de Caracoi ó Caracuel.

Vemos pues, que el principal asiento de la sublevacion y estado de Omar Ebn-Hafsun fué la cora de Raya (cuya capital fué algun tiempo Archidona, pero que al fin se fijó en Málaga), puesto que Ebn-Jaldun afirma que Omar y sus hijos poseyeron en aquella comarca treinta castillos. En los documentos que nosotros hemos consultado no consta claramente si Omar despojó tambien al califa del señorío de ciudad tan principal como Málaga; pero lo dá á entender Ebn-Jaldun, y además es muy verosímil

(1) Tal vez sea el lugar llamado hoy Ar chez en la provincia de Málaga, á 8 leguas de esta ciudad y 2 de Torrox. La correspondencia de los demás lugares ya la dejamos determinada hasta donde hemos podido en las notas de esta leyenda.

puesto que aquel caudillo se hizo dueño de tantas plazas y castillos inmediatos á ella, y además el gran número de mozárabes que allí habia debió facilitarle su conquista, como sucedió por semejante causa en otras muchas poblaciones. En efecto consta por otros documentos históricos que los mozárabes de Málaga eran bastante numerosos, puesto que á principios del siglo XII temerosos los moros de que intentasen algun alzamiento ó pasasen á unirse con los cristianos ya restaurados en algunas de sus invasiones, los desarraigaron de aquella ciudad, enviándolos sin duda al Africa: hé aquí como apuntan esta noticia los Anales Toledanos. Era MCXLIV, fué la hueste de Málaga, cuando existieron los mozárabes de Málaga. (*Esp. Sagr.* tomo XII, pág. 347).

Nos hemos detenido en esta consideracion, puesto que el notable progreso que tuvieron las conquistas de Omar se debió en gran parte á los muchos auxiliares que halló en los muladíes y sobre todo en los mozárabes que poblaban aquellas provincias.

FIN DE LOS APÉNDICES DE MERIEM.

puesto que aquel cambio se hizo dentro de tan pocas horas y casi los inmediatos a ella, y además el gran número de morabios que allí había debió facilitar su conquista, como se ve en la remanece causa en otras muchas poblaciones. En efecto consta por otros documentos históricos que los morabios de Málaga eran bastante numerosos, puesto que a principios del siglo XII se metieron los moros de que intentaron algún alzamiento o pasaron a unirse con los cristianos ya establecidos en algunas de sus invasiones, los desbarataron de aquella ciudad, enviándolos a la Alhambra de Málaga, no así como apuntes esta noticia los Almorávides. En MCXIV, fue la hueste de Málaga, cuando existieron los morabios de Málaga. (Exp. 2007, tomo XII, pág. 347).

Nos hemos detenido en esta consideración, puesto que el notable progreso que tuvieron las conquistas de Omar se debió en gran parte a los muchos auxilios que halló en los mulabios y a la presteza de los morabios que poblaban aquellas provincias.

En consecuencia, el progreso de las conquistas de Omar se debió en gran parte a los muchos auxilios que halló en los mulabios y a la presteza de los morabios que poblaban aquellas provincias. En consecuencia, el progreso de las conquistas de Omar se debió en gran parte a los muchos auxilios que halló en los mulabios y a la presteza de los morabios que poblaban aquellas provincias.

En consecuencia, el progreso de las conquistas de Omar se debió en gran parte a los muchos auxilios que halló en los mulabios y a la presteza de los morabios que poblaban aquellas provincias.

J. J. MARTINEZ, EDITOR.

MEDINA AZZAHRA.

LEYENDA HISTÓRICA ÁRABE

POR

DON FRANCISCO JAVIER SIMONET.

MADRID:

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

calle del Arco de Santa María, núm. 7

1858.

J. J. MARTINEZ, EDITOR.

MEDINA AZAHARA.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

1898

Es propiedad de su editor.

DON FRANCISCO JAVIER SINGNET.

MADRID.

LIBRERIA Y FOTOGRAFIA DE D. JOSE MARTINEZ.

Calle del Arco de Santa María, 10.

1898

MEDINA AZZAHRA.

LEYENDA HISTORICA ARABE.

«Los reyes ilustres, cuando quieren
dejar en pos de sí memoria de sus he-
chos, los pregonan con las lenguas de
la arquitectura.»

ABDERRAHMAN III.

CAPITULO PRIMERO.

Córdoba durante el califato de Abderrahman III.—Magnificencia de este emir.—Sus
amores.—Peticion de la favorita Azzahrá.—Grandes preparativos para la obra de
un nuevo alcázar y sitio de recreo.

El imperio árabe de España habia llegado á notable engran-
decimiento bajo la dominacion de los califas Benu Umeyas de
Córdoba, dinastía venturosa asentada en aquel trono por el es-
fuerzo y altas prendas del famoso emir *Abderrahman Ebn-Moa-
wia* (1).

Pero todavía le estaba reservada á aquel imperio mayor glo-
ria y prosperidad en el reinado del grande y magnánimo príncipe

(1) Fundó el imperio de Córdoba por los años de la hegira 138-756 de J. C., y
murió en 172-788.

Abderrahman III Ebn-Mohammed titulado *Annasser-ledin Allah* ó sea el defensor de la ley de Dios, que subió al trono en la luna nueva de Rebi el 1.º de la hegira 300 (1) y le ocupó felizmente cincuenta años, el primero de su familia que tomó el glorioso título de *Emir-almumenin* ó soberano de los creyentes (2): aquel en cuya proclamacion cantaron los poetas:

«Comienza una luna nueva y un nuevo reinado de prosperidad: ¡oh tú que imperas por la gracia de Alláh, dime si hay gloria que aventaje á la tuya (3)!»

En los dias de este monarca, la antigua y siempre célebre Córdoba llegó á ser la ciudad mas floreciente de Europa y del imperio musulmico. La famosa *Colonia Patricia*, la princesa de la Bética romana (4) convertida entonces en la sultana sin rival del occidente, retrataba en los cristales del Guadalquivir las azoteas de sus ciento y setenta mil casas y numerosos alcázares y palacios, las cúpulas y *alminares* (5) con bolas de oro de sus tres mil ochocientas mezquitas, y las altas almenas de sus torreados muros de catorce millas de circuito. Entre el frondosísimo y florido follaje de sus deliciosas riberas y campiñas, sembradas de huertas, olivares y jardines, ostentaban su deslumbrante blancura las casas de sus veinte y un arrabales, sus tres mil alquerías y sus cuatro mil trescientos *axarafes* ó sean cortijos y haciendas de campo (6). De sus nueve puertas principales que miraban á las ciudades mas

(1) En el mes de octubre del año 912 de nuestra era.

(2) Asi lo cuenta el autor del *Bayan Almoghreb*: Parte II, pág. 161 del texto árabe publicado por M. Dozy en Leiden, 1848 á 51.

(3) Estos versos que cita el mismo autor del Bayan, son el principio de una casida ó poema de *Ahmed-Ebn-Abderrabbihi*, poeta cortesano y adulator de los califas de Córdoba, que nació en 246-860, y murió en 328-940, imperando Abderrahman III.

(4) El P. Roa escribió un libro para probar el principado de la Córdoba Romana sobre la Bética: *De Cordubæ in Hispania Bætica principatu*.

(5) Torres, propiamente faros ó lumbreras.

(6) Sobre estas curiosidades, número de casas, mezquitas y alquerías de Córdoba, véase á *Almaccari*, autor árabe, tomo I, págs. 96, 299, 355, 356 y 394 de la edicion de que hablaremos despues, y los apéndices de nuestro *Almanzor*, núms. 2, 3 y 4.

considerables de la España sarracena y cristiana (1), salian los numerosos y ordenados escuadrones de á pié y de á caballo, árabes y bereberes, que marchaban á derramar el terror en las comarcas mas remotas de España y Africa, y por ellas tornaban á entrar enarbolados los pendones del Profeta, con los trofeos y pompa del triunfo. Sus muros y almenas guarnecidos noche y dia por innumerables velas y guardas, veíanse con frecuente y sangriento espectáculo, coronados con millares de cabezas de cristianos, segadas como abundante cosecha por la hoz de la guerra exterminadora en los campos de la lid y de la muerte. A ella acudian cada año las demas ciudades y provincias de la España árabe, depositando á sus régias plantas, como pecho y tributo, la inmensa suma de mas de seis millones de *dineros* de oro (2) sin contar las ricas párras, que pagaban al califa otros señoríos y estados feudatarios de aquende y allende el mar. A su *aljama* ó mezquita mayor, rival en magnificencia de la *Caba* de la Meca, llegaban peregrinos sin cuento de oriente y occidente; y sus madrisas (3) ó academias, eran frecuentadas por los *talbes* (4) y *ulemas* (5) de todo el mundo sarraceno, que acudian á buscar allí la luz del saber, apagada á la sazón en el resto del orbe. Y no es extraño por cierto el que todo *muslim* (6) ansiase ver la ciudad, que segun cierto poeta árabe andaluz (7) encerraba cuatro maravillas; su soberbio puente sobre el Guadalquivir.

(1) Los nombres de estas nueve puertas y el orden de su situacion eran como sigue: al S. la de *Alcántara* ó el puente y la de Algeciras; al E. la de Zaragoza, llamada tambien *Bab al Hadid* ó puerta de Hierro, y la de *Tolaitola* ó Toledo; al N. la *Rumia* ó de Roma, y la de Talavera ó de Leon; al O. la de *Amer el Coraixi* y la de Badajoz; y la de Sevilla, llamada tambien *Bab Alatharin* ó de los perfumistas, al SO., cerca del alcázar de los califas.

(2) Puede calcularse en 480.000,000 de reales.

(3) De la raiz árabe *Darasa*: estudiar.

(4) *Thalbe* ó *Thaleb* quiere decir lo mismo que filósofo ó amante de la filosofía; de la raiz árabe *Thalaba*: buscan con afán.

(5) Plural del nombre *alim*: doctor, sabio, principalmente en las tradiciones alcoránicas.

(6) El que profesa el islamismo ó ley de salvacion; de la raiz *salima*: salvarse.

(7) Citado por *Almaccari*, I, 96.

vir (1), su aljama, sus academias, y por último su prodigiosa *Medina Azzahrá* ó la ciudad floreciente, que nos proponemos como asunto principal de nuestras investigaciones.

En este emporio, pues, de las riquezas, el poder y la ilustracion del universo imperaba por la voluntad del Omnipotente Alláh, el noble, liberal y magnánimo califa Abderrahaman III, aventajándose en grandeza, fortuna y magestad á todos los monarcas de su época. Aquí, llamando á su lado á los hombres mas ilustres y honrados de sus reinos, *xequés* (2), *alimes*, *alfaquíes* (3), *alcaldes* (4) y poetas, se habia formado la corte mas brillante. Aquí mostraba su largueza y magnificencia, embelleciendo á Córdoba con suntuosos edificios, como mezquitas, alcázares y casas de placer con deliciosos jardines y copiosas fuentes, valiéndose para ello de los mas hábiles alarifes (5) é ingenieros, que hizo venir desde Bagdad y Constantinopla (6). De aquí salia para romper con sus poderosas huestes por las fronteras de los cristianos con frecuentes gazúas y algaras (7), y aquí tornaba de nuevo á reposar bajo las bóvedas de jazmines y rosales, y entre bosquecillos de naranjos y arrayanes, en donde las bellisimas *huríes* de su *harem* (8) le brindaban las delicias del amor.

Pero el poderoso sultan no era feliz. Hay un vacio en el corazon humano, que lo mismo se siente en la prosperidad que en la desgracia, á menos que venga á llenarle esa imágen celestial que nuestras almas buscan por instinto, y que hemos admirado en sentimiento en todo lo bello y amable que hemos hallado en la tierra. Hay una aspiracion á buscar la dicha en otro ser, de quien

(1) Lo edificó Julio César y fué restaurado por el califa Hixem I, que imperó desde 788 á 796 de J. C.

(2) Ancianos, cabezas de tribus.

(3) Teólogos.

(4) Capitanes y caudillos de tropa.

(5) Peritos y arquitectos.

(6) Así lo cuenta *Ebn-Jaldun* citado por *Almaccari*, I, 380.

(7) Entradas en tierra de enemigos para talar y robar.

(8) Lugar reservado para mansion de las mugeres; de la raiz árabe *harama*: vedar.

el nuestro parece como arrancado y que no puede vivir sin él, y hay una necesidad de unírsele con un sentimiento ardiente, poderoso, divino, independiente de los demás afectos del mundo, y de buscar en él una dicha agena á todos los placeres y bienes terrenales. Este ensueño, esta necesidad del alma, esta pasión, en fin, que no es mas que la aspiración del hombre al Sumo Bien, nos lleva á veces por un error de nuestra condición mezquina, á sacrificar cuanto somos y cuanto valemós en las aras de cualquier deidad seductora, aun la mas indigna de tal idolatría: con que poniendo en ella nuestro amor, nuestra fé y nuestra esperanza, llegamos, aunque tarde, al desengaño ó al arrepentimiento.

Tal fué la desdicha de Abderrahman Annässer. Afanoso el califa por desterrar de sí aquella íntima angustia, aquel inexplicable desabrimiento del alma que le daba tormento en su misma grandeza, derramaba sus tesoros para fundar vergeles y sitios de recreo, trasuntos del perdido Eden. Aunque ya sus mayores habian embellecido la ciudad y sus contornos con palacios y casas de placer sobremanera deliciosas, como lo eran, entre otros, los cuatro alcázares llamados, *Azzaher* (el florido), *Albahú* (el precioso), *Alcamel* (el perfecto) y *Almonif* (el eminente), Abderrahman, con ayuda de los mas insignes arquitectos orientales, hizo levantar otros mas risueños y magníficos. Rodeándose en tales paraísos de todas las delicias del arte y de la naturaleza, y acompañándose, como de otra Eva, de alguna hermosa sultana, en vano procuraba poblar con ella la soledad de su corazón, ni hallar en sus brazos la ventura celestial con que soñaba. Con tales vanos propósitos fundó, entre otros muchos, cerca del palacio *Azzaher*, el grande alcázar que nombró *Dar Arraudha* ó la casa del vergel, y despues la *Almunia* ó *Cassr Annaora* (huerta ó alcázar de la noria), los cuales hizo adornar con extraña magnificencia, cercándolos de floridos jardines, con aromosos bosquecillos, fuentes y arroyuelos, haciendo traer para ello gran caudal de agua de las sierras vecinas (1).

(1) *Ebn-Jaldun* en el lugar citado.

En estos y otros lugares de deleite, el corazon de Annasser rindió culto á varios ídolos, sin que alcanzára de ninguno de ellos la felicidad y calma de espíritu porque suspiraba. Pero al fin quiso su buena ó mala estrella que los encantos de la hermosa *Azzahrá* le inspirasen la pasion ardiente y poderosa, que solo podia albergarse en el pecho grande y genoroso del emir. Así lo permitió Alláh excelso. Mas para evocar estos recuerdos, fuerza nos es acudir á los textos de los historiadores árabes, cuando nos relatan uno de los sucesos mas importantes de este memorable reinado, que fué la fundacion de Medina Azzahrá, el mas famoso entre los alcázares y sitios reales de los califas de Córdoba.

Puesto que el relato que vamos á trazar mas se asemeje por lo maravilloso y florido de sus pormenores á la risueña amenidad de la novela, que á la severa descripcion de la historia, bastará tener alguna idea del gusto y genio literario de los árabes, para conocer que nosotros no hemos hecho otra cosa que traducir y concordar diversos pasajes de historiadores de aquella nacion. Estos han sido entre otros, los célebres *Ebn-Hayyan*, *Ebn-Jacan*, *Ebn-Jaldun* y *Sidi Mohieddin Alarabi*, citados por el autor del *Bayan Almoghreb* (1) *Almaccari* (2) y otros cronistas y colectores de historias arábigo-españolas, á cuya traduccion hemos querido consagrar algunas vigiliass en gracia de lo importante y curioso de sus noticias; hélas aquí:

Abderrahman III, que poseia en alto grado la virtud propiamente árabe de la liberalidad, habia derramado grandes riquezas en las beldades de su harem. Al morir una de ellas, dejó de aquellas donaciones inmensa fortuna. Entonces Alláh, por medio de sus imames (3) y alfaquíes, inspiró al califá un santo consejo, que fué el de invertir aquellos tesoros en rescatar á los musulmes que

(1) *Ebn-Adzari el Marroquí*, que floreció en el siglo VII de la hegira XIII de nuestra era. Véase á *M. Dozy* en la introduccion á su edicion de esta obra.

(2) El xeij ó xequé *Abulabbás Ahmed Almaccari*, que floreció en el siglo XI de la hegira XVII de J. C. Nosotros hemos seguido el texto árabe de su primer tomo, publicado en Leiden 1833, por *M. William Wright*.

(3) Imam: sacerdote, ministro de la religion.

gemian cautivos en las partes de Afranch (1). El emir con esta resolucion despachó sus *rasules* ó embajadores á los reyes cristianos sus comarcanos. Pero el maldito Xaithan (2) que nunca descuida el daño de los hombres, deseoso de evitar aquel bien, inspiró al justo Annasser la mas frenética pasion por otra de sus mugeres, la bellísima *Azzahrá* (3), y á ella el sentimiento de la mas torpe codicia. Azzahrá, pues, corrompiendo á fuerza de oro á los mensajeros del califa, alcanzó de ellos que no cumpliesen fielmente su embajada, y al volver á la córte, declarasen no haber hallado muslim alguno cautivo en tierra de cristianos. Abderrahman Annasser, dando crédito á esta falsa nueva, se regocijó mucho, y con fervor de creyente acudió á la aljama mayor, fundacion de su ascendiente Abderrahman Ebn-Moawia, para dar gracias á Alláh por aquella gloria y ventura de su religion.

Cumplido este deber, el emir acompañado de sus wacires ó ministros, y su guardia de slavos (4) y negros vistosamente armados, volvióse á su alcázar situado á la parte de poniente de la ciudad. Como en las grandes alegrías, lo mismo que en los grandes dolores, el corazon del hombre necesita desahogar y comunicar sus sentimientos, mayormente si vive enamorado, Annasser, que lo estaba en extremo, quiso comunicar su alegría con la hermosa Azzahrá. Entró, pues, en su aposento, que era un pabellon del mismo alcázar con rejas y puertas á sus jardines, y como ella, sabedora ya de lo ocurrido, le recibiese con grandes muestras de cariño, luego que con sus tiernas caricias, dulces palabras y miradas penetrantes

(1) Los autores árabes designan con el nombre de *Afranch*, no solo á los pueblos francos, sino á los godos y otras gentes septentrionales, y en general á todos los cristianos.

(2) Satanás.

(3) La florida, la dotada de brillante hermosura.

(4) Estos eran mancebos germanos y esclavones, que los árabes en aquellos siglos, solian adquirir por medio de los judíos como esclavos, y de ellos los unos se destinaban al servicio del harem, y otros á la guardia del califa. (Véase á Mr. Reinhart Dozy, en sus *Recherches sur l'histoire pol. et litt. de l'Espagne pendant le moyen âge* I. 28.)

de gacela, le vió enteramente ciego y preso por el delirio del amor, le dijo:

—Quisiera que con esos tesoros edificases una ciudad de mi nombre, que sirviese para mi morada y para retiro de nuestros amores (1).

El enamorado sultán prometióle luego acceder á sus deseos, y desde entonces ningun otro pensamiento preocupó su real ánimo sino el de llevar á cabo aquella obra con la suntuosidad y magnificencia digna de él mismo, y que pudiese dar testimonio de la extraña pasión que alimentaba.

Annasser, pues, mostrando con tal ocasion toda la fineza de su generosidad, no solo consagró al gasto que debia ocasionar la fábrica proyectada las inmensas sumas que dejó su favorita, sino que para llevarla á cabo con toda esplendidez, abrió las arcas de sus tesoros y destinó al mismo propósito la tercera parte de los cuantiosos tributos que le pagaban sus vasallos y pueblos feudatarios, reservando de las otras dos una para el ejército y otra para el erario (2). Inmediatamente el poderoso califa envió sus órdenes y mensajes á los walies (3) de sus provincias y á los príncipes y señores de otros estados sus tributarios ó amigos, manifestándoles sus deseos de levantar un monumento que diese indicios de su grandeza.

Esto ordenó y escribió Abderrahman Annasser y muy luego tres partes del mundo se apresuraron á cumplir su voluntad soberana. La tierra ofreció liberalmente su seno para la creacion de aquella maravilla, abriendo las canteras de sus montes á los innu-

(1) *Sidi Mohieddin Alarabi* citado por *Almaccari*, I, 344.

(2) *Bayan Almoghreb*. Parte II, 248 y siguientes:—*Almaccari*, I, 374. Este autor dice que las rentas recaudadas anualmente por los califas de Córdoba, ascendían á 3,480,000 dinares de oro de los tributos de las ciudades y provincias, y además 863,000 dinares de los derechos especiales impuestos sobre los *socos* ó mercados, y de lo que rendía el *mustalajes*, que como observa el citado orientalista *Mr. Dozy*, en su Glosario al *Bayan Almoghreb* (tomo I, págs. 43 y sigs.), eran las tierras y heredades del patrimonio particular de los califas.

(3) Gobernadores.

merables artífices que acudieron á explotarlas. La antigua Tarra-gona y Almería, el espejo de España (1), enviaron exquisitos már-moles y pórfidos blancos, y con variedad de colores y matices; la comarca de *Rayya* y su cabeza la fenicia Málaga preciosos jaspes y mármoles salpicados de negro y blanco; Sifacus ó Sfax y la opu-lenta Tunez, ricos jaspes rosados y verdes. Los mares se cubrieron de bajeles, que zarpando de los puertos de Africa, Siria y aun de Italia y Grecia, acudían con los tributos y presentes de sus príncipes y gobernadores; los mares calmaban sus olas y los vien-tos [soplaban apaciblemente para no turbar el vuelo de aquellas bandadas de pintadas aves. Especialmente de los puertos y mari-nas de Tunez y Mehdiá se dieron á la vela para la costa de Anda-lucía naves cargadas de las magníficas columnas de mármol y jas-pes y otras piezas de arquitectura arrancadas á las pintorescas rui-nas de la iglesia cristiana de Sfax, y á las mas soberbias de la anti-gua y potente Cartago, que enviaban al emir almumenin sus wa-lies ó gobernadores en aquellas provincias (2).

Y no es solo la antigua señora de los mares la que envía por tributos y ofrendas las reliquias de sus artes y civilización al po-deroso sultan, sino que tambien las otras dos ciudades que en los tiempos pasados tuvieron el imperio del mundo, acuden con sus dones y párias para esta grande obra rival de las suyas. Envióle Roma gran número de columnas y ricos mármoles, y el emperador de Constantinopla (3), entre otros presentes, le envió con Ahmed el filósofo y el obispo Rebi (4) una perla (*yatima*) de inestimable

(1) Espejo, significa Almería en la lengua árabe.

(2) El número de columnas venidas de Africa, fué el de mil y trece, y las trajeron los alarifes *Abdallah Ebn-Yunes*, *Hassan Ebn-Mohammed*, el Cordobés y *Ali Ebn-Chafar* el Alejandrino, á quienes el califa les pagó por cada mármol, grande con pe-queño, diez dinares. Por tal manera empleando los árabes conquistadores las colum-nas y mármoles de las ruinas de Cartago en nuevas fábricas y edificios, no es extraño que hayan desaparecido los restos y huellas de aquella poderosa ciudad hasta el punto de ignorarse casi su antiguo asiento.

(3) Leon, padre de Constantino Porfirogénito.

(4) Este obispo parece que era uno de los prelados que rigieron la iglesia cristiana de Córdoba, que con el nombre de los *mozárabes* se conservó bajo la dominación de los moros. Por los autores árabes sabemos que Annasser se valió de él para muchas emba-jadas, principalmente artísticas, con los soberanos de Oriente.

valor, y una fuente ó pila de pórfido, alhaja preciosísima por el primor de sus labores y adornos, que mas adelante tendremos ocasion de describir. Además de estas preseas, aquel emperador, grande amigo y aliado de Annasser, le mandó ciento y cuarenta columnas de mármol de diversos tamaños y gran cantidad de *foseifesa*, especie de preciosa y elegante filigrana y mosaico esmaltado para el adorno de las paredes y artesonados (1). Todo esto consta por los historiadores árabes: tan prolijos acostumbran ser en sus relatos y noticias.

Mientras que así se acopiaban los materiales para la construcción, Annasser hizo venir á costa tambien de grandes expensas á los mas excelentes arquitectos y geómetras de Bagdad y Damasco, así como de Grecia y otras regiones de oriente y occidente. El cuidado de dirigir la obra teniendo bajo su mano á los arquitectos y otros artífices, lo confió á su mismo hijo y príncipe heredero de la corona el emir *Alhacam*. Para su planta escogió un paraje acomodado, así por lo vasto de su recinto, como por lo variado y pintoresco de sus vistas y amenidad del terreno, que fué una espaciosa llanura en la falda y ladera meridional del monte llamado Gebal Alarús (monte de la esposa) á la distancia de tres millas al norte de Córdoba (2).

(1) Por el autor del Bayan (pág. 253), y por otros autores árabes sabemos que el emperador griego envió á Abderrahman grandes cantidades de este *foseifesa*, que se emplearon en decorar los muros de la aljama de Córdoba y los de Medina Azzahrá, enviándole al mismo tiempo aquel soberano un arquitecto para que dirigiera su colocacion y adiestrara en el modo de fabricarle á los artífices de Córdoba, que por cierto no tardaron en aventajar á sus mismos maestros. La capilla del *Mihrab*, en la catedral de Córdoba, se mira todavia decorada con aquel precioso ornato. Así fué como los árabes imitaron la arquitectura bizantina, que luego perfeccionaron y embellecieron mas y mas, como lo veremos mas adelante.

(2) Véase el apéndice de esta leyenda, núm. I.

CAPITULO II.

Edificase Medina Azzahrá.—Sorpresa de la favorita al contemplar el suntuoso alcázar.
—Su solemne inauguración.—Descripción de Medina Azzahrá.—Aposento del tocador.—Aposento del trono.—Aposento de la fuente de azogue.—Alcázar maravilloso del rey Almamun en Toledo.

Prosiguiendo con los autores árabes en relatar la fundación y novelescas historias de Medina Azzahrá, diremos que el califa Abderrahman, con ayuda de los mejores arquitectos venidos del oriente, hizo levantar los planos de aquella grandiosa fábrica, ordenando la traza del alcázar principal para morada de su favorita, y las de otros edificios para su corte y servidumbre. Mandó asimismo que se fabricasen muchos *muntazehes* ó casas de placer repartidas por el monte y la llanura: hizo labrar la tierra, desmontar y allanar las asperezas, trazar y abrir los caminos, traer grandes caudales de agua desde parajes muy distantes y apartados de las sierras vecinas, y repartirlos artificiosamente para que surtiesen las fuentes de los alcázares y la ciudad y fertilizasen los prados, huertos y jardines (1). Empezóse la fábrica el primer día de la lu-

(1) Almacari, I, 374.

na de muharram del año 325 de la hegira (1) ó sea el 18 de noviembre del año 936 de nuestra era, porque sin duda el emir al-mumenin para solemnizar mas aquella fundacion, quiso que tuviese principio en el primer dia del año.

Para formarse alguna idea de la animacion, movimiento y bullicio que reinaba en aquella obra gigantesca, nos bastará recordar lo que sobre el caso nos cuentan los historiadores árabes. Dicen, pues, que trabajan en ella diariamente hasta diez mil hombres entre siervos y operarios de diferentes artes y oficios (2). De ellos á los unos pagaba el califa á razon de dirhem y medio diario, á otros á razon de dos y medio y hasta tres á algunos (3). Para acarrear las cargas se empleaban cerca de tres mil acémilas, contándose en este número cuatrocientos camellos pertenecientes á las caballerizas del sultan, y que servian para conducir en sus viajes su ajuar y recámara. Gastábanse cada dia en la fábrica seis mil piedras cortadas y labradas, aparte de las toscas que se emplearon en los cimientos y mampostería. Cada tres dias venian á la obra mil y cuatrocientas cargas de yeso y cal viva, aunque otros dicen que diez mil, y en toda la edificacion, en fin, se empleaban diariamente millares de brazos y sumas incalculables.

Con tal prodigalidad y magnificencia logró Annasser que en breve tiempo se llevase á cabo la parte principal de la fábrica, en particular el alcázar y lugares de recreacion y placer en que habia de morar la hermosa Azzabrá. El califa, siempre que los cuidados de la guerra, á que era muy aficionado, no le obligaban á marchar con su hueste, dirigia por sí mismo la obra, consagrándose á ello con tal empeño y actividad, que, segun cuentan los historiadores árabes, ocupado allí, dejó de asistir tres chumas ó viernes seguidos á la assalá ú oracion en la aljama de Córdoba con gran escándalo de los fervorosos musulimes. Añaden que como se presentase en la aljama el cuarto viernes, allí delante de todo el

(1) Ebn-Hayyan citado por Almacari, I, 346.

(2) Almacari, I, 373.

(3) Ib. 345 á 46. El dirhem es una moneda de plata, cuyo tamaño varia desde el de un real al de una peseta castellana.

pueblo, fué reprendido y conminado con las penas eternas por el imam y alfaqú Mondzir Ebn-Said, varon muy austero en materias de religion, que aquel dia cumpla con su cargo de aljatib ó predicador.

En tanto el emir deseoso de dar una grata sorpresa á su favorita, jamás permitió que fuese á ver la obra que se levantaba, sino que rodeándola de toda suerte de solaces y de delicias en el retiro de su harem, ó bien llevándola consigo en una dorada litera á sus expediciones militares, ó ya á otros sitios reales y moradas de placer, procuraba divertir su ánimo hasta que pudiera ofrecerla con cumplida perfeccion la joya y presente prometido.

Llegó por fin el dia suspirado, en que, viendo el califa conseguido en gran parte el fruto de sus largos afanes y dispendios, entró en el aposento de Azzahrá y llevándola desde allí á otro situado en la parte del norte de su palacio, la mostró el nuevo alcázar y poblacion que habia fundado para ella. Era la mañana de un dia muy sereno y brillante, por manera que Azzahrá dirigiendo sus ojos desde el ajiméz de aquella ventana á la parte que se le mostraba, vió que en la falda de aquel monte, antes inculto, aparecía ahora como por encanto la prodigiosa fábrica de su nombre, aquella nueva maravilla del arte, cuyos blancos edificios levantados á modo de gradería en la ladera, destacábanse notablemente sobre la negra breña y maleza sombría del monte. Este contraste contribuyó mucho á la admiracion y sorpresa de la jóven favorita, que dejando aparecer en sus labios sonrientes de amor y gratitud cierta expresión de ironía, dijo al emir:

—¡ Oh, señor mio: qué bien parece la hermosura de esa jóven beldad sobre la negra tez de ese zingita (1)!

Abderrahman, muy pesaroso de que su favorita hubiese hallado aquel lunar en la belleza de tan soberbia fábrica, y deseando complacerla á todo trance, quiso que se allanase aquel collado. Pero como le disuadiesen de este propósito algunos de sus wacires y

(1) Etiope, negro.

cortesanos, contentóse con hacer que se cortase la maleza y ramage bravío que embarazaba el monte, plantándose en su lugar higueras y almendros, con que segun la hermosa descripcion de un historiador árabe (1), llegó á presentar aquel collado la vista mas risueña y encantadora en el tiempo en que se abren las flores y florecen los árboles.

Cuando Annasser hubo ofrecido por la primera vez á Azzahrá tan hermoso y nuevo espectáculo, la mandó que se adornase con sus mejores galas y joyas, y que acompañada de las numerosas y bellas esclavas, que asistían en su servicio, viniese en su compañía, pues queria celebrar con muchas alegrías y festejos la fundacion de Medina Azzahrá y la presentacion en ella de su bella favorita. Habíanse levantado, segun órdenes del califa, en todo el camino y arrecife (2), que conducia desde el alcázar de Córdoba hasta Medina Azzahrá arcos de verde y florido ramage, extendiéndose de unos á otros largos toldos para preservar á la concurrencia del bochorno del sol. La lucida guardia real de los slavos, vistosamente armados con sus espadas, lanzas y broqueles, y compuesta de seis mil mancebos (3) habíase formado en dos hileras desde el alcázar hasta las puertas de la ciudad; seguia despues la milicia de negros armados con arcos y adargas, y despues otros cuerpos y escuadrones que guarnecian y formaban una larga calle en todo el espacio que se contaba hasta llegar á las puertas de la ciudad de las flores.

Abderrahman Annasser, acompañado de sus wacires, caballeros y los alcaides ó capitanes de sus huestes, salió del palacio en un fogoso y negro corcel de raza árabe, y en pos de él salió Azzahrá rodeada y seguida de sus esclavas, encubriendo mal con el enojoso velo los encantos de su bellísimo rostro, aumentados singularmente aquel dia por la satisfaccion y júbilo de su alma. Este vis-

(1) Sidí Mohieddin, citado por *Almaccari*, I, 344.

(2) Es palabra árabe, y su significacion equivale á calzada ó camino.

(3) *Almaccari*, I, pág. 373.—Otros dicen que eran 3750. Id. pág. 372

tosos y lucidísimo séquito salió de la ciudad por la puerta llamada *Bab Ixbilia* ó de Sevilla, hasta donde llegan los jardines y huertas del alcázar. Desde allí dejando á la izquierda el arrabal nombrado *Rabdh Hawanit Raihan* (1), enderezaron su camino hácia el norte, atravesando entre las filas de slavos y negros formados en el espacio libre que se dilataba entre el muro y los arrabales de occidente, hasta llegar cerca de la puerta de la ciudad llamada *Bab Liun* ó de Leon y prosiguiendo despues hasta Medina Azzahrá.

Toda esta parte de los suburbios de Córdoba y los campos inmediatos se miraban embellecidos con risueños jardines, suntuosos alcázares y otros monumentos notables, como el alcázar llamado *Bostan* ó del huerto junto á la puerta de Sevilla, el palacio de Moguitz (2), la mezquita de *Axxefa* ó de los Remedios, la de *Assorur* ó del placer, el famoso *Hemam* (ó baños de) Elvira, los vergeles de la *Raudha*, la *macbara* ó cementerio de *Amer el Co-raixi* (3), el delicioso alcázar y sitio real ya celebrado con el nombre de *Dar Annaora* y otros edificios y lugares de recreo.

Pero todas estas bellezas de la naturaleza y el arte distaban mucho de poderse comparar con las que contempló Azzahrá, cuando llegó por fin á la risueña llanura que se extendia delante del alcázar y poblacion de su nombre. Allí se ofreció nuevamente á sus ojos, pero con todo el lleno de su hermosura, la risueña Medina Azzahrá tendida en forma de anfiteatro y gradería sobre la suave ladera del monte de Alarus, ofreciendo ahora á sus encantados ojos con sus blancos edificios mezclados entre vistosos vergeles, frondosísimas arboledas y corrientes de aguas, la imágen de una bellísima sultana que sorprendida en su lecho de flores por los rayos del naciente sol, se despertaba sonriente, descubriendo

(1) Es decir, el arrabal de las tiendas de aromas.

(2) Llamado así sin duda por haberle habitado el famoso Moguitz el Rumi, caudillo árabe que conquistó á Córdoba cuando la irrupcion sarracena.

(3) Todos estos monumentos daban su nombre á diversos arrabales de aquella parte de Córdoba, como puede verse mas por menor en Almacari, I, 304, y en el apéndice de Almanzor núm. III.

sus graciosas formas á través del mal ceñido velo, y se disponia á adornarse con sus galas de brillantes colores (1). Al llegar á este parage, el emir despidió á sus cortesanos y guardias, y apoyando ligeramente su mano en el torneado hombro de Azzahrá, penetró con ella en la maravillosa fábrica. Sobre la ojiva puerta que daba entrada á aquel mágico recinto, obra de los genios, reconoció la favorita con grata sorpresa su hermosa imagen hábilmente esculpida sobre el mármol (2). Mas adelante en los adornos de verde boj que rodeaban una fuente, leyó tambien su poético nombre Azzahrá ingeniosamente dibujado, y por todas partes hallaba testimonios del inmenso amor que la profesaba Annasser.

Pasada aquella puerta, que era la llamada *Bab Alacabba* ó de las bóvedas, Annasser y su favorita se hallaron en el recinto de Medina Azzahrá propiamente dicha, que se miraba rodeado de un muro de poca altura, mas bien levantado para el adorno que para la fortaleza. Este muro encerraba el alcázar principal con diversos pabellones y aposentos para morada de la sultana, del califa y de su corte cuando le siguiese á aquel real sitio; otros pequeños palacios y casas de placer con sus *raudhas* y *bostanes*, ó sean jardines y huertos; la aljama ó mezquita para las prácticas y ceremonias de religion, y por último diferentes edificios para alojamiento de la guardia de slavos, negros y demas gentes de armas, xequés, alcaides y otras personas de cuenta, que seguian la corte del califa (3). Todo el recinto de Medina Azzahrá, ceñido por aquel muro

(1) Al pie de la quebrada sierra (dice el señor Madrazo en su descripción de Córdoba, que forma parte de la obra titulada *Recuerdos y bellezas de España*) al abrigo de los helados vientos del norte y sobre una alfombra de esmeralda, lecho regalado para una sultana viciosa y mimada, nace consagrada al amor y los placeres del mas ostentoso califa la peregrina Medina Azzahrá, poblacion mágica en que el caprichoso arte oriental parece agotar sus tesoros, como para demostrar que la arquitectura puede con sus fábricas igualar las mas fantásticas descripciones de la poesia (pág. 170).

(2) *Sidi Mohieddin*, citado por Almacari, I, 344.

(3) Al trazar la descripción de los monumentos y bellezas artísticas de Medina Azzahrá, según el relato de los historiadores árabes, nos ha sido imposible el fijar con exactitud la posicion respectiva que ocupaba cada uno de aquellos lugares, por no

y asentado parte en la falda del monte y parte en la llanura, media dos mil y setecientos codos de longitud, contándola desde oriente á ocaso, y mil quinientos de anchura desde norte á mediodia (1). Como toda la fábrica se habia construido por la traza aérea, ligera y elegante, propia de la arquitectura arábiga, no parecerá extraño lo que dice un historiador, á saber: que en toda Medina Azzahrá mirábanse colocadas hasta cuatro mil trescientas y trece columnas, y se abrian quince mil puertas (2), contando sin duda en este número, no solamente las exteriores que daban salida á los alcázares y al muro, sino tambien las que servian para comunicarse interiormente los aposentos y las innumerables que formaban los muchos arcos, columnatas y galerías. Otro historiador, que es el célebre *Abu-Meruan Ebn-Hayyan*, dice que este número de quince mil lo componian las hojas de sus puertas entre pequeñas y grandes, y que todas ellas eran forradas de hierro y bronce.

Abderrahman y Azzahrá, despues de atravesar por muchos arcos de follaje y flores levantados de propósito para esta solemnidad, entraron por fin en el soberbio alcázar por la puerta llamada *Bab Assudda*. En ella y en el atrio que se extendia delante de aquel edificio, hallaron formada la lucidísima guardia de los gentiles mancebos slavos, aderezados con muy vistosas y ricas armas. Mirábanse formados en muchos órdenes y filas, y presentaban el mas brillante aspecto; pues su número pasaba de tres mil,

bastar á ello la concisa relacion de aquellos escritores. Nosotros supliremos este vacío con las conjeturas que al mismo propósito apunta el señor Madrazo, y que son tanto mas plausibles cuanto que han nacido del exámen ocular del terreno. Dice así: «distribuyóse la obra en tres partes ó secciones: la que apoyaba en la misma montaña para los alcázares del califa.... La inmediata al mediodia para las viviendas de su servidumbre, eunucos y guardias.... La tercera y mas desviada de la montaña para jardines y huertos que dominaban los alcázares (pág. 408).»

(1) *Ebn-Jallican* en su vida del rey de Sevilla *Almotamid*, citado por *Almaccari*, parte I, pág. 343 de la edicion mencionada.

(2) *Ebn-Jallican*, *Ebn-Hayyan* y otros historiadores citados por *Almaccari*, parte I, pág. 344 y 372. — *Bayan-Almoghreb*, parte II, pág. 246.

y de seis mil segun otros, y en sus lucientes armaduras, espadas y hierros de las picas reverberaban los esplendentes rayos del sol, de manera que segun la elocuente expresion de un autor árabe, semejaban un espesísimo bosque y selva de fuego. Si tal pompa y aparato de servidores mostraba fuera del alcázar la grandeza de Abderrahman, todavia fué mayor la muchedumbre de esclavas hermosísimas y ricamente ataviadas que acudieron á recibir y servir á su señora por los diferentes corredores y galerías del regio alcázar, pues su número excedia de muchos miles (1).

El emir con gran complacencia fué mostrando á Azzahrá todas las maravillas encerradas en aquel mágico recinto, y ella á su vez procuraba por su parte corresponder á sus finezas, no escaseándole sus dulces sonrisas ni sus amorosas miradas.

Pero donde halló Azzahrá mayores pruebas del cariño y esplendidez de su regio amante fué en los aposentos del ala oriental del alcázar, que por destinarse á la habitacion de la favorita y del emir tomó el nombre de *Megles Almunes* (2). Entre los demás aposentos de este ala habia uno construido en forma de *cobba* ó sea una bóveda muy alta adornada, asi como también las paredes, con muchos relieves y mosaicos primorosamente dibujados sobre fondos de azul y oro y atravesados por diversas franjas y cartelones donde se leían en caracteres cuficos (3) diversos pasajes y sentencias del Alcoran segun el gusto de los árabes. Este aposento ó estancia se llamaba *beitalmenam*, que quiere decir, cuarto del sueño, porque en sus dos extremos ó costados, bajo dos pabellones muy elegantes sostenidos por delgadas y esbeltas columnas, se abrian las puertas de dos alcobas, ocupadas por riquísimos lechos

(1) *Ebn-Hayyan* dice, que el número de mugeres que asistia en el alcázar de Azzahrá entre esclavas y libres, jóvenes y ancianas, era el de 16,343.—En *Almacari*, I, 372.

(2) *Almunes* quiere decir en arábigo lugar de habitacion, ó mas bien el lugar íntimo y reservado de la casa, donde habita la familia y no tienen entrada los extraños.

(3) Llámense así estos caracteres por haberse introducido su uso primeramente en la ciudad de Cufa en la Siria.

destinados, el uno al califa, y el otro á la sultana. En medio de estos pabellones, y debajo de la alta cobba, dejábase ver una preciosa fuente á manera de concha para las abluciones y tocado de la favorita. Los autores árabes celebran mucho la hermosura de este *haudh* ó fuente, que era de jaspe verde esculpido con muchas y preciosas labores hechas á cincel y sobre un fondo ricamente dorado. Mirábase incrustado con riquísimas perlas, y lo que es mas admirable, le rodeaban doce figuras de animales de inestimable valor, colocadas con el siguiente orden: en uno de los frentes un leon, una gacela y un cocodrilo; en el frente contrario un dragon, un águila y un elefante, y en los dos costados una paloma, un milano, un pavo real, una gallina, un gallo y un buitre. Todas estas imágenes ó figuras eran de oro rojo trabajado con gran primor y engastado con riquísima pedrería, y de la boca de cada animal brotaba un caño de agua (1), viniendo todos á derramarse sobre una pila inferior de precioso jaspe que tocaba el pavimento, con que se esparcia la frescura en toda la estancia. Esta fuente dorada y esculpida la habia enviado desde Constantinopla el emperador griego con sus embajadores el obispo *Rebi* y *Ahmed* el *Yunani* (2), como presente digno del poderoso califa; pero las figuras de oro de tan preciosa labor las hizo Abderrahman trabajar á propósito en la *dársena* (3) de Córdoba, y dicen los historiadores árabes que fueron estimadas como maravillas del arte de la platería (4).

Pero lo verdaderamente prodigioso que habia en Medina Azahrá era el pequeño alcázar llamado del *Califado* y tambien *Cobba Aljassussia* (5) y *Albahú* (6) de en medio que se alzaba sobre una

(1) Alm. I. 374.

(2) Es decir, el griego.

(3) En el testo árabe *Dar sanaa* (la casa de la fabricacion) de donde ha venido en castellano la palabra *dársena*.

(4) El Bayan y Almacari. Ibid. En esta época gloriosa de su imperio y sus artes, los árabes de España no dudaron en recurrir á veces á la escultura para embellecer sus edificios á pesar de las prohibiciones del Coran, que condena la representacion plástica de los seres animados.

(5) Es decir, el pabellon particular del califa. De *cobba*, con el artículo árabe *al* ha venido nuestra voz *alcoba*.

(6) El aposento precioso.

elegante galería de columnas, en medio de la espaciosa azotea (1) cubierta de losas de mármol muy llano y terso que cobijaba todo el alcázar principal mirando hácia el mediodía (2). Este alcázar descollaba sobre el gran jardín llamado la *Raudha*, que segun algunos se miraba hácia su parte meridional, es decir al lado opuesto de la sierra (3) y por la parte contraria tenia una puerta que daba salida al campo y monte, por donde cuentan que el califa, al volver de sus cacerías, entraba á reposar en el alcázar del califado; parece que se componia de dos cobbas ó aposentos abovedados, superior é inferior, que competian entre sí en la hermosura y riqueza de su ornato. El inferior era fabricado de exquisitos mármoles de varios colores, con la techumbre y los capiteles de sus muchas y esbeltas columnas ricamente dorados. En medio cuentan que habia una fuente de jaspe que lanzaba sus cristalinas aguas por medio de un cisne de oro de labor maravillosa. Aquí se miraba el *serir almalic*, ó real trono, de extraordinaria riqueza y hermosura; y este era el lugar destinado para la proclamacion y alzamiento de los nuevos soberanos, por cuya razon toda aquella parte del edificio se nombraba *alcázar del califado* (4).

Sobre este primer cuerpo se levantaba, segun parece, otro á manera de cobba ó pabellon mas suntuoso y peregrino todavia. Los muros de este albahú eran de preciosos jaspes y pórfidos con

(1) Azotea es palabra árabe, que en este idioma se pronuncia *sath* y *soth*, como se halla en el *Vocabulista arábigo del P. Alcalá* al dar el nombre que corresponde en aquella lengua á nuestra palabra terrado.

(2) En esta azotea descollaban tres pequeños alcázares ó pabellones todos adornados con ricas labores de oro, uno en el centro, que era el del Califado, mirando al mediodía y otros dos en los extremos de oriente y occidente. Los historiadores árabes los llaman indistintamente *megleses* ó aposentos, *cobbas* ó *albahues* dorados, y con todos estos nombres los mencionamos en diversos pasajes de este episodio.

(3) Nosotros nos inclinamos á creer que este gran jardín de la *Raudha* estuvo situado á la parte contraria, esto es, hácia el lado del monte; pero luego hemos adoptado otra opinion por las razones expuestas en una nota anterior.

(4) Mas adelante volveremos á mencionar este aposento, al referir la solemne ceremonia con que allí fué alzado por califa el emir Alhacam, hijo y sucesor de Abderrahman.

variedad de aguas y matices, y adornados artificiosamente con muchas labores de oro. Su techo era tambien de bruñido mármol, esmaltado para mayor belleza de cierta tinta entre dorada y blanca; pero tan brillante que deslumbraba la vista cuando los rayos del sol filtrados por las ventanas le herian de rechazo. En cada costado de aquel aposento, que era cuadrado, habia ocho puertas que se abrian bajo arcos de marfil y ébano recamados (1) de oro y engastados con variedad de perlas, apoyándose en ligeras columnillas de jaspes de colores y cristal de roca muy terso y brillante. En medio de la estancia habia una fuente ó taza grande de jaspe llena de azogue, que brotando en medio fluia y refluia artificiosamente como si fuese agua. Los rayos del sol entrando por las muchas puertas de la cobba, venian á herir en el azogue y en el brillante mármol del pavimento y muros, reverberando despues en el blanco techo, de suerte que se delumbraba la vista de cuantos allí estaban, hasta el punto de no poder sufrir tanta copia y esplendor de luz.

Cuando Annasser entró allí con Azzahrá, uno de sus gentiles hombres slavos, avisado por una seña disimulada de su señor, movió el azogue y al punto apareció en la estancia como el resplandor de un relámpago. La favorita, no acostumbrada á tal espectáculo, sintió fascinada su mente, y creyó en medio de su vértigo que la cobba daba vueltas con ella; y sin duda cayera desmayada si Abderrahman no ordenase al slavo que parase el movimiento del azogue. Cuenta un historiador que Annasser solia usar de este artificio siempre que queria sorprender ó aterrorizar á alguno de su corte que allí entrase. Otros dicen que el dar vueltas el aposento no era ilusion de los deslumbrados por aquel espectáculo, sino que la cobba, por cierto ingenioso artificio, se movia y giraba alrededor de la fuente del azogue, siguiendo siempre el curso del sol (2). Para complemento del lujo y la magnificencia, el techo de

(1) De la raiz árabe *racama*: recamar.

(2) Ebn-Hayyan citado por *Almaccari*, I, 346.

aquella cobba se miraba cubierto con tejas de oro y plata, en que el califa gastó harta riqueza (1). Del centro de la bóveda hizo colgar Annasser una perla llamada *yatima*, de inapreciable valor por su gran tamaño y hermosura, que habia recibido entre otros presentes del emperador de Constantinopla (2). Aquel aposento, en fin, observa un autor árabe (3), no ha conocido rival por lo maravilloso de su fábrica, en los tiempos del paganismo ni en los del Islam, y particularmente por la abundancia del azogue de su fuente fué tenido en el mas alto precio y estima.

A propósito de este pabellon ó régio aposento de Annasser en Medina Azzahrá, recuerda un historiador citado por Almaccari, el que mucho tiempo despues edificó el rey de Toledo *Almamun-Ebn-Dzinnun* (4). Hé aquí vertidas al castellano las propias palabras con que el autor africano describe esta maravilla del arte:

«Lo que dejamos referido del pabellon de Annasser, nos trae á la memoria lo que cuenta mas de un historiador del alcázar grande que fundó en Toledo el rey *Almamun-Ebn-Dzinnun*, y en cuya fábrica, que llevó á cabo con toda suntuosidad y magnificencia, empleó grandes tesoros. En medio del alcázar hizo una albuhera ó gran estanque, y en medio del estanque una cobba (ó pabellon) de cristal de colores labrado de oro (5). Sobre la cúspide de esta cobba, con artificio de sus sabios ingenieros, hizo traer gran caudal de agua, de manera que derramándose igualmente desde aquella altura por los costados y envolviendo todo el pabellon como en un manto cristalino, venia á mezclarse con la que llenaba

(1) Ebn-Hayyan en el lugar citado; *Abu-Nassr-Alfath* y *Ebn Hasan-Annabahí* en el libro de *Almatmah* citado por *Almaccari*, vol. I, pág. 377.

(2) El mismo Ebn-Hayyan en el lugar citado. Segun Conde, esta perla pendia del techo de la cobba ó aposento antes descrito sobre la fuente del Cisne.

(3) El mismo Ebn-Hayyan.

(4) *Yahya-Almamun-Ebn-Dzinnun*; llamado *Almamon* por nuestros historiadores y aliado que fué de Alfonso VI, reinó en Toledo desde 436—1043 á 469—1076 y fué uno de los príncipes mas poderosos de aquella dinastía.

(5) Dicen que este alcázar estaba deliciosamente situado sobre el rio Tajo, retratando en él su elegante fábrica y las iluminaciones de sus fiestas nocturnas.

» la albuhera. Almamun solia sentarse allí (por las noches) sin que
» le tocara una gota de agua, y encendia por dentro antorchas con
» que resultaba por defuera un espectáculo maravilloso. Pues como
» cierta noche se solazase allí con sus mugeres, se oyó de improvi-
» so una voz que cantó así:

« ¡Oh! tú que por ventura has pretendido fundar un edificio de
» inmortales (1), sábeta que te resta muy breve plazo de vida.»

» Y ciertamente la sombra del *arac* (2) es suficiente para el que
» llega cansado al fin de su jornada.»

» Este suceso turbó sobremanera al rey, que presintiendo su
fin cercano, exclamó: «Nosotros de Dios somos y á él volveremo-
mos (3).» Y en efecto, su muerte no se tardó mas de un mes (4).»

Esta digresion de los historiadores árabes, habiéndonos dilata-
do mucho en nuestra relacion, nos obliga á suspender nuestro pa-
seo con el sultan y su favorita, que proseguiremos en el capítulo
siguiente.

(1) Es decir, una mansion donde se goce de perpétua vida y felicidad.

(2) Especie de espinó que crece en los desiertos.

(3) Sentencia del Alcoran.

(4) Almacari, I, pág. 380.

CAPITULO III.

Concluye la descripcion de los alcázares y vergeles de Medina Azzahrá.—Su mezquita.—Poblacion inmediata.—Festejos para solemnizar la fundacion de Azzahrá.—Dolor y oraciones de la gran sultana.—La aljama de Córdoba.

Despues que el califa mostró á la hermosa Azzahrá el ornato y riquezas de aquellos mágicos aposentos, recorrió con ella las demás estancias y pabellones del gran alcázar, en todos los cuales hallaba la vista nuevos motivos de admiracion y grata sorpresa. Puesto que el dar la descripcion minuciosa de cada una de estas deliciosas mansiones fuera cosa demasiado prolija y tampoco ten-gamos para ello los suficientes datos, bástenos decir que todas ellas, asi como los otros alcázares y casas de placer de Medina Azzahrá, mirábanse ricamente decoradas con el precioso foseifesa, enlazándose vistosamente sus caprichosos mosaicos y labores sobre el fondo dorado y azul de los muros y techos. Los pavimentos eran de ricos mármoles de varios colores, formando artificiosos cortes y dibujos, y las vigas y arcos de las cobbas eran de madera de alerce primorosamente trabajada, asi como las hojas de sus puertas de ébano, cedro y otras maderas peregrinas y aro-

máticas. En muchos de sus aposentos y estancias, sobre conchas de pórfido y alabastro, brotaban copiosas y cristalinas fuentes, que derramándose ya por piñas y granadas, ya por bocas de animales de bronce y aun de metales mas preciosos, brindaban á los moradores de aquel Eden con la frescura mas deliciosa en las siestas del ardiente estío. Entre otras de estas preciosidades sorprendieron agradablemente los ojos de Azzahrá las figuras de un cervatillo y una cierva de bronce hueco, que decoraban dos fuentes colocadas en uno de los patios del alcázar, arrojando agua de sus bocas sobre pilas de mármol. Sin duda que en ellas quiso el escultor árabe dar forma á aquella hermosa imagen bíblica tan propia para ser concebida por un hijo del ardiente clima del Asia (1).

«Como el ciervo suspira por las frescas fuentes, así mi alma suspira por tí, oh Señor (2).»

Los toldos, alfombras y cortinas de las diversas estancias con sus ricos tejidos de oro y seda, como que procuraban rivalizar con los jardines y bosques, representando hermosos paisajes con sus flores, arboledas, aves y animales, fuentes y arroyos; y hasta para aventajar en la fragancia de los aromas á las florestas y vergeles, suavísimas esencias quemadas en pebeteros de oro perfumaban el ambiente en aquellas moradas del deleite. Semejante esplendidez y riqueza contempló Azzahrá cuando la llevó el sultán á que recrease mas y mas sus ojos, visitando los otros alcázares y casas de placer, templos y cenadores, casas de baños con sus pilas de alabastro en lugares muy amenos y á la sombra de árboles aromáticos, y en fin las demás delicias así del arte como de la naturaleza, que su industria habia derramado en toda la amenísima falda de aquel pintoresco monte de Alarus.

Visitaron asimismo la casa de las fieras adonde el emir habia

(1) Sabido es, que así en la poesía como en religion, los árabes son discípulos é imitadores en mucha parte de los hebreos.

(2) El ciervo de bronce de que hablamos se halla hoy en el museo provincial de Córdoba, y su altura es de poco mas de un pie. La cierva, tambien de bronce, se llevó al monasterio de Nuestra Señora de Guádalupe.

hecho traer muchos leones, tigres y otros animales feroces y extraños de Africa, asi como tambien multitud de aves curiosas por su rareza y hermosura del plumaje, venidas de apartados climas. Estas fieras y aves ocupaban sus estancias separadas y sus jaulas defendidas con verjas de hierro y cubiertas con sus toldos contra el sol, teniendo ante sí cierta explanada para que sin riesgo pudieran disfrutarse de su vista (1). Para que nada faltase al gusto ni la curiosidad, habia dispuesto el sultan que se edificasen en medio de los lugares mas frondosos muchas *albercas* (2) y *albuheras* (3), que retrataban deliciosamente en el espejo de sus aguas las arboledas y flores, el cielo y las rosadas nubes del ocaso, y que se miraban pobladas por gran muchedumbre de peregrinos peces (4).

Despues de tan delicioso paseo, Abderrahman y su favorita tornaron al gran alcázar, en donde para celebridad del dia obsequió el soberano con un suntuoso banquete á toda su corte en la vasta azotea que coronaba el palacio entre las dos alas ó viviendas oriental y occidental y delante del alcázar pequeño del califado. Abderrahman Annasser, asistido por los gentiles mancebos slavos, comió con su amada en la misma cobba ó albahú dorado principal, en medio de las dulces músicas y canciones con que sus jóvenes esclavas procuraron solazarles.

Al ponerse el sol de este risueño y fausto dia, como resonase desde un alto alminar la voz del *muedzin* (5) llamando á los fieles á la oracion, el emir con Azzahrá y toda su corte entró para rezar la *assalá* del ocaso en la aljama, rival en magnificencia de la de Córdoba, que Annasser habia hecho edificar tambien en aquel sitio para uso de sus moradores. Esta mezquita de suntuosa y so-

(1) *Almaccari*, I, 380.

(2) Es palabra árabe.

(3) Es tambien voz árabe y significa en esta lengua mar pequeño.

(4) Dice un historiador árabe que gastaban todos los dias en cebar estos peces doce mil panes y además diez y seis cahices de garbanzos. *Almaccari*, I, 373.

(5) Llaman así los musulmanes al ministro de la mezquita que desde la assoma ó torre pregona las cinco horas de las assalae ó oraciones.

berbia fábrica, media noventa y siete codos de longitud desde el norte á la *quibla* ó mediodía, sin contar lo que ocupaba el *Mih-rab* (1) y cincuenta y nueve de anchura. Constaba de cinco naves; la de en medio de trece codos de ancho y las demás de doce. Su patio, que media cuarenta y tres codos de longitud y cuarenta y uno de anchura, se miraba enlosado de mármol rojo, y en medio de él, de una pila de alabastro brotaba una copiosa fuente. Su *assoma* (2) ó *alminar* era cuadrado y se elevaba cuarenta codos, y toda ella estaba lujosamente decorada con todos los primores que el arte árabe sabia ejecutar con el estuco, el oro y el azul; pero señalándose particularmente por su preciosidad y riqueza el mimbar ó púlpito (3).

Fuera de los alcázares y sitios de recreo, formaban el casco de la poblacion de Medina Azzahrá hasta cuatrocientas casas (4) para habitacion de los wacires, ulemas, poetas, alfaquíes, cortesanos, monteros y balconeros, por ser el califa muy aficionado al ejercicio de la caza, asi como tambien para los alcaldes de las huestes, los eunucos y slavos de la guardia y servidumbre (5) y demas gente de armas y personas principales y allegadas á la corte del emir. En cuanto á las mugeres, que entre concubinas y esclavas llegaban á seis mil trecientas, habitaban en el mismo alcázar del califa en Azzahrá, en donde habia para ellas hasta trescientos baños (6).

Pondremos fin al relato de la fundacion de Azzahrá con las siguientes palabras de un autor árabe. «Cuando Annasser (dice) llevó á cabo la obra del alcázar de Medina Azzahrá, extremado

(1) *Mihrab*: lugar reservado para morada ú oracion, y mas propriamente la parte del templo donde se asienta el imam y preside las oraciones y prácticas religiosas.

(2) La torre de la mezquita; de la raiz *ssamaa*, levantarse en cúspide.

(3) Véase el número II del apéndice.

(4) *Bayan Almoghreb*, parte II, pág. 247.

(5) Dicen los historiadores árabes, que á los mancebos, eunucos y guardias slavos, se les pasaban diariamente hasta trece mil libras de carne, sin contar varias especies de aves y peces, pues llegaba el número de ellos á 13,750. *Almacc.* I, 372.

(6) *Bayan*: *ibid.*

»en magestad y magnificencia, convinieron los hombres en que los
»islamitas no edificaron jamás monumento comparable á este. Y
»entre las innumerables personas de tierras distintas y contrarias
»religiones que acudieron á visitar aquella maravilla, con ser mu-
»chos de ellos príncipes, embajadores, mercaderes y hombres
»notables y entendidos, todos fueron de un acuerdo en que jamás
»vieron cosa semejante en hermosura. Ello es cierto, que solo la
»espaciosa y llana azotea, que descollaba sobre la deliciosa Raudha
»con su aposento dorado y cobba, hubiese bastado para que An-
»nasser lograra admirablemente su propósito de edificar un monu-
»mento en que brillase la sublimidad de la inteligencia y la hermo-
»sura del adorno (1).»

Para solemnizar la fundacion de Medina Azzahrá, el califa dispuso grandes festejos y regocijos públicos, que se celebraron en aquel dia y los siguientes, como lides de toros, corridas de cañas y sortijas, zambras y otros juegos y diversiones del gusto de los árabes. Gran muchedumbre de moros cordobeses y de otras comarcas y regiones acudieron á las fiestas, alojándose á la usanza oriental en tiendas y pabellones asentados en los vecinos campos, figurando diversos aduare y campamentos.

Por las noches hizo Annasser iluminar los palacios y jardines de Medina Azzahrá y las casas de placer y aduare esparcidos por las campiñas, cuyas luces, reflejándose sobre la multitud de estanques y arroyuelos ó partiendo sus trémulos rayos entre el verde follaje, presentaban un aspecto verdaderamente maravilloso y fantástico. En todo el recinto de Medina Azzahrá dispuso el califa que se ocultasen entre la espesura multitud de sus mancebos slavos y las jóvenes esclavas de su favorita, que ya alzaban poéticas canciones alusivas al objeto de las fiestas, ó ya formaban con sus añafles, alilies, alaudes y otros instrumentos, armoniosos conciertos y músicas, á cuyo compás numerosos danzadores y baila-

(1) Almaccari, I, 372. (Sobre la ornamentacion y carácter artístico de aquellos monumentos, véase el número III del Apéndice)

doras triscaban sobre el verde césped que alfombraba la tierra. Mientras Annasser con sus mugeres y esclavas así se solazaba en los verjeles de Azzahrá, los alcaides, xeques y guerreros se juntaban á conversar á las puertas de sus tiendas, recordando los hechos y glorias de sus antiguos monarcas y héroes ó entonando los versos amorosos y caballerescos del famoso poeta *Antara* (1). Por tal manera, aquellos árabes gozaban muy á su placer de las veladas y diversiones que llamaban zambras, y tan antiguas entre ellos, que traian su origen de las conferencias y solaces nocturnos que los beduinos del Hichaz y del Yemen celebraban reunidos á la luz de la luna en medio de sus aduares, en los desiertos, durante los siglos anteriores á Mahoma.

Mientras el alborozo y el placer reinaban en aquellos lugares venturosos, una muger desdichada acudia á la aljama mayor de Córdoba para implorar el perdon del Misericordioso en favor del califa, cuyo corazon seducido por los halagos y seducciones engañosas del mundo, habíase apartado de Alláh y de sus santos caminos. Esta muger desventurada era nada menos que la gran señora (2) é ilustre sultana de Córdoba *Murchana*, muger del califa, que desdeñada y aun casi olvidada por él desde su frenético amor hacia Azzahrá, vivia triste y retirada en un aposento solitario del alcázar de Córdoba. *Murchana*, como buena y amante esposa, lamentaba en su retiro los desdenes y abandono del real esposo; y como era tan infeliz que le adoraba, á pesar suyo, no hallaba en tan penosa soledad otro consuelo, que las visitas y caricias tiernas que solia recibir de vez en cuando de su hijo y príncipe heredero de la corona (3) el emir *Alhacam*.

(1) Por muchos historiadores árabes sabemos, que aquel célebre vate del desierto fué muy conocido y admirado entre nuestros árabes españoles. (Véase el número IV del Apéndice).

(2) *Sida Alcubra*: así llamaban los árabes á la sultana ó muger principal del califa ó soberano.

(3) *Walilahda* llaman los árabes al príncipe heredero.

La noche en que dieron principio estos festejos, Murchana mirando involuntariamente hácia Medina Azzahrá desde una ventana de su aposento que daba al norte, le pareció ver envuelta la deliciosa morada del placer en una nube sangrienta. La sultana aterrada con esta vision, consultó el caso con el anciano alfaquí y cadhí Mondzir Ebn-Said, el cual la respondió:

—¡Oh señora mia! vuestro noble esposo el califa ha provocado la cólera de Alláh, empleando en fundar ese asilo del deleite y la vanidad mundana las sumas con que debiera redimir á los cautivos musulimes que yacen aherrojados en las mazmorras de Afranch. Su adorada Azzahrá fué quien con sus seducciones y engaños le hizo caer en falta tan grave.

Esta revelacion dejó tan asombrada á la amante esposa, que temiendo para Annasser un pronto y terrible castigo de Alláh, se encaminó á la mezquita para desviar aquel peligro con sus oraciones y lágrimas. En el silencio, pues, de la noche solitaria, sin mas compañía que la de algunas esclavas cariñosas y fieles, acudió á la aljama aquel genio del bien á cumplir su mision bienhechora.

Difícil seria describir dignamente la emocion grave y religiosa que esperimentó la sultana en aquella noche bajo las majestuosas bóvedas de aquel templo, sostenidas por mil noventa y tres columnas de mármol y alumbradas con cuatro mil setecientas lámparas encendidas á la sazón para la assalá ú oracion nocturna. Su longitud era de seiscientos pies y de doscientos cincuenta su anchura. En su parte de alquibla ó sea en la fachada de en medio que mira al mediodia, se abrian diez y nueve puertas con hojas de bronce, además de la principal cubierta con láminas de oro; y en cada uno de sus costados de oriente y occidente se abrian otras nueve puertas. Sobre la cúpula mas alta se veian tres bolas, y sobre ellas una granada de oro. El número de sus naves era el de cincuenta y siete, y en toda ella se respiraba una suavisima fragancia de los muchos perfumes de ámbar y de aloé que se quemaban.

Tal era la famosa aljama de Córdoba, la mas suntuosa del oc-

cidente y rival de la Caba de la Meca, comenzada á edificar por el emir Abderrahman Ebn-Moawia, primer soberano de esta dinastía, en el año 170 de la hegira, 786 de nuestra era, y concluida por su hijo y sucesor Hixem I de este nombre. La sultana con sus esclavas ocupó un lugar reservado en la *macsura* inmediata al *mihrab* ú oratorio secreto que alumbraba una gran lámpara de oro, y allí permaneció largo rato con la cabeza inclinada, dirigiendo al cielo sentidas plegarias entre lágrimas y sollozos.

CAPITULO IV.

El cielo castiga á Abderrahman con la gran derrota de Aljandic.—Presuncion de Abderrahman y reprensiones de sus alfaquíes.—Fija su residencia en Medina Azzahrá.—Ostentoso aparato con que el califa Alhacam I recibe en estos alcázares al rey Don Ordoño el Malo.

Pero el pecado de Abderrahman, hijo de su torpe y desmedido amor, era demasiado grande para que mereciera facilmente el perdon de Alláh. El castigo no se tardó por cierto, pues de allí á poco, como el califa entrase con poderosa hueste de cien mil hombres por el reino de Leon y acometiese á Zamora, fue desbaratado lastimosamente por el rey de los cristianos *Radmir Ebn-Ordon* (1), que acudió contra él, en la famosa pelea llamada de *Aljandic* ó de la hoya. Esta jornada fué muy desastrosa para Abderrahman, pues en ella perdió cincuenta mil hombres, parte muertos á hierro y parte ahogados entre los siete órdenes de muros, separados por fosos llenos de agua, que ceñian aquella fortísima ciudad, año 327 de la hegira, 938 de Jesucristo (2). Tal fué la suerte que cupo por

(1) Es decir, Ramiro II, hijo de Ordoño II, que reinó desde 930 á 950 de Jesucristo.

(2) *Ebn-Jaldun* y *Almesudi*, citados por *Almaccari*, vol. I, pág. 228.

sus culpas al valeroso y afortunado emir que desde su elevacion al trono habia alcanzado de los cristianos muchas victorias y conquistas, contando entre los principales á quienes humilló con sus armas á Ordoño, hijo de Alfonso, rey de Leon y Galicia (1), á Sancho Ebn-García, señor de Pamplona y emir de los vascones (2), al conde de Castilla (3) y al de Barcelona (4), y por otra parte enviando sus huestes al Africa, habia señoreado á Ceuta, Fez y y otras ciudades y comarcas. Llenas están las historias árabes de los encuentros victoriosos, expugnacion de castillos y plazas, estragos y talas de campos y tierras, y otros hechos de armas memorables que este emir habia ejecutado por su propia persona en el algibed ó guerra santa, rompiendo por tierras de Galicia, Alava, Castilla y Navarra (5). Pero sus culpas oscurecieron gran parte de su gloria, y desde que se entregó en Medina Azzahrá á los placeres del amor, no volvió á salir jamás por su persona á las gazúas y algaras, sino que se contentó con enviar sus capitanes y huestes (6).

Los imames y alfaquíes, viendo como el califa corria á su perdicion, no dejaron de amonestarle, pero ya era demasiado tarde para que pudiera volver en sí del amor que le avasallaba, causa de todas sus flaquezas.

Los autores árabes refieren á este propósito algunas anécdotas, contando como Alláh por medio de varones santos y doctos, le reprendió, no solo por los yerros de sus amoríos, sino tambien por la vanagloria que sentia por haber edificado aquella maravilla del arte. Cuenta, pues, un historiador que cuando Annasser miró con-

(1) Ordoño II, hijo de Alfonso III, que reinó desde 914 á 924 de Jesucristo.

(2) Sancho Garcés, rey de Navarra, que reinó desde 905 á 925 de nuestra era.

(3) El famoso Fernán-Gonzalez ó su hijo y sucesor Garcí-Fernandez.

(4) Este conde de Barcelona debió ser ó bien Mirón, hijo de Wifredo, que gobernó aquel estado del año 912 al 929 de Jesucristo, ó bien su sucesor Suniario, que murió en 950.

(5) *Almaccari*, I, 234 y 235.

(6) *Almaccari*, I, 233.

cluido aquel su prodigioso alcázar del califato que dejamos descrito, con su dorado techo y tejas de oro y plata, se sentó en él cierto día, rodeándose de sus wacires y toda su corte. Vanagloriándose pues, de la excelencia de aquella obra por él dispuesta y costeada, dijo á sus cortesanos:—«Por ventura ¿habeis visto ú oído que rey alguno antes de mí haya fundado fábrica como esta ó haya podido fundarla?»— Los cortesanos adulándole le respondieron:—«No por cierto, ó emir almumenin: ni lo hemos visto ni ha llegado á nosotros su noticia.» Tales palabras le regocijaron, y como era tambien poeta improvisó estos versos:

«Los reyes ilustres cuando quieren dejar en pos de sí memorias de sus hechos, los pregonan con las lenguas de la arquitectura.

»¿Por ventura no veis como se conservan las pirámides egipcias y cuántos reinos yacen sepultados en el olvido por las vicisitudes de los tiempos?

»Ciertamente un edificio que se levanta sublime y magestuoso, dá manifiestos indicios de la grandeza y poderío de su fundador.»

Así se gloriaba Annasser con sus cortesanos, muy satisfecho por imaginar que ningun rey habia llegado á construir edificio semejante, cuando el cadhí y aljathib Mondzir Ebn-Said entró en la cobba con la cabeza baja y el rostro austero. Recibióle el califa con el respeto debido, como á persona que era muy autorizada en letras y religion, y luego que ocupó su asiento le hizo la misma presuntuosa pregunta que habia dirigido antes á los demas cortesanos, encareciendo la preciosidad del techo dorado. El cadhí al oír aquello, no pudo reprimir sus lágrimas, que corrieron hasta su barba, y dijo á Annasser:

—¡Oh emir almumenin! temo que Xaithan (maldígale Dios) te haya trastornado la razon, y no recelas que por muchas que sean las gracias y mercedes que te ha concedido Alláh, dándote imperio sobre el mundo, puede confundirte con los idólatras?

Abderrahman conmovióse mucho con estas palabras, y replicó al cadhí:

—Vea lo que habla y cómo Alláh ha de confundirme con los idólatras.

—Cierto que sí, repuso Mondzir. ¿Por ventura no ha dicho Alláh excelso: «Por que si todos los hombres no debiesen formar un solo pueblo (4), á la verdad daríamos á los que no creen en el Misericordioso techos de plata para sus casas... y de oro todo su ajuar y ornato (2).»

El califa al oír esto, entre airado y confuso bajó los ojos al suelo; pero al fin reconociendo su falta brotó el llanto de sus pupilas, y dijo á Mondzir.

—Alláh te ha confiado la mas alta mision, que es el hacer bien y predicar las doctrinas salvadoras del Islam: tus sentencias y máximas corren de boca en boca y has dicho la verdad.

Entonces se levantó de su asiento, y con humilde oracion imploró el perdon de Alláh, mostrando despues el arrepentimiento de su vanidad con hacer que se despojase aquel suntuoso techo de la cobba de todo el oro y plata que la enriquecia y darle otra forma y ornato menos ostentoso (3).

Así Abderrahman, haciendo la enmienda posible de su yerro, logró detener en parte los castigos de Alláh; y aun alcanzó de su misericordia que concediese á sus capitanes y huestes algunas victorias contra los enemigos de su fé, que vengaron la derrota sufrida en Aljandic. En el año 344-955 *Ahmed Ebn-Yala* y otros alcaides de las fronteras dieron aviso de haber entrado en tierra de Castilla y puesto en derrota un ejército de cristianos que les salió al encuentro, enviando en su testimonio cinco mil cabezas de sus enemigos, que fueron suspendidas en derredor de los muros de Córdoba. Los alcaides de Badajoz, Talavera y de varias plazas

(4) Es decir, sino hubiese el peligro de que todos los hombres llegasen á formar una secta infiel. Así lo entiende *Luis Marracci* en su excelente version latina y edicion del texto árabe del Alcoran (Padua, 1693).

(2) *Alcoran*, sura XLIII, aleyas ó versículos 32 y 33. —Pág. 834 del texto árabe y 636 de la version latina de la edicion mencionada.

(3) *Alm accari*, I, 378 y 379.

fronterizas alcanzaron tambien prósperos sucesos de armas en diversas incursiones por tierras de Galicia, Leon y Navarra. Edificose tambien por orden del califa la plaza fuerte de *Medina-Selim*, hoy Medina-Celi, como frontera contra la parte oriental de Castilla, año 335-947 (1). Los reyes y príncipes cristianos de España, por la desdicha de los tiempos, se humillaron á veces á pedirle la paz; y otros monarcas de toda Europa solicitaron asimismo su alianza y amistad, entre ellos Constantino, hijo de Leon, emperador de Constantinopla, Othon, rey de los slavos (2); el rey ó señor de los alemanes (3); Hugo (4) y Cárlos (5) reyes de Francia, y el señor de Roma; todos los cuales enviaban sus embajadores al emir almumenin, acompañando sus mensajes con ricos presentes (6) y él los recibia ostentosamente en sus alcázares de Medina Azzahrá.

Pero volviendo ahora á reanudar nuestro relato de la fundacion de Medina Azzahrá, cúmplenos decir que Abderrahman Annasser prosiguió aumentando aquel sitio real con nuevos paseos, jardines y casas de placer. Asimismo estableció allí fábricas de armas y de diversas telas y tejidos, en donde se hizo un toldo de gran tamaño para cubrir el patio de la aljama de Córdoba y defender asi de los rayos del sol la inmensa muchedumbre que allí se agolpaba para las assaláes y otras prácticas religiosas. Fundó tambien en Azzahrá la *seca* ó casa de la moneda, en donde aparecen acuñados dirhemes y dinares de este monarca y sus sucesores desde el año 338 hasta el 400 de la hegira (949 á 1010 de

(1) *Bayan Almoghreb*, parte II, pág. 229.

(2) Es decir Othon el Grande, coronado emperador de Alemania en 936 de Jesucristo.

(3) Acaso Enrique, rey á la sazón de Germania.

(4) Hugo el Grande, de quien aquí se habla, no fué rey como dice equivocadamente el autor árabe, sino duque de Francia y de Borgoña, y el señor mas poderoso de aquellas partes: murió en 956.

(5) Cárlos el Simple, que reinó desde 898 á 923 de Jesucristo.

(6) *Almaccari*, parte I, págs. 234 y 235.

nuestra era) (1). Annasser fijó su residencia en el alcázar de Medina Azzahrá y desde allí administraba los negocios de paz y guerra, que unos y otros le alcanzaron notable gloria y prosperidad, y recibía, como se ha dicho, á los embajadores de otros soberanos que venían á traerle sus presentes ó solicitar su alianza. Este califa, en fin, no dejó de embellecer mas y mas aquel real sitio, usando en ello de tal magnificencia y prodigalidad, que destinaba cada año á aquel objeto la cuantiosa suma de 300,000 dinare, hasta el año 350-961 en que murió (2).

Los alcázares de Medina Azzahrá fueron teatro de grandes escenas, en que Abderrahman y los califas sus sucesores, con toda la pompa y lujo oriental, desplegaron á los ojos del mundo asombrado, la magnificencia, riquezas y poderío que Alláh dispensaba á aquellos soberanos. Alianzas y confederaciones con otros monarcas, tratados de paz y de guerra, proclamación y alzamiento de califas, recepciones de grandes personajes, embajadas en demanda de auxilio ó en reconocimiento de vasallaje, justas y certámenes de ingenio; todo se celebraba allí con soberbio fausto y ostentación. Los historiadores árabes, con su imaginación privilegiada y su mágico pincel, trazan de estos sucesos tan fantásticas descripciones que en nada ceden á los cuadros maravillosos del libro de *Alf leila waleila* (3).

(1). En una de estas medallas que tenemos á la vista y es un dinar ó moneda de oro acuñada en el reinado de Alhacam II, hijo y sucesor de Abderrahman, se leen las siguientes inscripciones que nos parece no inconveniente copiar aquí como muestra del gusto de los árabes en numismática.

En el anverso se lee, pues, en tres líneas: «No hay mas Dios que Alláh; es único, no tiene compañero.»

En derredor: «Mahoma es el apóstol de Dios que le envió con la doctrina recta y la ley de la verdad para que la hiciese prevalecer contra toda otra religión, á pesar de los asociados (es decir, de los infieles).» ALCORAN, sura LXI, aleya 9.

En el reverso en cuatro líneas. «El Imam Alhacam emir almumenin Almostansir Billah—Amer.»

En derredor: «En el nombre de Dios acuñose este dinar en Medina Azzahrá; año 360 (de la hegira, 971 de Jesucristo.)

(2) Ebn-Hayyan citado por Almaccari, I, 373.

(3) Las mil y una noches.

Pero remitiendo la curiosidad del lector á aquellos autores y cronistas, para no alargar en demasia nuestro relato, solamente bosquejaremos aquí una de las grandes escenas representadas en el teatro de aquellos suntuosos alcázares, que fué la presentacion en ellos del rey de Galicia don Ordoño el Malo. Este príncipe, hijo de don Alfonso el Monge, merced al favor de su suegro el conde Fernan-Gonzalez, se habia alzado con el trono de Leon y Galicia en el año 959, despojando de él á su legítimo poseedor, que lo era su primo don Sancho, llamado el Craso. Don Ordoño no disfrutó mucho tiempo de la corona usurpada, pues don Sancho, procurándose la ayuda del poderoso califa Abderrahman III, volvió á recobrar su trono en 964. Pero como en este mismo año muriese Abderrahman, y le sucediese su hijo Alhacapi, don Ordoño resolvió implorar el auxilio del nuevo califa, porque estos soberanos no hacian escrúpulo de ser inconsecuentes en sus alianzas y amistades con tal de atizar entre los cristianos el fuego de la guerra civil.

Llegado á Córdoba el príncipe cristiano, el califa le mandó dar un ostentoso alojamiento en el magnífico palacio llamado *Almunia* ó *alcázar Annaora* (1), que se alzaba en los extramuros de aquella ciudad por la parte de poniente. En el día señalado para su solemne recepcion, segun la ceremoniosa etiqueta de aquella corte, pasó á comunicarle esta nueva en nombre del califa el célebre alcaide Gháleb Annasseri, gran personaje de aquel estado (2). Este magnate le condujo á Medina Azzahrá, acompañándole tambien algunos condes y caballeros que le habian seguido desde sus estados y los varones mas principales escojidos entre los cristianos mozárabes, que con licencia de los califas vivian en tierra de moros conservando el ejercicio de su religion. Eran estos personajes *Walid Ebn-Jairun*, *cadhi* ó juez de los mozárabes de Cór-

(1) Sobre la magnificencia de este palacio ya antes mencionado por nosotros, véase á Almaccari, I, 371.

(2) Acerca de este personaje, véase la leyenda de *Almanzor*.

doba y *Obeidallah Ebn-Alcasim*, almitran ó obispo de Toledo (1).

Don Ordoño con su comitiva, todos lujosamente ataviados y á caballo, llegaron á la puerta exterior de Medina Azzahrá, llamada *Bab Alacabbá* ó de las bóvedas, en donde hallaron formada parte de la lucida guardia de los slavs ó esclavones, que se adelantaban á tributar los debidos honores al rey cristiano, y que al verle se apearon respetuosamente de sus caballos. Al llegar á la otra puerta interior llamada *Bab Assudda*, ó sea la puerta régia y principal del alcázar, por aviso de Ebn-Talmis, moro de cuenta que les servia de introductor, todo el acompañamiento de Ordoño desmontó, sin quedar en sus caballos mas que el rey y su introductor. Estos apeáronse tambien en la puerta del pabellon meridional del alcázar, donde despues de detenerse algunos momentos, se les ordenó que subiesen á la gran azotea, atravesando siempre entre las filas de la lucida guardia de slavs.

El emir almumenin Albacam aguardaba al rey cristiano asentado sobre su trono en el pabellon oriental del terrado ó azotea llamado *Almunes*, rodeado de gran pompa y en medio de los príncipes sus hermanos, sus wacires, cadhíes, alfaquíes y demas personajes de su corte. Don Ordoño iba vestido con cierta vistosa túnica y albornoz blanco, pero en la cabeza, segun el uso cristiano, llevaba un elegante birrete adornado con algunas perlas. Al llegar el príncipe cristiano á la puerta del pabellon que ocupaba el califa, despojóse de su albornoz y descubrióse reverentemente la cabeza. Detúvose un momento en el umbral donde se postró con respeto; mas adelante se volvió á inclinar, y al llegar por fin al pie del real trono, dominando la profunda emocion y asombro que sentia ante tanta grandeza, alargó su mano al emir que la estrechó afectuosamente. Cumplidas estas y otras ceremonias, asentóse en un rico estrado que le estaba prevenido. Los demas altos perso-

(1) Los cristianos que moraban en tierra de infieles, puesto que conservaban su propia religion, en nombres, trages y otros usos, habian llegado á imitar á la nacion en cuyo seno vivian enclavados.

najes que acompañaban á don Ordoño, fueron admitidos á besar la mano al emir, ejecutando las mismas reverencias y postraciones, y se les concedió asimismo que ocupasen otros asientos inferiores á uno y otro lado del rey cristiano.

El emir Alhacam, con la afabilidad propia de la verdadera grandeza, animó al rey desposeído, que parecía tímido y absorto ante tanta magestad, dándole el parabien de su venida y de que hubiese acudido á él. Entonces el cadhi de los mozárabes Walid Ebn-Jairun, desempeñando el cargo de intérprete, manifestó al califa con respetuosas razones, como los deseos del príncipe cristiano eran acogerse á su poderosa protección y solicitar que le ayudase al cobro de su corona, obligándose, si así lo hacia, á reconocerle perpétua obediencia y vasallaje. Para demostrar mejor la confianza con que ponía su suerte en manos del emir, y la fe que tenía en su poder y justicia, don Ordoño, por medio del intérprete, suplicó á Alhacam que constituyéndose en árbitro de las diferencias que mediaban entre él y su primo don Sancho, él decidiese á cuál de los dos asistía mejor derecho para el trono. El emir escuchó afablemente estas súplicas y demandas, y como las buenas razones que don Ordoño supo alegar en defensa de su causa ó otras consideraciones y miras de política le interesasen en su favor, accedió á lo que el rey cristiano le pedia, aceptando su vasallaje y ofreciéndole su ayuda para recobrar su corona. Don Ordoño demostró al califa su agradecimiento, aclamándole por el más glorioso y liberal de los príncipes, y repitiendo sus reverentes saludos y postraciones se despidió de Alhacam.

Al retirarse el príncipe cristiano, los slavs le llevaron con su acompañamiento al aposento ó pabellon occidental, donde se miraba otro real trono, ante el cual él y los suyos tambien se inclinaron con veneración. Despues los condujeron á otra estancia situada al norte de aquella, en que hicieron sentar al príncipe sobre un almohadon ricamente labrado de oro. Don Ordoño, deslumbrado con la vista de tantas riquezas y maravillas del arte, como se mostraban donde quiera en aquellos alcázares, se dejaba conducir de

una en otra parte, como el que embargado de un sueño se abandona al capricho de su imaginacion extraviada y delirante.

Permanecia en quel aposento el príncipe cristiano sin darse cuenta de lo que por él pasaba, cuando vino á presentársele el hagib *Chafar Almushafi*, alto personaje que privaba mucho con el califa Alhacam y desempeñaba el cargo de su primer ministro. Este, despues de dirigirle algunas palabras corteses, asegurándole de las buenas disposiciones y favor del califa, mandó que le trajesen una magnífica *holla* ó vestidura de honor que aquel le regalaba, y que se componia de una túnica y albornoz de riquísimo tisú y de un ceñidor de oro puro cuajado de rubíes y otras perlas preciosísimas por su gran tamaño y hermosura. Los historiadores árabes, al referir este suceso, encarecen mucho la sorpresa que mostró don Ordoño á vista de aquel presente, pues á pesar de su alto nacimiento, el rudo y pobre príncipe cristiano, jamás habia usado de tan ricos vestidos. Semejantes preseas regaláronse por mandado del sultan á los condes y varones principales que acompañaban á don Ordoño, segun la calidad de cada uno.

Cuando llegaron al pié del pabellon meridional, en donde se habia apeado el príncipe, presentáronle un soberbio corcel ricamente enjaezado con paramentos y freno labrados de oro, con que el califa quiso darle un nuevo testimonio de su grandeza y generosidad. Don Ordoño con su comitiva salió de los palacios de Medina Azzahrá sumamente pagado y contento del emir almumin, tornándose despues al alcázar de Annaora, en que vivió hospedado mientras permaneció en aquella córte.

Alhacam cumplió á don Ordoño sus promesas; pues como se deja entender por los historiadores, no fué otra la causa de la expedicion que por este tiempo emprendieron sus capitanes, acometiendo con poderosa hueste las fronteras del reino de Leon y haciendo grandes estragos en aquella tierra. Don Ordoño sin embargo no logró sus deseos de recobrar la corona perdida, pues poco tiempo despues acabó su vida afrentosamente entre los infieles, sin duda porque la Providencia no permitió que en tiem-

pos tan azarosos para los cristianos, reinase sobre ellos un príncipe que por sus desafueros y vida depravada mereció el renombre de Malo.

Tal fué el suceso de este famoso recibimiento del príncipe don Ordoño por el poderoso califa Alhacam II, en los alcázares de la ciudad florida segun lo refieren los cronistas árabes. En el capítulo siguiente volveremos de esta nueva digresion al reinado de Abderrahman III, para recordar las demas historias de aquella prodigiosa fábrica que mas interesan á nuestro propósito.

Anecdota del califado — Hechos de Abderrahman III — La vida de este califa — Muerte de Abderrahman — Sucesos de su reinado — Problemas que de Alhacam II — Retiro de la corte — De la familia — Alhacam II en Medina Azahara — Sucesos de esta corte.

Mientras Alhacam en Medina Azahara consagraba su vida al placer y al amor, su mujer, la reina, se retiraba a Marchana, dejando el gobierno del reino al dolor de sus dolencias, en su retiro del alcazar de Córdoba, del cual solo salia de tarde en tarde para ir a la oratoria, donde reza a Alá con humildes oraciones que pedían al desconocido e invisible esposo, ya que no le traía a sus brazos. Puesto que ella preferiese el dolor de no ver a quien amaba, el mayor suyo de verlo en ajenos brazos, todos los días a Medina Azahara en sus ocasiones solitarias, a donde propiamente los autores árabes cuentan algunas anécdotas que son parte del que se recuerda.

Alcázar la primera en ocasión que el gran dolor de un grave accidente, y necesitando aliviarlo, entró a visitar, en el alcazar, en el aposento llamado *al-bayt al-ahmad* o pabellón de la misericordia, que formaba parte del pequeño alcazar del alcazar, que

CAPITULO XI.

Anécdota del estornino.—Delirios de Abderrahman moribundo.—Le visita la gran sultana.—Muere Abderrahman.—Solemne pompa de su entierro.—Proclamacion de Aliacac II.—Entrevista de la sultana y de la favorita.—Alhacac II en Medina Azzahrá.—Varias memorias de este sitio.

Mientras Annasser en Medina Azzahrá consagraba su vida al placer y al amor, su muger la gran señora Murchana, siguió devorando silenciosamente el dolor de sus desdenes, en su solitario retiro del alcázar de Córdoba, del cual solo salia de tarde en tarde para ir á la aljama, donde pedia á Alláh con humildes oraciones que perdonase al desconocido é ingrato esposo, ya que no le trajese á sus brazos. Puesto que ella prefiriese el dolor de no ver á quien amaba, al mayor aun de verle en agenos brazos, todavia vino á Medina Azzahrá en dos ocasiones señaladas, á cuyo propósito los autores árabes cuentan algunas anécdotas que nos parece del caso recordar.

Acaeció la primera en ocasion que el emir adoleció de un grave accidente, y necesitando sangrarse, entró á visitarle su *thebib* ó médico, en el aposento llamado *albahú alausath* ó pabellon de en medio, que formaba parte del pequeño alcázar del califado, que

descollaba en lo mas alto de Medina Azzahrá. El thebib se armó de sus instrumentos y ligó la mano de Annasser; cuando hé aquí que entró por una ventana un estornino, y subiendo sobre el vaso de oro destinado á recibir la sangre del califa, recitó á manera de canto estas palabras:

«¡Oh tú, que sangras al emir almumenin! sángle con suavidad; pues vas á cortar una vena en que está la vida de los mundos.»

El estornino repitió estas palabras una y otra vez con gran admiracion del califa, cuyo ánimo abatido se recreó de tal manera con aquella invencion, que muy en breve se recobró de su desfallecimiento y dolencia. Celebrándolo, pues, por invencion muy ingeniosa, preguntó á quién debia aquel solaz; y le dijeron que á la *Sida Alcubra* Murchana, madre de su hijo el príncipe heredero Alhacam. El regio esposo no llevó su agradecimiento hasta el punto de devolver á Murchana su antiguo cariño, pero reconocido, la dió gran muestra de su liberalidad enviándola un regalo que le costó treinta mil dinares de oro (1).

La otra ocasion en que Murchana dió á Abderrahman nuevos testimonios de su constante afecto, fué en la grave y postrera enfermedad que le asaltó en medio de tales negocios y placeres. Cuentan los autores árabes que Abderrahman Annaser pasó en Medina Azzahrá los últimos meses de su vida, solazándose con la buena conversacion de los sabios y alfaquies de su córte, y sobre todo con las palabras cariñosas, dulces y discretas de su amada Azzahrá, de *Mozna*, que era su secretaria; de *Aixa*, doncella cordobesa, la mas honesta, hermosa y sabia de su siglo, y de *Safia*, poetisa sevillana, muy bella é ingeniosa. Al lado de ellas pasaba el califa las ardientes horas del mediodia, á la sombra de aquellos bosquecillos y vergeles, que como dice un historiador, ofrecían mezclados en vistosa confusion racimos de uvas y de dátiles, naranjas, granadas y otras frutas á cual mas bellas y vistosas, alzándose

(1) Almaccari, I, 232.

en medio de cuadros de flores surcados por arroyos cristalinos. Allí las armoniosas voces de las esclavas, formando agradable concierto con los cantos de los ruiseñores, huéspedes de la espesura, y con el murmullo de las fuentes, recreaban el ánimo del emir, que ya se sentia poseido de cierta melancolía, presagio de su muerte cercana. Pero todas aquellas delicias no pudieron aliviarle del peso de sus muchos años, que abrumándole al fin, le hizo caer para no levantarse mas.

La sultana puesta en gran cuidado y angustia por la noticia de su enfermedad, abandonó de nuevo su retiro, y entró por segunda vez en Medina Azzahrá. Fué su venida á tiempo que agravándosele su mortal dolencia, cayó Annasser en un espantoso delirio y *Xai-athan* vino á atormentarlo con extrañas visiones para hacerle dudar de la misericordia divina. Creyó, en el desórden de su imaginacion delirante, que volvía á los tiempos en que levantaba la fábrica de Medina Azzahrá, y celebraba su inauguracion con grandes festejos. En medio de aquel alborozo y regocijo, imaginó que oía los lamentos de millares de muslimes, que padecian cautivos en las partes de Afranch y alzaban contra él sus gritos y maldiciones, que no solo resonaban sobre el estruendo de la popular alegría y la música de las zambras, sino que subian hasta el mismo pabellon ó trono de Alláh en medio del *Genn Annaim* (1), acusándole ante su justicia. Si el emir almumenin apartaba sus aterrados ojos del airado semblante de Yehovah, se le aparecian por otra parte génios disformes y de espantable aspecto que silbaban lúgubrementemente como si fuesen aves siniestras que rodeasen su tumba.

El califa ya se sentia desfallecer con tal angustia, cuando sintió como el soplo de una aura fresca y suave, que pasó acariciando su abrasada frente. Era el aliento de Murchana, que asustada de la funesta expresion del rostro de Annasser, se acercó á él para calmar, si pudiese, su delirio con sus caricias, é imprimió en la frente del moribundo un beso mas dulce y consolador que el rocío

(1) *El vergel de las delicias*: es uno de los nombres que dan los árabes al Paraíso.

que bajaba en la aurora á refrescar los vergeles de Medina Azzahrá.

Annasser sintióse trasportado, como por encanto, del infierno á las deliciosas moradas del Eden, y volviendo con aquella impresion de su penoso ensueño, vió á Murchana inclinada sobre él en compañía de su hijo mayor el príncipe Alhacam, y ambos mostrando en el abatimiento del semblante el profundo dolor de sus almas. Abderrahman, cuando esto vió, lanzó de su pecho un hondo y profundo suspiro, y una lágrima de arrepentimiento rodó por sus extenuadas megillas. Despues alzó sus ojos al cielo y bendijo á Alláh, como si la intercesion de aquellos génios del bien le permitiera ya volver la vista á su Criador.

Pero ya la mano inexorable de *Israfil* el ángel de la muerte, le habia herido con su inevitable espada; y todos los cuidados de Murchana y de Azzahrá, juntas allí por un mismo sentimiento de amor, no bastaron para arrancar á la muerte aquella noble presa. Abderrahman Annasser murió, pues, entre los solícitos cuidados de sus mugeres é hijos, á los setenta y cuatro años de su edad, el dia segundo ó tercero de la luna de Ramadhan, ó sea el 14 ó 15 de octubre del referido año 350 de la hegira, 964 de nuestra era. A pesar de su largueza y magnificencia, dejó inmensos tesoros en las arcas del erario público (1). Hé aquí el relato que hacen algunos autores árabes de su pompa fúnebre y de la elevacion al trono de su hijo y sucesor *Alhacam Almostanssir Billah* (2).

Al dia siguiente, que fué jueves, Alhacam, antes de todo, se hizo proclamar en el alcázar de Córdoba por los eunucos slavos de la servidumbre y guardia del califa, cuyo gefe era Chafar Ebn-Otzman Almushafi, á la sazón caballerizo y guarda-joyas mayor. Despues ordenó sus escuadrones y gente de guerra en dos trozos, acaudillados el uno por *Musa Ebn-Ahmed*, y otro por *Abul Assbag*; y él á la cabeza de todos, marchó á Medina Azzahrá, acompañado

(1) Ebn-Jaldun, citado por *Almaccari*, I, pág. 245.

(2) El favorecido por Alláh ó el que impetra su ayuda.

de los emires sus hermanos, y muchos xeqes y varones principales. Todos llegaron á Medina Azzabará por la noche, y entrando en el alcázar se formaron en dos órdenes ó filas sobre la gran azotea ó explanada que dejamos descrita, entre las dos alas ó pabellones oriental y occidental. Ocuparon todos los asientos que les estaban destinados segun su clase y gerarquía; y el nuevo califa Albacam Almóstanassir Billah se asentó tambien sobre el trono real en el albahú ó pabellon dorado meridional que ocupaba la parte inferior del pequeño alcázar llamado del califado, en medio de la azotea.

Celebróse con toda solemnidad la ceremonia de su proclamacion, llegando primeramente á los pies de su trono para apellidarle califa y jurarle fidelidad y obediencia los ocho príncipes sus hermanos, despues los wacires y sus hijos, y luego los caballeros slavos de su *axxortha* ó guardia, y la gente de su servidumbre. Entonces los príncipes, wacires y demás personajes de cuenta ocuparon sus asientos, unos á la derecha y otros á la izquierda, y solo *Isa Ebn-Fothais*, que desempeñaba las funciones de heraldo ó rey de armas, permaneció de pie para dirigir las palabras solemnes de la proclamacion á la muchedumbre del pueblo que se habia agolpado en la espaciosa plaza á que daba frente el palacio. Y en verdad que era espectáculo magnífico y grandioso el que ofrecia aquella proclamacion, pues primeramente, á un lado y otro del solio real se veian asentados los príncipes y gente principal, vestidos con trages blancos, en señal de duelo (1), y sobre ellos ceñidas sus espadas, llegando desde el *albahú* dorado oriental hasta el occidental opuesto. Bien delante de aquellos, y ordenada en dos filas sobre la azotea, se miraba parte de la lucida guardia de los slavos, cubiertos con anchas lórigas y armados con sus espadas. Delante de estos slavos formáronse en otras dos filas los slavos tiradores de dardos ó saeteros, con sus arcos tendidos y sus aljabas,

(1) Es cierto que bajo la dominacion de los califas de esta dinastía de los Benu-Ume-yas, el color blanco se usaba para el luto y duelo, asi como entre nosotros el negro. Así lo afirma *Almaccari*, en la relacion de este suceso, I, 251.

hasta que se miró ordenada toda aquella lucidísima guardia de mancebos apuestos y armados con gran bizarría. Despues de los slavos, desde la azotea y por las escaleras y zaguanes del régio alcázar hasta el átrio y plaza vecina, formáronse en sus hileras los negros esclavos que asistían asimismo en la guardia del califa. Estos iban armados de pie á cabeza de la manera mas lucida, pues vestían sus lórigas de acero y encima túnicas blancas, cubrían sus cabezas con bruñidos capacetes, y en sus manos llevaban tarjas (4) de diversos colores y otras armas muy brillantes y vistosas. En la *Assudda* ó puerta principal del palacio asistían los porteros y sus ayudantes, y por fuera de la puerta se formaron los negros á caballo, hasta la otra puerta exterior de Medina Azzahrá, llamada *Bab Alacabbá* ó de las bóvedas. Seguía mas adelante la caballería de los domésticos ó libertos del califa, y despues otros cuerpos de milicias y otros negros y saeteros: todos los cuales fueron marchando unos tras otros hasta que llegaron á las puertas de Córdoba. Cuando tuvo fin la ceremonia de la proclamacion, ordenó Alhacam, que todos aquellos guardias y escuadrones acabasen de despejar el alcázar, marchando á la ciudad para prece-der y acompañar al régio cadáver del califa, sin quedar en aquel recinto mas que los príncipes sus hermanos, los wacires y servidumbre (2).

Entretanto, con la muerte del emir almumenin habia acabado el imperio de su favorita; y la gran señora Murchana', presentada allí por su hijo el emir Alhacam, habia vuelto á recobrar el puesto y autoridad que merecia. Azzahrá en medio de su mismo dolor, no pudo menos de comprender el cambio de su destino, y que de señora iba á ser sierva; mas siéndole forzoso acomodarse al tiempo, arrojóse á los pies de Murchana, y la suplicó que la perdonase el haberle robado el cariño de su real esposo. La sultana, al verla así humillada ante ella, no pudo evitar que se pintase en su ros-

(1) En árabe *tars* ó *tars*, de donde vino el castellano *tarja*.

(2) *Almaccari*, I, 250 y 51.

tro una expresion de venganza satisfecha. Azzahrá lo advirtió, y no pudiendo mas que llorar, dió rienda suelta á sus lágrimas. Pero luego Murchana, con su bondad natural, reprimió aquel mal impulso, resto del pasado enojo, y la mandó levantar. Azzahrá llorosa la confesó cuán culpable se juzgaba, no solo por las amarguras y dolores con que habia acibarado su vida, sino por haber hecho levantar aquella costosísima fábrica en perjuicio de la redencion de los cautivos musulimes. La sultana respondió con dulzura:

—Erraste, hija mia; mas enjúguese para siempre ese llanto inútil. ¡Oh, flor! no quiero arrancarte de estos jardines; yo te los doy nuevamente con estos régios alcázares, para que derrames en ellos tus últimos aromas.

Azzahrá la replicó:

—¡Oh, señora mia! ya flor marchita, solo debo prestar mi desfallecido perfume al vergel de un sepulcro. Permíteme que vaya á morir á la *Raudha* de los califas (1) en el alcázar de Córdoba. Allí regaré con el rocío de mis lágrimas la palmera que Annasser plantó en otro tiempo para que diese sombra á su tumba, y las azucenas pálidas y melancólicas como yo que crecen á su orilla.

—¡Oh, Azzahrá! dijo Murchana, no acrecientes mi pena con tus sentidas palabras. Yo de buen grado compartiria contigo esas solitarias vigiliassobre su sepulcro, porque le amaba como tú; pero además fuí su esposa, y no quiero ceder á nadie ese derecho. Tú prosigue habitando en estos lugares hasta morir, que hartos motivos encontrarás en ellos para llorar.

—Permitidme al menos, replicó Azzahrá, que le acompañe hasta su sepulcro, y le dé mi postrera despedida.

—No te lo prohibo, respondió la sultana; cumpliremos juntas tan triste homenaje.

Así dijo Murchana, y se adelantó con paso magestuoso para

(1) Los árabes suelen llamar á los sepulcros y cementerios con el nombre de *Raudha*, ó lugar ameno y florido, porque en su poética imaginacion los consideran como vergeles donde acuden á derramar su fecundante rocío las nubes de la mañana.

unirse á la fúnebre comitiva de Annasser, rodeándola sus mugeres y esclavas. Azzahrá besó humildemente la orilla de su vestido, expresó con un suspiro su obediencia y resignacion, y se confundió con la muchedumbre de las mugeres, que semejando con sus blancos vestidos á una bandada de palomas, seguian las huellas de su señora Murchana.

En este momento, el régio cadáver, colocado en su ataud, salia en hombros de sus esclavos por la puerta de Medina Azzahrá, y entonces su hijo, el nuevo califa Alhacam, salió tambien del alcázar, acompañado de sus hermanos, wacires y servidumbre, siguiendo todos al cuerpo del emir almumenin (de quien Alláh haya misericordia), hasta que llegó al alcázar de Córdoba para ser enterrado allí en la torba ó cementerio de los califas (1).

Concluida la triste ceremonia, Murchana permaneció en el alcázar cerca del cuerpo de su real esposo, y consagró dichosamente el resto de sus dias al cariño de su hijo el califa Alhacam. Azzahrá volvió á los alcázares de su nombre, donde se despojó de todas sus esclavas y servidumbre, y vivió casi solitaria con los recuerdos de su amante á quien sobrevivió pocos años.

A pesar de las inmensas sumas que el difunto califa habia empleado en Medina Azzahrá, todavía fábrica tan prodigiosa no pudo concluirse enteramente hasta quince años despues de la muerte de Abderrahman Annasser, é imperando su hijo Alhacam, que fué el segundo de este nombre, y disfrutó con igual ventura del poder hasta su muerte, acaecida en el año 366 de la hegira, 976 de nuestra era. Este emir, á imitacion de su padre Abderrahman, no solo prosiguió embelleciendo mas y mas aquel real sitio, sino que siendo príncipe mas aficionado á las letras que á las armas y guerras, empleaba allí su tiempo en los dulces cuidados y acaso en las delicias del amor que le inspiraba la hermosa *Radhia* (2). Esta

(1) La palabra *torba*, que quiere decir *tierra*, se usa por algunos historiadores árabes de España y muchos de Africa, en el mismo sentido que entre nosotros panteon ó sea enterramiento particular de algunos personajes ó familia.

(2) *Radhia*, significa la complaciente, la que complace con su vista.

doncella, natural de Córdoba, habia entrado en otro tiempo en la servidumbre de la sultana; y como se señalase no menos que por su belleza, por su ingenio para la poesía, el emir Abderrahman se la habia dado como gran presente á su hijo Alhacam, que por tales prendas la llegó á profesar el mas ardiente cariño, y la llamaba con el nombre de la *Estrella feliz*. A la muerte de Alhacam, Radhia hizo un viaje al oriente y en todas partes fué admirada y aplaudida por su extraordinario ingenio, que la dió gran celebridad en su siglo (1).

En los alcázares de Medina Azzahrá, recibió con gran ostentacion el emir Alhacam á los rasules ó enviados del rey de Galicia (2) y el conde de Castilla (3) que vinieron á concertar con él un tratado de paz. Festejólos el califa espléndidamente en aquellos palacios y jardines, con que quedaron no menos pagados de su cortesía y magnificencia, que maravillados de las riquezas y bellezas artísticas que se ostentaban, especialmente en el gran alcázar. Al despedirlos despues de ajustadas las paces, envió con ellos el emir á uno de sus wacires con cartas para el rey de Galicia, y con el presente de dos generosos corceles ricamente enjaezados, dos halcones muy adiestrados para la caza y algunas espadas de gran precio, fabricadas en las armerías de Toledo y Córdoba. Aquellos emires, sino por grangearse el afecto de otros príncipes muy inferiores á ellos en poder, todavía por hacer gala de sus riquezas y liberalidad, nunca escaseaban tales demostraciones y regalos.

Asimismo cuentan los historiadores árabes, que en el año 356 de la hegira, 957 de nuestra era, el califa Alhacam, ocupando su trono en el alcázar de Azzahrá, recibió á los embajadores de los emires Idrisitas de Africa, que vinieron á tratar con él alianza y reconocerle vasallaje (4).

(1) Escribió muchos libros de oratoria y elocuencia, y murió en 423 de la hegira, 1032 de J. C., á la edad, segun se cuenta, de 107 años.

(2) Sancho I, que murió en 966 de nuestra era.

(3) Garci-Fernandez, que gobernó en Castilla desde 969 á 996 de J. C.

(4) *Bayan Almoghreb*, parte II, pág. 251.

En Medina Azzahrá tambien hospedó y alojó Alhacam, como príncipe tan amante de las letras, á muchos de los ingenios mas célebres de aquel tiempo para poder disfrutar así mas de cerca de su trato y conversacion. En el recinto de aquel sitio real regaló una hermosa casa á su cronista, el célebre escritor *Ahmed-Ebn-Said-el-Hamdani*, que escribió á la sazón una historia de la España árabe (1).

Los califas que sucedieron á Alhacam hasta la caída del imperio y dinastía de los Umeyas ú Omiadas, siguieron frecuentando el alcázar de Medina Azzahrá, como á sitio real y residencia de verano.

Medina Azzahrá, á imitacion de su madre Córdoba, fué patria de algunos ingenios á quienes con el espectáculo de sus bellezas subministró las luces del saber y las inspiraciones de la poesía (2).

Tambien con los recuerdos amorosos y poéticos que dejaron de sí aquellos alcázares, se mezclan algunas historias tristes y lastimosas. En las mazmorras ó cárceles de estado de Azzahrá estuvo preso el tan celebrado hagib Chafar Ebn-Otzman-Almushafi, árbitro algun dia de los destinos del imperio de Córdoba y que vino á parar en un fin desastrado, víctima de la venganza del hagib Almanzor, y triste testimonio de las mudanzas y caídas del mundo. Desde allí Chafar, que era poeta, escribió en vano á Almanzor muchas cartas en versos, pidiéndole clemencia, pues sordo el inexorable hagib á toda voz de piedad, le hizo matar en su mismo encierro con ponzoña, segun los historiadores mas dignos de fé (3).

(1) Este Ahmed, llamado tambien por sobrenombre Alhendi, natural de Córdoba, fué gran jurisconsulto é historiador. Murió en 399—1009.

(2) Véase el núm. V del Apéndice.

(3) Véase la crónica de Almanzor, cap. V.

CAPITULO VI.

Destruccion de Medina Azzahrá.—Su restauracion por el emir Almostacli y sucesor desdichado de este.—Encuentro del poeta Ebn-Zeidun con la célebre Wallada en las ruínas de Azzahrá.—Viajeros ilustres que visitan estas ruinas.—Elegías con que los poetas árabes lamentan su desolacion.

Mas á pesar de todo el empeño de los hombres por conservar aquel lugar de delicias, forzoso era que con su desolacion se cumpliesen las maldiciones que sobre él habia lanzado Alláh. Este suceso acaeció el miércoles 25 de la luna de chumada segunda del año 399 de la hegira ó sea el 24 de febrero del año 1009 de nuestra era. Fué así; que imperando Hixem II, nieto de Abderrahman III, se alzó contra él cierto *Mohammed Ebn-Hixem* y se tituló con el sobre-nombre régio de *Almahdi* (1). Era á la sazón *hagib* ó ministro de Hixem, *Abderrahman el Amerita*, hijo del famoso Almanzor; y que á la muerte de su hermano mayor *Abdelmelic* habia entrado en el gobierno del estado; pero el nuevo *hagib*, tan sobrado de ambicion y arrogancia, cuanto falto del talento político de su padre, dejó hundirse el trono de los califas. Mohammed *Almahdi*, pues,

(1) El predestinado, el dirigido por Dios.

con la gente de su parcialidad, cercó al califa Hixem en su misma capital Córdoba. La gente de guerra que la guarnece, descontenta del hagib Abderrahman, le entregó á los enemigos; de manera que Almahdi pudo entrar en Córdoba, donde desposeyó al califa, le echó en prisiones y procuró la muerte de su hagib. Los partidarios y milicia de Almahdi, que eran negros y gente foragida, entraron al saqueo en el alcázar de Córdoba y en el de Medina Azzabrá, y no solamente los despojaron de gran parte de sus alhajas y riquezas, sino que destruyeron y asolaron cuanto pudieron (1).

Los estragos de aquellas alteraciones y guerras que prosiguieron largo tiempo todavía, al par que apresuraban la ruina del poderoso imperio de los Benu-Umeyas, completaron la desolacion del monumento mas grandioso que fundaron aquellos emires. Apenas habian pasado cuatro meses que Mohammed Almahdi destronando al califa Hixem se alzara con el trono de Córdoba, cuando, imitando su ejemplo, se levantaron para disputarle el poder otros caudillos y varones principales, como sucede en semejantes tiempos de revueltas, en que lo venturoso del resultado autoriza, sino justifica, la ambicion y la rebeldía. El rival de Almahdi fué Suleiman, gefe del partido bereber en Córdoba, el cual proclamado emir por los de su bando el dia 6 de la luna de xawal de la hegira 309 (el 3 de junio de 1009), despues de varios sucesos y contiendas de armas con su contrario Almahdi, al fin en tal aprieto le puso, que le obligó para sostener su causa, á llamar en su socorro á los condes Raimundo de Barcelona y Armengol de Urgel (2). Con esta ayuda Almahdi logró prevalecer contra su enemigo Suleiman vencéndole y derrotándole en la famosa jornada de *Acaba Albacar* (3), acaecida en el mes de junio del año 1010 de nuestra era. Sulei-

(1) Cuenta estos sucesos *Almaccari*, I, 379. (Véase tambien lo que dejamos dicho en la leyenda de *Almanzor*, cap. XIV.)

(2) Fueron hijos del conde Borrel, á cuya muerte, acaecida en el año 993 de J. C., se repartieron aquellos estados, tocando á Raimundo el condado de Barcelona, y á Armengol el de Urgel.

(3) Es decir, la cuesta de las Vacas, lugar á diez millas de Córdoba. Otros dicen *Dar Albacar*. (Véase la pág. 183, nota 4).

man desbaratado, se retiró con sus bereberes á Medina Azzahrá, de donde, no mirándose seguro, aquella misma noche salió con su gente para buscar asilo en parte mas lejana y exenta de peligro.

Entre tanto el pueblo y gente de armas de Córdoba, que profesaba gran odio á los berberiscos, juntándose en tropel, marcharon contra Medina Azzahrá en persecucion de Suleiman, y aunque no llegaron á tiempo de alcanzar á este caudillo, se vengaron con dar muerte á algunos que hallaron rezagados de su gente y entregar al despojo y á la ruina cuanto quedaba intacto en los alcázares de Azzahrá (1). Así fué como quedó destruida aquella famosa fábrica, prodigiosa morada de placer y maravilla del arte, á los setenta años ó poco mas de su fundacion.

Algunos años despues el califa *Mohammed, III* de este nombre, por sobrenombre *Almostacfi Billah*, penúltimo soberano de la dinastía de los Benu-Umeyas, que imperó por los años de 416-1025, restauró en parte el alcázar y jardines de Medina Azzahrá. Allí este califa, débil y afeminado, como todos los príncipes destinados á ser los postreros de sus dinastías y linages, se entregó á su aficion favorita de la música y la poesía, descuidando entre tales ocupaciones y los placeres el gobierno de sus estados y la guarda de sus fronteras. Su mayor gusto y solaz se cifraba en conversar y aun rivalizar en certámenes de ingenio con los varones mas ilustres en letras y en poesía que florecian á la sazón entre los árabes españoles y aun de allende el estrecho. Entre estos ingenios que frecuentaban la corte y trato de Almostacfi, citan las historias con elogio al célebre wacir

(1) Hé aquí las palabras con que el arzobispo don Rodrigo cuenta estos sucesos en el cap. XXXV de su *Historia Arabum*: «*Zuleman cedens hostibus fugit ad Azafram in qua fuerat aliquandiu demoratus... Cordubenses autem Azafram communiter invaserunt et eos qui fugerant peremerunt et cætera rapuerunt.*» Es de notar que aquel historiador designa con el nombre de Azafra á Medina Azzahrá, pues sabida es la facilidad con que en aquellos siglos se permutaba la letra *H* en *F* ó vice-versa, sobre todo en ciertas palabras tomadas del árabe como en *Alhomra* que se corrompió en alfombra. Merece asimismo advertirse el error en que han incurrido algunos historiadores que al hallar en el arzobispo y en Mariana este nombre de Azafra, creyeron que hablaban de la villa de Zafra en Extremadura; aunque la mucha distancia de aquel pueblo ofrece prueba suficiente contra tal opinion.

Ebn-Zeidun, de quien volveremos á hablar mas adelante; á *Abdelmelic el Tabeni*, famoso por sus versos en Africa y Oriente; al wacir y *Alcatib* (1) *Abdelwahib Abulmoguira*; al cordobés *Abdelwahed* que habia sido *wahilcodhá* ó juez supremo en Xatiba; á *Abu Jaled Ebn-Attares* y *Abul Jaulani* el de Beja.

A este emir por su flaqueza y por su intento de restaurar las delicias de Medina Azzahrá, alcanzó tambien la maldiccion de Alláh. A los diez y siete meses de su gobierno se hizo tan aborrecible á sus vasallos que le destronaron, y de Medina Azzahrá le obligaron á refugiarse en Ucles, castillo de moros en tierra de Toledo, y segun otros en Somonte, alquería cerca de Medina Selim, donde murió envenenado, segun se cuenta, por uno de sus antiguos familiares. Con este suceso y las guerras y estragos de tiempos tan revueltos, los alcázares de la ciudad de las flores vinieron á quedar enteramente desolados y desiertos (2).

Así se cumplieron los inmutables decretos de Alláh. Los vientos del otoño arrebataron las últimas hojas de aquel nido de cisnes, risueñamente recostado sobre la frondosa ladera del monte. La encantadora sultana de los alcázares, bella aun despues de su muerte, quedó ostentando tempranas ruinas coronadas con algunas flores solitarias, últimos restos de sus asolados vergeles.

Los poetas árabes de Andalucía, y aun los príncipes y reyes que tambien eran poetas en aquella nacion, acudieron á buscar inspiraciones en aquellas pintorescas ruinas, llenas de deliciosos recuerdos de amor y gloria, y elocuentes testigos de la vanidad de

(1) Secretario.

(2) Debemos notar que si bien los alcázares de Medina Azzahá, fueron completamente destruidos en la época á que nos referimos, la poblacion inmediata que llevaba el mismo nombre, se conservó aunque en decadencia, por lo menos hasta fines del siglo XIII. Así consta de varias memorias posteriores á la desolacion del alcázar; pues además de hacer mencion de Azzahrá el geógrafo Nubiense que floreció hácia fines del siglo XI y de que á fines del XII vivia un escritor natural del mismo sitio, se lee en la historia de los Benimerines que el emir de esta dinastia, Abu-Yusuf Yacub, marchando contra Córdoba en el año 676-1278, tomó por asalto el vecino castillo de Azzahrá y degolló á su guarnicion.

las cosas mundanas. Entre los ilustres viajeros que visitaron aquellas ruinas, se contaron la noble poetisa *Wallada* y su amante *Ebn-Zeidun*. *Wallada* era hija del mencionado califa *Mohammed Almostacfi*, y puesto que con la desgracia y muerte de su padre viniese á decaer de su estado y grandeza, todavía alcanzó mucha estimacion entre los cordobeses por su extremada hermosura y su gran ingenio para la poesía. Habitó en el alcázar de *Medina Azzahrá* despues de su restauracion por el emir su padre, y encantada por la hermosura de aquellos lugares poéticos, aun despues de su segunda desolacion, acudió á frecuentarlos y á evocar las dulces memorias de lo pasado, celebrándolas en sus inspirados versos. Allí acudió tambien atraído por su amor y por el hechizo de aquellas solitarias ruinas, el famoso *Abulwalid Ahmed Ebn-Abdallah Ebn-Zeidun*. Habia nacido en Córdoba en el año 394-1004, alcanzando gran renombre en la poesía y en la oratoria; pero habiendo incurrido en el desagrado del príncipe *Abulwalid Ebn-Chehwar* (1), uno de los emires que gobernaron en Córdoba despues de la caída de los Benu-Umeyas, se vió precisado á huir, pasando algun tiempo en *Medina Azzahrá*. Entonces fué cuando hallando en medio de aquellas poéticas ruinas á la bella é ingeniosa *Wallada*, concibió por ella la ardiente pasion que alimentó hasta su muerte. Cuenta un historiador que *Ebn-Zeidun* en el tiempo de su ostracismo, llegó una mañana á visitar á *Medina Azzahrá*. Allí despues de recordar los tiempos venturosos en que el placer y las fiestas reinaban en aquellos lugares habitados por las hermosas huríes y los gallardos mancebos, compuso una poesía que empezaba así:

« Amigos mios: ni el tiempo de la *alfitra* (2) me alegra, ni el dia sereno y apacible, porque no hay solaz ni reposo para el que ve llegar la mañana y llegar la tarde con el corazon turbado por el amor.»

(1) Mohammed Abulwalid Ebn-Chehwar gobernó en Córdoba desde 1043 á 1058 de Jesucristo.

(2) Fiesta de los mahometanos que viene despues del ayuno del mes de Ramadhan.

No traduciremos íntegra esta poesía, por interés de la brevedad: pero sí diremos que Ebn-Zeidun, despues de manifestar la pasión que le abrasaba, pasa á elogiar aquellos parajes de delicias, comparándolos al paraíso. Celebra sus tersos y brillantes mármoles, que reflejaban vistosamente las rojas luces del sol poniente, y las palomas azules que acudian en bandadas á poblar las sombras de sus frondosas arboledas.

Aquella pasión no hizo dichoso á Ebn-Zeidun. Wallada que le amó en su juventud, le desdeñó despues, como lo manifiesta Ebn-Zeidun en muy sentidos versos (1). Ebn-Zeidun, herido por los desengaños y por buscar su fortuna, pasó á Sevilla, donde se grangeó el afecto de su rey *Abbad-Almotadhid*, que le nombró su primer wacir ó ministro, encargándole todos los negocios del gobierno, y despues de su muerte mereció las mismas consideraciones á *Almotamid*, hijo y sucesor de *Abbad*, hasta que murió en Sevilla el año 463-1074, á los sesenta y dos años de su edad. Compuso un *Diwan* ó coleccion de poesías y un epistolario muy apreciado; y por la claridad y belleza de sus conceptos y estilos, fué llamado el *Bohtori* de occidente (2). En cuanto á Wallada, despues de desdeñar á Ebn-Zeidun, se enamoró del wacir *Ebn-Abdus*, y con varia fortuna; pero siempre con la gloria debida á su ingenio, permaneció en Córdoba hasta su muerte, acaecida en esta ciudad año 484-1094 (3).

Otro peregrino ilustre que visitó las ruinas de Medina Azzahrá fué el alfaquí *Abulhusein*, *Ebn-Sirag*, wacir ó ministro del rey de Sevilla *Almotamid-Ebn-Abbad*, que por este tiempo dilató sus señorios hasta Córdoba. Cuenta el mismo *Abulhusein*, citado por el his-

(1) Véanse estos versos en el *Catalogus codicum orientalium* Bibl. Acad. Lugduno-Batavae, por M. Reinhart. Dozy. Leiden, 1851; t. I, pág. 250.

(2) Así lo dice el historiador *Ebn-Nobatha*, copiado por Dozy. Ibidem, pág. 242. *Alwalid-Ebn-Obaid*, llamado el *Bohtori*, es uno de los grandes poetas y literatos árabes, y de los mayores ingenios que ha producido el oriente. Murió en 284—897.

(3) Acerca de Wallada véase á M. Dozy en su mencionada obra, pág. 244 y siguientes; y á Casiri. Bibl. Hisp. Arab. Ecur. I, 106 y II, 149.

toriador Ebn-Jacan (1) que él vino cierto día con otros wacires y alcatibes á Medina Azzahrá, donde se detuvieron recorriendo de uno en otro, los desiertos alcázares y moradas de recreo. Allí apurando las copas del generoso vino por los oteros y cenadores, brindaron á las risueñas memorias de aquellos lugares deliciosos. Al fin se detuvieron á meditar, dice el autor árabe, en ciertos *raudhas* ó sitios frondosos y amenos, y reposaron sobre las verdes alfombras que tiende la primavera, esmaltadas con flores, y bordadas con las imágenes de las fuentes y arroyuelos, y del frondoso follaje de las arboledas, cuyas ramas se doblaban bajo la mano de los vientos. Las luces de la historia alumbraban ante sus ojos aquellos lugares, y se renovaban en su imaginacion los días en que sus alegres moradores venian á reposar en sus sombras y espesuras, y cultivar sus florestas y jardines. Mas ¡ay! que en vez de los cantos de regocijo y los acentos del amor, ya no se escuchaba otro eco que el graznido de los cuervos ó cornejas posados sobre los ruinosos muros. Ya sus cobbas y pabellones se miraban desolados, y habian envejecido sus mancebos, y de toda aquella grandeza y poderío solo quedaban piedras derruidas y la nada.

Así pasaron la mañana los nobles viajeros entregados á tales pensamientos, hasta que ya entrada la tarde llegó en busca de ellos un mensajero del rey Almotamid, que les entregó un papel donde se leían estos dos versos:

«El alcázar de los reyes envidia por causa de vosotros al de
»Azzahrá; y por mi vida y por la vuestra no sin razon.

»Pues habeis aparecido aquí como soles de la mañana, apare-
»ced tambien entre nosotros como luna de la tarde»

Recibida tan galante invitacion, luego Abulhusein y los otros wacires abandonaron las ruinas de Medina Azzahrá para reunirse con su soberano Almotamid en el alcázar llamado del *Bostan* ó del huerto, junto á la puerta de Córdoba, nombrada *Bab Alatharin*, ó sea puerta de los perfumistas. En aquel palacio que era en extre-

(1) En su biografía del mismo rey Ebn-Abbad, citado por *Almaccari*, I, 411.

mo delicioso, pasaron el resto del día en alegre festín, apurando las copas de generosos vinos, y renovando allí como dice el autor árabe, los placeres de los famosos palacios el *Jawarnac* y el *Sedir* (1).

Entre los poetas árabes que visitaron á Medina Azzahrá no debemos pasar en silencio á *Abu Ishac Ebn-Jafacha*, que como dice el mismo Almacari (2) era en extremo feliz para la descripción de los objetos de la naturaleza, como los arroyos, las flores, los lagos y los vergeles. Este árabe, recorriendo la Andalucía, se detuvo algún tiempo en Córdoba, en donde admirando sus bellezas y particularmente las de Medina Azzahrá, compuso, entre otros, estos versos que respiran el sensualismo, tan propio de la poesía árabe.

«¡Oh! andaluces; bien haya vuestra tierra con sus aguas y sombras, y arroyos y arboledas (3).

»El jardín del paraíso no existe sino en vuestras moradas, y no concibo que pueda imaginarse cosa mas bella.

»No temais pues al fuego del infierno; porque despues de entrar en el paraíso, no es posible condenarse (4).»

(1) Nombre de dos alcázares ó palacios que segun lo dejamos apuntado en otro lugar, estuvieron situados antiguamente cerca de Hira, ciudad del Irac ó Caldea, y son muy celebrados en las historias orientales como maravillas del arte y moradas del placer. Noman I de este nombre, emir árabe que reinó en Hira desde el año 390 al 418 de J. C. los hizo edificar por mano del famoso arquitecto Sennamar para recibir y hospedar en ellos al príncipe *Bahram Gur*, hijo del rey de Persia *Yezdegerd*. *Sedir* es un nombre árabe compuesto de las palabras persas *seh* y *dir*, que significan *los tres pabellones*. En los poetas árabes se halla frecuente mención de estos alcázares, como puede verse en la anthología árabe de *Juan Humbert*. París 1819 en las páginas 98, 99, 261, y 263. (Véase tambien á Causin de Perceval: *Essai sur l'histoire des arabes avant l'islamisme*, etc. París, 1847, tom. II. págs. 54 y 55).

(2) Toino I, pág. 452.

(3) La poesía árabe, nacida en clima tan seco y ardiente, no concibe imágenes mas bellas que las de fuentes, praderas, nubes, el rocío de la mañana y todo lo que es sombra y frescura. Arroyos y sombras son los mayores encantos con que Mahoma embellece la mansión dichosa del paraíso. Cuando los árabes en sus conquistas señorearon á España y otros países mas amenos que la cuna de su nación, realizaron en ellos aquellos sueños de su poesía, fundando á Medina Azzahrá, el Genalarife y otras tantas moradas llenas de las delicias de la naturaleza, ricas en aguas y en frondosidad.

(4) *Almacari*, I, 451.

Pero no fueron los árabes los únicos en admirar las bellezas artísticas y naturales de aquel sitio de recreo. También se cuenta que un monarca cristiano, el ilustre conquistador don Alonso el VI de Castilla, en una entrada que hizo por Andalucía hasta cerca de Córdoba, puso sus tiendas cerca del ruinoso alcázar de Azzahrá. Prendado el rey cristiano de la belleza del lugar, envió un mensaje al rey Almotamid de Sevilla, que á la sazón mandaba en Córdoba y era su aliado, pidiéndole que le diese á Medina Azzahrá para residencia y sitio de recreo de su esposa la reina doña Constanza. Pedia también don Alonso una parte de la aljama de Córdoba para que en ella diese á luz la reina su muger un niño que llevaba en sus entrañas, y como escuchase estas peticiones el rey moro, dicen que se indignó tanto que mandó matar al judío portador del mensaje y rompió su alianza con el rey castellano.

Los poetas árabes, en fin, ante el lastimoso espectáculo de aquellas tempranas ruinas hallaron inspiración para muchas y sentidas elegías á su catástrofe y desolación: hé aquí los fragmentos de algunas.

De un poeta anónimo (4).

«Aun conservan su esplendor y hermosura aquellos aposentos, moradas del juego y del placer; mas ya no hay quien los habite, y yacen tristes y solitarios.

»Las aves vuelan en derredor gimiendo por su infortunio, y ora enmudecen y ora vuelven á repetir sus voces lastimeras.

»Y pregunté á una de aquellas aves cantoras que en la tristeza de su acento y en su aire de terror indicaba la pena de su corazón.

»Y la dije: ¿porqué te quejas y suspiras, ó ave? Y ella me respondió:

—»Por el tiempo que pasó, y no ha de volver jamás.»

Si estos versos rebosan en melancólica poesía, no se advierte

(4) Citado por *Almaccari*, I, 344.

menos dulzura y sentimiento en los siguientes del célebre *Abulcasim Assomaisir* (1).

»Me detuve en Azzahrá para meditar y tomar ejemplos (de la vanidad de las grandezas humanas); y entregado á tales consideraciones lloré á los que perecieron.

»Y dije: ¡oh Medina Azzahrá! reanímate y torna á tu vida y esplendor.» Y ella me respondió:—¿Cómo ha de volver el que ya es muerto?

»Y no dejé de llorar y llorar por ella: mas no es razon el proseguir mas tiempo en tan inútil llanto.

»Porque ya de la pasada hermosura solo restan vanas huellas y lágrimas por los que murieron (2).»

Mas elocuentes todavía, si mas breves, son los siguientes versos con que lloró la ruina de Medina Azzahrá el famoso poeta y wácir *Abulhazm Ebn-Chehwar* (3).

»Dije cierto dia á la casa, cuya familia desapareció:—¿Dónde están tus moradores que eran ilustres y potentes sobre nosotros?»

»Y respondió:—Aquí se detuvieron breve tiempo; pero despues marcharon y no sé adonde (4).»

Pero donde se ven expresadas y reunidas tales ideas en un cuadro mas completo de sentimiento y aun de filosofía, es en la breve elegía que vamos á traducir, cuyo original se halla en prosa

(1) *Abulcasim Jalaf Ebn-Farag*, llamado *Assomaissir*, floreció en el último tercio del siglo V de la hegira, XI de nuestra era, y fué uno de los muchos poetas que merecieron los favores del rey de Almería *Mohammed-Ebn-Somadih Almotassim*, gran protector de las letras, que reinó desde el año 443 hasta el 484 de la hegira 1041 á 1091 de J. C. (Véase á Dozy, *Recherches sur l'histoire pol. et litter de l'Espagne pendant le moyen âge*, tomo I, pág. 106 y siguientes).

(2) *Almaccari*, I, 346 á 347.

(3) Fué wácir ó ministro de los últimos califas Benu-Umeyas, y á la caída de estos monarcas fué elevado á la presidencia del Diwan de Córdoba, que ocupó desde el año 421—1030, al 435—1043. Por las grandes prendas que le adornaban, en especial por su prudencia, ingenio y erudicion, es muy celebrado de los historiadores de aquel tiempo. Este *Abulhazm* fué padre de *Abulwalid-Ebn-Chehwar*, de quien hicimos mencion mas arriba.

(4) *Almaccari*, I, 343.

rimada y que pondrá fin dignamente á nuestras tareas y estudios sobre Medina Azzahrá.

«Tales fueron, dice el escritor *Abu Nassr Alfath* (1), los lugares habitados por los Benu-Umeyas; en ellos gozaron de poder, de reposo, de prosperidad y de placeres; mas ya los arrebató de allí la mano de la muerte. Hoy solo viven en las historias; y todo su alimento se reduce á los aromas que se queman por los muertos y al polvo de los sepulcros. Los azares y alteraciones de la fortuna han desfigurado su rostro. Ya en sus desiertos alcázares no se escucha otro acento que el graznido de siniestras aves y el lúgubre silbido de los genios; y ya despojados de sus brillantes adornos, solo el buho viene á visitarlos cuando anochece. Allí donde reinaron en otro tiempo la magestad y la fortuna, hoy se miran igualmente confundidos el héroe y el flaco de corazón, el poderoso y miserable. Tal es el mundo; sus obras de hoy no son mas que ruinas para mañana, y sus esperanzas, en lo fugaces y engañosas, se asemejan al vapor del *sarab* (2). Perecieron las mugeres dotadas de graciosos hoyuelos en sus megillas, y todo pasó para nunca volver.»

Al poner fin á nuestro relato de la fundacion, sucesos y ruina de Medina Azzahrá, creemos del caso advertir que no debe confundirse á esta poblacion y sitio real con otro llamado *Medina Azzahira* ó la florida, que suena en la historia de Córdoba, durante el reinado de Hixem II, y del cual hicimos larga memoria en la leyenda de *Almanzor*.

(1) Citado por *Almaccari*, I, 415.

(2) El *sarab* es una especie de niebla ó vapor que suele aparecer en los desiertos á la hora del medio día, semejando á larga distancia un estanque ó arroyo de agua. El caminante sediento, engañado por la apariencia de lo que mas anhela, suele apresurar su marcha hácia aquella parte; pero despues que la fatiga aumenta su ardor y sed, es mas triste el desengaño que sufre al reconocer su error.

APÉNDICES

DE

MEDINA AZZAHRA.

APÉNDICES

DE

MEDINA AZZAHRA.

APPENDICES

10

MEDINA AZZAHRA.

APENDICE NUMERO PRIMERO

Teniendo ya escrita la mayor parte de esta leyenda, vino dichosamente á nuestras manos un trabajo en extremo curioso é importante sobre los monumentos de Medina Azzahrá (1). Su autor el señor don Pedro Madrazo, atento principalmente á esclarecer la historia de las bellas artes durante el período mas ilustre de la dominacion árabe en España, ha investigado y descubierto al fin los vestigios y ruinas que se conservan de aquel portento del arte. Su inteligencia y buen celo han prestado en verdad un señalado servicio á la arqueología y la historia, determinando y probando con indudables datos y testimonios el verdadero asiento que tuvo Medina Azzahrá, aunque no del todo ignorado, puesto en controversia hasta entonces (2). Es cierto que la version del autor árabe *Almaccari*,

(1) Este trabajo forma parte de la descripcion histórica y artística de Córdoba por el señor don Pedro Madrazo, que ha visto la luz pública en un tomo de la excelente obra monumental titulada *Recuerdos y bellezas de España*.

(2) Sabido es que Ambrosio de Morales tuvo por romanas las ruínas de Córdoba la Vieja. Conde en su Historia (Parte 2.^a, cap. 79) puso á Azzahrá á cinco millas de Córdoba, Guadalquivir abajo. Los mismos historiadores árabes no convienen en su situacion. El geógrafo Nubiense (Edicion de Madrid, 1799, pág. 97) dice, que estuvo á cinco millas de Córdoba; Ebn-Jallican (*Almaccari* I, 344), que á cuatro millas y un tercio; Sidi Mohieddin (*Ibid.* 343), que á tres millas al N., y esta es la opinion que seguimos por las razones que en el texto exponemos.

publicada algunos años antes (1), ayudó á corregir el error en que habian incurrido Conde y otros historiadores, pero hoy, gracias al amor al arte y buena diligencia con que aquel distinguido escritor ha examinado por sus ojos el terreno, puede fijarse con toda evidencia la verdad del caso. El señor Madrazo, pues, reconoció los vestigios de Medina Azzahrá en una dehesa situada en el lugar llamado vulgarmente *Córdoba la Vieja* (2), como tres millas al N. O. de la ciudad y al pié de la sierra, que es el paraje adonde le encaminaron las noticias de Almacari y las indicaciones de algunas personas ilustradas de aquella capital. La dehesa de Córdoba la Vieja es, como observa el señor Madrazo, un llano descampado, con leves sinuosidades y recuestos hácia la parte de la sierra, en cuya falda se apoya, y por lo tanto corresponde exactamente á la noticia que sobre el asiento de Medina Azzahrá nos ha legado un árabe andaluz, que la contempló sin duda cuando se conservaban todavía recientes sus ruinas y memorias. Este testigo, digno de todo crédito, porque fué un xequé ó anciano de Córdoba, de quien lo oyó el escritor *Sidi Mohieddin Ebn-Alarabi* (3), citado por *Almacari*, dice claramente que Medina Azzahrá estuvo situada como tres millas al norte de Córdoba, entre la falda meridional del monte *Gebal Alarús* y la llanura (4). Hoy en aquel terreno y en el mismo asiento de aquellos suntuosos alcázares, se ve una eminencia llana y cuadrangular como de ciento y setenta pasos de longitud, con declives por los tres lados de oriente, occidente y mediodía, y por

(1) La traduccion inglesa de *Almacari* por el señor don Pascual de Gayangos. Londres 1840, 2 tomos folio.

(2) Mas adelante haremos notar con el señor Madrazo y los mismos autores árabes el error que cometió Ambrosio de Morales, en tomar por romanas las ruinas árabes de Córdoba la Vieja.

(3) Autor que floreció en la primera mitad del siglo VII de la hegira XIII de nuestra era.

(4) Hé aquí el texto de este curioso pasaje puesto en caracteres vulgares á falta de los árabigos: «*Medina Azzahrá... Fabanáha* (Abderrahman Annasser) *tahta Gebal Alarús min quibla algebal wáxamal Corthoba; wabeinaha wábein Corthoba aliyau-uma tzalat; amyál au nahu dzálica wahia bein algebal wassahli.*» *Almacari*, I, 343.

el norte, unida á la sierra por varios montecillos de figura irregular. Así estos montecillos, como la eminente planicie mencionada, revelan fácilmente que no se formaron por obra de la naturaleza, sino de los escombros amontonados de las ruinas, pues con solo apartar el espeso ramaje que allí ha brotado, se descubren entre la tierra trozos de piedras labradas con gran primor, lastras de mármoles rotos, mosaicos y otros despojos de la pasada destruccion. Por tales fragmentos de magnífica arquitectura, que en gran parte son trozos de la preciosa filigrana llamada *foseifesa*, y por la traza y figura de las ruinas, que todavía dejan entrever la antigua planta, muros, puerta principal y cubos angulares ó alas del gran alcázar, se colige de un modo indudable que aquellos restos, hundidos entre el polvo de los siglos, son las venerables reliquias del monumento mas prodigioso encumbrado por el poder y galantería de un monarca (4).

APÉNDICE NÚM. II.

Descripcion de la aljama ó mezquita de Medina Azzahrá (texto árabe de Almáccari, I 370 y 371).

«Azzahrá fué una ciudad régia, que fundó el emir almumenin Abderrahman Annasser ledin Alláh, de la cual ya hicimos mencion, y fué de las ciudades poderosas é ilustres.

»Cuentan *Ebn-Alfaradh* y otros, que cuando se empezó á edificar su aljama, se empleaban cada dia en esta obra mil artífices, de ellos trescientos albañiles, cien carpinteros y quinientos en-

(1) Sobre los fragmentos artísticos hallados en Córdoba la Vieja, véase al señor Madrazo en la pág. 424 y siguientes de sus mencionados estudios sobre Córdoba y Medina Azzahrá, y á don Pascual de Gayangos en las muy curiosas noticias que sobre antigüedades arábigas dá en el tomo VI del *Memorial histórico español*, págs. 322, 23 y 24.

tre peones y demás jornaleros. Asi su construccion se llevó á cabo en cuarenta y ocho dias, y vino á ser de las fábricas mas extremadas (en belleza). Componíase de cinco naves de maravillosa arquitectura: la de en medio contaba quince codos de longitud desde la quibla (ó mediodia) hasta el norte, sin incluir la macsura, y trece de anchura de oriente á occidente: de las cuatro naves laterales, cada una media doce codos de anchura. La longitud de su patio descubierto desde mediodia á norte era de cuarenta y tres codos, y su anchura de oriente á occidente de cuarenta y uno: todo él estaba pavimentado de mármol rojo, y en su centro habia una fuente que manaba agua. La longitud de toda la mezquita de mediodia á norte, sin contar el mihrab, era de noventa y siete codos, y su anchura de oriente á occidente de cincuenta y nueve. Su assoma se levantaba en el aire cuarenta codos, y su anchura era de diez. Mandó (el califa) Annasser ledin Alláh que se hiciese un precioso mimbar para esta mezquita, y asi se ejecutó de extremada hermosura. En derredor de él se hizo una macsura de obra admirable, y este mimbar se colocó en su sitio en esta mezquita cuando se concluyó, que fué un jueves, á 22 de la luna de xaban del año 329 (21 de mayo de 944 de J. C.)...»

Debemos notar que esta mezquita fué tenida en mucha veneracion, y que en ella, como en la de Córdoba, sin duda por ser ambas poblaciones residencia de los califas, se solian leer públicamente los partes de las victorias conseguidas contra los cristianos para júbilo de los buenos musulimes.

APÉNDICE NÚM. III.

Trazada la descripcion de Medina Azzahrá segun las noticias que hemos hallado en los cronistas árabes, restábanos solo, aunque de corrido, como punto menos acomodado á nuestro objeto, el entrar en algunas consideraciones artísticas sobre aquellos monu-

mentos, para mayor ilustracion del episodio histórico que nos hemos propuesto examinar. El señor Madrazo, que ha tratado expreso este asunto, fundándose en el exámen ocular de los vestigios y fragmentos que ha consultado de aquellas ilustres ruinas, deja fuera de toda duda el que la arquitectura de Medina Azahrá y otros monumentos de Córdoba, como la capilla nombrada todavia del Mihrab, pertenecen á la arquitectura árabe bizantina, es decir, la que á imitacion de los griegos adoptaron los árabes en la época mas floreciente del imperio de Córdoba. Imitáronla los árabes proponiéndose por modelo las columnas y filigranas llamadas *foseifesa* traídas en gran copia de Constantinopla y adoptadas por ellos bajo la direccion de arquitectos venidos tambien de aquellas partes, embelleciéndolas mas y mas con las galas que supieron hallar en su imaginacion ardiente y amiga de lo maravilloso. Asi fué como aquellas mismas gentes se ilustraron con las letras y civilizacion de los griegos, traduciendo sus mejores libros de filosofía, medicina y otras ciencias, ó mas bien ajustándolos á las ideas y poéticas formas del genio oriental, al destinarlos para la enseñanza en las famosas madrisas ó academias de Córdoba: « Ahí teneis (dice el señor Madrazo) todos los elementos de la ornamentacion mas bella y graciosa que creó el oriente y regularizó el genio estético de los pobladores del Archipiélago: las postas que figuran las olas de la mar; los meandros ó grecas de listones que se interrumpen y cortan en ángulos rectos, los enlaces ó entrelazados, combinacion preciosa de líneas rectas y curvas que imita las trenzas del cabello; las palmetas, en que con la mayor donosura alternan hojas agudas y hojas obtusas, unas replegadas hácia dentro y otras hácia fuera, imitacion feliz del loto asirio, y de las palmas fenicia y tebana; el acanto silvestre, tan parecido á la hoja del punzante cardo; el tulipan y la flor del loto, graciosa importacion del arte de Persépolis, al cual fué comunicada por la arquitectura de Ninive y Babilonia (1). »

(1) Pág. 422 á 23.

A vista de estos detalles y vestigios, el señor Madrazo no pudo menos de combatir la opinion de nuestro célebre Ambrosio de Morales, que tomando aquellos restos de arquitectura por de carácter romano, afirmó haber estado allí la Colonia Patricia fundada por M. Marcelo (4), error que adoptaron despues otros muchos escritores. «El erudito cronista de Felipe II (añade) que vivió algunos años en el monasterio de San Gerónimo de la Sierra (2), obcecado por el error vulgar, no vió lo que saltaba á la vista, esto es, que los fragmentos de arquitectura decorativa de mármol, piedra y barro diseminados por la dehesa de Córdoba la Vieja, eran de la misma casta que la ornamentacion del Mihrab de la mezquita mayor (3).»

APENDICE NÚM. IV.

Como en la leyenda de Medina Azzahrá á que corresponde este apéndice y antes en la de Almanzor, hayamos hecho mencion del famoso poeta y guerrero de la antigüedad árabe *Antar* ó *Antarra*, parécenos oportuno dar á nuestros lectores una noticia biográfica sobre este personaje tan celebrado en la historia de aquellas gentes por su ingenio y sus proezas. Este héroe pertenece á la época primitiva y romanesca de los árabes, es decir á los tiempos

(1) Es cierto que la Córdoba romana no estuvo situada en la pendiente de la sierra, sino mas al S. E. y en la llanura, correspondiente en parte á los dos arrabales que los árabes llamaron *Medina Secunda*, al mediodía, y *Medina Alatica* ó ciudad antigua, al oriente, ambas sobre la orilla derecha del Guadalquivir, como consta por Al-maccari y otros historiadores. Claro es que la parte de aquella poblacion llamada por los árabes *Medina Alatica* ó *ciudad antigua*, no pudo ser otra que la Córdoba romana.

(2) En la huerta de este monasterio yacen todavía algunos capiteles y otros fragmentos de Medina Azzahrá, que acreditan el gusto árabe bizantino de aquella fábrica.

(3) Pág. 421 de su obra mencionada.

anteriores al islamismo, y así en la noticia de su vida y hechos veremos los orígenes de los sentimientos belicosos, caballerescos y poéticos que animaron después á los árabes españoles héroes de nuestras leyendas.

El verdadero nombre de este héroe árabe fué *Antara Ebn-Xeddad el Absita*. Como el ciego de *Smyrna* á los tiempos fabulosos de la Grecia, el *Abul Fawaris* (1) del Arabia se remonta á la edad llamada por los adeptos del profeta *Alchahilia* (2) ó del gentilismo. Antara el caballero de los caballeros (3) no solamente ofrece el tipo del poeta, sino también el del héroe; es al par el Homero y el Aquiles de su nación. Por su vida, juntamente poética y guerrera, podemos compararle con los Ercillas y Garcilasos españoles, y los Camoens lusitanos, pero su lira es, por decirlo así, más militar que la de aquellos, porque perteneció á un pueblo altamente belicoso, y que aparte del pastoreo y guarda de sus ganados, no conocía otra profesión que la de acometer excursiones y empresas de armas contra enemigos y extraños. Si hay algún tipo en la historia de otras naciones que ofrezca cumplida semejanza con el árabe Antara, es sin duda el griego Tirteo. Ambos héroes valerosos, desgraciados, dotados de virtud y de abnegación, amantes en extremo de su patria, manejan para enaltecerla, ya la espada, ya la lira. Cantan porque el triunfo ó la derrota les arrancan un acento de alegría ó de dolor en los campos de la lid. Sus cánticos son el aliento y sosten del que combate, el elogio del vencedor, el consuelo y esperanza del vencido: son, en una palabra, el himno de la guerra. Nuestro héroe, tal como le pintan la historia y las tradiciones, es el tipo primitivo de los caballeros de la edad media; especie de Bayardo oriental, en quien se mira personificado aquel espíritu de honor, de lealtad, de portentoso valor, de protección para el débil y de adoración al sexo hermoso, que

(1) El padre de los caballeros, honrosísimo dictado que dieron los árabes á Antara.

(2) *Alchahilia*, significa propiamente la ignorancia.

(3) *Fares Alfawaris*, el caballero por excelencia.

animaba á los árabes, y que con las armas musulmanas se extendió desde el Asia á los pueblos de Europa, ennoblecido y engrandecido luego en ella por las creencias y moralidad cristiana.

La gloria que en pos de sí dejó Antara, fué grande, como lo habia sido su ingenio, como lo fueron las agitaciones y azares de una vida toda llena de abnegacion y heroismo. Los árabes llegaron á considerarle como el modelo de sus héroes: sus hechos valerosos en la guerra los miraron como el mejor ejemplo que debian proponer á sus soldados y caudillos. Pero todavía Antara llegó á alcanzar otra gloria mas envidiable. En aquellos tiempos de costumbres desenfrenadas, en que la venganza, el pillaje y otros mil excesos, nacidos de la falta de leyes y de religion, mancillaban á los árabes, sin que fuesen bastante compensados con la generosidad hospitalaria y la lealtad y patrocinio para con sus deudos y aliados, únicas virtudes que florecian entre ellos, Antara descolló y se hizo amar por su desinterés, su liberalidad, su moderacion, y el amparo que concedia al débil contra el fuerte, al oprimido contra el opresor, y por todo linaje de nobles prendas. En el poeta Antara despuntó para los árabes una brillante aurora de moralidad y de civilizacion. Por eso la historia de la vida y hechos de Antara, monumento levantado por los árabes á la gloria de tal héroe, es la epopeya de esta nacion (1). Cuando los árabes en los siglos medios dominaron desde el oriente al occidente, encendiendo una antorcha de ilustracion en las tinieblas de aquella edad, la fama de Antara corrió desde el Irac, el Hichaz y el Yémen, cuna del pueblo árabe, hasta las remotas partes de España. En las obras de *Ebn-Alcuthia* (2), *Ebn-Jacan* (3), *Ebn-Hodzail* (4), *Ebn-Be-*

(1) Este poema es la Sira que mencionaremos despues.

(2) Famoso historiador de España y natural de Córdoba.

(3) Célebre literato andaluz, nacido en Sajra alwalad, alqueria cerca de Alcalá la Real. Murió en el año 329 de la hegira, 1135 de J. C. (Véase el fragmento de sus obras, publicado por Dozy en sus *Scriptorum arabum loci* de Abbadidis, Leiden, 1846, págs. 37 y siguientes del tomo I).

(4) Famoso escritor de arte militar en el cap. XIX de su obra titulada: *Regalo de las almas y clamide de los habitantes del Andalus*. M. S. de la biblioteca del Escorial. Nació en Granada hácia mediados del siglo XIII de la hegira, XIV de nuestra era.

drun (1), *Abu-Thaib el Rondi* (2) y de otros muchos árabes españoles, se hace gloriosa mencion del héroe del desierto. Antara, en fin, es igualmente grande, ya se le considere como guerrero ó ya como poeta. Como guerrero, su valor y su destreza en las armas y en la ginetá, son proverbiales entre los escritores árabes de todos tiempos. Como poeta, sus versos fueron para los árabes lo que para la nacion griega los de Homero, animando á aquellos conquistadores en las primeras expediciones y guerras que les llevaron á su engrandecimiento. Lo que mas prueba la fama sin rival que gozó Antara entre los árabes, es el conocerse desde lo antiguo en oriente y en Africa ciertos recitadores llamados *Antaries* (3), cuya única profesion es la de leer y cantar, ya en los aduare, durante las veladas y diversiones nocturnas, llamadas *zambras* (4), ya en los bazares y otros lugares públicos, los versos del poeta guerrero y sus hazañas, tal cual las describe el poema titulado: *Sira Antara* (5). Los árabes, formando círculo en torno del recitador, asisten á esta lectura, si con profunda atencion y religioso recogimiento, mostrando con sus ademanes el vivo interés y admiracion que les inspira el mayor de sus antiguos héroes; así como los capitanes y soldados griegos se agrupaban en derredor de los rapsodas, que les recitaban trozos de la Iliada y la Odisea.

Antara llegó á alcanzar el honor supremo á que en aquella nacion y en aquellos tiempos podia aspirar un poeta, distincion que por cierto solo merecieron otros seis entre los innumerables que produjo la Arabia en aquella época. Los árabes tributaron á Antara esta honra sin par, trazando con caracteres de oro uno de sus

(1) Literato árabe natural de Silves en Portugal, en su Comentario al célebre poema de *Ebn-Abdun*, publicado por M. Dozy en Leiden, 1846 y 47.

(2) Es decir, el Rondeño; en sus *Misceláneas de historia y literatura árabe*.

(3) Sobre estos recitadores del poema de Antar, véase á *Niebuhr*: *Viage á la Arabia*; *La martine*: *Viage á Oriente*, etc.

(4) Derívase este nombre de la raíz árabe *Sámara*, que significa conversar por las noches á la luz de la luna.

(5) Es un poema épico ó mas bien por sus formas una novela histórico-caballeresca.

poemas (1) sobre las paredes de la famosa *Caba*, el mas venerado de sus templos y consagrado por aquella nacion á la deidad de la poesia. El mismo Mahoma rindió al caudillo poeta el homenaje de su admiracion con aquellas notables palabras que han contribuido á acrecentar y extender la reputacion de Antara entre los árabes islamitas. Dijo en cierta ocasion: «Nunca he oido nombrar á árabe del desierto á quien haya deseado conocer, sino es á Antara.»

La vida y hechos de Antara merecen ser examinados muy particularmente, por ser uno de esos genios marcados visiblemente con el dedo de la Providencia, y que dotados de poder sobrehumano y fuerza irresistible, se alzan á pesar de todas las desventajas, obstáculos y contrariedades, á ocupar el puesto, y á cumplir la mision que Dios mismo les ha señalado. Aunque los estrechos límites que nos es forzoso dar á este apéndice, no nos permiten el entrar en copiosos pormenores sobre la vida de nuestro héroe, procuraremos no omitir en nuestro breve relato los hechos y noticias mas importantes que á este propósito nos subministran, no ya las tradiciones y los cuentos, sino los historiadores árabes mas dignos de fé.

Antara (2), hijo de Xeddad, y de linage Absita ó natural de la tribu de Abs (3), una de las mas poderosas que moraban á la sazón en los desiertos de la Arabia, nació por los años de 540 de nuestra era. Aunque destinado á alcanzar alta gloria y renombre, grandes contrariedades y desventuras le rodearon desde su mismo nacimiento. La mayor de todas fué haber nacido de condicion esclavo, porque si bien por parte de padre emparentaba con lo mas

(1) Este es el poema llamado *Moallaca*, de que hablaremos después.

(2) Antara significa en la lengua árabe la fortaleza y el heroismo en la guerra, nombre que siendo niño dieron á nuestro héroe, como pronóstico de lo que habia de ser.

(3) La genealogía de Antara, segun el comentario de sus poesías que tenemos á la vista, es la siguiente: Antara hijo de Xeddad, que fué hijo de Moawia y este de Querad, este de Majzúm, este de Rebia, este de Malic, este de Cothaya y este de Abs el progenitor de aquella tribu.

noble de la tribu de Abs y con el mismo rey Zoheir, su madre era una esclava habisinia por nombre *Zebiba*, á quien habia cautivado el caudillo Xeddad en una de sus expediciones guerreras. Un autor árabe cuenta así el nacimiento del héroe: «Llegó el momento señalado por el Criador de los seres, y *Zebiba* dió á luz un hijo varón: era negro como el ébano, de nariz roma, de torvo ceño, fruncido entrecejo, cabellera crespa, labios gruesos y piernas firmes como dos columnas. Por el color de su tez y lo informe de su cuerpo, se asemejaba á un grupo de nubes, aumentando mas esta semejanza sus centellantes ojos que parecían exhalar llamas, como el relámpago cuando rasga el seno de las preñadas nubes. Por lo demás, en el aire y expresion de su rostro recordaba á su padre el emir Xeddad, el cual regocijándose al verle exclamaba: «Glorificado sea el que le crió.»—Y mas adelante refiere el mismo historiador, que presentado el niño Antara por su padre Xeddad á vista de los árabes, todos gritaban con asombro:—«Es un leon de las selvas.»

Gran afrenta era entre los árabes el no encerrar en las venas sangre enteramente libre: los que incurrian en esta nota (1) difícilmente lograban la libertad; no debían ceñir espada, ni tomar parte con los guerreros de pura raza en los combates, sino guardar ignominiosamente los ganados de la tribu, y servir á los demás. Antara, sin embargo, desde su misma infancia, comenzó á dar notables muestras de valor é ingenio, y á hacer frente con tales prendas y merecimientos á las preocupaciones de su pueblo. Siendo esclavo, y casi niño todavía, se ejercitaba en tirar al blanco, en esgrimir la espada, y en blandir la lanza, en cabalgar y domeñar bravos corceles, en perseguir y dar caza á las fieras del desierto, y finalmente en componer canciones y poesías, ora amorosas, ora guerreras. La naturaleza en desagravio, sin duda, de haberle dado tez atezada y la ruda fisonomía de un etiope, le habia dotado de gran robustez y de fuerzas hercúleas. Con tales ventajas

(1) A estos mestizos los llamaban con el dictado despreciativo de *hachines*.

logró hacerse temer y respetar, eludiendo en parte las persecuciones y afrentas que le acarreaba su humilde condicion.

El amor ocupa una página muy interesante en la historia de Antara. Era costumbre de todo árabe distinguido el tener una dama de sus pensamientos, á quien rendir el culto de su amor, á quien consagrar los trofeos de sus victorias, á quien invocar en los combates, á quien celebrar en sus versos, y finalmente, por quien empeñarse en empresas y aventuras (1). La amante de Antara fué Abla. Digna de los afectos que inspiró al héroe, hermosa, pura, amorosa y constante, Abla, en la historia de estos amores, ofrece un tipo seductor y celestial de muger con todos los encantos y el idealismo que debian entusiasmar la imaginacion poética de su amante. Antara, que no repara en imposibles, dáse á conocer en una gloriosa hazaña á esta Abla, doncella noble y hermosa, hija del emir *Malic*, y enamórase ciegamente de ella. Atrévase á aspirar á su mano, sin pensar en que todavía es un miserable esclavo, porque su mente ve en presentimiento el porvenir de gloria que le espera, y para llegar á alcanzarla, le ha de bastar con un esfuerzo de su ingenio y valor. Esta pasion ardiente y profunda, concebida en los dias de su esclavitud, le dió aliento para conquistar su libertad, y lograr puesto y gloria que le hiciesen digno de ella. Su esfuerzo, su rendimiento amoroso y la heroica abnegacion con que se arriesga á todos los peligros por merecer su emancipacion y lograr el afecto de la que adora, van ganando el corazon de la tierna y dulce Abla.

Ella fué la heroína de sus cantos amorosos y guerreros. Su imagen siempre fija en el corazon del héroe le acompañaba á todas partes, y en lo mas revuelto y encarnizado de las batallas. Así es que al dar la vuelta de un sangriento combate, Antara dirigió á Abla estos versos:

(1) Ya observamos mas arriba, que el espíritu caballeresco que tanto se extendió en Europa en la edad media, trae su origen de los árabes, y particularmente de nuestro Antara, el padre de los caballeros.

«De tí me acordaba, en tanto que las lanzas bebían en mi cuerpo y los aceros de la India (4) se bañaban en mi sangre.

»Y ansiaba con ardor imprimir mis besos en las espadas, porque su brillo me recordaba al de tus dientes cuando sonríes (2).»

Por lo mismo el nombre de Abla, si resonaba en los labios del valeroso campeón como objeto de brindis en los regocijos y festines, en las batallas era su grito y apellido de guerra, juntamente con el nombre de su tribu y progenitores. Cuenta el autor de la Sira, que al trabar lucha con un león, exclamó:—¡Por Abs, por Adnan! Yo soy el constante adorador de Abla.

Este amor fué también el íman y poderoso vínculo que le conservó por mucho tiempo en la compañía de su tribu, por más que en ella viese pagados primeramente con humillaciones y desdén y después con ingratitud y persecuciones, los grandes servicios que les prestó con su ánimo invencible y su heroico ardimiento. El autor de la Sira pone en la boca de Antara estos versos.

«Los absitas son injustos y pérfidos contra mí; pero en vano, porque el amor me impone la ley de ampararlos á riesgo de mi propia vida. A no ser por la hermosa doncella que mora bajo estas tiendas, yo pasaría á habitar en cualquier aduar lejano.»

Sin embargo, hubo una época en que la persecución de los parientes de Abla y varias reyertas suscitadas por otros motivos entre él y los absitas, le obligaron á desamparar por algún tiempo aquellos aduares. Entonces tomando sus camellos y demás hacienda, pasó á establecerse en los dominios de la gran tribu de Thai que moraba en los montes de Acha y Selma. Hallábanse en guerra á la sazón dos cabilas de aquella gente llamadas Chadila y Tzoal, y como Antara se uniese con los primeros, los ayudó tan esforzadamente en una batalla, que les alcanzó la victoria contra sus enemigos. Sucedió algún tiempo después que Antara se enemistó con los Benu Chadila y en otro encuentro dando ayuda á

(1) En el texto *Bidh alhind*. Las espadas de la India son muy celebradas de los poetas árabes, por lo bien templado y cortante de su acero.

(2) Los árabes consideran la blancura y brillantez de los dientes como una cualidad indispensable para la hermosura.

otra cabila con quien estaban en guerra, causó en ellos gran mortandad. Ambos sucesos fueron celebrados por Antara en dos cantos que se leen en la coleccion de sus poesías. Despues Antara, atraido por el amor patrio y por el de Abba, volvió á vivir con sus naturales los de Abs.

El autor del mencionado poema Sira consagra parte considerable de su libro á la novelesca relacion de estos amores, mezclando á los trances de las guerras, aventuras, empresas y batallas, los sucesos y escenas de amor entre Antara y Abba. Estas dos grandes figuras del poema y en quienes recae su mayor interés, tan ideales y perfectas cada una en su género, se ven admirablemente reunidas en un cuadro encantador en los siguientes versos de la Sira, que forman parte de una cancion que las esclavas de Abba entonaron en su elogio:

«Abba es la gacela, que caza al leon con sus ojos enfermos de amor; pero puros.

»Antara es el caballero de los caballeros, el leon de la selva cuando batalla; mas copiosa como el mar es su indulgencia.

»Y nosotras somos flores fragantes, con el perfume de las violetas y de la camelia.

»Y Abba entre nosotras como una rama del ban (1), sobre la cual se alza la luna ó el sol de la mañana.»

Antara halló al cabo la venturosa ocasion de conseguir su libertad. Los guerreros absitas le habian rehusado siempre el honor de admitirle consigo en sus expediciones y empresas. Sucedió, empero, que los Benu Thai, sus enemigos, acometieron de sobresalto el real de los absitas, en tanto que se miraban ausentes la mayor parte de los guerreros. Las mugeres y la hacienda de los hijos de Abs halláronse en grave riesgo de ser presa de los thaitas. En tal conflicto, Xeddad, uno de los pocos guerreros que habian quedado en los reales, llamó en su socorro á su hijo Antara, que segun

(1) Esta comparacion es muy usada por los poetas árabes, quienes en el ramaje sobremanera vistoso y flexible de este árbol movido por el viento, hallan la imagen de una muger, cuyo talle esbelto se mueve con gracia.



costumbre, guardaba los camellos de la tribu.—«Corre á combatir, oh Antara,» le dijo. Antara, rehusando en apariencia, le replicó:—«El esclavo no es de provecho para pelear contra el enemigo, sino para cuidar del ganado y ordeñar la leche.»—Volvióle á llamar su padre, exclamando:—«Corre á combatir; de hoy en adelante no eres ya mi esclavo, sino mi hijo.»—Cuanta fuese la alegría que sintió Antara con estas palabras y el denuedo y valor que al oírlas encendieron su ánimo, excede á todo encarecimiento. Como furioso leon, arrojóse sobre los enemigos, los desbarató, hizo gran mortandad en ellos, y ayudado de los demás absitas, animados por su ejemplo rechazó á los hijos de Thai, poniéndolos en vergonzosa fuga.

Libre Antara, miró abrirse ante sus ojos todo un porvenir de gloria. La victoria alcanzada contra los thaitas no fué sino el preludio de mil triunfos y hazañas, con que se señaló en adelante. Los obstáculos que se oponían á sus altas miras, se disminuyeron, y comenzaron á realizarse sus sueños de grandeza. Sus proezas y su ingenio le acarrearón, al par que admiradores, no menos rivales y enemigos.

Peleando en cierto trance en compañía de los guerreros de su tribu contra los *Benu Temim*, su valor dió la victoria á los hijos de Abs. *Cais*, hijo de *Zoheir*, caudillo de los absitas, dijo á los suyos con ironía cuando volvieron del combate:

—El hijo de la negra ha salvado á los nuestros.

Antara, á cuyos oídos llegaron las palabras de *Cais*, dictadas sin duda por la envidia, recitó entonces, entre otros, estos versos notables.

«Yo soy un hombre que tengo de bueno, por mi linage absita, la mitad de mi persona; pero la otra mitad la defenderé con mi acero.

»Cuando la flor de nuestros ejércitos flaquea y retrocede, y los mas fuertes guerreros toman la fuga, en aquel trance combato yo por los míos mejor que los que cuentan excelsos é ilustres todos sus progenitores.»

En otra ocasión altercando con un absita, que le echaba en

cara su color negro, y su nacimiento de una esclava, improvisó Antara, para confundirle, el mejor y mas apreciado de sus poemas, que se nombró *Moallaca* y *cassida adzahebia*, porque obtuvo el singular honor de ser escrito con oro y expuesto á la pública admiracion en el templo de la Mecca (1). Este poema se reduce casi todo á elogiar á su amada Abla y á celebrar sus propias hazañas, Hé aquí un trozo de la *Moallaca*.

«Yo te saludo, oh mansion de Abla en Alchewá (2) responde á mis preguntas y háblame del objeto querido.

»Aquí he parado mi camello alto como una torre, para consolar mi corazon con el solaz de los recuerdos.

»Bien hallados seais, vestigios de una morada desierta hace largo tiempo y que la partida de Omm Alhaitzam (3) ha trocado en triste soledad.

»¡Oh hija de Majrem (4): hoy moras en una tierra enemiga en donde no puedo ir á buscarte!

»Una casualidad engendró en mí este amor despues de haber hecho armas contra tus deudos y todavía he podido concebir esperanzas? ¡Oh, por la vida de tu padre que no debo esperar!

»Pero sin embargo, su amor ha señoreado mi pecho y no dudes que en él tendrá siempre el puesto mas distinguido.

»¡Cómo pudiera no recordar sus encantos! la deslumbrante blancura de sus dientes (5) y aquellos hermosos labios en que tan dulces deben ser los besos!

»¿Y aquellos ojos que miran con la ternura y languidez de la gacela?

.....

(1) Añadiremos aquí á lo dicho antes sobre estos poemas *Moallacas*, que se veneraron en la Caba de la Mecca hasta que Mahoma los hizo borrar el día que entró vencedor en esta ciudad.

(2) Nombre de un valle.

(3) Quiere decir la que imita á un collado de arena en la redondez de sus formas.

(4) Dictado de su padre Malic.

(5) Véase la nota 2 de la pág. 423.

» Amanece y anochece Ablá recostada muellemente sobre blandos cojines, y yo en tanto paso las noches sobre mi negro corcél siempre enfrenado.

» ¡Oh Ablá! ¿porqué dejas caer tu velo? ¿porqué te escondes á mis ojos? ¿Por ventura no sé triunfar de los guerreros cubiertos de aceradas armaduras?

» Y tu sabes que me adornan otras prendas; que mi natural es dulce y suave cuando no me quieren oprimir.

» Cuando me inflamó el ardor del vino, disipo mi hacienda en prodigalidades; pero conservo entera mi reputacion, sin dar motivo á que ande en lenguas.

» Al recobrar la razon no soy menos liberal y desprendido: bien sabes, Ablá, que mi índole es noble y generosa.

» Bien te podrán decir los que se han hallado conmigo en las batallas, que soy tan pronto y diligente para entrar en la pelea como tardo y negligente cuando se reparte el botin.

» ¡Oh hija de Malic! si por acaso ignoras mis hazañas, pregúntalas á nuestra gente.

» Cuántas veces he acometido á un caballero armado de punta en blanco, con el cual no osaban medirse los mas valientes, y que no sabia huir ni rendirse.

» Presto le acerté un golpe terrible con mi larga y enhiesta lanza formada de una caña nueva y recia, y atravesé su armadura, pues el hierro no respeta al valeroso.

» Y le dejé postrado sin vida sobre la arena para servir de pasto á las bestias salvajes que despedazaron sus hermosos miembros.

» Pero bien sé yo que mis hechos y mis servicios no son agradecidos por Amru (1), y por cierto la ingratitud hace odiosos los obsequios y beneficios.

» Yo cumplí los mandatos de mi tío (2) en medio de la encar-

(1) Hermano de Ablá.

(2) El padre de Ablá: Malic.

nizada refriega, cuyos remolinos no amedrentan á los héroes, ni los hacen murmurar medrosos.

»Cuando mis compañeros me han dejado solo delante de las lanzas, no he desmayado, antes bien he permanecido firme, haciendo frente á muchos enemigos.

»Mas si animándose entonces nuestra gente, se ha adelantado para sostenerme, me he lanzado en la lid con mayor brio.

»Y en tanto que todos gritaban ¡Antara! las lanzas brillaban como las luces de los relámpagos sobre la nube de mi negro corcel.»

Los sentimientos de ternura, abnegacion y rendimiento amoroso, de esfuerzo, largueza y desinterés que se notan en estos fragmentos de la Moallaca de Antara, bastan de por sí para hacer de este poeta guerrero un tipo caballeresco, no menos interesante que el de los Amadíses, Macías y Bayardos. Pero en otros pasajes de sus poesías resaltan mas aun tales ideas y sentimientos, como en los versos siguientes con que concluye una de sus poesías mas notables:

»Tan solo en presencia de sus esposos entro á ver las mugeres de nuestra tribu; mas si el marido ha marchado con la hueste á la gaza, me abstengo de entrar.

»Cuando la muger extranjera confiada á mi proteccion se presenta ante mi vista, bajo los ojos hasta que ella me oculta sus encantos, retirándose á su tienda.

»Yo soy un varon de natural benigno y carácter noble, y no dejo á mi alma que se obstine en obedecer sus pasiones.

»Si preguntais á Abla, ella os dirá, que no amo á otra muger sino á ella.

»Si ella me llama para empeñarme en alguna empresa difícil, luego respondo á su llamamiento; la amparo contra todo peligro, y me guardo mucho de causárselo yo mismo.»

Muchos son los versos que se conservan de Antara, dirigidos á la reina de su corazon, Abla. Pero en donde mejor se expresan los sentimientos caballerescos que animaban á los árabes de su época es en los siguientes versos, que compuso en memoria de una jornada célebre:

«Nosotros defendimos en Alforue á nuestras mugeres, y apartamos de ellas el fuego de la encendida lid.

»En lo mas reñido de la pelea, cuando la sangre brotaba á raudales de los pechos de nuestros caballos, nosotros juramos no dar reposo al enemigo mientras que blandiésemos una lanza.

»¿No sabeis que los hierros de nuestras lanzas han de asegurarnos la inmortalidad, si el tiempo respeta alguna cosa?

»Nosotros somos guardas del honor de nuestras mugeres, y nuestro mayor afan es por asegurarles reposo y gloria.»

No nos extenderemos aquí en la relacion de todos y cada uno de sus gloriosos hechos. Diremos, empero, que á pesar de la contradiccion de los padres y parientes de Abia, que miraban como afrentoso el emparentar con el hijo de la esclava, logró este al fin su amor y su mano.

Antara tuvo por rival en estos amores al gallardo *Omara* llamado el *Wahhab* (1), hijo de uno de los emires ó príncipes mas poderosos de la misma tribu de Abs, como se ve por la sátira mordaz y sangrienta que contra él compuso. Sin embargo, Antara con sus nobles prendas, su ingenio y heroismo, logró inclinar en favor suyo el corazon de la hermosa absita.

Muchos fueron los combates, jornadas y hechos de armas en que Antara se distinguió por su valor y proezas, decidiendo siempre la victoria en favor de su cabila. Por los años 571 de nuestra era, y durante la famosa guerra de *Dahis* (2), se halló en la batalla de *Dzulmoraiquib* (3), trabada por los absitas y sus aliados los *Benu Abdallah Ebn-Gathafan* contra los *Benu Fezara* y *Benu Morra*. En este memorable encuentro, Antara mató por su mano, entre otros muchos de sus enemigos, á *Dhándam* uno de los mas

(1) El liberal ó el magnífico.

(2) Esta guerra suscitada de resultas de una apuesta sobre la velocidad en la carrera de dos caballos llamados *Dahis* y *Algabra*, duró cuarenta años con gran exterminio de las dos tribus contendientes de Abs y Dzobyan.

(3) Llamóse así esta batalla, por un lugar de aquel nombre en la tierra de *Xarabba* donde se riñó.

valerosos capitanes de Morra. De este suceso hace memoria Antara en su Moallaca cuando incipando á los hijos de Dhámdam, sus constantes perseguidores, les dice :

«Yo dejé á vuestro padre sobre la arena del desierto para pasto de los leones y las águilas rapaces.»

Algunos años despues y corriendo el 576, Antara contribuyó con su valor al notable triunfo que alcanzaron los absitas contra sus enemigos los Benu-Dzobyan, junto á la cisterna de Habaa, vengando con la muerte del caudillo enemigo Hodzaifa Ebn-Bedri la afrentosa muerte que este habia dado á Tomadhur viuda de Zoheir, emir que habia sido de la tribu de Abs. Ahuyentados los hijos de Abs en el primer encuentro, Antara permaneció solo enfrente de sus enemigos, defendiendo á las mugeres de la tribu, hasta que volviendo la demás gente recobrada de su pavor, renovaron la pelea venciendo á los dzobyanitas. Hallóse tambien en esta pelea Xeddad el padre de Antara, conocido con el sobrenombre de *Fares Charwa* ó el ginete de Charwa, á causa de una yegua de este nombre en que solia cabalgar, el cual siendo de los mas valientes guerreros de aquella cábila, ejecutó por su propia mano con la muerte del terrible Hodzaifa la venganza de su antigua reina.

No mucho tiempo despues de la jornada de Habaa, el esfuerzo de Antara fué mucha parte para vengar en el campo de batalla un notable agravio hecho á la de Abs por otra tribu con quebrantamiento de los sagrados deberes de la hospitalidad. Fué el caso que los *Benu Sad-Ebn-Zaid Mína*, despues de unirse en amistad y alianza con los absitas y concederles asilo en sus tiendas, intentaron despojarles de ciertos camellos y caballos generosos que consigo llevaban. Los absitas se vieron obligados á tomar las armas para castigar la rapacidad de sus huéspedes, y con tal motivo vinieron con ellos á las manos en *Alforuc*, que era un valle situado entre la region del Yemama y Bahrein. En aquel encuentro Antara usó de su acostumbrado valor, protegiendo á las mugeres de su tribu, cuyo paladin era, y matando por su mano á *Moawia Ebn-*

Annazál, uno de los principales guerreros *saditas*. Antara celebró este suceso en una de sus mas notables poesías, de la que poco antes dejamos citados algunos versos.

Además de las jornadas que hemos celebrado, Antara se señaló por sus hazañas en el combate de *Orair* (1), en el de *Acran* (2), y en otros muchos, cuyos difusos pormenores no caben cumplidamente en el breve cuadro que trazamos. Algun dia consultando mas detenidamente los documentos históricos que han quedado de los árabes en aquella época, podremos ilustrar con mas copiosos datos la biografía de Antara, que ahora trazamos mas á la ligera, recordando entonces otros muchos de los hechos gloriosos que llevó á cabo en la larga carrera de su heroica vida (3).

En efecto, Antara llegó á una edad muy avanzada; pero sin que la flaqueza de la vejez abatiese el esfuerzo de su corazón, ni la entereza y energía de su espíritu se doblegase al peso de los muchos años, arrostrando siempre infatigable los riesgos y trabajos de la guerra. Asi lo dice el mismo Antara en los siguientes versos que se lee en una de sus últimas poesías:

«No son en verdad las incesantes fatigas de los combates las que van amenguando mis fuerzas, sino los numerosos dias que he vivido.»

Después de una vida sembrada de mil alternativas, de grandes desventuras y grandes triunfos, de gran humillacion y gran alteza, Antara vió llegar el fin de sus dias con la satisfaccion del que mira realizados sus ensueños de amor y gloria, del que contempla cumplirse su destino y mision. La mision de Antara fué la de salvar á su pueblo en mil ocasiones, la de elevarle á grandeza y

(1) Nombre de una fuente ó arroyo, en cuyas márgenes los *absitas* combatieron con los *calebitas*, enojados de que no les habian querido permitir el uso de aquellas aguas, y les mataron á su caudillo *Masud Ebn-Masad*.

(2) En esta pelea los *absitas* vencieron á los de *Temim* y mataron á su caudillo *Amr Ebn-Amr el Daremi*.

(3) Sobre los hechos militares de Antara se encuentran otras muchas noticias en las notas históricas á la coleccion de sus poesías de que haremos mención mas adelante.

gloria, haciéndole respetar por los demás pueblos y cabilas del Arabia; fué la de ofrecer á sus compatriotas acciones notables y heroicas que imitar; y fué, en fin, la de contribuir poderosamente á su civilizacion.

Sin embargo, la fortuna que cobijó á Antara en lo postrero de sus dias, no correspondió á sus altas prendas y merecimientos ni á los servicios prestados por él á su tribu. Segun se colige de ciertos documentos históricos, la extraordinaria largueza y desinterés de que usó siempre, fué parte para que se hallase pobre y desvalido en los dias de su larga vejez, cuando ya su trémulo brazo no le permitia manejar la espada en la pelea para ganar la porcion siempre pequeña, que él solia tomar del botin adquirido en las victorias.

En tal pobreza y estrechez, se cuenta que el capitan poeta de la Arabia murió hácia los años 615 de la era cristiana. En las circunstancias de su muerte no concuerdan los historiadores, pues el autor del *Quitab alaghani* (1), uno de los mas antiguos y autorizados, el cual recogió las tradiciones de los siglos anteriores al islamismo, apunta sobre aquel suceso tres versiones harto diversas entre sí.

Segun la primera, que tomó de cierto narrador ó tradicionista llamado *Suleiman*, Antara, que á pesar de lo avanzado de su edad, tomaba parte siempre que sus fuerzas se lo permitian en las expediciones militares, acompañó á sus hermanos los de Abs en una jornada contra los *Benu-Nebhan*, cabila de la gran tribu de Thai. Terminada la expedicion, Antara se volvia al aduar de los absitas, recitando los siguientes versos en loor del buen suceso de aquel dia.

«Los neghanitas han tragado el polvo de la refriega.

»Y sus pasos sobre las vastas llanuras del desierto

»Semejan á las huellas del avestruz fugitivo sobre las secas explanadas de los arenales.»

(1) *Abulfarag Ali Ebn-Husein*, el Ispahanense, célebre escritor y colector de los monumentos mas importantes de la antigua poesia arábica, que murió en el año 336 de la hegira 967 de J. C.

Cuando saliendo de repente cierto nebbhanita llamado *Wezar Ebn-Chaber* (1), su particular enemigo que le acechaba en el camino, le disparó una flecha con que le hirió mortalmente, gritándole al propio tiempo: —Ay de tí, yo soy el hijo de Selma.— Dicho esto huyó precipitadamente, como si temiese que el herido aun tuviese brios para castigar su traicion.

Aunque herido de muerte, Antara tuvo alientos para llegar al campamento de su gente y dirigirles los siguientes versos:

«Sabed que es el hijo de Selma á quien debeis pedir cuenta de mi sangre; ¡mas ay, que mi sangre no ha de ser vengada!

»Porque luego que se haya refugiado en los montes de Thai, donde moran las Pleyadas (2), mi matador se hallará á salvo de toda persecucion.

»El me ha herido, en ocasion que nada tenia que temer de nuestras azules lanzas, cuando bajábamos esta tarde de los montes Naf y Majram.»

Segun otro recitador de tradiciones llamado *Abu Amr el Xaibani*, el hijo de Xeddad, con otros caballeros de su tribu marchó de gazúa contra los Benu-Thai. Desbaratados en esta pelea los absitas, huian á todo correr, cuando cayendo Antara de su caballo, no pudo por su vejez y debilidad volver á ganar la silla. Entonces trató de huir y ocultarse; pero apercibiéndole un descubridor de los thaitas, y no osando tomarle prisionero, le disparó un dardo con que le mató.

La tercera version sobre la muerte de Antara, no es mas gloriosa para el héroe, aunque acaso mas verdadera. Segun esta tradicion, conservada por *Abu Obaida*, Antara en su ancianidad, muy acabado por los años y enfermo, y por lo tanto sin poder concurrir á las algaras y excursiones, vivia pobre y miserable. Acosado por la estrechez, marchó en busca de cierto varon de la tribu

(1) Otros le llaman Ward Ebn-Chaber.

(2) Es decir que, por su altura, aquellos montes eran vecinos á la constelacion de las Pleyadas ó Cabrillas.

de Ghathafan, para reclamarle el precio de un camello que le debía, cuando al llegar entre dos fuentes llamadas *Xarg* y *Natdira*, en la comarca de los absitas, sopló un viento tan abrasador, que el viejo caminante quedó sofocado por la fuerza del calor (1).

Sin poder nosotros determinar cuál de estas tradiciones sea la cierta, ni esclarecer el misterio que rodea la muerte del bardo árabe, siempre hallaremos que tuvo un fin lastimoso y miserable, como suele suceder á los poetas y á los héroes. Sin embargo, su pueblo le rindió en su muerte el tributo de su reconocimiento; los absitas lloraron amargamente la pérdida de aquel guerrero, á cuyas hazañas y generosos sacrificios debían el engrandecimiento de su tribu. La ardiente arena del desierto que tantas veces regó Antara con la sangre de los enemigos de su pueblo, al encerrar en su seno los despojos exánimes del héroe, sintióse humedecida con las lágrimas de sus naturales y amigos. También los árabes de las demás cabilas le rindieron despues de su muerte el homenaje de su admiracion; y acaso merece fé histórica la siguiente arenga, que segun el mencionado autor de la *Sira*, al verle postrado sin vida en el campo, le dirigió entre lágrimas uno de los nebhannies, sus enemigos y perseguidores: «Loor á tí, defensor de tu pueblo.... Que goce tu alma de las venturas eternas. Que benéfico rocío riegue la tierra de tu sepulcro.»

Antara dejó compuestas muchas poesías, fruto de su musa libre, guerrera y apasionada, de las cuales algunas fueron conservadas por el autor del *Quitab Alaghani*, y no pocas fueron reunidas posteriormente en un diwan ó coleccion ilustrada con su comentario, de que da noticia el biógrafo *Hachi Jalfa* (2). Nosotros tenemos á la vista un ejemplar de este diwan copiado de nuestra propia

(1) Estas tradiciones se hallan en los fragmentos del *Quitab Alaghani*, traducidos en francés, por el orientalista Mr. Perron en el *Journal Asiatique*, III série, tomo X, págs. 524 y 25.

(2) En su diccionario bibliográfico enciclopédico publicado en Leipzig por M. Fluegel, tomo III, pág. 298, con este título: *Diwan de Antara Ebn-Neddad el Absi...* y su comentario.

mano sobre el código núm 301 de la Biblioteca del Escorial (1), el cual abraza hasta veinte y siete poesías amorosas y guerreras, precedidas por su mayor parte de una noticia histórica sobre el motivo de su composicion. La necesidad en que nos vemos de terminar esta biografía de Antara, ya demasiado difusa para un apéndice de otra obra, no nos consiente tratar con la detencion necesaria de obra tan estimable, que por otra parte deseamos publicar por completo traducida al castellano para gloria de aquel gran ingenio y en beneficio de las letras.

Estas noticias sobre Antara, las hemos tomado entre otros historiadores árabes, del autor del *Quitab Alaghani alquebir* ó gran libro de las canciones, de Ebn-Bedrun en su mencionado comentario al poema de Ebn-Abdun; y particularmente del antiguo comentario al diwan del mismo Antara que mas arriba celebramos.

APÉNDICE NÚM. V.

Los historiadores árabes hacen mencion, entre otros, de los siguientes sábios y literatos, que por su nacimiento en Medina Azzahrá fueron llamados los *Zahrawies* y con los cuales aquel pueblo en su breve duracion procuró no desmerecer de su vecina y madre Córdoba, patria de tantos ingenios.

Omar Ebn-Obeidallah Ebn-Yusuf Alhazli el *Zahrawi*, jurisconsulto insigne que murió en Valencia, año 425—1034.

Omar Ebn-Mohammed Abu Hafs el *Zahrawi*, varon distinguido por su erudicion en las ciencias sagradas y profanas, nació en 364—974 y murió en 454—1062.

(1) Este código contiene además los diwanes de los célebres poetas árabes de aquel tiempo *Amrulcais*, *Annabegha*, *Zoheir*, *Alcama* y *Tharafa*, con sus comentarios.

5 *Jalaf Ebn-Abbas Abulcasim* el *Zahrawi* el *Corthobi*, es decir, cordobés del arrabal de Medina Azzahrá, celeberrimo autor de obras de medicina y cirugía, que murió en 500—1107.

Este es el conocido entre los europeos con el nombre de Abulcasis, ó Albucasis, y sus obras andan traducidas en latin.

Abdallah Ebn-Abderrahman el Anssari el Zahravi, varon muy docto en la filología y antigüedades árabes. Murió en 600—1203.

FIN DE LOS APÉNDICES DE MEDINA AZZAHRA.

JUAN JOSÉ MARTINEZ, EDITOR.

CÁMAR.

EL SR. D. JOSÉ BACA Y MUÑOZ.

LEYENDA ARABE

POR

*En memoria y prenda del más afectuoso cariño
que le profesaba su Editor.*

ofr. **DON FRANCISCO JAVIER SIMONET.**

EL AUTOR.

Madrid, octubre 1837

MADRID:

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE D. JUAN JOSÉ MARTINEZ,

calte del Arco de Santa María, núm. 7

1838.

de los señores D. JOSE MARTINEZ EDITOR, y D. FRANCISCO JAVIER SIMONET, editores, en la imprenta de D. JOSE MARTINEZ, en la calle de San Mateo, número 10, en la ciudad de Madrid.

Para los señores D. JOSE MARTINEZ EDITOR, y D. FRANCISCO JAVIER SIMONET, editores, en la imprenta de D. JOSE MARTINEZ, en la calle de San Mateo, número 10, en la ciudad de Madrid.

LEYENDA ARABE

Es propiedad de su Editor.

DON FRANCISCO JAVIER SIMONET.

MADRID

IMPRESA Y EDITORIA DE D. JOSE MARTINEZ

en la calle de San Mateo, número 10, en la ciudad de Madrid.

1858

A SU QUERIDO TIO

EL SR. D. JOSE BACA Y MUÑOZ,

*En memoria y prenda del mas afectuoso cariño,
ofrece este pobre ensayo de su pluma*

EL AUTOR.

Madrid octubre 1858.

A SU QUERIDO TIO

EL SR. D. JOSE BACA Y MUÑOZ

En memoria y prueba del mas afectuoso cariño
ofrece este pobre ensayo de su pluma

EL AUTOR

CAMAR.

LEYENDA ARABE (1).

CAPITULO I.

—Hurí de los jardines del profeta, aparición hermosa, que te elevas entre los vapores de la mañana... ¿Eres el astro de la ventura y de los amores que se oculta entre los blancos rayos de la aurora, ó la última imagen de un sueño delicioso, que se dispone á volar sobre sus leves alas antes que la razon recobre su imperio sobre los sentidos?... Tú amas el reposo y el silencio de la noche y los rayos de la luna que no ofenden tu tímida pupila. Pero el sol aparece ya en su triunfante carroza entre velos de oro y púrpura. Te alejas con las brisas del alba, y tus últimos acentos se mezclan á los armoniosos suspiros que modulan entre el follaje. ¡Ah! vuelve á reposar á la sombra del loto y de las palmeras de racimos de oro, en el huerto delicioso del Eden (2), donde entre fuen-

(1) Esta leyenda no tiene por objeto el aclarar puntos y hechos históricos, como las tres anteriores, aunque haya algo de árabe en el colorido y en las descripciones. Por esa diferencia la hemos reservado para fin del tomo.

(2) El paraíso: voz hebrea; en árabe *Adn*.

tes y flores tienes tu morada de deleite, y donde los celestiales cánticos embarguen de felicidad tu espíritu.

—¡Jóven cantor! Tu mente divaga y se pierde en las regiones sin límites del pensamiento. Yo soy la princesa *Cámar* (luna), á quien acabas de sorprender en su harem. Reconozco tu voz por las canciones que has alzado bajo el agimez (1) de mi morada... Pero teme la cólera del Sultan. Tu cuello será dividido por el alfange si te llegan á encontrar en este apartado asilo de los placeres de mi Señor.

—¡Por Alláh! no me recuerdes peligros, encantadora hurí, cuyo talle se dobla y cimbreo cual la rama del ban (2) al soplo de la brisa, y cuyos pies se deslizan sin tocar el césped que les sirve de alfombra. Permíteme que te pregunte, hija del placer, ¿por qué abandonas el muelle lecho de tu voluptuosa mansion antes de haber acudido el ruisenior al follaje que dá sombra á tu ventana para despertarte con sus amorosos trinos? ¿Has venido á embriagarte en los aromas de la mañana, y coger las nacientes flores, símbolo de tu belleza, ó quieres gozar el ambiente de la libertad que dilata tu oprimido seno... Una sonrisa veo dibujarse á través de la gasa que te envuelve: sin duda vienes á fomentar en el seno de la naturaleza las ilusiones que encantan tu alma. ¡Oh! sultana, tú tocas en la primavera de tu juventud, y tu vida es pura y serena como ese cielo azul y trasparente que inundan los primeros rayos del sol. Eres bulliciosa y festiva cual esa mariposa que ondea y revuela, ostentando por primera vez el deslumbrante matiz de sus alas á los reflejos del luciente astro. Pero eres tambien inexperta y delicada cual ella. ¡Feliz sino te alejas de la vistosa flor en cuyo seno gustaste la dulzura depositada allí por el rocío!

—Tú eres jóven tambien y tus palabras parecen brotar de un corazon apasionado, mas una ligera nube de tristeza empaña tu

(1) Ventana morisca de doble arco.

(2) Arbol de ramas muy elegantes y flexibles. Es comparacion muy frecuente en los poetas árabes.

rostro. ¿Eres de los que ya han gustado el acíbar en la copa de la vida?

—¡Por mi mal!

—Pero ¿no conservas alguna dulce memoria de tus pasados dias, ó el pasado y el porvenir se confunden igualmente entre las sombras que oscurecen el horizonte de tu vida?

—¿A quién no le acompañan sus recuerdos?

—La felicidad, pues, de tus recuerdos regocijará tu presente: un dia sereno en el pasado es una gota de agua en el desierto.

—Sí; pero esa gota suele secarse antes de llegar á los labios. Mas tu no comprendes el lenguaje del dolor, y mis penas no pueden empañar el nácar de tu rostro sereno. Además, ¿no soy yo bastante feliz cuando tan bella aparicion encanta mi sueño? Tú eres uno de los genios benéficos que traen la esperanza y el consuelo á los mortales. Tus ojos brillan con el fuego de la pasion, pero una pasion dulce y tranquila es la que agita con leves ondulaciones tu seno. ¿Amas por ventura, sultana?

—El amor es para mí una de esas deliciosas ilusiones que se desvanecen en cuanto se tocan. Mi corazon ha adivinado tanta felicidad sin atreverse á buscarla. Pero tú, cantor del amor y sus misteriosos placeres, ¿sientes acaso el imperio de esa pasion que pintas con expresiones tan dulces y seductoras?

—¡Oh! ¿y eso me preguntas tú, la mas bella de las huries, beldad de delicadas formas que el genio del bien trae sobre sus diáfanas alas para encantar el sueño del poeta? Recibe al menos el homenaje de mi adoracion, y cuando vuelva en mí, celebraré en dulces cantos el delicioso ensueño de mi mente. Alláh me envia su inspiracion para cantar los tesoros de su magnificencia y las maravillas de su mano creadora. ¡Gloria á Alláh á quien ensalzan las criaturas y que refrigera mi corazon con las suaves copas de su benignidad! El te trasporte en brazos de las benignas auras, sobre las nubes que vierten el apacible rocío, y á las felices mansiones que riegan los manantiales perennes de su gloria.

—Cantor, tu imaginacion ardiente te entrega á la ilusion y el

desvarío y créese hallarte bajo la influencia de un mágico ensueño. Mas vuelve en tí y repite á mi oído las palabras de armonía y pasión que has pronunciado durante tu letargo. Tal vez no sea la realidad menos grata para tí que las quimeras á que te abandonas.

—Plegue á Alláh que tu seas el ángel de mi esperanza. La veo brillar en tus negros ojos detrás de la gasa que los cubre. ¡Ah! aparta por un instante el cendal que envuelve tus gentiles formas. Con el fuego del amor relumbran esos tus ojos, que tímidos se esconden tras las espesas y sedosas pestañas, como los luceros en la oscuridad de la noche.

—Te miro á mis pies, jóven cantor... ¡Oh! ¡qué impresion tan profunda causa en mi corazón la inefable ternura con que tus miradas buscan las mías! ¡Y qué vaga expresion de tristeza reemplaza á la sonrisa de mis labios!

—¡Cámar! tus labios aparecen húmedos y brillantes, como el clavel purpúreo que acaba de recoger las gotas del rocío. Un irresistible impulso me atrae á tu seno, y tiemblo á tu lado como la leve hoja al soplo del aura. Mi alma se siente desprender del cuerpo para ir á morar en tu corazón.

—¿Tú me amas? ¡Oh cantor!

—Sí, te amo como á una flor, como al sonoro murmullo de una fuente, como á la ideal imagen de mi felicidad. ¡Ah! tiéndeme tus brazos y sentirás dentro de mis venas estremecerse la sangre con el fuego que en ella infundes. El mundo todo desaparece ante este sueño de felicidad.

—Yo tambien te amo... Pero ¡por Alláh! vuelve en tí... huye... sálvate. Escucho los pasos de los eunucos y los jardineros sobre el pavimento de mármol de las contiguas habitaciones... Si un instante permaneces, somos perdidos!

Amor perdido

CAPITULO II.

— ¡Buen anciano, depositario de los secretos de Alláh y de los tesoros de su sabiduría: ministro de aquel que es la lumbré del cielo y de la tierra, y bajo cuyas plantas duermen callados los siglos; el que solo es fuerte y poderoso, y que mientras todas las criaturas terminan y se suceden unas á otras, dura y permanece siempre eterno é inmutable, luz de los astros y gloria del firmamento! El te ha revelado el misterio de mi existencia, y yo le bendigo por haber confiado á tu prudencia y virtud un arcano que debo encubrir á los ojos del mundo. Imam (1) é intérprete de la ley de los creyentes, has merecido la alta estimacion y la honra á que te ha sublimado el soberano príncipe de los musulimes, el mas augusto de los monarcas, el rey clemente *Mohammed Abu Abdallah* (2) á quien Alláh ensalce y cuyo imperio sea feliz y glorioso; has renunciado á los mas elevados puestos que su generosidad te ha confiado, y solo ocupas el de su *alcatib* y *wacir* (3). Pero tú eres la columna mas firme de sus estados. Los pueblos creen en la doctrina que les predicas y te ofrecen los dones de su alabanza y su entusiasmo por la verdad, que es el espíritu de Alláh, que des-

(1) Sacerdote y doctor del Coran.

(2) Subió al trono de Granada en Xaban de la hegira 701, año 1302 de J. C.

(3) Secretario y consejero ó ministro.

ciende sobre tí cuando le elevas el incienso de tus plegarias. Mas te suplico que me dejes permanecer en mi oscuridad y seguir las leyes de mis destinos. Tú dirige al monarca por el camino del bien y el acierto, y muéstrate indiferente conmigo á sus ojos, y á los de cuantos obedecen su ley.

—En vano seria querer apartar los rayos del sol que bajan á iluminar la tierra ú obligarle á permanecer constantemente sumergido en los abismos de la noche. El fuego encerrado en el seno de las montañas vomita despues con mayor violencia, y al anunciarse, estremece al universo. Tú, excelso príncipe de la sangre de los califas y vástago del árbol prodigioso de la generacion del Profeta, con el humilde trage de un morabito y con la luenga barba de un *dervix* (1) encubres la gloria que te circunda y los alientos de tu corazon jóven y fogoso. En mis largas peregrinaciones en otra época, en que mis cabellos poblaban todavia mi cabeza, como el ramaje frondoso de un árbol, que ha desnudado despues el helado viento de la ancianidad, pude conocerte en Sanaá (2), en el Cáhiro, en Bagdad y en Damasco, ciudades bendecidas y purificadas con el rocío de la gracia del Eterno. Entonces eras aun muy niño; pero ya las dotes del ingenio brillaban en tu frente, y admirado yo de los dones que Alláh te habia conferido, le supliqué que me concediera el volver á hallarte en la senda de mi porvenir. El viento de la fortuna te arrojó lejos del seno de tu patria, y Alláh por su misericordia te trae hoy á mis brazos para cubrir con tu sombra la desnudez de mis días. El fruto copioso de mi experiencia, la sabiduria que dan los años, las excursiones á climas lejanos y las ilusiones desvanecidas de la vida, serán en mi mano la luz que guie tus pasos, y te aparte de los precipicios de la juventud. Yo hé aprendido el lenguaje de casi todas las tribus que pueblan el universo, para estudiar despues sus costumbres, su religion, sus tendencias y pasiones, y sondear los misterios

(1) Santon ó ermitaño.

(2) Capital del Yemen ó Arabia Feliz.

del corazon humano: trabajo lleno de aridez, de amargura y desengaños. Pero la luz de mi inteligencia ha permanecido pura y brillante en medio de tantas sombras, y á la edad en que toco, se halla penetrada mi razon de los reflejos de la eternidad. Mas ¡oh jóven poeta! que has consagrado tus horas á cantar en el lenguaje de los celestes espíritus, las gracias y encantos que presentan las diversas fases de la naturaleza animada ó material, cuéntame la historia de los años trascurridos para tí durante el largo período de nuestra ausencia.

—No creas ¡oh sabio! que la historia de mi existencia se cuenta por años ó por dias. El viajero que cruza los vastos arenales del desierto, solo suspende su marcha al pie de la rara palmera, del manantial que brota bajo un monte de arena trasportado por el *semum* (1) ó en el solitario *oasis*, hasta que llega el término anhelado de su peregrinacion, y en la historia de su viaje no forman época sino los lugares en que se ha detenido. Yo he recorrido así los fértiles paises como los desiertos de la Arabia, del Xam (2), de las Indias y de Missr (3), y enderezando despues mi camino por las regiones de Almaghreb (4), he atravesado á Sahara y Berbería, hasta llegar por último á esta tierra del Andalus (5). En la gran mezquita de Almedina (6), he visitado el glorioso sepulcro del Profeta de

(1) *Semum*, viento abrasador del desierto, mal llamado *Simoun* por los que toman de libros franceses nombres pertenecientes á otras lenguas, sin saber la pronunciaciön y escritura que les corresponde en nuestro castellano.

(2) *Xam*, la Siria, llamada así por haberla poblado la descendencia de *Xem* ó *Sem*, hijo mayor de Noé.

(3) Los árabes llaman así al Egipto, del nombre de su poblador *Missraim*, hijo de *Ham* ó *Cham*.

(4) Así nombran los árabes á las regiones occidentales que conquistaron en Africa y España, de la raiz *gharaba*: ponerse el sol.

(5) Los árabes dieron este nombre á la España, corrompiéndole de la palabra *Vandalus*, porque sin duda creyeron ser de origen vándalo la nacion goda, que sojuzgaron en España.

(6) *Almedina* ó *Medina Annabi*: la ciudad del Profeta; famosa poblacion de la Arabia en la parte del Hicház. Llámamla tambien *Medina Axxarifa*: la ciudad noble.

los creyentes, y en la Mecca la famosa Caba (1) fundacion de *Ibrahim* (2), magnífico y venerable santuario, con quien solo competia la Aljama de Córdoba (3). En tan largos viajes y peregrinaciones, ya he cabalgado sobre el fogoso corcél de la Tartaria ó del desierto, ya sobre el dromedario, ó ya sobre el soberbio elefante, ora en las floridas praderas de *Serendib* (4), ora en las sierras de *Addaran* (5), ya en las orillas del Ganges, ya en las del Degla (6) y el Nilo. He peleado con las tribus indómitas y salvajes de todos los desiertos, y el deseo de conocer el amenísimo vergel de Granada, donde se encantan las criaturas y el Omnipotente derrama los tesoros de su magnificencia, me ha encaminado á la mas bella de las ciudades de occidente. Siempre cantor y poeta, aunque ya vistiendo el traje del sofi, del brahma, del beduino ó del der-vix, he cantado los amores soñados por un corazon vírgen y las hazañas de los guerreros al pie de los terrados, alminares y celosías de los palacios y haremes de todos los pueblos que ilumina la luz de la creencia y la verdad de Alláh y Mohammed su Profeta.

—Alláh se dignará manifestarte para su gloria y el premio debido á tus virtudes y á tu laboriosidad en el camino de la salvacion. ¡Loado sea aquel Señor cuyo imperio es eterno y siempre glorioso! En tu corta edad has adquirido grande caudal de conocimientos y has encontrado el arte de calmar las tumultuosas agitaciones de un corazon ardiente con las suaves melodías de tu lira. Pero dime, excelso príncipe Abu-Said Ebn-Abdallah, ¿ningun acontecimiento ha turbado todavia la calma de tu espíritu? ¿ningun se-

(1) Famosísimo templo de la Mecca adonde los musulmanes acuden en peregrinacion una vez al menos en la vida. Tambien le llaman *Beital haram*: la Casa Santa.

(2) Abraham. Los árabes atribuyen á este patriarca la primitiva fundacion de la Caba.

(3) La mezquita mayor, hoy catedral de Córdoba. (Véase sobre ella el cap. III de la leyenda *Medina Azzahrá*).

(4) La isla llamada hoy de Ceilan.

(5) Los montes Atlas en la Mauritania.

(6) Nombre árabe del rio Tigris.

creto se oculta en los recónditos pliegues de tu corazón? ¿ni pasión alguna poderosa inspirada por un objeto real ha brotado en tu seno? Por mi carácter de hombre anciano y consagrado á la religión, bien puedo ser para tí un confidente, nada peligroso ni indiscreto de los sentimientos de tu corazón.

—Por tus labios hablan la dulzura y la verdad del espíritu de la eternidad y de la clemencia infinita. Creo deberte descubrir una herida recién abierta en mi alma, y que me parece incurable. El bálsamo de tu sabiduría es consolador y poderoso, pero mi mal es demasiado grave y profundo.

—Tal vez son exagerados tus temores. El enfermo duda y tiembla, cuando ignora el remedio de una enfermedad complicada ó de desconocidos síntomas; pero su confesión ilustrada por la luz de la ciencia, manifiesta al médico la causa del mal que le aqueja, y una vez conocida, se procede á su curación y se adivina el resultado. Mancebo, cuéntame tu mal.

—¡Ay! mi mal tiene una de aquellas causas que aunque sean conocidas, no por eso están al alcance del que pretende examinarlas ó medirlas. En mi existencia ningún suceso real ha afectado profundamente mi corazón; mi mente siempre ha vagado por las ilimitadas regiones de la fantasía, y la historia de mi vida es la historia de mis sueños. Ya me he adormecido al pie de una palmera balanceada por los huracanes, sin que estos me despertasen con el fragor de sus crugientes alas; ya al murmullo de un torrente, halagado por su frescura y mecido mi pensamiento por las brisas que se deslizaban sobre su líquida superficie; ora en la punta de un cabo batido por las marítimas olas que se estrellaban á mis pies; ora entre el follaje de los bosques y florestas que murmuraban agitados por el viento, y todos los rumores y todas las armonías han pasado sobre mi mente, cual los géneos benéficos que vagan en las nubes del rocío y en los vapores que rodean las crestas de las montañas, para trasportarme en sus alas á otro mundo en que el placer es eterno. ¡Oh! ¡cuán terrible ha sido para mí el volver de ensueños tan deliciosos otra vez á los desiertos de la vida, á las zozobras é inquietudes!

tudes que la acompañan y al deseo siempre nuevo y renaciente de una felicidad, que se va alejando cada vez mas de nosotros desde los días risueños de la infancia que nos arrulló y deleitó en la cuna y en el dulce seno de la madre, hasta las tinieblas del porvenir en que se pierde como el sol en las turbias ondas del Océano.—Mas voy á referirte mi último ensueño.

Pocos dias han pasado desde aquel que, siempre presente en mi imaginacion, parece negarse á seguir el curso comun de los demás de mi vida: tambien trascurriera entonces corto tiempo de mi llegada á la ciudad que fecunda el Darro con sus arenas de oro, y que con sus blancos edificios sobre un mar de verdor, parece un nido de cisnes sobre el espeso follaje de la enramada. Discurría hechizado con la vista de tantos portentos y prodigios que se mostraban en derredor, y en muda admiracion no hallaba palabras para expresar en mis cantos las ideas de magnificencia, hermosura y esplendor que ofrecia á mi mente ese mágico y prodigioso conjunto de las perfecciones de la naturaleza y del arte, de vergeles y de palacios, de albercas y de fuentes, de flores y verdor que se admira en los régios alcázares. Cruzaba aéreos pórticos, patios y galerías contruidos de mármoles y de jaspes con el mas exquisito primor y elegancia, mansiones voluptuosas y poéticas inundadas de oro, de nácar y de colores, cual nunca hasta entonces habia visto en tan gran esplendidez. Atravesando de continuo entre bosquecillos, cenadores de jazmines y rosales, cuadros de yerbas aromáticas y flores, surcados por torrentes de aguas cristalinas, llegué á una prolongada y espesa bóveda de laureles, á través de cuyas hojas penetraban, ya en haces, ó ya en torrentes luminosos, como una lluvia de oro, los rayos del sol que aparecia en el oriente. Arrobado en dulce éxtasis, me adormecí entonces sobre un lecho de hojas de rosa y de flores de granado, cuyos frondosos arbustos formaban un pabellon en torno de mí. En aquel estado, en que las ideas se presentaban vagas y confusas á mi mente, me encantaban los ecos de una deliciosa armonía que regalaba mis oidos y me embriagaba el perfume de las rosas, que

ascendia en diáfanas espirales para embalsamar el ambiente que yo respiraba. En tal punto mostróseme una aparicion leve y misteriosa, que parecia envuelta en los espléndidos rayos del sol naciente, que inundaban la verde alfombra de la tierra como un mar de luz. Cambié con ella algunas palabras de inefable pasion, que se han borrado con el sueño, y de improviso me hallé en los brazos de mi bella hurí, que abrasaba mis ojos con el fuego de sus pupilas y que apartó un instante el cendal de su velo, para que pudiese yo contemplar su beldad y sus gracias fascinadoras. Con profundo y vivo sentimiento de amor estrechaba contra el mio su mórbido seno; pero un viento áspero y abrasador como el semum del desierto, repentinamente me despertó, y en vano tendí mis manos hácia la virgen de mis amores. Todo habia desaparecido, y me encontré al pie de un sombrío torreón cercado de zarzales, oyendo el agudo silbido del viento que azotaba las peladas cimas de algunas palmeras y cipreses, que se elevaban á través de los muros y torres de la Alhambra.

—¡Extraño sueño!... Mas ¿no conservas algun vago recuerdo, alguna idea cuyo hilo nos guie á penetrar en el confuso laberinto en que se pierde tu mente?

—Los sueños no tienen enlace alguno con la realidad.

—Tu alma ¡oh jóven! es una planta fecunda y generosa que con el rocío de la poesía ha florecido sobre los campos del pensamiento. Mas la razon y la reflexion son indispensables para aquellos momentos en que el hombre debe velar y meditar despues de haberse desvanecido las ilusiones de su ventura.

—¡Que el cielo te bendiga, buen morabito Abderrahman Ebn-Alhaquim!... ¡Gloria eterna al poderoso Alláh! Una palabra que es como un emblema de felicidad para mi alma, ha despertado en mi memoria. El nombre que la dulce voz de mi hurí repitió á mi oído es *Cámar*.

—¡Cámar!... ¿Ese era su nombre?... ¡Ah! pienso hallar, hijo mio, una verdad entre tantas confusiones; creo adivinar el misterio que un impenetrable velo ocultaba. Mas siempre es peligroso

tocar la realidad, y no sé cual de ambos peligros es mayor: el que mate tus esperanzas y marchite para siempre el vergel de tus ilusiones; ó el que te haga buscar en un objeto real los tesoros de dicha que te prometió un sueño. Cámar es el nombre de una bellísima doncella, hija de uno de los mas poderosos príncipes del Africa, el emir *Ahmed Ebn-Ali Ebn-Yahya*, prometida esposa de nuestro soberano, y el palacio cuyos jardines has visitado es el de *Darlarosa* (1), en donde ella aguarda, mientras se hacen los preparativos para celebrar la boda con la magnificencia digna de nuestro muy excelso monarca, el dia de union tan feliz.

— ¡Una de las muchas huríes destinadas al placer del soberano de los creyentes!... No, no puede ser la vírgen de mis ensueños. No es de la tierra aquella celestial hermosura de su rostro, ni las beldades de cuantos países he visitado, han podido como ella dominar mi espíritu y cautivar mi corazon. Esa hurí pertenece al paraíso del Profeta; es una de las doncellas inmortales que mezclan sus voces armoniosas en los celestes conciertos y los cánticos que entona el ángel Israfil.

— Tu la amas, joh jóven, y renuncias á la dulce esperanza de volverla á ver!... En tal caso, adoptas el partido de la prudencia.

— No. Es mayor el peligro que lo que tu imaginas, sabio imam. Mi anhelo es juntarme con ella en el paraíso para siempre.

— La crees una hurí de las mansiones de la eterna dicha... La barrera de la muerte te separa pues de ella. Mas eres jóven y debes vivir.

— La vida daria por ella.

— De todos modos la arriesgas... Pero si sabes ser prudente, tal

(1) *Dar al arús*; casa de la novia: en el Genalarife. Hoy este nombre se ha corrompido en el de *Darlaroca*, y así lo escribe Zorrilla en aquellos hermosos versos:

«Mas allá sobre pilares
»de alabastro, *Darlaroca*
»con su frente al cielo toca
»que la sufre su altivez.»

vez tu valor y la ventura de tu destino te deparen la felicidad que anhelas, antes que la mano irresistible del ángel de la muerte te arrebaté á las moradas eternas de la otra vida. ¿Me prometes bajo inviolable y sagrado juramento observar la mayor cautela y discrecion para no comprometer tu cabeza y la mia?

—¡Por Alláh que lee en los corazones, y por su Profeta!

—Descansa entonces y reflexiona mientras dispongo los medios para que la vuelvas á ver. El afecto que me inspiras me fuerza á cometer un gran yerro; pero es preciso. ¡Alláh sea sobre todo!

CAPÍTULO III

Bajo las celadas de ágiles columnas de jaspe de uno de los
patios del Serail (1) que sombrean laureles y azahares, y
que prestan fresco salubridad que crían en tanta de alacena,
la primera Lamez vaga lenta y silenciosamente en sus
lento de la primavera.

Alzaba en profunda meditación sus miradas, que no se
en algún punto de cielo, la colaba, paraba, consideraba, se
su interior, para contemplar alguna insignificante en su
y sus manos se posan á veces sobre el corazón, cuyos
latidos se manifiestan en las arterias de su seno, que á
vez del oro, sales y perlas que forman su adorno. De vez en
cuando estas miradas se elevan melancólicas á mirar á una de
las arcos que dan entrada á aquel recinto, contemplando
algunas veces espacios y calles y edificios de arquitectura
antigua y moderna y edificios de arquitectura que los patios
y patios de los corrales alzados. La profunda luz de la tarde,

(1) Este serail perteneció al sultán Selim I. y desde la época de su
muerte, el serail del sultán Selim I. y el serail del sultán Selim I.
del serail.

CAPITULO III.

Bajo las galerías de aéreas columnas de jaspe de uno de los palacios del Genalarife (1) que sombrean laureles y naranjos, y á que prestan frescura saltadores que brotan en tazas de alabastro, la princesa Cámara vaga lenta y silenciosamente en una deliciosa tarde de la primavera.

Absorta en profunda meditacion, sus miradas, que no se fijan en objeto alguno de cuantos la rodean, parecen concentrarse en su interior, para contemplar alguna imágen errante en su fantasía, y sus manos se posan á veces sobre el corazon, cuyos violentos latidos se manifiestan en las ondulaciones de su seno, aun á través del oro, sedas y perlas que forman su adorno. De vez en cuando estas miradas, vagas ó melancólicas, se dirigen á uno de los arcos que dan entrada á aquel recinto, sostenido por dobles columnas de prodigiosa esbeltez y sutileza, y desde donde arranca una bóveda y galería de verde follaje que comunica con los jardines y palacios de los régios alcázares. La perfumada brisa de la tarde,

(1) Asi es como debiera pronunciarse este nombre, y como lo escribían nuestros autores castellanos del siglo XVI y XVII. *Genalarife* en árabe significa jardin del arquitecto.

batiendo blandamente las hojas de los fragantes arbustos, ó murmurando al cruzar entre las bóvedas de verdor, con sus armoniosos rumores despertaba repentinamente á la jóven de su contemplacion, y entonces parecia aguardar algun objeto, que debiera asomar á través del arco donde se clavaban sus ojos; pero la brisa volvía á dormirse lánguidamente en la sombrasa espesura, y se extinguían con ella los rumores que trajera en sus alas. Mil pintadasavecillas venían á las flores, cuyo tallo se doblaba con su peso cuando la princesa arrancaba distraidamente algun tulipan (1) ó anémona (2) y jugueteaban á sus pies; pero la angustiada beldad no prestaba atencion al canto de sus aves favoritas, y ellas sorprendidas de su esquivéz, volvían á repetir tristemente sus trinos en la copa de los plátanos á la márgen de la corriente. Solo cuando alguna cándida paloma, revoloteando, agitaba sus alas en torno de ella, solía acariciar á la inocente ave, que respondía con amorosos arrullos á las palabras apasionadas y misteriosas de la jóven Cámar.

La tristeza que empaña el brillo de sus ojos, debe provenir de una dolencia del corazon. Los recuerdos que evoca en su mente la hermosa hija del Africa, que comienza á amar con toda la intensidad y vehemencia del primer cariño, le presentan la imágen del jóven y gentil poeta, á quien no ha vuelto á ver desde la misteriosa escena que describimos al principio de esta historia.

Destinada al augusto tálamo del sultan, con quien habia esperado ser feliz cuando su pecho tranquilo no habia sentido aun las ardientes emociones del amor, temblaba ahora al pensar en el instante en que habian de celebrarse sus bodas y en que debía conceder sus favores al hombre cuya imágen no tenia impresa en su corazon.

Pero de repente el jóven emir Abu-Said Ebn-Abdallah, guiado

(1) Tulipan, flor oriunda de la Persia, y sin duda traída á nuestro suelo por los árabes.

(2) Anémona. Los árabes llaman así estas flores, por el nombre de uno de sus antiguos reyes Noman ó Annoman, que fué muy aficionado á ellas.

por los eunucos que habia sobornado á fuerza de oro, y por las instrucciones del imam, se presentó á la entrada del templete donde comienza la bóveda de los laureles, y Cámar, por un movimiento involuntario é instintivo, corrió á arrojarse en sus brazos, mientras dos líquidas perlas se deslizaban por el nácar de su semblante. Ninguna palabra se escapaba de sus labios húmedos y ligeramente entreabiertos, que parecian aspirar el ambiente del amor y la felicidad. Una aura fresca, que se comenzaba á levantar con la caída de la tarde, agitando su transparente velo, dejaba contemplar á los ávidos ojos del príncipe, la belleza de su rostro encantador y puro como el de un ángel, de su garganta de alabastro y de sus torneados hombros, donde caian en desiguales ondas los flotantes grupos de sus negros cabellos. Abu-Said la contemplaba en sus brazos con cierta mezcla de asombro y ternura. ¡Estaba tan hermosa! ¡Era tan dulce la expresion de sus negros y rasgados ojos templados por un velo de pudor! Sin atreverse á hacer el menor movimiento, Abu-Said sentia desfallecer sus brazos bajo la presion del talle flexible y esbelto de la tierna doncella, que se cimbreaba y estremecía de continuo como á impulsos de la viva emocion que sentia en aquel instante, y parecia interrogarla con la expresion de su vista. Cámar levantó un instante hácia él sus húmedos ojos, y con voz armoniosa le dijo:

—¿Me preguntas quién soy?... ¿no reconoces á la princesa Cámar, que te entregó su corazon? ¡Ah! aprovechemos este instante el placer de encontrarnos juntos. Ven, lumbre de mis ojos, espejo de los sentimientos de mi alma; ven y conversaremos de nuestros amores en esta mansion deliciosa, cuya luz trémula convida á las ilusiones del amor, bajo las sombras de los jazmines y rosales que forman sobre este cenador un dosel de flores.

—Tú eres la mas hermosa de las hermosas, y tus ojos son mas puros y radiantes que la luz de los cielos; pero la beldad que yo busco, solo tiene el asilo de sus encantos en las deliciosas mansiones del paraíso, y bebe el licor de la inmortalidad en las copas de estrellas y en manantiales que brotan en grutas de ámbar y de

perlas (1). Dime, ¿qué lazos te unen á la tierra? porque la hurf de mis ensueños, no puede ser la sultana destinada á brindar sus placeres al soberano que compra su amor y paga sus caricias al precio de favores y bienes terrenales.

—Jóven cantor: cuando mi corazón te ama, ¿temes que prefiera las caricias de mi señor á las del hombre que quiero mas que á mi vida? ¿A qué pensar mas que en nuestra dicha, en la dicha que en este instante disfrutamos y que mañana tal vez nos negará la suerte?

—Tú eres una muger de un corazón ardiente y harto sensible á las emociones del amor, y cedes á tus impetuosas pasiones. Para tí la vida es el día de hoy, y mañana darás al olvido ú hollarás á tu ídolo. Pero mi cariño es eterno y digno solo de un objeto celeste é inmortal, cuya belleza nunca pueda contemplar marchita en mis brazos, y cuyo amor sea un manantial inagotable de ternura y amorosas delicias. ¡Por Alláh! dime, ¿quién eres, sultana?

—Me llenas de confusion y me haces temblar y sobresaltarme. Yo soy la princesa Cámar, hija del ilustre varón *Ahmed-Ebn-Áli-Ebn Yahya*, emir de Sus, y debo celebrar mi enlace con el rey de Granada Mohammed. ¿Pero amándote con tantos riesgos, tu ingratitud no estima mi sacrificio? Aunque con peligro de mi honra y de mi vida, ¡no puedo decidirme á huir contigo á algun lejano país donde el amor nos haga felices!

—No, sultana: el fuego de tus pasiones es una llama fugaz que pronto se apaga ó desaparece. El ensueño ideal de mi imaginacion no está sujeto á esas debilidades y miserias. ¡Alláh te guarde!

Y diciendo tales palabras, el príncipe Abu-Said, como asaltado de un repentino vértigo, desató sus brazos de la voluptuosa cintura de Cámar, y con la vista extraviada y arrebatado el paso se alejó de allí, desapareciendo por la bóveda de los laureles.

El golpe que dió á Cámar era mortal.

(1) De las magníficas y maravillosas descripciones que el autor del Corán y sus comentadores nos hacen del Paraíso, tomamos estos y otros rasgos, que ponemos en boca de los personajes de esta leyenda.

La ingenua y apasionada africana le habia estrechado en sus brazos con toda la franqueza y efusion de su carácter y de su amor, y al abandonarla el jóven emir, sintió vacilar la tierra bajo sus pies. Pero sostenida por las fuerzas de la fiebre y herida en lo mas vivo de su amor y de su orgullo, reprimió las lágrimas dentro de sus ojos, que lanzaron una luz siniestra. Apoyando el rostro sobre las manos en el borde de un estanque inmediato, cuyas orillas adornaban boj y arrayanes, sus miradas se dirigieron maquinalmente al fondo de la cristalina corriente donde se retrataba su bellissimo semblante. De repente levantándose exclamó:

—¿No soy yo acaso bastante hermosa para merecer el afecto del hombre que he amado y á quien por efecto de esa pasion insensata he elevado hasta mí, princesa y futura esposa del sultan? Tal vez mi venganza le haga arrepentir de su yerro.

Sintiéronse entonces pasos en derredor, y á poco apareció la figura noble y magestuosa del monarca granadino, el poderoso y excelso príncipe de los musulimes Mohammed Abu-Abdallah.

Al advertir en la princesa, pareció animarse su energía y varonil fisonomía, y acercándose, con voz apasionada la dijo:

—Hermosa Cámar: el día de nuestra union se aproxima. Tú serás mi sultana favorita, y los príncipes de nuestro tálamo se sentarán sobre el sólio de Granada. En este lugar de delicias goza y disfruta á placer de tu libertad en tanto que llegue la hora de elevarte al honor y felicidad que tus gracias merecen. Mas ven un instante conmigo, y te haré ver el lujo y la magnificencia que he ordenado desplegar en las moradas que han de encantar nuestros amores.

Cámar le dirigió una mirada de benevolencia, graciosa como la sonrisa que asomó en sus labios, y el rey quedó encantado de su belleza y de la dulce expresion de sus ojos seductores.

CAPITULO IV.

La gracia del rey se ha extendido sobre la princesa Cámar y su corazón generoso la ha concedido su predileccion. El león de Granada se duerme bajo las alas de la paloma de la hermosura, y doblega su altiva cabeza bajo el yugo del amor. Fiestas, zambbras (1), regalos, todo cuanto pueda agradarla, otro tanto emplea la ternura del monarca para conquistar su corazon, y quiere hacerse amar de ella antes que entre en la posesion de sus derechos por medio de una union legítima. Ella le manifiesta de su amor y de sus gracias cuanto pueda contribuir á empeñarle y avivar cada vez mas su afecto naciente; y cierta reserva y esquivéz en unas ocasiones, y un amor ardiente y efusivo mostrado en otras, le alejan ó atraen á sus plantas, pero siempre ébrio de amor y deseo, y discurriendo en su ardorosa mente los medios de lograr una conquista, tanto mas grata y deliciosa, cuanto que quiere deberla tan solo al amor que la inspire. Las gracias reunidas de todas las huríes de su harem, no tienen el encanto para él que una sola sonrisa de Cámar. Pero la herida recién abierta en el corazon de la hermosa doncella, no ha podido cerrarse tan presto, y el des-

(1) Veladas ó diversiones nocturnas, llamadas así del verbo *samara* que en la lengua árabe significa conversar por la noche á la luz de la luna.

pecho y el orgullo son los motivos que la obligan á observar semejante conducta. Ella quisiera ver al jóven príncipe, á quien sin embargo no conoce sino por un mero cantor ó poeta, rendido y humillado á sus pies, pero con el corazon rebosando aun de amor, y besando las manos de la que en su ingratitud habia antes despreciado.

La conducta del príncipe ha parecido de todo punto extraña é inexplicable al sabio y anciano imam, quien ha llegado á persuadirse que la razon del jóven es presa de un delirio, y vé con pesar cerrarse aquel camino que quedaba á su salvacion.

Ciertamente Abu-Said ha perdido la razon por algunos dias; pero luego que ha vuelto en sí, ha sentido templarse aquella fuerza de imaginacion, aquel anhelo de sublime felicidad, que le hace desechar la que halla en una criatura de la tierra, como si el mundo de ilusiones y ensueños que forja en su mente, pudiese realizarlo en su existencia. El es mortal y perecedero: ¿por qué, pues, confunde la felicidad presente con la futura, y esta ventura ideal quiere hallarla en un mundo cubierto por los abrojos del dolor? El tranquilo reposo del alma y el afecto desinteresado de dos corazones que junte el amor, son los mayores bienes que en él se pueden disfrutar.

Cámar le ama; pero Cámar es para él una muger, cuyas pasiones la arrastran á los pies del que adora en el momento de su frenesí, para olvidarle acaso despues. Mas se acerca el tiempo en que debe mirar las cosas por el prisma de la realidad, y no dilatar demasiado la ambicion de una ventura cuyos goces están reducidos para el hombre á círculo tan estrecho.

La intimidad de Cámar con el rey, que ha llegado á su noticia, le ha confirmado en sus ideas. Cree que la constancia de un amor ideal debe estar á prueba del mismo insulto y el desprecio con que él la ha tratado, y que si ella le amase verdaderamente, llevaria su sacrificio hasta no buscar en otro la felicidad que él, junto con su amor, la habia negado.

Pero el aguijon de los celos ha herido su alma, y aun cuando

no se lo quiera confesar á sí propio, no puede menos de sentir que la jóven beldad conceda sus favores al monarca: prueba evidente de que la ama todavía. Mas el amor es de tal naturaleza que en su egoismo se ofende de la menor muestra de interés que á otro objeto se dirija por el que amamos. Hé aquí que una barrera insuperable le separa por siempre de ella.

Entonces experimenta cierto remordimiento por su proceder, y se acusa de haber abandonado el tesoro que le deparó la fortuna. Mas si no es aquel el bello ideal de su mente, ¿por qué piensa en ella? ¡Oh! las dos imágenes de su pensamiento insensiblemente parecen haberse confundido en una, luego que la razon ha iluminado su alma. Ya se detiene con terror; aquel es un punto de descanso en la carrera de su vida, y mira dejarse atrás un mundo de ilusiones, en que si no pensaba con serenidad y fria reflexion, era en cambio mas feliz.

Por mas que lo procura, Cámar no le puede ser ya indiferente. Cámar es para él un ángel bueno ó malo, pero que de todos modos ha de ejercer necesariamente gran influjo en su porvenir. Tal vez no sea culpable, tal vez al admitir agenos obsequios no conceda los suyos.—Pero ¿hay mayor delirio, piensa ahora el jóven poeta, que censurarla porque no sacrifique el bello porvenir que la espera, por el hombre que la ha ultrajado? ¡Ay! la misma idea de que ella no le ama ya, es la que le convence del interes apasionado que comienza á profesarla. ¡Tal vez su destino es amar siempre sin esperanza!

El príncipe se resigna á veces ante el poder de la fatalidad, y llama al ángel de la muerte para que extienda su fúnebre sudario sobre su cabeza juvenil. Pero no debe morir tan pronto. Los primeros dolores son los que mas se sienten, y los que mayor herida abren en el corazon; pero ¡ay! que no son mas que el principio de nuestras desgracias.

Abu-Said, arrastrado á pesar suyo por el amor, y deseando estar cerca de Cámar, ya que despues de lo pasado, no osase llegar hasta ella, solia pasear solitario al pie de los mil torreones que

rodean el alcázar de los reyes moros. Desde allí, á través de los almenados muros, buscaba con los ojos el alminar (1) del palacio de Darlarosa, mansion de Cámar, entre los otros palacios, temples, mezquitas y demás edificios encerrados en aquel delicioso recinto, y que descollando sobre los floridos vergeles y frondosos bosques, semejaban las blancas velas de mil navios sobre un mar de verdor. Pues como cierto dia Abu-Said, mas abatido que de costumbre, contemplase aquel pintoresco paisaje, recostado sobre la verde alfombra del césped cerca de la puerta llamada *Bab Lau-xar* (2), el alfaquí Abderrahman Ebn-Alhaquim se acercó al príncipe y con la punta de su báculo le hizo volver de su distraccion.

— Mancebo, le dijo: tu edad no es la del reposo y el descanso: es la de obrar y preparar el porvenir. Los yerros de la primera edad de la vida, no por ser menos meditados son de menor peligro. Sé el dolor que padeces, y sé tambien que mis reflexiones y consejos son inútiles para convencer un entendimiento que no alumbra la razon. Además, tu corazon no se puede medir por el de los demás hombres: tu alma privilegiada y poética te aparta de ellos y vives en el mundo que te ha creado tu noble inteligencia. No debo reconvenirte, no debo ahogar los gérmenes de sublime inspiracion que brotan en tu mente. ¿Qué valen los consejos, qué el desengaño anticipado con anunciarle, para un corazon jóven é inocente, que solo ambiciona gozar la felicidad y pureza de sus primeros dias: dias cuya serenidad debe acaso terminar prontamente ó reflejarse despues como un inefable y delicioso recuerdo sobre el porvenir?

— ¡Ah! mi corazon ya no disfruta de esa calma y esa serenidad!

(1) Alminar significa lumbrera. Los árabes llaman así las torres de las mezquitas y otros edificios, porque en ciertas ocasiones servian de faros para comunicar señales y avisos por las noches.

(2) Puerta de la Alhambra que dá á la calle de los Gomeres.

—Escúchame, pues: vengo á traerte una importante nueva. No te es desconocido que el soberano de los creyentes, á quien Alláh confirió el poder y la dominacion sobre su pueblo, háse apartado de sus santos caminos y entregado á lúbricos placeres, en apariencia al menos, consume á los pies de su favorita las horas en que debia velar por la salvacion de sus dominios. Un poderoso ejército de los cristianos ha invadido las fronteras de nuestro pais, cautivando nuestras mugeres é hijos, quemando las mieses y talando nuestros campos, como el viento abrasador que sale de la boca de Alláh para exterminar cuanto tiene vida en las tierras que maldice. La espada del *Islam* (1) se desprende de las manos de un monarca corrompido y á quien Alláh niega en castigo de sus excesos su sublime proteccion. Sé tú el apoyo de los musulimes y el fiel defensor de la ley de Alláh y su Profeta. El pueblo, alborotado con la noticia de la próxima invasion de los infieles, y acaudillados por los emires, alcaides, xeques y demás personajes de alguna valía, llega hasta las puertas del alcázar. Yo, en nombre del pueblo que reconoce y acata la sabiduría que Alláh por sus altos juicios se dignó concederme, voy á proponer al rey que acaudillando el ejército de los creyentes marche luego á rechazar la invasion enemiga, para desvanecer de esa suerte las sospechas que se conciben contra él, porque tal vez, á no hacerlo, un tumulto le hará descender del trono. Si él se niega ¿accedes tú á aceptar la honrosa cuanto difícil empresa de escarmentar al insolente infiel que ha osado provocar á los leones granadinos?

—Sí... necesito hacer algo... y en arroyos de sangre infiel apagaré acaso la fiebre que me devora. Dispon lo que quieras, buen alfaquí: todo me es ya indiferente y quiero aguardar el porvenir sin preveerlo.

—Bien. Entonces espera, voy á hablar al sultan.

Permaneció el príncipe despues que se retiró el imam, absorto

(1) *Islam*: la ley musulmana. Este nombre significa salvacion, de la raiz árabe y hebrea *salima*: salvarse.

y confundido en el caos de un millon de ideas que se cruzaban en su mente, y sin que le arrancara de su meditacion el murmullo, que iba creciendo sucesivamente hasta convertirse en espantoso tumulto, causado por inmenso gentío del pueblo que se iba agrupando con ademanes hostiles en las avenidas de la Alhambra. Mirábanse brillar bajo los albornoces, almaizares y alquiceles las relucientes hojas de los alfanges, las cimitarras y los jacos, y algunos ya sacaban, ya ocultaban apresuradamente afilados puñales en las mangas de sus aljubas. Tambien se veian ciertos judíos que iban repartiendo monedas de oro entre los grupos del populacho, del cual salian luego mil estentóreas voces que gritaban:

—¡Caigan las cabezas de los traidores y enemigos del Coran!
—¡Muera el wazir Alí el Hachí (1) y todos los que hacen alianza con infieles!—¡Alláh los condena á su execracion y á nuestra venganza!

Entonces apareció de nuevo el viejo imam acompañado de algunos wazires, emires, xeques y otros caballeros de la corte del monarca, y escoltado por una guardia de eunucos y negros armados. Llamó junto á sí al jóven emir, y dirigiéndose al pueblo con severo ademan y noble continente, le habló así:

—El rey clemente y magnánimo, príncipe de los musulimes y soberano de los creyentes, á quien Alláh ensalce, se halla impedido por el grave estado de su salud para mandar y dirigir el ejército que debe exterminar las hordas infieles. En su lugar desea compartir la gloria y el honor del combate con vosotros, y á vuestro frente, el hijo del príncipe de los fieles nuestros hermanos en el oriente, el sultan excelso de la ilustre rama de los califas y soberanos de la estirpe de Mohammed, el emir Abu-Said Ebn-Abdallah, príncipe generoso y leon fuerte, delicia de los hombres que gozan su presencia, y á quien Alláh entrega la espada del Islam para que en su mano vencedora se tiña con la sangre de los infieles. La

(1) Mohammed Ebn-Alí-el-Hachí, primer ministro á la sazón del rey Mohammed Abu-Abdallah.

mano liberal del Señor derrama en él y en todos sus hijos de salvacion los tesoros de su misericordia. En el estandarte con que el príncipe os guie á la batalla se leerá la divisa adoptada por el muy alto y poderoso rey *Mohammed Abu-Abdallah Ebn-Yusuf* el Nassrita (1), de glorioso recuerdo, y sus descendientes: *Wa la Ghaleb illa Alláh* (No hay mas vencedor que Dios) (2). Sea Alláh con vosotros, y las gracias y los dones de bendicion de El y de su Profeta caigan en saludable rocío sobre vosotros. Por Alláh, que por su medio nos concederá el triunfo, á vos y á todos vuestros amigos salud y salvacion infinitas veces.

Murmullos generales de aprobacion y prolongados vivas resonaron al terminar el anciano alfaquí su arenga. Y él y Abu-Said fueron llevados en triunfo hasta fuera de las puertas de la ciudad, donde escuadrones lucidos y bien ordenados de musulmanes solo aguardaban la llegada de su caudillo para marchar á la guerra. Luego que el emir Abu-Said partió con la hueste granadina, el imam dijo á los wacires y cortesanos que le acompañaban:

— Venid á la casa de la oracion para implorar la ayuda de Alláh en favor de nuestros hermanos, que van á verter la sangre por su fé. Allí se eleva el *mihrab* (3) donde á la voz del muedzin acude la corte de los reyes Nassritas á invocar al poderoso Alláh.

(1) Este es el famoso Alahmar de Arjona, fundador de la dinastía de los Nassritas, que reinaron en Granada hasta su conquista por los Reyes Católicos.

(2) La frase *Wala Ghaleb illa Alláh*, divisa de estos reyes de Granada, se lee, en efecto, en algunas monedas acuñadas por estos príncipes, que tenemos á la vista.

(3) Aunque el *mihrab* era una parte del templo, aquel nombre se extendió á significar el oratorio ó capilla particular de los soberanos, situado cerca de sus alcázares.

CAPÍTULO V.

En una extremidad del Genalarife, que domina el camino que une su recinto con el de la Alhambra, se eleva un magnífico templo sobre un pórtico de dobles arcos, y cuya parte superior, donde se abre un ajimez doble tambien, mirase adornada de inscripciones en caractéres arábigos entrelazadas de cintas y de flores. Inmediato á este *mihrab* ú oratorio se encuentra el estanque de las purificaciones, y mas allá, subiendo una escalinata sombreada de álamos, granados y limoneros en flor, entre un grupo de cipreses, se esconde un sepulcro de blancos mármoles. Es la hora del *Assobh* (1) ó de la oracion matutina. Una sombra se desliza entre los cipreses, en cuyo poblado ramaje penetran con dificultad los rayos del sol nascente, al par que estos iluminan el rostro blanco y sereno de un venerable anciano, que asoma entre las columnas del templo, donde ha asistido á la *salá* ú oracion. Es el imam Abderrahman Ebn-Alhaquim, que acude á aquel santuario para suplicar á Alláh que conceda el don de la victoria al principe Abu Said, á quien ha sido confiada la espada del Islam y el mando del ejército de los creyentes.

(1) *Assobh* ó *Sabbah* en árabe es la mañana.

El imam se dirigió hácia la sombra que se movia entre los cipreses, como un blanco vapor alzado por el aura de la mañana, y al hallarse cerca de ella se detuvo con vacilacion. Mas luego alzando la voz la dijo:

—Flor de la mañana: no es la sombra de los funerales cipreses la que debe cobijar tu naciente hermosura; el sol, la luz, el aire, no las tinieblas y los retiros solitarios deben acompañar á los dias de tu primavera.

La doncella Cámar, pues era ella, se hallaba tan profundamente distraida en aquel momento, que solo el murmullo de las palabras del imam llegó á su oido.

—¿Quién sigue mis pasos? preguntó en un tono de voz entre activo é impaciente, y sin dignarse volver la cabeza.

—Quien te ha visto suspirar y afligirte durante la ausencia del que debia ser el encanto de tu vida, y quien puede ofrecerte los consuelos de la misericordia de Alláh.

Cámar se volvió entónces, y con ademan triste se dirigió al imam.

—Perdona ¡oh buen anciano! nunca creí ofender tu santidad; mas puesto que sabes ó adivinas mi dolor, no creo que puedan caber en tí la indiscrecion ó la imprudencia. Yo padezco... ¡no me preguntes el por qué!

—¡Por Alláh que es sabio en todas las cosas! Yo respeto tu dolor y tus secretos, y te suplico me perdones si mi presencia ha acrecentado tu pesar.

—Nada tengo que perdonarte, alfaquí. Tus palabras revelan tu bondad; pero si conocieras la violencia de mi dolor, no me acusarías por la injusticia con que te he tratado. ¡Ay! busco la soledad porque en ella puedo dar rienda suelta al llanto que oprime mis ojos.

—¡Alláh acbar! (¡Dios es muy grande!) exclamó el imam: él calmará tus angustias. Mas no aumenten tu tristura esas perlas que ruedan por tus megillas. Las lágrimas son la fuente vivificadora que rejuvenece el corazon del hombre, y las tuyas son serenas como el rocío del cielo.

Bendigo tus saludables consuelos y los reclamo para mi tristeza. Tu sabiduría es cual la de Alláh, grande.

—No blasfemes, hija mia. Sin embargo, soy docto en las tradiciones de los ulemas (1) y alfaquíes, y poseo todos los secretos del humano saber que atesoran las aljamas (2). Mas ¿qué alivios puedo prestar á un mal que ignoro? ¿Cómo podré yo adivinar las penas que anublan la frente de la hermosa Cámar, la flor de mas galas y aromas del pensil granadino, la futura esposa del sultan en quien reposan todas las gracias y bendiciones de las criaturas terrenas y de los celestes espíritus

Y como Cámar callase, cubierto su semblante de rubor y tristeza al par, el imam continuó:

—Y sin embargo los pesares que marchitan las flores de una juventud tan pura, no pueden ser otros que los primeros y misteriosos impulsos del amor. Verdad es que no ha mucho parecian bastante bien dichosa los favores del monarca. Mas no creas que soy inflexible y que te acuso. Si tu tristeza cuenta el origen que imagino, y me revelas todo tu secreto, yo te juro por la verdad de Alláh y de Mohammed su profeta, de que respetaré tus amorosos misterios y los ocultaré en mi corazon como en un sepulcro.

—Y yo me confio en tu santidad, esperando que han de desvanecerse esas sospechas acusadoras que has concebido contra mí. Pero antes te quiero confesar que son desventuras de amor las que afligen mi juvenil existencia. Mas, ¡ay! ignoro hasta el nombre del que me ha inspirado ese cariño. El traje con que se presentó á mi vista era el humilde de un peregrino, pero su gallardía y su corazon me han revelado un hijo de la sangre del Profeta.

—Y no te ha engañado tu instinto de muger. Es un emir, y su nombre que ignoras el de Abu-Said Ebn-Abdallah. Reune á las prendas mas sublimes del ingenio, la fortaleza del leon y la activa

(1) Ulemas, plural de la voz árabe alim, docto, sabio, particularmente en las tradiciones alcoránicas.

(2) En las bibliotecas de las aljamas ó mezquitas, guardan los árabes africanos sus mejores libros.

magestad del águila. Nacido bajo el ardiente sol del Asia, y de la ilustre estirpe de los califas, su alma noble y su brazo valeroso le han conducido á buscar aventuras y empresas en el occidente.

—¡Ah! sí: merecía mi amor y el corazon no me engañaba al concebir por él tan violenta pasion. Si él te hubiese confiado sus secretos segun creo, sabrás como ha correspondido á mi afecto con el desprecio y la humillacion.

—Es que su alma ardiente le habia trasportado á las regiones de la fantasía. Despues ha reconocido su error; mas desesperado de verte entregada al amor del sultan, ha corrido á buscar la muerte en la guerra. Sin embargo, en aquel momento se ha acordado de tí, y despues de pedirme su bendicion, abrazándome exclamó:—No merezco su perdon si es inocente, ni ella el mio si es culpable; pero puesto que marchó al campo de la muerte, si perezco dila que la he amado hasta el postrer momento. No lo olvides, buen alfaquí.

Los ojos de Cámar lanzaron un rayo de amor; pero luego se eclipsaron como si pasára sobre ellos una nube repentina de dolor, y con acento de inexplicable angustia preguntó al imam.

—¿Y ha llegado quizás esa hora funesta que tu esperabas para anunciarme su afecto?

—No, hija mia.

Al oir estas palabras, el alma de la jóven princesa pasó rápidamente de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida. Sus ojos, en que se pintó este cambio repentino, brillaron con una alegría inexplicable. ¿Quién al verle pudiera negar que su corazon amaba todavía al ingrato poeta?

—¡Ah! ¡si aun vive, si aun vive! dijo al imam con ardor, si vive, cuando te halles á su lado dile que soy inocente, y si un instante volví mis ojos hácia el monarca, fué un consejo que me inspiró el amor para atraer al ingrato, hiriendo su corazon con un desden aparente. ¡Cuánto siento los motivos de sospecha que le he dado con esta especie de venganza amorosa! El valor me abandonó para proseguir en mi plan luego que no pude conseguir el

resultado que esperaba. ¡Ay! nunca seré yo la esposa del sultan: prefiero la muerte á sus caricias.—¿No es verdad, sabio alfaquí, que hay un lugar en la mansion del paraíso para las almas de los que se profesaron un amor puro y tierno durante su vida?

—Así está escrito. Pero el día de tu muerte no está aplazado para una época tan cercana. El amor y los brazos del que adoras te esperan por una larga serie de años felices para encantar tu existencia. Hoy debe haberse reñido en las riberas del Wadalorce la batalla entre las tropas encomendadas á su mando y el ejército de los infieles que invadió nuestras fronteras. Desde ese alminar que corona el santuario, se descubren en un dilatado horizonte los caminos que conducen á la ciudad. En ellos tal vez dentro de poco veremos ondear nuestra bandera triunfante entre las filas de los creyentes que vuelven victoriosos del Chehád (1) ó al menos algun nuncio vendrá á contarnos el resultado del combate.

(1) Chehád ó alghied: la guerra santa.

resolviendo que se quedara en la ciudad. — ¡Nunca será yo la esposa del soldado!
profesó la muerte a sus condes. — ¡No es verdad, señor! ¡No es verdad!
que hay un lugar en la montaña del paraiso para las almas de los
que se profesaron un amor puro y eterno durante su vida.
— Así está escrito. Pero el día de la muerte no está aplazado
para una época tan cercana. El amor y los placeres del que ahora
te capitan por una larga serie de años felices para comenzar tu
existencia. Hoy debe haberse reunido en las riberas del Walchense
la batalla entre las tropas conmovidas a su mando y el ejército
de los naves que invadieron nuestras fronteras. Desde ese momento
que coronó el asalto, se descubren en un dilatado horizonte
los caminos que conducen a la ciudad. En ellos me voy dentro de
poco veremos ondear nuestra bandera triunfante sobre las alas
de los creyentes que vuelven victoriosos del Cielito (1) o al
menos algún número venirá a coronarnos el resultado del combate.

En aquel momento, como en el momento actual, el ejército de la ciudad
(1) Ciudad o aldea, la guerra santa.
En aquel momento, como en el momento actual, el ejército de la ciudad
se preparaba para la batalla. En aquel momento, como en el momento actual,
el ejército de la ciudad se preparaba para la batalla. En aquel momento,
como en el momento actual, el ejército de la ciudad se preparaba para la batalla.

En aquel momento, como en el momento actual, el ejército de la ciudad
se preparaba para la batalla. En aquel momento, como en el momento actual,
el ejército de la ciudad se preparaba para la batalla. En aquel momento,
como en el momento actual, el ejército de la ciudad se preparaba para la batalla.
En aquel momento, como en el momento actual, el ejército de la ciudad
se preparaba para la batalla. En aquel momento, como en el momento actual,
el ejército de la ciudad se preparaba para la batalla. En aquel momento,
como en el momento actual, el ejército de la ciudad se preparaba para la batalla.

CAPITULO VI.

El príncipe Abu-Said Ebn-Abdallah ha partido á la guerra aconsejado de su desesperacion; pero Alláh en sus altos designios no ha querido borrarle del libro de los vivientes, y de regreso de la expedicion, en que su valor y arrojo le han salvado de los peligros que él mismo buscara y dádole la victoria, es recibido con gritos y transportes de júbilo y entusiasmo. Conducido sobre un magnífico caballo árabe, que la munificencia del soberano le concede, y bajo arcos de triunfo alzados en todas las calles de su tránsito, llega hasta los alcázares del monarca. El imam y gran número de emires, alcaides, alfaquies y caballeros le acompañan, y el pueblo, que á cada instante prorumpe en vivas y aclamaciones, le quiere exaltar por rey, como libertador de la tierra de su promision. Las bellas moras entonan cantos de victoria, y los príncipes y emires le ofrecen la mano de sus mas hermosas hijas. El rey Mohammed Abu Abdallah sale á recibirle á la puerta principal de la Alhambra, precedido de una lucida guardia de eunucos y negros con espadas y lanzas, y rodeado de su córte, su *hagib* (1), wacires, cadhies é imames, todos engalanados con riquísimas vestiduras, y brillando la seda, el oro y las perlas en sus turbantes, sus capellares y marlotas. Gran número de músicos con añafles, ali-

(1) Mayordomo mayor, y segun otros, primer ministro.

lies, alaudes (1), atabales y otros instrumentos, y no menor de cantores y cantatrices mezclan sus armoniosas voces con la gritería y alboroto popular, mientras el príncipe es llevado á la magnífica y soberbia mansion que le está destinada en el mismo real alcázar. Entre todos aquellos rostros mas ó menos alegres y animados que felicitan á Alláh, á Mohammed, al príncipe y al imam, por la fausta victoria obtenida contra los enemigos, solo hay dos que permanecen constantemente cubiertos por una nube de pesar: son el de Abu Said y el del rey. Aquel bajo el pretexto de necesitar descanso, consigue desembarazarse del copioso número de cortesanos que se apresuran á presentarle sus repetos, mientras el monarca, como olvidado de todos, y aun casi amenazado por los revoltosos, se ve obligado á presenciar los homenajes dirigidos á á su rival. La angustia del rey era mayor por conocer, que si aprovechaba el príncipe el favor de aquel aura popular, podría arrebatárle la corona de Granada aquel mismo dia que él se humillaba hasta el punto de tributar régios homenajes á un desconocido. El veía en el príncipe á un sucesor del trono: el príncipe en el rey, al dueño del objeto de su adoracion. No apreciaba el príncipe su actual posicion que le daba ventajas sobre el soberano, antes le miraba con envidia, porque al vacilar sobre su sólio, le creía no obstante disfrutando de la felicidad del amor: felicidad que debia haber gozado en los brazos de la bella sultana, en tanto que él buscaba la muerte entre las filas de los escuadrones cristianos.

Tal vez si el alfaquí le hubiese referido la escena que habia mediado entre él y la jóven princesa, se le hubiera disminuido su dolor; pero el buen anciano aguarda una ocasion en que la misma inocencia de esta la justifique ante los ojos del que habia ofendido solo en la apariencia quizás.

Preocupados con tales imaginaciones, bien presto el rey y el príncipe se separan, anhelando poder desahogar en la soledad

(1) El nombre de laud ó alaud es árabe, así como los de añafles, (annafir), atabales y alilíes que mencionamos en el texto.

la angustia que los oprime. Abu Said no quiere penetrar en la lujosa habitación, donde crecido número de eunucos y de esclavos le esperan para brindarle las delicias y regalos del régio hospedaje, y prefiere vagar solitario por las silenciosas y sombrías calles terminadas por murallas, por alamedas y jardines. Al cabo de algunos instantes de paseo se detiene á la entrada de un elegante templete sostenido por varios arcos, que forman en el techo graciosas bovedillas con adornos caprichosos de estuco sobre fondos de azul y oro. El príncipe ora algunos momentos en este mihrab, que es uno de los muchos del real alcázar. Al volver de su profunda oracion, una paloma que ha venido á posarse á sus pies, después de batir sus alas con alegre estrépito, remonta su vuelo por los aires, pero cerniéndose siempre en ellos sobre las sendas que sigue el príncipe.—Nuncio fiel del amor, la dice este; iré en pos de tus alas, y ¡ojalá me encamines á las deliciosas mansiones del paraíso!—Y atravesando nuevas alamedas y bosquecillos llegan hasta una explanada cercada por do quiera de tajos y precipicios, y tortuosas sendas abiertas en la ladera de los peñascos, los cuales están coronados por torres y jardines, derrumbándose desde su cima espumosas cascadas hasta el pie de los arbustos que brotan en la falda.

Abu-Said cree hallarse bajo el imperio de un celeste encanto y recordando las tradiciones orientales que escuchó en su infancia, piensa que en aquella paloma se oculta el genio (1), cuyo mágico poder le trasporte al paraíso donde debe encontrar su ventura. Imagina hallarse embargado de un apacible ensueño, y recuerda haber visitado en otro tiempo aquellos frondosos parajes que se continúan sin fin. De repente la paloma se posa sobre las orillas de un cristalino arroyuelo, donde se solaza y bebe de sus aguas un instante, y volviendo á levantar el vuelo, desaparece bajo una espe-

(1) La creencia en genios ya benéficos ó ya maléficos que asisten al hombre, ora invisibles, ora bajo formas corpóreas, interviniendo en los sucesos mas importantes de la vida, está muy en boga en todo el Oriente.

sa bóveda de verdor, cuya entrada se vé casi cubierta por una enramada de jazmines y rosales. El jóven emir se introduce tambien en ella y la reconoce perfectamente; es la bóveda de los laureles, paraje por donde al penetrar en otra ocasion se encontró en los brazos de la bella Cámar.

Entretanto el rey Mohammed habia determinado ir á calmar sus penas é inquietudes al lado de su futura sultana.

Cámar, sumamente inquieta y temerosa por la suerte del mancebo príncipe, habia esperado en largas horas de angustia y sobresalto las noticias que habian de librarla de su cruel incertidumbre. El monarca que la habia visto constantemente afligida durante aquella ausencia, empero ignorando la causa de su melancolía, no habia querido afligirla mas con sus amorosas instancias, y por una abnegacion harto costosa para un amante, la habia permitido que llorase en la soledad penas que tal vez no tendrian objeto, esperando verla con prontitud feliz y risueña en sus brazos, luego que se disipara aquella fugaz tormenta que habia estallado en la primavera de su vida.

Desde el alto alminar, de que mas arriba hicimos mencion, habian recorrido los ojos de Cámar durante largas horas, todo el vasto horizonte que se descubria en lontananza, aguardando la llegada de Abu-Said con el ejército muslim. Al fin su génio tutelar, para endulzar su amargura y engañar aquellos crueles momentos de ansiedad é impaciencia, la infundió con el sonoro batir de sus alas un ensueño apacible, de que no despertó Cámar sino al estruendo del regocijo popular. Todavía ignorando si aquellos clamores eran el eco de un triunfo ó de una derrota, sentia la jóven princesa fluctuar su corazon entre el temor y la esperanza, cuando viendo llegar al soberano al pie del alminar que le servia de atalaya, bajó de allí con rapidez, procurando leer en el semblante del rey la realidad de los sucesos.

—¡Terrible adversidad! exclamó el emir dejándose arrebatarse por el torrente de sus ideas: la mano de Alláh ha humillado al príncipe de los muslimes, al soberano de los creyentes!

—¿Han sido rotos nuestros escuadrones? ¿ha muerto su caudillo á mano de los infieles? preguntó Cámar con dolor.

Cámar no podia adivinar que los motivos de la tristeza del monarca fuesen otros que la derrota de su ejército y el peligro de sus dominios amenazados. El sultan por su parte, no comprendia el vivo interés que aquella manifestaba por la suerte de un príncipe á quien no debia conocer; pero á fuerza de reflexionar, una leve sospecha cruzó por su imaginacion.

—¿Tanto sentirias, la preguntó, la desgracia de un príncipe rebelde, que inducido de torpe ambicion, ha venido á sembrar en mis estados la division y la ruina, y levantando al pueblo ha querido derribarme del trono de mis excelsos progenitores?

Cámar calló: el dolor embargaba su lengua. Mohammed quiso aventurar un golpe decisivo y con voz solemne y apagada:

—Pues bien, la dijo: nuestros guerreros han sido barridos por los contrarios como las débiles aristas de un campo de mieses por el viento abrasador del Africa, y el emir Abu-Said ha perecido con la flor de los valientes.

La acongojada amante cayó sin conocimiento sobre el suelo de alabastro.

Entre tanto el príncipe presenciaba esta escena oculto detras del espeso follaje de la bóveda de los laureles, adonde le habia conducido la misteriosa ave, la cual, luego que vió á la princesa desmayada, voló á sus pies acariciándola con su pico y sus alas, al propio tiempo que exhalaba un lastimero arrullo.

Un ligero grito se escapó de los labios del jóven emir, que en vano trató de abrirse camino entre el ramaje con el acero de su puñal damasquino para salvar á su adorada.

Pero el sultan, despues de vacilar un instante y golpearse el pecho con desesperacion, alzando su vista al cielo para implorar la misericordia de Alláh y su Profeta que multiplicaban los sinsabores en su vida, corrió á tomar agua en el hueco de sus augustas manos de una fuente cercana, y rociando á la jóven en la frente y en los ojos, la hizo volver en sí.

— ¡Abu-Said! ¡Abu-Said! fueron las primeras palabras, que al tornar de su desmayo, asomaron involuntariamente en los trémulos labios de Cámar, revelando el inmenso dolor de su alma.

— ¿Con que es cierto, la preguntó el rey con mal segura voz, que tú amabas á ese príncipe y por eso has rechazado con esquivéz mi afecto?... ¿Y has podido verle, profanando con tu infame conducta el sagrado asilo de mis alcázares y el retiro de mi harem?

— ¡Sí, le amaba! exclamó ella con el acento de la desesperacion; mas la mano del ángel de la muerte le arrebató á mi amor y al mundo. Yo soy tu esclava; si tu justa cólera me condena á una muerte afrentosa, no me quejaré de tu rigor. En vano querria oponerme á las desgracias que están escritas en el libro de mi destino. Sin él, ya no aprecio en lo mas mínimo la vida.

— ¡Mi imperio! ¡la muger que yo amo!... ¡oh! todo me lo arrebató la fatalidad; yo seré el último de los príncipes de mi raza. ¿Qué conseguiria con verter tu culpada sangre? El emir alzaría los pueblos en su favor y enviaria mi cabeza á ser pasto de los cuervos y otras aves de rapiña. ¡Que no permita el Señor que yo toque á uno solo de tus cabellos! Tú eres para mí sagrada é inviolable; yo en tanto aguardo tranquilo la ejecucion de los decretos de Alláh.

— ¡Era inocente! ¡me amaba y no me ha hecho traicion! exclamó Abu-Said al mismo tiempo que la hoja de su puñal le acababa de abrir paso entre el espeso follaje. Cuando salió de allí encontró á la princesa arrodillada todavía ante el rey como una víctima ante su verdugo.

El ruido de sus pasos alarmó á Mohammed, que se volvió pintándose la magestad en su indignado semblante.

— Hé aquí, le dijo el príncipe con voz firme y sonora, un esclavo, cuya cabeza puede segar tu alfange, en vez de la hermosa de la que adoro. El arrogante y fuerte leon pretendió, durante la ausencia de su consorte, aprisionar en sus garras la paloma de la hermosura; pero á la vez tu débil rival se ha convertido en robusta y poderosa águila, que postrará á sus pies al leon.

— Emir, respondió el monarca; la paloma de la hermosura

ha escapado intacta y sin mancilla de las garras del leon, aunque soberbio, generoso. Ahí la tienes: Alláh es quien te la entrega, no yo, que soy débil para resistir á su voluntad. Tambien puedes desceñir la corona de mi frente; ¿qué decide tu magnanimidad?

—Tú eres un monarca muy digno de conservar el sόlio de tus padres; yo solo puedo amar la vida libre y aventurera, pues considero la soberanía como una carga harto pesada para que puedan sustentarla mis hombros. Conserva tu imperio; la princesa Cámar será el único trofeo de mi victoria. La ama mi corazon, y la haré mi esposa ante Alláh, que lo ve todo y que lee en los corazones.

—Generoso y magnánimo príncipe: tus acciones revelan la ilustre sangre que corre por tus venas. Pero tú solo y el imam que te ha revelado al pueblo de los creyentes, podeis asegurarme en el poder que me restituyes. Ambos mereceis mi alta estimacion y la de la córte y el pueblo, y ambos solamente podeis con vuestra mediacion devolverme la autoridad que á sus ojos he perdido. Al imam le nombro desde ahora mi primer wazir, y alcanzará otras mil distinciones de mi mano. Tú puedes escoger, sino te agrada vivir en la córte, el mejor punto de mis dominios, donde mis vasallos sean tus súbditos, y obedezcan sin contradiccion tu ley. Cámar será tu esposa, y el dote que la señalo, además de las joyas y alhajas que, como sultana mia la han pertenecido, es este palacio suntuoso en que ahora habita, ú otro, si lo abandona, en la ciudad donde fije su residencia.

El corazon de Cámar rebosaba de placer y de amor.

Para el jóven emir fué este el dia mas feliz de su vida, y cuando volvió á hallarse en los brazos de Cámar, solo pensó en corresponder mas y mas con su afecto á su bella y apasionada huri.

El rey y el emir, ambos se cumplieron religiosamente su palabra, y el pueblo continuó largo tiempo gustoso y tranquilo bajo la dominacion de aquel monarca, dirigido por los consejos de su sabio primer ministro el imam Abderrahman Ebn-Alhaquim. Cuentan las historias árabes que el rey Mohammed, no pudiendo amar

á muger alguna, despues de su infortunado amor á Cámar, se consagró enteramente á asegurar la ventura de su pueblo y á dilatar sus dominios con continuas gazúas y algaras contra los cristianos fronterizos (1).

Abu-Said y la princesa Cámar permanecieron algun tiempo disfrutando las delicias de su amorosa union en el palacio de Dar-larosa en el Genalarife. Despues el príncipe, fiel á su espíritu aventurero, hizo largos viajes por España, Africa y el Oriente acompañado de su esposa.

El emir Abu-Said Ebn-Abdallah escribió la historia de sus aventuras y viajes en elegantes versos, muchos de los cuales aun se conservan por tradicion oral entre árabes y moriscos.

(1) Este soberano, Abu-Abdallah Mohammed, tercero de este nombre, reinó hasta últimos de Ramadhan de la hegira 708—1309 de J. C., en que fué destronado por su hermano Nassr I.

FIN DE CÁMAR.





Lit. de J. J. Martinez Arco de S.^{ta} M.^a 7 Madrid.

La mostró el nuevo Alcázar y poblacion que habia
fundado para ella.



Lit. de J. J. Martinez, Arco de S^{ta} M^a n.º 7 Madrid.

He aquí los cien mil dirhemes que te entrego por la
dote de Meriem!



Lit de J. J. Martinez, Arco de S^{ta} M^a n.º 7 Madrid,

Acepta por tuya á tu buena Leila y adopta sus hijos.



Est. de J. J. Martínez Arco de S.^{ta} M.^a n.^o 7 Madrid.

Encontró á la princesa arrodillada ante el Rey como
una victima ante su verdugo.

ENCUENTRO DE LA PRINCESA ARRODILLADA ANTE EL REY COMO UNA VÍCTIMA ANTE SU VERDUGO.
Encontró á la princesa arrodillada ante el Rey como una victima ante su verdugo.

